SPIRAL

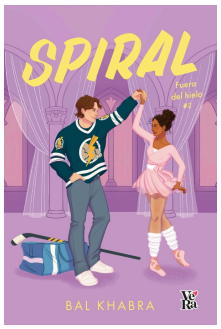
Fuera del hielo #2



BAL KHABRA

Ve Ra


SPIRAL
Fuera del hielo #2
BAL KHABRA
VeRa



A él lo persiguen y ella necesita seguidores en este romance deportivo de la autora de *Collide*.

Elias Westbrook, un jugador de hockey recién fichado por los Toronto Thunder, lucha por marcar el primer gol de su carrera. Sin embargo, los tabloides no lo dejan en paz y publican cada uno de sus movimientos. Con todas las expectativas que pesan sobre sus hombros, Eli solo quiere desaparecer de la escena pública.

Tras bambalinas está Sage Beaumont, una bailarina que aspira a entrar en una de las compañías de ballet más importantes del país, pero el gran motivo que le impide alcanzar su sueño poco tiene que ver con su técnica. Lo que no la deja ser bailarina principal es su falta de popularidad en las redes.

Cuando Sage y Eli se conocen, encuentran la posibilidad perfecta para alcanzar sus objetivos. Si fingen que están en una relación, ambos saldrán beneficiados: él conseguirá paz y ella, seguidores. Pero el primer paso en este *pas de deux* será acordar unas reglas imposibles de romper, ¿verdad?

BAL KHABRA

Bal es una escritora canadiense entusiasta del romance y amante de los libros. Antes de adentrarse en el mundo de la narrativa, pasó un tiempo hablando efusivamente de libros en redes sociales. Le encanta leer y ver películas sobre el amor y, ahora, escribir historias igual de románticas.

SPIRAL

Fuera del hielo #2

BAL KHABRA

Traducción: Leila Gamba

Vé Ra

PLAYLIST



Ver aquí

TAKE CARE | Beach House
WASH. | Bon Iver
FALLEN STAR | The Neighbourhood
WILLOW | Taylor Swift
SATURN | SZA
RYDER | Madison Beer
CRY BABY | The Neighbourhood
MATILDA | Harry Styles
BE MY BABY | The Ronettes
WHEREVER YOU GO | Beach
House MOONLIGHT | Chase Atlantic
STARGIRL INTERLUDE | The Weeknd, ft. Lana Del Ray
BE HONEST | Jorja Smith, ft. Burna Boy
LET THE LIGHT IN | Lana Del Ray, ft. Father John Misty

FADE INTO YOU | Mazzy Star

REDBONE | Childish Gambino

EVERYWHERE, EVERYTHING | Noah Kahan

REAL LOVE BABY | Father John Misty

LOVE GROWS (WHERE MY ROSEMARY GOES) | Edison Lighthouse

FOLDIN CLOTHES | J. C

Eres una luz en este mundo, no la
desperdicies en gente que no pueda verla.
Encuentra a quienes sí puedan.

CAPÍTULO 1
Elias

¡El chico de oro de los Toronto Thunder mantiene helado el hielo y derrite a las mujeres!

Ser un novato en la Liga Nacional de Hockey, la NHL, es tan difícil como imaginaba. Pero ser un novato en la NHL que está constantemente en los medios y todavía no marcó el primer gol de su carrera es aún peor.

En la recepción del hotel hay un par de revistas, pero la que está en la mesa de café tiene mi nombre en la portada y una foto borrosa de una mujer que sale de una discoteca conmigo detrás de ella. No suelo salir a celebrar las victorias, pero justo cuando lo hago me atrapan con una mujer. Si se molestaran en investigar un poco, sabrían que esa mujer es Brandy, la fotógrafa del equipo. Le había ofrecido llevarla a su casa y nunca me imaginé que fueran a tomarnos una foto.

No rechazo las fiestas y salidas a propósito, es solo que me cuesta celebrar algo en lo que no participé. Prefiero repasar los partidos y

analizar mis errores para ver qué es lo que me impide marcar ese primer gol. Así que eso era exactamente lo que planeaba hacer esta noche.

Pero estamos en Dallas y sigo esperando en el vestíbulo del hotel a que mi habitación esté lista. Aunque sé que no debo hacerlo, miro mejor la revista y leo los titulares.

¿Westbrook se está perdiendo por la fama?
¿Otra mala decisión para los Toronto?

–¿Señor Westbrook?

Dejo caer la revista como si me hubieran atrapado leyendo algo ilícito y me dirijo a la recepción. Le doy las gracias al conserje por la llave y me lanza un guiño que no termino de comprender. Ignorando esa extraña interacción, subo en el elevador y me dirijo hacia mi habitación. Deslizo la tarjeta de acceso en la puerta y voy directo a la ducha.

El agua caliente me relaja los músculos tensos de la espalda y me hace olvidar la estúpida revista. El vapor sale de la ducha detrás de mí mientras me envuelvo una toalla alrededor de la cintura y paso otra por mi cabello. Me muero de ganas de meterme en la cama y ver el resumen del partido, pero me freno en seco al ver lo que hay en mi cama. O más bien, *quién* está en mi cama.

¿Qué carajo?

Doy varios pasos hacia atrás aferrado a la toalla.

–Lo siento, ¿me confundí de habitación? –digo.

Sé que no, veo mi equipaje. Ahora entiendo por qué el conserje me guiñó el ojo. El pelo rubio largo de la mujer cae en ondas

alrededor de su rostro, sus labios pintados de rojo y sus dientes perfectos forman una sonrisa. Está acostada en la cama *king size* con una de las batas que ofrece el hotel y los bocadillos del minibar a medio comer esparcidos sobre las sábanas.

–Para nada. –La sonrisa traviesa que pone cuando se sienta me resulta inquietante.

–No estoy seguro de a quién estás buscando, pero definitivamente no es a mí.

–Créeme. –Sus ojos recorren cada centímetro de mi torso y se detienen en las gotas húmedas que se deslizan por mi abdomen–. Te estoy buscando a ti, Eli.

Si esto es una broma, voy a matar a mis compañeros de equipo.

–Pensé que querrías celebrar la victoria de esta noche –ronronea, dando un paso hacia mí.

Solo celebraría si hubiera anotado un gol, y eso aún no ha sucedido. Así que retrocedo hacia la puerta.

–Seguro encontrarás a alguien interesado en tu propuesta.

Alza tanto las cejas que interpreto que nunca la habían rechazado.

Como mi negativa no hace que se vuelva a vestir y se vaya como yo esperaba, me doy la vuelta y me voy yo. Desnudo salvo por la toalla, camino por el pasillo hacia la habitación de Aiden, que está a unos pocos metros de distancia, en el sector de los novatos. Espero que todavía esté despierto.

Aiden Crawford, mi mejor amigo y compañero de equipo, no es como yo. Marcó el primer gol de su carrera en el momento en que pisó el hielo en nuestro primer partido. Su segundo gol llegó la noche siguiente, con una asistencia mía. Desde que se unió a los Toronto Thunder, su participación fue estelar y no podría estar más

orgulloso de él. Además, Aiden no es de los que hacen una fiesta por cada gol. Sus ambiciones van más allá de un solo partido, una actitud que tiene desde que era nuestro capitán en la Universidad de Dalton.

Así que me imagino que tampoco está celebrando, y eso espero, porque los huéspedes del hotel circulan por el pasillo y uno de ellos parecía especialmente interesado en mi cuerpo semidesnudo. Si me reconocen, comenzará la catarata de fotografías.

–¡Aiden! –Toco más fuerte de lo que debería y logro atraer más miradas todavía cuando se abren de nuevo las puertas del elevador para liberar otra oleada de huéspedes. Fantástico.

Estoy por llamar de nuevo cuando Aiden abre la puerta y me mira con curiosidad.

–¿Qué pasa?

Antes de que pueda contarle, el motivo de mi presencia allí sale de mi habitación y me busca por el pasillo.

–O sea… –Señalo a la chica y me abro paso a toda prisa hacia su habitación.

–¿Otra vez? –Aiden se ríe entre dientes y cierra la puerta. Tiene el teléfono en la mano y veo que estaba en una videollamada con su novia, Summer.

–Hola, Brooksy. –Me saluda a través de la pantalla y yo le devuelvo el saludo, sujetando la toalla un poco más fuerte, aunque Summer probablemente sea inmune, ya que ha visto demasiado desde que empezó a salir con Aiden a principios de este año. Nos volvimos grandes amigos y no hay nada que no haría por ella.

–Necesitas custodia, viejo –me dice Aiden–. Estoy seguro de que esas personas que estaban en el pasillo te tomaron una foto.

Me siento en su cama y dejo caer la cabeza hacia atrás en señal de derrota. Yo solo quería ser un jugador profesional de hockey, pero ahora siento que el sueño se me escurre entre los dedos. No me importarían la atención y las opiniones si pudiera librarme de la presión del rendimiento. Es un peso que me quita la capacidad de hacer la única cosa en la que siempre fui bueno.

–¿Eli nos acaba de interrumpir en medio del acto... virtual? –pregunta Summer.

–Todavía sigo dispuesto si tú lo estás. –Aiden se encoge de hombros y le sonríe al teléfono.

Yo que pensaba que la relación a distancia me daría un respiro de sus demostraciones públicas de afecto...

–Creo que lo dejaré pasar –se ríe Summer–. ¡Diviértete en la pijamada!

–¿Cómo hago para concentrarme en el partido cuando sé que esto va a ser noticia mañana a primera hora? –Dejo caer la cabeza entre las manos.

Aiden deja su teléfono en la mesita de noche y me lanza una mirada compasiva, la que pone cada vez que ocurre algo estúpido como esto.

–Qué suerte de mierda la tuya, amigo. No puedo creer que la gente se crea eso de "la joven promesa convertida en playboy".

Con ciertas dudas, había aceptado filmar un día en la vida de un novato de la NHL que se publicó en las redes del equipo y, en un giro inesperado, a los fanáticos les encantó y se volvió viral. No estoy seguro de si les gustaron los bloopers o si tal vez los inspiró mi rutina de ejercicios, pero en cuanto los medios descubrieron lo que les gustaba a los fanáticos, quisieron más. Y cuando cumplí los dos

partidos sin meter ni un gol, comenzaron a llover las críticas. Empezaron a menospreciar mi talento y a decir que yo estaba en el equipo gracias a los contactos de mis padres. Pasé de ser el novato entrañable al playboy rico cuyo único objetivo es acostarse con alguien.

–Es mi culpa. Debería haberles dicho que no a los de marketing. –Cuando el equipo de redes sociales se acercó con ideas para crear más contenido, debería haber rechazado la propuesta, pero acepté como un estúpido pensando que beneficiaría a mi imagen.

–Habrían encontrado la forma de convencerte. Necesitan llamar la atención, sobre todo después de la cantidad de seguidores que perdieron el año pasado.

–"Jugador de hockey guapo que no puede marcar un gol": ese será el próximo titular –digo y suspiro.

–Hiciste muchas asistencias. Créeme, pronto anotarás un gol. Solo necesitas un respiro. Algo que te quite la presión que sientes.

–Suena fácil, pero no todos podemos tener una Summer –murmuro.

–Es cierto –me concede y sonríe–, pero los medios solo me dejan en paz por su padre, que los cerraría antes de que pudieran intentar meterse conmigo.

El padre de Summer está en el Salón de la Fama de la NHL, y todos quedamos bastante deslumbrados cuando lo conocimos en nuestro último Frozen Four.

–Tal vez debería salir con él –bromeo.

–Suerte con eso. –Aiden se ríe y me lanza unos pantalones deportivos.

Cuando me estoy vistiendo, me vibra el teléfono. El entrenador me envió un mensaje. Es la sexta vez que me recuerda que mañana tenemos un evento. El equipo va a subastar citas con los jugadores.

–¿Vas a ir a la recaudación de fondos? –le pregunto a Aiden.

–Es obligatorio. Estarán todos los de la comisión directiva.

Genial.

***

Nuestro vuelo de regreso a Toronto esta mañana fue más tranquilo de lo esperado. No hubo más visitas sorpresa de fanáticos ni nuevos titulares. El hotel incluso se disculpó por lo de la mujer y dijeron que la habían dejado subir porque ella les había dicho que era mi prometida.

Al parecer, va a todos los partidos, ya sea que juguemos de locales o de visitantes. Su fanatismo sería digno de elogio si no fuera tan inquietante. Cuando entramos al salón, siento que el cuello de la camisa me ahorca.

–Relájate, hombre. –Aiden me da un codazo para que deje de jalarme el cuello–. Son solo unas horas y después nos vamos.

–Dices eso porque no eres tú al que están subastando.

La subasta se realiza todos los años y, como las que ofertan son mujeres mayores, al equipo de relaciones públicas le pareció una buena idea incluirme en la puja. O quizá solo me están haciendo pagar el derecho de piso...

Aiden se salvó usando a su novia como excusa.

–Estoy contigo, pero debes saber que harás muy feliz a la abuela de alguien. –Sonríe.

Pongo los ojos en blanco justo cuando se me acerca el entrenador; su sola presencia ya me da pánico.

–Westbrook. Un minuto. –Señala la barra.

No hace falta ser un genio para darse cuenta de qué se trata.

Cuando lo alcanzo, deja su teléfono en una mesa y en la pantalla se ve una foto de la chica de anoche saliendo del hotel en bata con mi cara debajo de otro titular:

El novato de los Toronto Thunder no guarda el silbato.

¿En serio? ¿Contrataron a un pasante para escribir esto?

–No suelo leer esta mierda, pero si el gerente general me pregunta por qué mi novato aparece más en las revistas que en la pista, no me queda otra opción.

Mierda. El gerente general, Marcus Smith-Beaumont, es el pesado entre los pesados. Si ha oído algo de esto, estoy seguro de que se volverá el tema de conversación de la comisión directiva, donde están todos los tipos que deciden si valgo el anticipo que me pagaron.

Cuando estaban a punto de contratarme, se rumoreaba que él estaba en contra de mi incorporación. No siempre seleccionan a dos jugadores de la misma universidad en un año, pero tampoco es algo tan extraño.

–Solo con los artículos sobre ti que han salido este mes, tienes para entretenerte un buen rato. –Su tono no es tan malo como debería, dado que estoy manchando mi imagen y eso a la empresa no debe gustarle–. Otro escándalo y otro partido en el que no metes

un gol. No sé cuántas conferencias de prensa más podemos aguantar si siguen pasando estas cosas.

El camarero me ofrece una bebida, pero la rechazo.

–Todo es inventado. No tengo ni idea de por qué le están dando tanta importancia.

–Porque eres popular. La gente quiere más contenido tuyo desde que tu video se volvió viral. Es una gran publicidad, pero no será bueno para tu carrera que te conviertas en el próximo playboy.

–No soy eso.

–Lo sé, pero a la liga solo le importa lo que crean los fanáticos. Tienes que mejorar en el juego y mantener tu cama vacía.

Me paso la mano por el cabello, me está empezando a doler la cabeza.

–Lo entiendo.

–Quítate ese peso de encima y yo ignoraré a la prensa. No hagas que la empresa se cuestione tu contrato. Eres un buen jugador, Eli, puedo dar fe de eso, pero necesito que tú lo demuestres.

Toma la bebida que yo había rechazado, la bebe de un trago y se va. El eco de su consejo y el tintineo de vasos vacíos me aturden. La presión me abruma.

Si me quedo aquí un segundo más, se me podría reventar la cabeza. No quiero arriesgarme, así que corro hacia la puerta doble, indicándole a Aiden que necesito un descanso.

Y tal vez una solución a todos mis problemas.

CAPÍTULO 2

Sage

Bailarina quebrada.

Suena un poco extraño.

–Retomaremos las audiciones en primavera. No necesitamos más bailarines para el cuerpo. –Aubrey Zimmerman atraviesa las puertas giratorias de vidrio a toda velocidad.

¿*El año que viene*? Eso significa que se acabó la temporada de ballet. Otra más. Otra pila de facturas sin pagar. Otro año que pasó.

Bailarina quebrada y fracasada.

La frase no funciona tan bien.

–Señor Zimmerman, vine para la audición de la reina de los cisnes.

O escucha la desesperación en mi voz o mi declaración es tan desconcertante que lo detiene en seco. Me concentro en su nuca calva, que brilla con la luz del sol. No es un viejo, pero se lo ve bastante amargado para alguien de treinta y tantos. Supongo que eso es lo que esta industria le hace a una persona. A veces siento que no estoy muy lejos de eso.

Cuando se da la vuelta, sus labios se curvan de un modo que me hace inclinar la cabeza para tratar de comprender su significado. Pero entonces el sonido que sale de su boca me desploma los hombros.

Aubrey Zimmerman se *está riendo* de mí.

–¿La reina de los cisnes? ¿Interrumpiste al director artístico del Nova Ballet Theatre para autoproclamarte protagonista de *El lago de los cisnes*?

Bueno, cuando lo dice así, suena ridículo. Pero incluso con el desdén que desprenden sus palabras, me mantengo firme. Viajé tres horas para llegar a esta audición. *Tres*. El hombre que estaba sentado a mi lado en el autobús tenía un resfriado que, sin duda, me contagió cuando me estornudó encima. Como prueba de ello, un escalofrío me recorre la columna vertebral, aunque puede que sea producto de la mirada gélida de Zimmerman.

–Sí –chillo. Espero que mi postura esté transmitiendo confianza, porque mi ánimo cayó a las profundidades del infierno.

Se ríe entre dientes.

–Cuando empiece a recibir órdenes de cualquiera, te lo haré saber. Pero gracias por hacerme reír. Realmente lo necesitaba.

Empieza a sonar su teléfono y atiende la llamada, ignorándome mientras murmura algo sobre no volver a hacer audiciones en los barrios bajos de Ontario. Huntsville era la única ciudad con una audición abierta (en Toronto solo puedes audicionar si te invitan), así que, si bien llegué dos horas antes, tuve que esperar en la fila que daba la vuelta a la manzana. Para cuando llegué a la puerta, dieron por terminadas las pruebas antes de lo previsto. No se molestaron en ofrecernos ninguna alternativa.

Me quedo mirando cómo se aleja. Estoy furiosa. Su cabeza calva y sus hombros rectos se me quedan grabados en la memoria. Sin duda será el nuevo demonio de mi parálisis del sueño. Algunos transeúntes me miran con lástima y no hacen más que empeorar la situación. Es la misma mirada que recibí de la asistente del director.

Nada pareció convencerla de dejarme hacer la audición, ni siquiera el relato de mi terrible viaje ni, desde luego, la historia de mi amor por el ballet desde pequeña, esa que me había conseguido una participación en una exhibición de invierno el año pasado, y esperaba que funcionara de nuevo. Pero esa exhibición se había realizado en escuelas secundarias y universidades. No era exactamente una gran producción.

Una mujer vestida con un blazer y una falda tubo me hace señas para que me detenga.

–Perdón –dice, y su voz me saca de mis pensamientos–. Creo que se te ha caído esto. –Me entrega una hoja de papel.

La tomo y veo mi nombre en letras negritas en la parte superior.

–Es mi currículum. La asistente dijo que podía dejarlo en recepción.

Ahí está otra vez, esa mirada compasiva.

–Lo encontré en el suelo, junto al contenedor de reciclaje.

Sus palabras se me clavan como un puñal en el corazón. Se me escapa un sonido a mitad de camino entre un aullido y un sollozo; sonrío para que no note la fuerza con la que me aferro al currículum.

–¿Sabes? –susurra, mirando con cautela a nuestro alrededor–, estas audiciones son solo una formalidad. La mayoría de las bailarinas que han contratado esta temporada son las que tienen muchos seguidores en las redes sociales.

Abro la boca en shock. ¿Eligen a los bailarines por la cantidad de seguidores? ¿Eso es ético?

–Pareces decidida, así que quería que lo supieras –dice antes de irse corriendo.

Sus palabras solo consiguen intensificar la sensación de que estoy condenada al fracaso. Mis noventa y tres seguidores son una broma. Si la contratación se basa en ese número, nunca me tendrán en cuenta para el papel. Me desespero, tiro el currículum arrugado a la basura y me dirijo a la estación de tren, conteniendo una ola de lágrimas que dejaré salir en la ducha esta noche.

Me suena el teléfono y, antes de atender, me sacudo los pensamientos depresivos.

–Tengo un trabajo para ti. –La voz llega a través del altavoz.

–¿Cuidar a los hijos de tus jugadores? Son lindos, pero una vez uno me mordió y todavía tengo la cicatriz en el dedo.

Después de graduarme, estaba desesperada por encontrar trabajo, y me llevé una sorpresa desagradable cuando entendí que un título en administración de empresas no garantizaba nada. ¡Viva la educación universitaria!

Entonces mi tío, que trabaja para la NHL, me hizo algunas propuestas para ayudar a su equipo de hockey durante la temporada. Entre ellas, ser niñera, cuidar perros y, una vez, hasta cocinar para el equipo.

Nunca volvió a convocarme para nada más.

–Esta vez no –se ríe–. Necesitamos una bailarina para la recaudación de fondos de esta noche. Nos acaban de cancelar y pensé que te gustaría poder hacer lo que amas.

Mi tío siempre apoyó mi carrera de bailarina. Cuando era más chica, temía mirar entre la multitud y confirmar que mis padres no estaban, pero siempre lo veía a él.

–Gracias, pero no me siento muy motivada…

–Son mil dólares por una actuación de treinta minutos.

Se me seca la garganta y se me traban las palabras. ¿¡Tres ceros por media hora de mi vida!? Podré estar desanimada, pero no soy estúpida.

–Allí estaré.

En este momento, mi única fuente de ingresos son las clases de danza que doy cerca de la universidad. Tampoco me va muy bien ahí, tengo muy pocos alumnos, porque ¿quién llevaría a sus hijos con una fracasada cuando puede conseguirles profesores experimentados que ya consiguieron numerosos papeles protagónicos?

–Te mando la dirección por mensaje.

Me pido un Uber, si no, no voy a llegar. Además, el dinero que ganaré lo justifica.

Nota mental: no dejes que un mal momento te arruine el día.

***

Horas más tarde, estoy inmersa en los susurros tras bambalinas y los ensayos de último minuto. Me quito la ropa y, con ella, me deshago del peso del rechazo de hoy. Apenas me pongo el leotardo y las zapatillas de punta, siento un hormigueo que me recorre todo el cuerpo mientras espero mi turno.

Las delicadas primeras notas del *Bolero* de Ravel llegan a mis oídos. Sigo a los demás bailarines hacia el escenario y me quedo en

mi posición en la segunda fila. Las siluetas del público se recortan bajo las luces que brillan en la madera pulida del escenario y, de repente, me entrego a lo único que me ayuda a escapar. Mis pensamientos desaparecen cuando me muevo en perfecta sincronía con los demás bailarines, imitando cada paso tal como aprendí hace solo una hora.

Tengo un talento peculiar para retener coreografías, y esa es probablemente la razón por la que mi tío estaba tan seguro de que podía hacer esto. Mi atención está en la música, pero mi mirada se pierde entre el público. Tal vez sea la niña de ocho años que hay en mí, pero cuando veo a mi tío a la izquierda del escenario iluminado por las luces, sonrío.

El grupo se reúne en un cuadro y, a medida que se acerca el final, nos sumergimos en *grand jetés* y *portée*; el escenario es una mezcla de tutús que giran y bailarinas en puntas. Los aplausos me devuelven a la realidad y, en algún lugar, de alguna manera, espero que Aubrey Zimmerman sepa que no me rendiré tan fácilmente.

Cuando se cierra el telón, las palabras de aliento y los choques de manos vuelan por el aire y me regalan la misma emoción que sentí a los ocho años, cuando descubrí el ballet.

Hasta entonces, mi único objetivo era asegurarme de que las tareas de la casa estuvieran terminadas y que mi hermano menor, Sean, tuviera todo lo que necesitaba. Supongo que eso significa ser muy madura para mi edad. Al menos, eso es lo que siempre me dijeron los adultos. Pronto empiezas a darte cuenta de que no es un cumplido. Es una maldición.

Pero si hay algo que nunca será una maldición, eso es el ballet.

Cuando era niña, siempre íbamos a una tiendita cerca de casa, era lo mejor del domingo, pero un día se convirtió en el comienzo del resto de mi vida. Recuerdo que el mostrador de la caja estaba repleto de revistas con caras famosas en la portada y chismes disparatados que escandalizan a las abuelas, pero ese día en particular, algo me llamó la atención. Bajo el polvo y los bordes deshilachados del envoltorio de plástico transparente, vi un póster. *El* póster. Misty Copeland estaba en la portada de la nueva producción de *El lago de los cisnes*, tan elegante y hermosa como siempre. Entonces supe, sin saber quién era ni qué hacía, que yo quería ser como ella.

Sigo teniendo ese póster colgado en la pared.

–¡Sage! –grita mi tío. Me doy vuelta y lo veo subiendo las escaleras detrás del escenario–. Sigue bailando así y estoy seguro de que te contratarán a tiempo completo.

Niego con la cabeza.

–No voy a robarle el trabajo a la pobre chica, tío.

–Puedo mover algunos contactos –me ofrece, con un destello de esperanza en los ojos, como cada vez que intenta ayudarme. Siempre sintió la obligación de cuidarnos a mi hermano y a mí, pero yo me niego. No somos su problema y no quiero que nos vea así.

–Mis audiciones van muy bien. Pronto conseguiré ese lugar en el National Ballet –miento.

Su sonrisa no llega a sus ojos.

–No dudo de ti ni por un segundo. –Le vibra el teléfono antes de que pueda silenciarlo–. Ve a cambiarte, mientras te busco algo para comer.

Le doy un rápido abrazo antes de salir corriendo detrás del escenario.

Ya con la ropa de gala puesta, en la mesa de mi tío encuentro un plato esperándome lleno con todas mis cosas favoritas. Recién cuando estoy comiendo el segundo, recuerdo que tengo que llamar a Sean.

Mi hermano menor está en un colegio pupilo a pocas horas de distancia. No le fue fácil la adaptación, pero le prometí que lo llamaría todas las noches. Me disculpo y me voy de la mesa. Busco un rincón tranquilo, pero con la subasta en marcha, es imposible.

Afuera, la lluvia ha traído una brisa que se cuela por la seda negra de mi vestido y me refresca la piel. Es el único vestido bonito que tengo, así que no me quedó otra opción más que ponérmelo. Nadie tiene por qué saber que es el vestido que usé para la fiesta de graduación del secundario. Y también de la universidad.

El teléfono me da tono un par de veces antes de que vaya al buzón de voz. No puedo evitar la punzada de decepción que me atraviesa el corazón. Ya llevamos dos días sin hablar, y las dos veces fueron porque estoy ocupada. Entonces, le envío un mensaje de texto:

> ¿Soy la peor hermana del mundo? Te llamaré mañana temprano.
> Lo prometo. Te echo de menos.

Contemplo el cielo oscuro y trato de no sentir lástima por mí misma. En ese momento veo a una pareja discutiendo en un rincón. Su cercanía sugiere que están manteniendo una conversación

íntima, pero el chico da un paso atrás, su postura es rígida y un poco agresiva.

–No me interesa –dice.

Es asertivo, pero no tanto como para alejar a la chica. Ella parece completamente ajena a su incomodidad.

Sin duda, no son pareja.

–Es cuestión de tiempo –dice ella con mucha determinación.

–Mira, Lana, ¿no? –Ella debe haber asentido, porque él continúa–: Pareces una buena chica, pero no te conozco, y que te aparezcas en el hotel y vengas a eventos de trabajo no me ayuda.

Ella se ríe. Es bonita y probablemente le gustaría a la mayoría, pero este chico se queda ahí parado como una estatua. Su traje oscuro sugiere que trabaja con los Toronto Thunder, pero su altura y su físico estarían desperdiciados si no fuera un atleta.

–No puedo seguirte el juego mucho tiempo más –ronronea la chica. Parece que no entiende las indirectas.

–¿Ese juego incluye aparecer desnuda en mi habitación de hotel?

Mis ojos se abren de par en par y reprimo un grito ahogado; me pone tensa estar escuchando a escondidas una conversación tan embarazosa.

Pero Lana no debe haberme oído, porque exclama:

–¿¡En serio me estás rechazando!?

Casi grito: "¡Síííí!", pero atrapo la palabra antes de que se me escape, apenas logro contenerme para no interferir. Sin embargo, cuando él inclina la cabeza y sus hombros se hunden, mis piernas me impulsan hacia delante.

La confrontación claramente no es el punto fuerte de este chico. Por suerte, sí es el mío.

Pero en ese momento las puertas se abren con un chirrido y aparece un hombre vestido de negro con un auricular.

–Eli, sales en cinco minutos –le dice, haciéndole señas para que entre al salón.

Me quedo quieta y Eli suspira aliviado. Pasa junto a la chica y centra su atención en mí una fracción de segundo, como si se hubiera dado cuenta de que los había estado escuchando a escondidas, y desaparece dentro. Lana observa su retirada con fuego en los ojos y, cuando su mirada se posa en la mía, doy media vuelta y atravieso las puertas también.

Cuando me dejo caer en el asiento, la subasta ya comenzó, y mi tío se levanta para ir al baño. Miro a la derecha y me ahogo con saliva.

Aiden Crawford está sentado en mi mesa… o yo en la suya. En cualquier caso, estoy como loca. No por mí, sino por Sean, porque no va a creerme cuando se lo cuente. No soy muy fanática del hockey, pero por cómo mi tío elogia a Aiden Crawford y por la camiseta con su nombre que Sean quiere para su cumpleaños, sé que es alguien importante.

–¿Estás bien? –me pregunta con su voz grave, lo que me obliga a mirarlo de nuevo y veo que me está ofreciendo un vaso de agua. Asiento demasiado vigorosamente y bebo el agua para esconderme–. Eres Sage, ¿verdad? Marcus nos dijo que su sobrina bailaría esta noche. Yo soy Aiden.

Extiende una mano y se la estrecho, tratando de aclararme la garganta.

–Mi hermano es un gran admirador.

–¿Sí? –Sonríe–. Bueno, puedo conse... *Mierda.*

Alzo la cabeza y cuando miro a Aiden, veo que él está mirando detrás de mí. Sigo su mirada y veo a Lana, la chica que estaba discutiendo fuera, con una paleta de subasta. Está más feliz que hace unos minutos.

–A continuación, amigos –la voz del subastador atrae mi atención y miro el escenario–, tenemos una cita con el defensor de los Toronto Thunder, Elias Westbrook. Preparen esas palas de subasta y veamos quién será la afortunada ganadora.

Me sorprende ver al chico de afuera de pie en el escenario, con la mandíbula apretada y la postura rígida. Está claro que no está haciendo esto por voluntad propia.

La voz del subastador atraviesa la sala, fuerte y eufórica:

–¡Que comience la subasta! ¿Quién está lista para una noche inolvidable con Elias?

–¿Sage? ¿Qué te parece si me haces un favor? –me dice Aiden de repente.

Aparto la mirada de Elias y veo la sonrisa tímida de Aiden. ¿Qué favor podría hacerle a Aiden Crawford?

–Depende de qué –digo con cautela.

–Va a sonar loco, pero necesito que superes su oferta. –Señala a Lana y mis ojos se abren como platos. Me entrega una paleta y escribe algo en su teléfono. Es una suma. Una suma muy alta.

–Y-yo –tartamudeo, estupefacta, aunque la solicitud es razonable, teniendo en cuenta lo que vi fuera.

Sus ojos verdes se clavan en los míos.

–Mira, le prometí a Eli que lo apoyaría, y esa chica no puede ganar la cita. Ella...

–Se metió en su habitación de hotel –termino la frase por él–. Los escuché fuera –aclaro.

Sus hombros tensos caen.

–Bien, entonces sabes que no sería bueno que ganara. Yo no puedo ofertar porque soy parte del equipo. Pero tú podrías hacerlo. ¿Qué dices? Te pago.

Jugueteo con la paleta mientras Lana grita:

–¡Dos mil!

¿Dijo *dos*? ¿*Miles de dólares*? Ahora la cantidad que escribió Aiden tiene más sentido. Sin embargo, no estoy segura de que mi boca pueda realizar la función motora necesaria para decir ese número en voz alta.

En otra mesa, dos mujeres mayores susurran con las paletas en la mano como si se estuvieran preparando para la guerra.

–Dos mil doscientos –dice otra persona.

Un rastro de alivio enfría mi pánico y me giro hacia Aiden.

–Alguien más podría superar la oferta de Lana. Parece bastante codiciado –digo, desesperada por una escapatoria.

–Ojalá, pero si no, necesitaré que tú hagas una oferta.

–¡Dos mil quinientos! –grita otra, y dos damas igualmente ansiosas hacen ofertas superadoras. Cada cifra me deja con la boca abierta y me sudan las palmas cuando me doy cuenta de que tendré que levantar mi paleta muy pronto.

El subastador repite el número, mientras recorre el salón con la mirada en busca de más.

–Dos mil ochocientos. –La suave voz de Lana transmite una autoridad que hace que otras mujeres se aparten. *Oh-oh.*

–¡Guau! Dos mil ochocientos dólares, damas y caballeros. ¿Podemos superar eso?

Elias está allí de pie, con un aire de confianza, el cabello oscuro perfectamente peinado y su figura musculosa enfundada en un traje costoso. No es ningún misterio por qué estas mujeres gastarían dos mil dólares por una cena con él.

Sin embargo, no puedo ignorar la sutil rigidez de su cuerpo. Se las arregla para mirar hacia delante, haciendo todo lo posible por no ver a Lana, que está muy segura de sí misma.

–Dos mil ochocientos a la una…

Aiden empuja mi pala y yo trago saliva, buscando una excusa.

–Ni siquiera lo conozco –susurro.

–Dos mil ochocientos a las dos…

–¿Por favor? –Aiden me lanza una sonrisa asesina con sus dientes derechos. Me muerdo el labio. Maldita sea, sí que es bueno.

Suspiro. Sean me mataría si me niego a ayudar a su ídolo. Levanto el brazo de golpe y grito:

–¡Cinco mil!

Elias Westbrook me clava la mirada. Fuerzo una sonrisa temblorosa mientras más gente se voltea a verme. No puedo apartar la mirada de esos ojos castaños profundos que me observan con curiosidad y un dejo de reconocimiento.

El subastador da tres vueltas por la habitación antes de golpear el mazo.

–¡Vendido a la hermosa mujer de negro!

Gané. Mierda, *gané*.

CAPÍTULO 3

Elias

No ganó una abuela.

Aiden viene hacia mí cuando bajo del escenario.

–Estuve bien, ¿eh? –me dice.

¿Bien?

Tiene el cabello castaño recogido, un rizo suelto enmarca su rostro en forma de corazón y sus ojos color avellana. Echa vistazos a su alrededor como si se sintiera fuera de lugar (ya somos dos) mientras se muerde el labio inferior. Mi mirada se desvía hacia su postura perfecta y la tela sedosa de su vestido negro, sujeto por dos tiras finas.

Nunca antes me había fijado en algo así en una chica, pero su posición erguida le estiliza el cuello y la hace parecer elegante incluso cuando está sentada.

Entonces sus ojos brillantes encuentran los míos y de inmediato desvío la mirada, porque no debería estar observándola.

Hacía cuatro años, tal vez cinco, que no me fijaba en alguien, y esta chica perfectamente recatada y correcta no debería llamarme tanto la atención. Nadie había conseguido romper esa racha, ni

siquiera en la universidad, donde vivía de fiesta en fiesta. Pero siento la boca seca.

–¿No había otra persona?

–Si quieres quejarte, puedo llamar a tu admiradora no tan secreta. –Aiden resopla.

Niego con la cabeza, sin ganas de mirar a Lana, que seguramente está furiosa.

–Deberías agradecerle. Te hizo un favor –me recuerda.

Reticente, me dirijo hacia la mesa, con el corazón acelerado. Veo que Marcus Smith-Beaumont está sentado al lado de la chica y se mueve en su silla para darle una rebanada de pastel. Me quedo petrificado.

No puede ser que haya conseguido una cita con alguien que conoce al hombre que más me desprecia. Lo he estado esquivando durante todo el evento y, después del sermón que me dio el entrenador hace una hora, sé que si Marcus Smith-Beaumont me ve, me va a dar otro. Pero el suyo no será tan amable.

Me doy la vuelta y me dirijo hacia la terraza, pero me detiene nuestro portero, Socket, que acaba de bajar del escenario después de su propia subasta. Una mujer mayor lo mira entusiasmada, supongo que es su cita. Él la saluda y le guiña un ojo.

–¿A dónde vas, Westbrook?

–A tomar algo. –Me aclaro la garganta.

Alza una ceja, pero afortunadamente no me hace más preguntas, y yo puedo salir a tomar un poco de aire. El camarero viene con una bandeja de bebidas y opto por agua. Necesito enfriar lo que sea que esté sucediendo en mis entrañas.

Bebo el agua helada con los antebrazos apoyados en la barandilla cuando alguien me da unos golpecitos en el hombro. Me giro y me encuentro con el mismo cabello castaño, la misma cara en forma de corazón y los mismos ojos color avellana que me llamaron la atención hace un rato.

Sonríe.

–Hola, soy Sage Beaumont.

¿Beaumont? Mierda. ¿Marcus es su *padre*? Voy a matar a Aiden.

Miro su mano extendida como si tuviera alguna enfermedad, pero la deja allí un rato incómodo esperando a que la estreche.

–¿Prefieres chocar los puños? –ofrece, cerrando los dedos, como si yo tuviera cinco años y todavía no hubiera aprendido a dar la mano. Aún no logré girarme del todo hacia ella, mi torso se retuerce torpemente y las palabras se me quedan atrapadas en algún lugar de la garganta.

Mi agente, Mason, debe de haberme seguido, porque viene a rescatarme antes de que pueda encontrar mi voz. Está observando a Sage, calculando y evaluando todo.

–Soy Mason, ¿y tú?

Su sonrisa se desvanece y alterna la mirada entre nosotros.

–¿En serio? ¿Tiene que hablarme tu asistente?

–Su agente, en realidad. –Mason da un paso adelante y ella resopla incrédula.

–Bueno, Mason, ¿puedes decirle a tu cliente que no lo hice por él? –dice–. Su amigo me lo pidió, y resulta que mi hermano pequeño es fan de Crawford. Así que no me debes nada, menos que menos una cita, Elias.

Sus palabras son cortantes, pero la forma en que dice mi nombre es como un dardo que da en el blanco. Nadie me llama Elias, ni mis amigos, ni los fans, y mucho menos alguien que me acaba de conocer.

–Es Eli.

Se queda helada y me mira.

–¡Habla! Ha ocurrido el milagro –exclama–. Bueno, Mason, parece que te quedaste sin trabajo.

Mason no se ríe, pero yo sí. Me lanza una mirada disgustada, luego mira a Sage y se da vuelta para irse. Supongo que llegó a la conclusión de que la amenaza está neutralizada, porque Sage no parece el tipo de mujer que me pondría en un titular mañana por la mañana.

–Gracias –digo finalmente.

–No hay nada que agradecer. No lo hice por ti, ¿recuerdas?

Ella está a punto de irse y me siento un idiota.

–Pero igual te debo una cita. –No estoy seguro de por qué lo digo, y ella debe estar pensando lo mismo, porque frunce el ceño confundida.

No quiero que piense que soy un idiota, no solo porque le tengo miedo a Marcus, sino porque hizo algo bueno por mí.

–No, gracias. Ya no me gustan los jugadores de hockey, y tú me acabas de recordar por qué. –Sus palabras son dulces, pero el insulto me llega igual.

–¿Has salido con un jugador de hockey?

–Ojalá pudiera decirte que no –murmura–. En serio, no me debes nada.

–Pero es por caridad. –*¿Por qué sigo insistiendo?*

–Está bien, puedes agendar tu número en mi teléfono –accede, su paciencia parece una cuerda deshilachada.

Con su móvil en la mano, me doy cuenta de que estoy metido hasta el cuello en esto, pero igual guardo mi número.

–Nos vemos, Elias.

Esta vez no la corrijo y ella desaparece. Para escapar del dolor de estómago, reviso mi teléfono, que está lleno de mensajes del chat grupal. Dejar la universidad para ir a la NHL fue un gran cambio. Aiden y yo firmamos con el Thunder en noviembre, tuvimos tiempo de terminar todos nuestros cursos un mes antes del final del semestre de primavera y nos fuimos de Dalton hace unas semanas, aunque no se nota, a juzgar por la cantidad de mensajes de texto que recibimos de nuestros amigos que siguen allí.

Patrulla conejo

Dylan Donovan

Otra chica en la habitación de Eli?
Estoy impresionado.

Aiden Crawford

No está contento.

Kian Ishida

Nadie se cuela en la habitación de Aiden.

Dylan Donovan

Probablemente porque le tienen miedo a Summer.

Kian Ishida

No me molesta. Las fans de Eli encontraron mi cuenta.

Dylan Donovan

Kian nunca había visto tantas mujeres en sus dm.
Hasta lo escuché reírse anoche.

Aiden Crawford

Bien. Puedes dejar de enviarle mensajes de texto a mi novia a cada minuto.

Kian Ishida

Para tu información, Sunny era mi amiga antes de ser tu novia.

Dylan Donovan

Quién vota a favor de resucitar Patrulla conejo 2.0?

Sebastian Hayes

Sí

Cole Carter

Sí

Aiden Crawford

Sí

Eli Westbrook

Sí

Kian Ishida

Ahora respondes?!

Cuando Kian se enteró de que teníamos un chat grupal sin él (la idea fue de Dylan y le pusimos Patrulla conejo 2.0), se angustió, así que lo eliminamos y prometimos no volver a crear otro.

Dylan y Kian están en el último año y no fueron seleccionados, así que, para no quedar sueltos, se están tomando su tiempo para terminar sus carreras. Ninguno de los dos ha decidido dónde jugará al hockey después, ni siquiera saben si seguirán jugando. Sebastian y Cole están en tercer año y, aparte del hockey y las fiestas, no les importa nada más, lo que es normal en los jugadores de hockey de la NCAA.

El hielo de mi vaso de agua se ha derretido en este tiempo y, cuando vuelvo a entrar para organizar la huida, mi teléfono parpadea con un mensaje de texto del banco.

La transferencia que hago todos los meses se ha realizado con éxito, y el nombre que aparece en la pantalla aumenta el peso sobre mis hombros. No es el dinero lo que me molesta, es el recordatorio de la persona que lo recibe lo que me provoca este nudo de angustia en el estómago.

A ese sentimiento se le suma la culpa que siento cuando leo los mensajes de aliento de mis padres después del partido de anoche. Otra asistencia fácil y nada de lo que enorgullecerse, pero me alientan como si hubiera ganado yo solo la Copa Stanley.

Mis padres no miran los tabloides, así que no me preocupa que hayan leído algo tremendo. Cuando aparecieron los primeros titulares exagerados, me llamaron de inmediato y tuve que explicarles que los medios solo intentaban inflar el asunto. Fue una llamada incómoda, pero mejor eso a que crean que me acosté con medio Toronto en unas pocas semanas.

Me llega otro mensaje de texto. Es Aiden, dice que es hora de largarnos. No pierdo ni un segundo y me dirijo directamente a la puerta.

CAPÍTULO 4

Sage

–¡Cinco minutos! –La voz estridente del asistente me saca de mi concentración justo cuando las luces se encienden una a una. El resplandor ataca mis ojos exhaustos y me obliga a entrecerrarlos; siento como si se me hubiera reiniciado el cerebro. El resto de los bailarines sube al escenario para el primer acto.

Maldiciendo en voz baja, respiro hondo y vuelvo a atar las cintas de raso de mis zapatillas de punta por tercera vez. Una tarea natural a estas alturas, que prácticamente hago de manera automática, pero hoy tengo la cabeza en cualquier lado. Para ser específica, en el número que tengo guardado en el teléfono esperando a que lo llame.

Elias Westbrook podría ser el primer tipo que no pude descifrar, y eso me carcome. Hasta ahora, determiné que es ligeramente obsesivo-compulsivo, que tiene la casa ordenada y un lugar específico para cada cosa. Hasta para esas tiras de plástico que cierran el pan lactal. Probablemente tiene una rutina estricta que sigue al pie de la letra y desayuna lo mismo todos los días. Algo así como avena.

Pero hay una mirada en él que me dice que, si lo hubiera conocido en otro momento de su vida, mi apreciación habría sido incorrecta. Ahí es donde choqué contra un muro de ladrillos en mi análisis casi psicótico y ahora hay una parte muy curiosa de mí que quiere indagar hasta descubrir todos sus secretos.

Tal vez tengo una tendencia a querer pelar las capas de la gente que me resulta intrigante. Se debe en parte a mis propios misterios. ¿Problemas con papá? ¿Problemas con mamá? ¿Complejo de hija mayor? Elija el que desee.

Han pasado dos días desde la recaudación de fondos y el novato sigue estando en el primer plano de mi mente. Pero ya aprendí mi lección sobre los deportistas cuando salí con Owen Hart.

Con Owen nos conocimos cuando yo estaba en primer año y salimos juntos hasta mi último año en el Seneca College de Toronto, cuando lo llamaron para jugar en el equipo de reserva de los Vancouver Vulture's. La segunda mitad de nuestra decepcionante relación fue a distancia.

Owen quería que fuera con él a Vancouver, pero yo no iba a alejarme de Sean. Así que decidí estudiar en una universidad local barata después de pagar el primer año de Sean en York Prep. Cuando mi tío se enteró de que había entrado en la Universidad de Toronto, se ofreció a pagar la educación de los dos. No podía permitirle que me pagara a mí, pero ni siquiera mi terquedad me permitió rechazar su oferta de ayudar a Sean. Gracias a su ayuda pude quedarme en los dormitorios de la universidad en lugar de tener que gastar hasta el último centavo para pagar una vivienda fuera del campus.

Ese último año de relación con Owen fue el punto de quiebre, porque se volvió autoritario y controlador al vivir lejos. No le gustaba que le dedicara tiempo al ballet ni a mi hermano. Ah, pero su dedicación al hockey le parecía muy razonable, aunque no lo convocaran. Él es la razón por la que no hice amigos en la universidad durante nuestra relación intermitente. Mi compañera de habitación pidió un traslado por tener que oírnos pelear por teléfono todas las noches.

Rompimos hace solo unos meses, y aunque puede parecer algo reciente, cada célula de mi cuerpo quiere seguir adelante. No diría que todavía estoy atravesando la ruptura, pero tal vez un terapeuta señalaría que llorar en la ducha todas las semanas indica lo contrario. Pero no lloro por él.

Así que salir con alguien que, francamente, es el chico más sexy que jamás tuve agendado en el teléfono, me parece una buena idea.

–Date prisa, Beaumont –me apura el director.

Salgo del ensueño y, con las zapatillas de punta bien puestas, me pongo en la fila con el resto de los bailarines. Como solista, he asumido todos y cada uno de los papeles para mantenerme activa. Así que, cuando mi antigua profesora de ballet me invitó a participar como Titania en la presentación anual de *Sueño de una noche de verano* que hace su compañía, no pude negarme. Hoy es el primer día de los espectáculos escolares que utilizamos como ensayo antes de la gran noche. No es nada muy elegante y no me pagan, pero me ayuda a mantenerme motivada.

Con la mirada fija en el horizonte, espero mi señal mientras dos de los bailarines principales, que actúan como Hermia y Lysander, completan su variación. Entonces lo veo.

Marcus Smith-Beaumont está sentado entre el público, observando la obra con una tierna sonrisa y un brillo de orgullo en los ojos que me hace luchar contra el ardor en los míos.

La aparición de Titania, la reina de las hadas, es etérea y se ve favorecida únicamente por el uso que hace la obra de una poción de amor que la enreda en un hechizo y la hace enamorarse de Bottom, un personaje con cabeza de burro. Nuestro *pas de deux* es romántico, a pesar del disfraz de burro que lleva puesto y que provoca las risas del público. Respiro agitada mientras hacemos nuestros últimos movimientos en el baile del conjunto. Cuando termina el acto, se cierra el telón.

Miro el resto de las actuaciones en el monitor del *backstage*, ansiosa por quitarme el incómodo vestuario que por algún motivo empeora mi dolor de cabeza. Cuando uno de los bailarines me ofrece un ibuprofeno, lo tomo. Cuando termina el espectáculo, todos regresamos al escenario para saludar.

La directora asoma la cabeza en mi camerino compartido cuando por fin nos quitamos los ajustados trajes.

–Toma un poco de agua, luego haremos el repaso –me dice.

Me desato el pelo, me quito un poco de maquillaje y lo que queda de los brillitos que tenía en la cara, y me dirijo hacia donde repasamos la obra.

La falta de fraseo musical, de expresión y de coordinación parecen ser los temas de la crítica constructiva de hoy.

–Sage, necesito que elijas una emoción y te ciñas a ella. Puede ser hipnotizada, enamorada o juguetona, tú decides. –Avanza rápidamente y yo hago una nota mental para corregirlo la próxima vez.

Salgo arrastrando los pies por las puertas de metal hacia el aire cálido de la tarde y veo a mi tío junto a su auto al final del estacionamiento. Cuando lo alcanzo, me abraza con alegría. En momentos como este no pienso en un universo alternativo donde toda mi familia estaría entre el público, alentándome y esperando con flores. La ausencia es tan cruda que ni siquiera imaginar un escenario idílico me sirve para distraerme de ella.

El recuerdo que últimamente ronda mis pensamientos antes de dormir es de cuando tenía catorce años. Había aceptado un trabajo no tan legal de lavaplatos en el café local para ayudar a pagar mis lecciones de ballet, y escondí el dinero debajo de mi cama. Justo cuando había ahorrado lo suficiente para un nuevo par de zapatillas de punta que no me provocaran ampollas en los dedos de los pies en cada *plié* y un leotardo que realmente se ajustara a mi cuerpo en crecimiento, todo desapareció, junto con mis padres. Solo quedó la decepción oprimiéndome el pecho y una caja de cartón polvorienta.

–Estuviste increíble. Mejor que nunca –me dice mi tío.

–Siempre dices eso.

Se ríe, encogiéndose de hombros.

–Había algo diferente esta vez. Como si quisieras demostrar algo. –Su mirada prácticamente me atraviesa como un láser.

Me concentro en las manchas de sombra de ojos azul que tengo en los dedos. Para escapar de la conversación sobre si mi vida se está desmoronando, tomo el teléfono y me disculpo. No sé si lo que me mueve es la imprudencia o el impulso, pero llamo al número que estuvo rondando en mi cabeza todo el día.

La línea suena un par de veces y, cuando finalmente alguien responde, no es el novato.

–Hola, ¿puedo hablar con Elias? –digo torpemente.

–¿Quién es? –pregunta una voz gutural al otro lado, y siento que la reconozco. Suena brusco y agotado, como si hubiera estado respondiendo llamadas todo el día y lo hubiera llamado después de una particularmente mala.

–Sage –respondo–. Elias me dio este número en la recaudación de fondos.

Hay una pausa y se oyen algunos movimientos.

–La subastadora. Sí, soy Mason, su agente.

Me invade la irritación. ¿Me dio el número de su agente? Tiene que ser una broma. Insistió con la cita y luego aplastó la chispa de esperanza que tenía en él.

–¿Puedes pasarle el teléfono? –murmuro.

–No. Está entrenando en el estadio. No tienes suerte, querida. –La respuesta condescendiente me rechina en los oídos–. Puedo enviarle un mensaje de texto y coordinar una llamada si quiere responder.

–No, no te preocupes. –Cuando cuelgo, siento un fuego debajo de las costillas. Me giro hacia mi tío, que está de pie junto a su auto–. ¿Me llevas?

Es obvio que le sorprende, porque siempre insisto en tomar el autobús. Cuanto menos dependo de la gente, menos me decepciona.

–Claro, pero antes tengo que pasar por el estadio –dice rápidamente.

Sonrío.

–Me imaginaba.

Conduce al ritmo de la música que suena en una vieja estación de radio y, muy pronto, puedo ver el estadio azul y blanco iluminando el

centro de la ciudad.

Cuando aparca en el estacionamiento subterráneo, me mira y me dice:

–¿Qué quieres hacer? ¿Me esperas aquí o subes conmigo?

–Subo. Quiero ver al equipo. –Y a cierto jugador...

Tomamos el ascensor y nos dirigimos directamente a la oficina de mi tío. Mientras él analiza un documento, yo finjo interés por las noticias que tiene enmarcadas en la pared: las victorias de la Copa Stanley de los Thunder, los artículos de la liga de hockey juvenil de Sean y mi primera crítica de ballet. Mi tío se gira hacia su computadora, así que me acerco lentamente a la puerta.

–El baño está acá a la vuelta, ¿verdad?

Asiente con la cabeza, sin prestarme demasiada atención, así que salgo de su oficina y camino por el pasillo.

Con determinación, me dirijo hacia el vestuario donde los chicos se están cambiando después de la práctica. Los pasillos están desiertos y no veo a ningún guardia de seguridad. Entro corriendo. Me topo con un par de chicos desnudos, que se asustan con mi repentina llegada, y ni siquiera esa escena puede hacerme perder el equilibrio.

Solo reconozco a Socket, el portero, que me mira boquiabierto. No me molesto en examinar más a fondo el lugar porque de inmediato localizo el pelo largo que tiene en la base del cuello y los hombros inconfundiblemente anchos de mi presa. Está demasiado ocupado hurgando en un bolso como para notar mi presencia.

–Tú. –Le señalo la espalda desnuda, pero cuando se da la vuelta, me doy cuenta de que no estaba preparada para su pecho mojado. Las gotas de agua se deslizan por su piel suave y, en una especie de

trance, me quedo embobada viendo cómo descienden por el sendero que forman sus abdominales hasta empapar la toalla que tiene enroscada alrededor de la cintura.

De alguna manera, logro levantar la mirada hacia un sitio más apropiado, como su rostro, pero su cabello mojado pegado a la frente, sus cejas cuidadas que se curvan suavemente sobre los ojos y su nariz angosta, perfecta y sin ningún rasguño –algo muy raro para un jugador de hockey–, me provocan el mismo efecto.

Su mirada se derrite sobre mí. Solo la aparta para mirar por encima del hombro a sus compañeros de equipo, que también están semidesnudos mirando el dedo que lo señala. El silencio se acerca poco a poco a la incomodidad.

Cuando por fin recupero la voz, lo enfrento:

–¿Así que Mason hace todo tu trabajo sucio?

–¿Qué? –Junta las cejas oscuras.

Increíble.

–Tu agente. ¿Agendaste su número en mi teléfono porque te daba miedo rechazarme como se debe?

Sus compañeros de equipo hacen sonidos de desaprobación; a algunos los conozco por mi tío o por mis empleos temporales.

Elias se frota la nuca torpemente y eso lanza una fría sensación de satisfacción al fuego que arde bajo mis costillas. La parte de mí a la que le molestaba que ni siquiera recordara mi nombre desaparece al verlo hacer eso.

–¿Podemos hablar fuera? –dice.

Asiento, porque entiendo que estar medio desnudo con una audiencia igual de desnuda no es el mejor escenario para una discusión. Aunque yo no tengo reparos.

Salgo al pasillo rogando que mi tío no me vea.

Me dirijo al dispensador de agua y, mientras bebo un sorbo, escucho que me dice:

–Tienes todo el derecho de estar enojada, Sage.

Me seco la boca y lo veo acercarse. Tiene puesta una camiseta azul oscuro de Thunder que le marca el pecho y los bíceps, lo que capta toda mi atención y me ralentiza el pensamiento.

–¿Recuerdas mi nombre?

–No seas ridícula. –Me mira sin expresión–. Lamento haberte dado el número equivocado. Estaba estresado y, como sabes, no estoy teniendo suerte con las mujeres.

Cuando se aparta el cabello húmedo que se le pegaba a la frente, comienzo a trazar un mapa de su rostro. Sus ojos color café, su nariz recta y su labio inferior más carnoso que el superior se combinan sin esfuerzo. Es imposible no mirarlo. Qué pena que obliguen a los jugadores de hockey a llevar cascos que impiden que les veamos las caras. Tal vez debería iniciar una petición.

–Y soy muy cauteloso. Siempre doy su número.

De pronto me siento fatal por haberlo atacado, solo cuidaba su seguridad. No sigo el hockey tanto como Sean, que sabe todo sobre los jugadores y su historia, así que esto está fuera de mi área de *expertise*, que tampoco es muy grande que digamos.

–No voy a acosarte –respondo por fin.

–No pensé que fueras a hacerlo, pero es un hábito. –Saca el teléfono del bolsillo de los pantalones–. Toma. Marca tu número y llámate.

Ya estoy retrocediendo. Esto es tan vergonzoso… Hacer que un chico me tenga lástima y luego intimidarlo para que me dé su

número es un nuevo récord de bajeza.

–No es necesario. Lo entiendo, no quiero entrometerme.

–Quiero tu número y que tengamos esa cita.

Eso dijo la última vez.

–¿Seguro de que no es un teléfono descartable?

No se ríe, pero me da su teléfono. Riendo entre dientes, marco mi número y me llamo.

–No se lo des a cualquiera –comento–. A menos que sea alguien realmente atractivo.

–Pensé que no te gustaban los jugadores de hockey.

–Parece que he hecho una excepción.

Levanta la vista del teléfono con una sonrisa de lado.

–Somos dos.

CAPÍTULO 5
Elias

Faltan unas semanas para que el mundo del hockey entre en el frenesí de la preparación para los *playoffs* de la Copa Stanley, y nadie esperaba que los Toronto Thunder clasificaran después de la mala temporada del año anterior. La presión es alta. A Mason lo atrajo mi promedio de goles en la Universidad de Dalton (fue uno de los más altos de la NCAA) y no es ningún secreto que los Thunder contaban con mi capacidad para anotar. Pero ahora todo eso parece muy lejano y las miradas pesan sobre mí.

Para mi sorpresa, aunque existe una posibilidad muy real de que consiga un pase, no estoy pensando en la final. Estoy pensando en el mensaje de texto que le envié a Sage a principios de esta semana sobre nuestra cita. Nada bueno puede salir de invitarla a salir, aunque técnicamente lo hacemos como una obra de caridad. Pronto se convertirá en otro nombre en mi historial público. Pero mantengo mi palabra y espero no volver a decepcionarla. Mason me ayudó a planear una cita y ella aceptó.

–Te ves bien –me dice Aiden mientras se dirige a la cocina. Abre el refrigerador para tomar un cartón de jugo de naranja y luego se me

queda mirando mientras me pongo los zapatos junto a la puerta principal.

–Voy a salir. No me esperes despierto.

Se atraganta con el jugo y se da un puñetazo en el pecho.

–¿Salir?

–Con Sage –le aclaro. Me mira con una sonrisa cómplice. Pongo los ojos en blanco y me voy antes de que empiece a regodearse.

El restaurante queda cerca y, cuando subo, la camarera me lleva a un sector vacío.

Cuando mi reloj marca las seis y media, la camarera me mira con compasión; estoy seguro de que no va a venir, pero en eso escucho el sonido del ascensor.

Sale Sage. Lleva una blusa lavanda sencilla y unos jeans negros, mientras que mi camisa abotonada y mis pantalones de vestir delatan que me he esforzado. Es cierto que pasaron algunos años desde mi última cita, pero no pensé que estuviera tan oxidado. Hay un fuerte contraste entre mi energía nerviosa y su confianza contagiosa.

Cuando finalmente me ve, sonríe radiante, con una liviandad que me dice que no me guarda rencor. Sería fácil para ella archivarme con todos sus estereotipos de hockey porque no hice mucho para refutarlos.

Examina el restaurante y la vista de la ciudad que se extiende debajo de nosotros. No logro descifrar si está impresionada o qué.

¿Quiero impresionarla?

Su mirada se posa primero en mi ropa y luego en mi rostro.

–¿Dónde están todos?

–¿Quiénes?

–Los otros comensales –dice, inclinándose hacia un lado para mirar detrás de una pared como si estuvieran escondiéndose de ella. El restaurante giratorio rota trescientos sesenta grados cada setenta y dos minutos. Es el más alto del mundo y la comida es excelente. Es imposible conseguir una reserva de último momento, pero con la ayuda de Mason, lo logré.

–Somos solo nosotros –le explico.

–Claro, porque seguro que alquilaste el lugar, ¿no? –Se ríe, pero su sonrisa desaparece rápidamente cuando nota mi expresión en blanco–. ¿En serio?

Me encojo de hombros.

–Pensé que sería más cómodo para los dos.

–¿Por qué? Dudo que a alguien le importe tanto. –Me juzga con la mirada.

–Soy cauteloso. Desde que me volví viral no me dan respiro. –Nunca es divertido hablar de esto.

Algunos novatos corrieron la misma suerte, pero ninguno tiene tantos artículos difamatorios. Como todos tienen relaciones a largo plazo, me convertí en el objetivo ideal.

Le corro la silla y regreso a la mía frente a ella. La suave música clásica que suena en el restaurante hace de amortiguador. Cuando finalmente llega el camarero, nos enderezamos los dos, dejando que la atención recaiga en él.

–Ostras –dice, colocando el plato entre nosotros.

Cuando se va, vuelve a haber silencio y, por un segundo, creo que así será toda la velada. Entonces Sage sorbe una ostra y deja caer la concha en su plato con un fuerte ruido metálico. Me mira fijo.

–Está bien, no me preguntes cuál es mi color favorito ni ninguna de esas tonterías. Háblame de tus secretos más profundos y oscuros. –Pone los codos sobre la mesa y apoya el mentón en las manos.

Me siento aturdido y me cuesta responder. Ni siquiera sé por dónde empezar. Sage me sigue mirando, esperando pacientemente.

Luego suspira.

–Bien, empiezo yo. Mis padres pasaron toda mi infancia en un callejón oscuro, consumiendo drogas que ni siquiera puedo pronunciar, y nos abandonaron a mi hermano menor diabético y a mí para que nos las arregláramos solos. Están prófugos por su participación en la venta de narcóticos ilegales, así que hace años que no los veo. La vida va bastante bien y he aprendido mucho sobre diabetes tipo 1 y derecho de familia. Tu turno.

El torrente de información me toma por sorpresa, pero Sage lo soltó con tanta facilidad que no puedo evitar envidiar su despreocupación al compartir los aspectos más íntimos de su vida.

Bebo un sorbo de agua y asimilo esa información.

–No escondes nada, ¿verdad?

–¿Por qué lo haría?

–¿Por privacidad, tal vez?

–Tú no tienes mucho de eso, ¿verdad? –Juguetea con la base de la copa de vino vacía e inspecciona el restaurante.

–Aparezco en los medios al menos una vez a la semana. No me permiten tener privacidad.

Frunce el ceño, como si intentara entenderme. Entonces el camarero trae el risotto de trufa y la langosta termidor. Sage mira la comida con los ojos muy abiertos.

–¿Vino? –pregunta el camarero.

Hago un gesto con la mano para negarme, justo cuando Sage hace lo mismo. Me mira con curiosidad.

–No bebo –explico.

–Yo tampoco –dice–. Bueno, no antes de audiciones ni ensayos, y mañana tengo ambos.

–¿Audiciones?

Asiente.

–Soy bailarina. Por eso estaba en la subasta.

Ahora, su postura, que es lo primero que noté en ella, cobra sentido.

–¿Cómo conoces a Aiden Crawford? –pregunta–. Sé que son compañeros de equipo, pero él se preocupó mucho por ti en la subasta.

–Es como un hermano. Lo conozco de toda la vida y fuimos juntos a Dalton. Vivimos juntos en la casa del equipo de hockey con otros amigos.

Las preguntas de Sage sobre hockey son limitadas, y me alegro por ello, pero sus anécdotas personales no terminaron y me gusta saber más de ella. Cuando habla de ballet, la pasión le ilumina los ojos, me da curiosidad.

–Quiero ser la bailarina principal en la producción de *El lago de los cisnes.* –Se inclina hacia delante, con los ojos brillantes–. ¿Has oído hablar de Misty Copeland? ¿La primera mujer afroamericana en ser ascendida a bailarina principal en la historia del American Ballet Theatre? ¿La primera persona en defender la diversidad en la industria?

–¿Es tu modelo a seguir?

–Es todo para mí. Quiero hacer lo que ella hizo.

–Pero mejor –añado.

Resopla, mirándome como si me faltaran algunos tornillos.

–Estamos hablando de Misty Copeland. Me basta con hacerlo la mitad de bien que ella.

Niego con la cabeza.

–No llegarás a ninguna parte si piensas así. Tienes que creer que puedes ser mejor que los mejores. Así es como alcanzarás al menos una fracción de su éxito.

Se sienta, parece estar digiriendo mis palabras, y me mira con curiosidad, como nadie me ha mirado en mucho tiempo. Una mirada que me dice que está viendo algo en mí que no había visto antes.

Cuando la camarera viene con un menú de postres, me enderezo para verla ordenar. Sage pide tiramisú y un *éclair* de avellanas. Es una buena elección, y el hecho de que no esquive la comida como se esperaría de una bailarina me hace sonreír. Incluso los atletas cuentan las calorías o bajan de peso antes de una temporada, así que es refrescante ver a alguien que no controla su alimentación.

–¿Me estás juzgando por pedir postre? –Me lanza una mirada inquisitiva.

–¿Por qué te juzgaría?

–Algunas personas lo hacen. –Se encoge de hombros–. No puedes ser bailarina sin que esté grabado en el cerebro que debes tener un cuerpo perfecto.

Me doy cuenta de que mi apreciación anterior puede ser cierta, pero que Sage no llegó a ese punto sin luchar en el camino.

El postre llega unos minutos después y es muy difícil no mirar a la chica que elogia cada cucharada que se lleva a la boca.

De repente le suena el teléfono, se disculpa y se levanta. Mientras tanto, le doy la propina a los camareros y la espero junto al elevador. Regresa con una gran sonrisa y me dice:

–Lo siento, era mi hermano. Está en un internado a unas horas de distancia y no quería perderme su llamada.

Salimos del elevador y atravesamos la entrada trasera. Cuando sube las escaleras, se agarra de la barandilla con una mirada de dolor.

–Si pudiera estrangular a alguien con las tiras de estos tacones, sería al diseñador. –Renguea un poco.

Miro las tiras apretadas de sus zapatos negros y noto cómo se le clavan en la piel.

–¿Por qué los usas? –pregunto.

–Porque son bonitos.

–Pero te hacen doler los pies.

–Soy bailarina. Siempre me duelen los pies.

–Entonces, ¿quieres que te duelan más?

–No lo entenderías. –Se ríe–. Me recuerda a una vez en la escuela secundaria, cuando pasé horas pegándome gemas alrededor de los ojos para *El cascanueces* y, cuando subí al escenario, se habían caído todas. Lloré durante horas y mi tío no tenía ni idea de por qué era tan importante.

–Marcus, ¿verdad? ¿Es tu tío? –Tiene sentido que no sea su padre. Hasta donde sé, Marcus no tiene hijos. Pero eso no me alivia en lo más mínimo.

–Sí, el único adulto funcional en mi vida.

Sigue sonriendo cuando se le atasca el tacón en un hoyo y tropieza. Extiendo una mano y la sujeto de la muñeca.

–Cualquiera diría que una bailarina sería más grácil, ¿eh? –Exhala entre risas.

Bajo la vista hacia sus pies. Antes de que pueda expresar mi preocupación por su piel en carne viva, se inclina y libera sus dedos pintados de lila de esos tacones de tiras. En el momento en que sus pies descalzos tocan el cemento, deja escapar un suspiro de alivio.

–¿Qué estás haciendo?

–No puedo caminar con estos.

Mientras intenta continuar nuestra caminata hacia mi auto, envuelvo suavemente mis dedos alrededor de su muñeca.

–Estamos en un callejón. Podrías pisar una aguja, por ejemplo.

–Tranquilízate. Así es como se supone que caminamos los humanos.

Sage da vueltas sobre sí misma y vuelvo a bajar la mirada a sus pies. Luego doy un paso adelante y le bloqueo el paso.

–¿Qué está pasando? –Parece desconcertada al verme dándole la espalda.

–Sube. No vas a caminar descalza por un callejón.

–¿Quieres cargarme? –Su confusión es palpable.

–Sí. Vamos, súbete.

Esperaba que me dijera que no, pero entonces desliza sus manos por mi espalda y con cada uno de sus movimientos siento una descarga eléctrica. Da un salto sin esfuerzo y trabo las manos debajo de sus muslos. Siento su ligero aroma a vainilla más cerca que nunca.

Entrelaza los brazos alrededor de mi cuello y camino a toda velocidad para salir del callejón. Su risa resuena en mi oído a cada paso. Yo también sonrío. Cuando por fin llegamos al auto, veo que la

calle principal está llena de gente, así que le abro la puerta a Sage, ella sube y rápidamente me dirijo a la puerta del conductor. En cualquier otro lugar, podría caminar con total libertad, pero en Toronto, los fanáticos pueden detectar a cualquier jugador que recorra la ciudad a una milla de distancia.

–¿A dónde vamos? –pregunta Sage cuando estoy entrando a la autopista.

La miro de reojo.

–Te voy a dejar en tu casa. Vives en Weston, ¿verdad?

–Da miedo que lo sepas. Pero son las nueve y media, abuelo. Llévame a otro lugar.

Dudo un momento, pero la forma en que se desinfló cuando le dije que la iba a llevar a casa me provocó una decepción inesperada. Por alguna razón, quiero que disfrute esta cita.

–¿A dónde quieres ir?

–Allí. –Inmediatamente se ilumina y señala el espejo de agua debajo del puente.

–¿El lago? –Miro hacia el lugar en la distancia, donde el cielo del atardecer oscurece el agua.

Asiente. Puede ser anhelo o nostalgia lo que colorea sus ojos y me hace tomar la siguiente salida directamente hacia donde señaló. No me molesto en mirarla para ver su reacción porque el chillido de emoción que lanza cuando entro al estacionamiento es suficiente.

Los pinos rodean el área y la grava cruje bajo los neumáticos. Está tranquilo a esta hora del día, pero igual me encuentro explorando el área en busca de arbustos que los fotógrafos puedan usar como escondite. Antes de que termine de estacionar, Sage sale del auto y se dirige directamente al agua.

La miro en estado de shock, pero de inmediato corro tras ella. Es raro que la temperatura de finales de primavera baje lo suficiente como para apagar el aire acondicionado, pero con el agua es diferente. Aunque la brisa es fuerte, esta chica se está arremangando los vaqueros.

–Sage, es probable que el agua esté fría.

Con el pelo al viento, me mira, parada allí, y grita:

–¿¡Vienes, novato!?

Me quito los zapatos y los calcetines, con la cabeza dada vuelta para ver si hay gente cerca.

Pero cuando corro hacia el agua, sintiendo la arena áspera bajo mis pies, ya no pienso en los tabloides. Pienso en la risa de la chica que acaba de correr hacia el lago Ontario.

CAPÍTULO 6

Sage

El agua está endemoniadamente fría.

En cuanto la piel desnuda de mis tobillos entra en contacto con el lago glacial, casi puedo escucharlo crepitar. Pero no dejo que eso me impida meterme más para que el agua alivie mis pies doloridos. Elias viene detrás de mí, pero se mantiene en la orilla, a una distancia segura.

Me adentro más en el lago tranquilo con los jeans arremangados y fijo la mirada en las suaves ondulaciones del agua. El aire está lleno del susurro de las hojas y del débil canto de los grillos. El sonido de las pequeñas olas rompiendo y el olor a agua fresca me tranquilizan. La única luz proviene de la luna llena justo encima de nosotros, y casi puedo ver mi reflejo distorsionado en el agua.

–Da paz, ¿no? –digo un instante después.

Él no responde, pero sé que también está mirando la luna. Entonces el rítmico chapoteo del agua detrás de mí resuena en medio del silencio. Siento un pinchazo en la piel cuando el calor del brazo de Elias roza el mío.

–¿Por qué siento que no es la primera vez que haces esto? –dice–. Francamente, me sorprende que no estés nadando desnuda.

Contengo una sonrisa.

–¿Crees que estoy loca?

–Estamos parados en uno de los cinco Grandes Lagos –dice con total naturalidad.

–Es un poco excitante que conozcas los cuerpos de agua. –Me recojo el cabello, pero no logro enrollarlo en un moño–. Nadar desnudo requiere sacarse la ropa, y no creo que seas el tipo de hombre que llega a segunda base en una primera cita.

Se limita a sacudir la cabeza con una exhalación divertida.

–Podemos llegar hasta el final si quieres. Tú primero. –Miro hacia abajo, observando la tela oscura de sus pantalones.

–¿Vienes aquí a menudo? –pregunta, ignorando mi sugerencia.

–Cuando era adolescente, venía todos los fines de semana. Solo para escapar. –Agito mi pie bajo el agua, moviendo las suaves piedras.

–¿Y ahora?

Me agacho para recoger una piedra y la tiro al lago con la intención de hacer patito, pero se hunde de inmediato.

–Solo a veces; cuando las cosas no salen como quiero, es bueno ahogar las penas. Literalmente.

Se me queda mirando un buen rato, como si mis palabras significaran algo más para él. Antes de que la situación se vuelva incómoda, aparta la vista para contemplar el cielo.

–¿Qué es lo que no te está saliendo como quieres? –me incita.

–Bueno, ahora mismo, te niegas a bañarte desnudo –digo con seriedad, pero cuando esa mirada pétrea regresa a su rostro, me

río–. Ballet –admito–. He tratado de conseguir una audición para bailarina principal de la producción de *El lago de los cisnes*, pero no lo logré. Abrieron convocatorias, pero están seleccionando a las bailarinas que tengan muchos seguidores en las redes sociales para impulsar la venta de entradas. Una de las directoras renunció hace unos meses porque dijo que no era ético.

Elias me escucha en silencio, sin interrumpirme ni una sola vez. Me siento bien. Por fin puedo dejar salir lo que estuve pensando sin que me digan que es una carrera sin futuro.

–Entonces, ¿qué vas a hacer?

–Encontrar la forma de volverme viral de la noche a la mañana. –Le dedico una sonrisa plástica.

–Créeme, no es lo que parece. –Hay una mirada distante en sus ojos. Supongo que nadie quiere lidiar con un acosador, ni siquiera con una no violenta como Lana.

Esta vez hay algo diferente en su exterior hermético. Algo vulnerable. No puedo evitar atacar mientras el hierro está caliente.

–¿Y tú? ¿Alguna vez has querido escapar?

–¿No le pasa a todo el mundo?

Justo cuando creo que no me va a dar una respuesta real, exhala y toma una de las piedras de mi mano para lanzarla al agua. Consigue que salte seis veces en su primer intento. Presumido.

–Desde que llegué a la NHL, es como si los medios hubieran encontrado carne fresca y quisieran aprovechar cada trozo. Cuando se dieron cuenta de que a los fanáticos les gustaba escuchar sobre el novato, pusieron mi cara debajo de cualquier titular que les diera vistas.

–¿Tan malos son los artículos? –Le dedico una sonrisa comprensiva.

–¿No los has visto? –Sus ojos parpadean con algo nuevo cuando me mira.

–Entre el trabajo y las audiciones, no tengo tiempo para chismes.

Me dedica una sonrisa y se gira para mirar el agua nuevamente. Intento hacer patito con otra piedra. Se desploma.

–Cuando llegué a la liga, me adoraban. El equipo de redes sociales quería que apareciera en todos los videos. –Hace una pausa, jugando con la piedra asimétrica antes de dejarla caer–. No estuve rindiendo como esperaba. Ni como los demás esperaban de mí.

–No debe ser fácil concentrarse con todo esto de los medios de comunicación.

Miramos fijamente el agua brillando bajo la luz de la luna. Las olas distorsionan el reflejo.

–¿Quieres que te enseñe a hacer patito?

Por el cambio de conversación y sus ojos entrecerrados, puedo ver que ese tema no es algo de lo que le guste hablar. Especialmente con alguien que no conoce tanto.

–Por favor.

–Está bien. Primero, tienes que elegirla. Debe ser lo suficientemente pesada como para tener algo de impulso, pero ligera como para rebotar. –Toma mi mano y deja caer una piedra en la palma–. Esa es perfecta.

Asiento, imitando sus movimientos y pasando mis manos sobre la superficie lisa. Encaja perfectamente en la curva de mi mano. Elias se inclina para recoger otra piedra, pero antes las hace girar en su mano para encontrar una que cumpla con sus estándares.

–Sujétala así. –Se me acerca tanto que hasta puedo oler su colonia fresca. Coloca mis dedos sobre los contornos de la piedra y siento que se me aflojan las rodillas–. Empieza cerca del agua y luego mueve la muñeca mientras la sueltas.

Hago lo que dice, concentrándome en el ángulo y la dejo volar. Justo cuando creo que lo logré, apenas rebota y se hunde.

–Me rindo –murmuro.

–No, no eres de las que se rinden.

Resoplo.

–No es la primera vez que un hombre me dice eso.

Se pone rígido y yo me quedo quieta. Es tan fácil hacerlo sentir incómodo. Me gusta.

–Intenta de nuevo, Sage –dice, con un reproche en su tono de voz.

Esta vez él me ayuda a lanzarla… y rebota. Una, dos, tres y cuatro veces antes de hundirse.

–¡Funcionó! –Doy saltitos y, en un momento de emoción desenfrenada, lo empujo un poco demasiado fuerte. Completamente sorprendido por el repentino empujón, maldice y se cae, pero antes me toma de la mano. Caigo justo encima de él en el agua poco profunda.

Gruñe cuando su trasero toca el agua, desliza su brazo mojado alrededor de mi cintura y me empapa la blusa lavanda que llevo puesta. Quedo aplastada contra su cuerpo cálido y la firmeza no me extraña en absoluto; solo se suma al catálogo de imágenes de él que he ido almacenando en mi cerebro. Con las manos en su pecho, intento levantarme; nuestras piernas se tocan de una manera muy incómoda.

–¡Me hiciste caer! –Lo salpico con agua.

Aunque trato de actuar enojada porque mis jeans están empapados, no puedo evitar estallar en carcajadas. Finalmente, él también se ríe, y escuchar ese sonido es casi tan gratificante como el aplauso después de una actuación.

Se seca el rostro y me mira con los ojos entrecerrados.

–¿Yo? Tú fuiste quien me empujó.

Me encojo de hombros, mirando sus ojos color café que me miran con inocencia. Decido no hacer ningún comentario sobre lo mojados que estamos los dos.

Cuando me acostumbro a la temperatura del agua, siento la necesidad de flotar. Algo que solía hacer en la escuela secundaria. Pero ahora, por una fracción de segundo, quiero que Elias me sujete con más fuerza, para sentirme como si algo me anclara, no tan libre.

Lo dejo que me ayude a levantarme.

–Vamos, tengo ropa extra en mi auto –me dice.

Me limpio las palmas mojadas en la blusa y lo sigo de regreso a su auto. Recoge sus zapatos y su teléfono de camino, y tiemblo mientras espero que abra el maletero.

Me ofrece una toalla y la tomo en silencio. Mientras me seco, él hurga en un bolso grande. Me da una camiseta y unos pantalones cortos. Ambos son extragrandes, pero no me puedo quejar. No quiero estar sentada con la ropa interior mojada todo el camino a casa.

Bajo la privacidad de la toalla blanca, me pongo la camiseta holgada de los Toronto Thunder y los pantalones cortos grises. Doblo el elástico tres veces para que no se me caigan. Cuando me

doy la vuelta, él ya se cambió y mi ropa mojada está en una bolsa junto con mis tacones.

Me lleva a casa y, como un caballero, me acompaña hasta la puerta. Ni una sola vez menciona el estado del apartamento en ruinas ni mi puerta rayada, que parece como si animales rabiosos hubieran intentado entrar a mordiscos.

–Gracias por la cita. Me divertí –le digo.

Elias se queda en la puerta y, secretamente, espero que me bese.

Porque, aunque nunca he besado a nadie en la primera cita, haría una excepción con él.

Pero el beso no llega y da un paso atrás.

–Buenas noches, Sage.

Le sonrío y se aleja por el camino hacia donde está estacionado su auto.

Igual que él, la sonrisa desaparece de mi rostro.

CAPÍTULO 7
Elias

Después del último partido contra Dallas, he visto a mi fisioterapeuta tres veces. La caída de anoche no ayudó a aliviar el dolor que me había dejado un golpe brutal. Y no disminuyó cuando me despierto una hora antes de la alarma porque el sol cegador entra por la ventana.

Miro el reloj y la piedra en la mesa de noche me llama la atención. Me había olvidado de que la tenía.

De repente, la risa de Sage suena fresca en mis oídos, su energía es tan contagiosa que es imposible no sentirla. Despreocupada y feliz. Así la habría descrito cuando la conocí, pero después de nuestra cita, sé que eso no es todo. Es un libro abierto y actúa como si nada le molestara, pero sé que, si le quitara la máscara, me mostraría algo más; sé que la disposición a compartir sus traumas la ayuda a ocultar mucho más. Como si estuviera protegiéndose con una fachada de honestidad.

Rara vez confío en la gente, pero con Sage fue diferente. Su pasión por el ballet disipó cualquier duda que pudiera tener sobre

ella. No fue a la cita para obtener mi número o fisgonear en mi vida personal. Estaba cumpliendo su parte del trato.

Mis pensamientos se dispersan cuando finalmente me levanto para ducharme y desayunar. Hay un revoloteo ansioso en mi estómago antes de tomar el teléfono y ver las notificaciones. No es raro que reciba un aluvión de mensajes y etiquetas antes de un partido, pero esta vez es diferente.

Patrulla conejo

Kian Ishida

¿Eli tiene novia y me estoy enterando por INTERNET?

Dylan Donovan

Vamos a ir a visitarte pronto, así que ya no puedes ignorarnos.

Kian Ishida

Se fueron hace unas semanas y ya se olvidaron de nosotros. Imbéciles.

En pánico, toco el enlace que envió Kian y encuentro otro artículo sobre mí que publicó una revista de chismes. Pero esta vez no se refieren a una aventura de una noche o a la nueva chica de la semana. Nombran a la chica de la foto como mi *novia*. Presiono la imagen y veo una fotografía mía con Sage cuando la cargué en mi espalda hasta el auto. Casi se me escapa una sonrisa, pero luego comprendo la gravedad. Esto es malo.

Es solo cuestión de tiempo antes de que la acusen de cazafortunas y la gente comience a acosarla en las redes sociales. Cuando Brandy, la fotógrafa del equipo, apareció en una foto conmigo, tuvo que desactivar sus cuentas porque los mensajes se estaban saliendo de control. No puedo imaginar qué pasará con las de Sage. Tengo que advertirle.

Sage, ¿podemos vernos?

¿Estoy soñando? Juraba que eras producto de mi imaginación.

Sage.

Puedo imaginarte diciendo eso. Todo enfurruñado como un osito.

¿Osito?

Mi teléfono vibra con una llamada. Oigo la suave voz de Sage al otro lado.

–¿Me estás coqueteando, Westbrook?

–¿Podemos vernos? Necesito hablar contigo.

–¿Ya me extrañas? –Se ríe. Se escucha música y ruidos de fondo, como si estuviera ordenando–. Eh, claro. Pero en una hora. ¿Te parece en la U de T?

–¿La universidad?

–Sí, doy clases de ballet en un estudio en Brunswick. Podemos vernos en el Bliss Café que está al lado.

Ir a un campus universitario en el que hace unos meses vencimos a su equipo de hockey y luego me reclutaron para el equipo nacional nunca es buena opción. Pero yo le causé este inconveniente a Sage, así que lo haré.

Cuando aparco, me doy cuenta de que la gorra no me cubre mucho el rostro, así que me pongo el jersey con capucha. Las gafas de sol negras me hacen parecer un desubicado, pero es mejor eso a ser reconocido como un jugador de hockey que no puede mantener su pene fuera de los medios. Es humillante cuando te das cuenta de que la gente no habla de cómo juegas, sino de cuánto juegas fuera del estadio. Después de pasar toda la vida trabajando para ganar la liga, siento el peso de llevar una reputación que degrada el deporte y a sus jugadores. A veces, no hay otra manera de avanzar más que atravesando lo que aparezca en tu camino, pero eso es justamente lo que me retuerce el estómago.

El reflejo de una falda rosa y cabello castaño rizado baila a través de la gran ventana del Elegance Ballet Studio. Me apoyo en el capó del auto y me bajo las gafas de sol. Sage sonríe tanto que los niños a los que enseña la imitan. Tienen cara de concentrados y la siguen mientras ella se mueve al ritmo de la música. Casi puedo escuchar las notas clásicas a través de la ventana. En el hockey, es fácil distinguir a los jugadores que se esfuerzan de los que comen y respiran hockey como si fuera su alma. Eso es lo que veo cuando miro a Sage. El baile es su alma.

La clase termina y los niños salen para encontrarse con sus padres mientras Sage toma el teléfono para pausar la música. Cuando su

mirada encuentra la mía a través del vidrio, entrecierra los ojos, hace una pausa y luego estalla en risas. Se dobla como si hubiera visto a un payaso en el medio de la calle.

Me enderezo y miro a mi alrededor para confirmar que se está riendo de mí. Se seca unas lágrimas inexistentes, se coloca una mano en el estómago para recuperar el aliento antes de sacar el teléfono y tomarme una foto. Ignorando su saludo descortés, entro en el café junto al estudio y la espero en una de las mesas de la esquina.

Sigue radiante cuando me encuentra.

–¿Por qué estás vestido como un acosador?

Miro mi atuendo.

–Estoy vestido de incógnito.

–Creo que vi a un policía del campus siguiéndote porque pareces muy sospechoso. –Se inclina hacia delante sobre la mesa y me quita las gafas de sol. El movimiento es lento, deliberado y hace que el corazón me lata más fuerte–. Así está mejor. Ahora, cuéntame sobre esta reunión secreta. ¿Buscamos un armario y nos ponemos manos a la obra?

Cierro los ojos con fuerza. Tal vez debería haber hablado con ella por teléfono.

¿Y que te regañe por esconderte detrás de tu móvil como un cobarde?

–Saliste en los periódicos –digo sin rodeos.

Inclina la cabeza y bebe un largo sorbo del café que le pedí. Abre sus ojos color avellana como si todavía estuviera procesando la información.

–Ay, mierda. Probablemente por eso mi teléfono estuvo vibrando toda la mañana.

Lo toma, mira boquiabierta la pantalla y me lo enseña. La pantalla está llena de mensajes y solicitudes de seguimiento. Me estremezco.

No llevo ni un mes completo en la liga y no puedo ir a una cita sin que termine en acoso. Odio que mi vida pueda perturbar en algún sentido la de otra persona y no poder hacer nada al respecto. No quiero ni pensar en cómo empeorará con el paso de los años.

Hace algunas temporadas, un fanático sorprendió a uno de nuestros capitanes saliendo del bar con una mujer que no era su esposa. Se merecía que lo escracharan, pero su esposa embarazada no necesitaba pasar por semejante vergüenza pública. Los medios no sienten pena por los inocentes de la familia siempre que consigan sus cinco minutos de gloria.

–Por si sirve de algo, es la primera vez que escriben "novia" y no "aventura" o cualquier otro término igualmente denigrante.

–Siempre me han dicho que soy una buena novia. Hay algo sano en mí.

–Es porque no escucharon las cosas que dices. –Resoplo.

Se sorprende por la broma y yo intento no parecer ofendido. No suelo relajarme lo suficiente como para sacar a relucir al Eli descontracturado.

–Como sea, quería decírtelo yo para que no te tome desprevenida si un tipo con una cámara empieza a seguirte.

–No hablas en serio. –Mira la cafetería como si fuera a ver a uno aquí–. ¿Desde cuándo los jugadores de hockey son tan codiciados?

–No tengo ni idea.

–Aunque lo entiendo. –Me estudia un momento–. Son una raza de hombres increíblemente atractivos que pasaba desapercibida. Iba a ocurrir tarde o temprano.

–¿Crees que soy atractivo? –No puedo evitar preguntarlo.

Bebe un sorbo aún más largo de café y se me escapa una sonrisa, aunque sé que no debería estar actuando así. *¿Por qué estoy coqueteando con ella?*

–Creo que mis palabras exactas fueron *increíblemente atractivo*. –Su mirada baja de mi rostro a mis brazos y luego vuelve a mirar su teléfono, que brilla sobre la mesa–. O sea, una foto contigo y tengo miles de seguidores. Tal vez te vendría bien una escapatoria, novato. Me encantaría ayudarte.

–¿Por qué? ¿Para verme nadar desnudo en el lago Ontario?

–Solo trato de ayudarte a ahogar el ruido. –Se muerde el labio para evitar sonreír.

–O ahogarme a mí –murmuro.

Sage se ilumina con una sonrisa, y me gusta. Su mirada rebota de un lado a otro, reflexiva, antes de enderezarse y abrir los ojos como platos.

–¡Oh, Dios mío, eso es! –Me mira con tanta intensidad que no tengo más opción que escucharla–. No tenemos que escaparnos.

–¿Qué?

–Deberíamos salir. Tú y yo.

–¿Disculpa? –Alzo la cabeza.

Hace una mueca por mi reacción, pero continúa:

–Podemos fingir que estamos saliendo. Lo último que tú y yo necesitamos es una relación real. Pero si los medios piensan que

estás de novio, te dejarán en paz. Y yo podré tener más seguidores en mis redes, que es lo que necesito para que el teatro me vea.

Intento formar palabras, pero todas me fallan. ¿Quiere que *salgamos*?

–Mira. –Desbloquea su teléfono y abre el primer artículo en el que la mencionan–. No dicen que soy una aventura. Creen que estamos en una relación, lo que significa que, si confirmamos esos rumores, probablemente te dejen en paz. Tus verdaderos fans no permitirían que los chismes se propagaran si supieran que estás comprometido. Y yo tendría la oportunidad de hacer una audición para el National Ballet.

–Pensé que lo que hacía la compañía era poco ético.

–Si no puedes vencerlos, únete a ellos. –Se encoge de hombros.

Lo que dice no está mal, y estoy seguro de que su presencia en mi vida podría ayudar a que los medios dejen de fastidiarme, pero no permitiría que cargara con las consecuencias. Tampoco quiero que alguien, especialmente ella, se entrometa en mi vida.

–No.

Mi negativa solo enciende un nuevo fuego en sus ojos. Mira por las ventanas del café y sus dedos tamborilean contra la mesa de madera.

–¿Y si te digo que es para caridad?

–¿Es para caridad?

–No. –Se desanima.

Ver cómo su entusiasmo se desmorona me produce una punzada de angustia en el pecho.

–Los medios siempre mintieron sobre ti. ¿No quieres recuperar el control? –insiste.

–¿Rebajándome a su nivel?

Frunce el ceño.

–Te prometo que no soy como Lana la acosadora. Si esto nos sale bien, tú te podrás quedar aquí y serás el mejor novato que Toronto haya visto jamás y yo podré viajar con el Nova Ballet. –Se recuesta en su silla–. ¿Necesitas una prueba? ¿Una demostración de cómo es salir conmigo?

–No eres un concesionario de autos, Sage. Esto es la vida real y yo no salgo con nadie. –Mi mirada en blanco hace que su sonrisa se convierta en un ceño fruncido.

–Una razón más para que todos nos crean –afirma.

–Tampoco miento.

–Está bien, yo hablaré. Tú solo tienes que quedarte ahí parado y verte bonito.

–La respuesta sigue siendo no.

Una tormenta se forma en su rostro y se pone de pie. El chirrido de la silla interrumpe nuestro intercambio.

–No soy de las que se dejan intimidar por el rechazo, pero al menos podrías fingir que lo piensas.

Me paso una mano por el rostro.

–Créeme, no funcionaría. Nadie va a creer que estamos juntos.

Se burla y da un paso atrás, parece ofendida.

–¿Sabes qué? Olvídalo. Está claro lo que piensas de mí –dice y mis cejas se elevan por la sorpresa–. Nadie creería que estamos juntos porque yo soy yo y tú eres tú, ¿verdad? Crees que como mi vida es un desastre, estoy tratando de hundir mis garras en un atleta famoso y la gente va a olfatear que soy una bailarina fracasada cazafortunas.

Sus duras palabras me dejan atónito. Empujo mi silla hacia atrás y le toco ligeramente el brazo para detenerla.

–No quise decir eso.

En su mirada hay una vulnerabilidad que hace que una sensación caliente e incómoda se me clave en el pecho. Como acidez estomacal.

–Tengo que irme. –Libera su brazo–. Buena suerte en la vida, Eli.

Por alguna razón, que me diga Eli suena mal. Sale de la cafetería con el lazo rosa ondeando en su cabello rizado. Me invade una oleada de arrepentimiento y, justo cuando estoy por ir tras ella, alguien se acerca.

–¿Eli Westbrook? –Un tipo alto, probablemente estudiante de la universidad, me mira incrédulo y bloquea mi camino de manera desagradable–. Mierda, hombre. No pensé que te vería aquí. Bueno, no después de que nos vencieran en las eliminatorias del Frozen Four.

Entonces me doy cuenta de que me olvidé de ponerme la sudadera y las gafas de sol en la prisa por detener a Sage. Aunque me escuchara, no creo poder arreglar la situación. Quiere montar una farsa para ayudarnos a los dos, pero yo no soy de capaz de sostenerla. Sería un desastre en potencia.

Mis labios forman una sonrisa tensa y mi mente sigue distraída por las palabras de Sage que no paran de darme vueltas en la cabeza.

–¿Puedes firmar esto? –Se quita la gorra de los Toronto Thunder–. Cuando me gradúe quiero ser como tú.

Se me enciende una chispa de luz en el pecho cuando miro al chico de ojos brillantes, que apenas pareciera estar en primer año. Le dedico una sonrisa genuina cuando tomo su gorra. Busca un

marcador en su bolso y ríe para sí mismo mientras me entrega un Sharpie negro.

–Eres una inspiración para todos los chicos de mi fraternidad. O sea, un contrato de un millón de dólares y chicas ilimitadas, estás viviendo un sueño. ¿Tienes algún consejo?

Las palabras me golpean y se me contrae cada músculo del cuerpo. La chispa que antes sentí se apaga y quedo sumergido de nuevo en la oscuridad. Mi sonrisa se vuelve chata, firmo la gorra y se la devuelvo.

–Un placer conocerte –murmuro, y me dirijo directamente hacia mi coche y salgo del estacionamiento.

CAPÍTULO 8
Sage

Cuando la vida te da limones, terminas empapada de jugos ácidos que te queman la piel.

Cuando revisé mi buzón, esperaba encontrar volantes y cupones, pero había un sobre blanco que sobresalía entre la basura. Lo abrí y leí un "Rechazada" en letras rojas.

La pequeña compañía de ballet a la que me inscribí hace unas semanas, que actúa exclusivamente en residencias de ancianos, parecía una oportunidad prometedora. Son tan de la vieja escuela que la audición requería enviar una cinta por correo. Era un puesto estable y pensé que podría estar bueno sentar cabeza. Qué gracioso.

Dentro de mi apartamento, tiro la carta a la basura y me dirijo directamente a la ducha. Para aliviar el inminente colapso, enciendo una vela con aroma a lavanda en el baño. Me quito la ropa, giro la llave, pero esta se cae al suelo y aterriza en mi pie. Me siento desnuda en la bañera, agarrándome el dedo en un sollozo silencioso que ahogo con la mano.

Mis vecinos, el señor y la señora Fielder, se ponen de mal humor si interrumpo sus siestas de la tarde con mis sesiones de llanto. Según

ellos, las mujeres solo tienen derecho a llorar cuando sus maridos se van a la guerra. Pero creo que ellos hubieran festejado algo así.

Yo no tengo motivos para festejar, porque además de que Elias me destruyó, tengo que procesar mi primer rechazo.

Después de un largo y lamentable intento de reparar el grifo, consigo abrirlo solo en la posición de agua fría. Me doy la ducha más rápida de mi vida. Incluso helada y con el cuerpo en modo supervivencia, reproduzco en mi mente destellos de la reacción de Elias. Fue humillante.

Con los dientes castañeteando, me pongo unos jeans y una camiseta blanca. En la cocina, vacío un paquete de galletas sin azúcar en un Tupperware. Todas las madres me juzgarían si descubrieran que compré las galletas en el supermercado. Pero el horno de mi apartamento no funciona desde que intenté cocinar una lasaña hace unos meses. No le avisé a mi casera porque me pediría que lo pagara. Así que ahora opto por las cenas congeladas para microondas.

Hoy, la escuela de Sean tiene una barbacoa de primavera que es obligatoria para los padres y tutores. Eso significa viajar en tren durante horas para comer maíz y hacer de cuenta que nadie está haciendo comentarios sobre nuestra familia. El lado positivo es que por fin voy a ver a Sean después de meses, y aunque él entiende que estoy ocupada, me gustaría compensar las llamadas perdidas.

Escaneo mi tarjeta Presto en la estación y llego justo a tiempo para el tren de la tarde que me lleva directamente a York Prep School, una escuela solo para varones ubicada en un suburbio tranquilo, rodeada de casas separadas por grandes jardines y mujeres que llevan a sus caniches en bolsos de diseñador.

Es obvio que lograr que aceptaran a Sean en York fue difícil, pero con un poco de suerte y la ayuda de nuestro tío, lo conseguimos. No le entusiasmaba demasiado la idea de vivir en un internado, pero su mejor amigo terminó de convencerlo.

El mejor amigo de Sean, Josh Sutherland, proviene de una familia de rancheros. Su padre es un magnate de los negocios y su madre es una oradora motivacional que escribe *bestsellers* sin parar. Es el niño más dulce que conozco y no se parece en nada a esos mocosos que molestaban a Sean cuando empezó en York. Nuestra historia familiar no es un secreto, y la junta de padres se aseguró de que el director supiera sobre el "delincuente" al que permitían ingresar a la comunidad. Sean nunca se quejó y solo me enteré porque Josh golpeó a su compañero de clase por preguntar si Sean también era adicto. No es una broma graciosa y Josh se aseguró de que el niño lo supiera.

Mis sandalias golpean contra el pavimento mientras cruzo la calle atenta a los autos de conducción automática que pasan a toda velocidad en un susurro indetectable.

Inspecciono mi Tupperware y me alivia haber conseguido que las galletas no se desintegraran durante el viaje en tren. Las luces de colores que iluminan las paredes de ladrillo cubiertas de hiedra me conducen hacia las mesas de picnic al aire libre, llenas de postres caseros y lo que parece una alternativa vegana a la barbacoa.

No saludo a nadie y voy directo hacia el tazón de refresco de fresa. Siento el peso de unos ojos en mi piel, pero me concentro en buscar con la mirada a Sean y a Josh.

Con la suerte que tengo últimamente, no encuentro a Sean, sino a mi miserable pasado. Mi exnovio me está saludando.

Con una sonrisa radiante, Owen Hart se abre paso entre un enjambre de padres criticones y sus hijos igualmente irritantes. Veo a su hermano sentado en el banco, que me sonríe por compromiso y vuelve a su teléfono. Era parte del grupo de niños que acosaba a Sean hace cuatro años, cuando empezó en la escuela. Cuando llamaron a los padres, Owen los acompañó, se disculpó por las acciones de su hermano, se ofreció a llevarme a casa ese día y hemos estado juntos desde entonces. Bueno, hasta hace unos meses.

Ahora me mira como si fuera a desaparecer, cosa que no podría hacer aunque quisiera. Estoy atrapada en mi lugar como una roca. A una parte de mí le gustaría que siguiéramos juntos, porque eso me haría la vida mucho más fácil. Él era lo único a lo que podía aferrarme, pero, al mismo tiempo, eso fue lo que nos rompió.

No tenía en mente encontrármelo. Supuse que algún equipo extranjero lo habría reclutado y que no lo vería aquí.

–Sage. –Me acerca para darme un abrazo que me deja una sensación de picazón en la piel.

–Owen, ¿qué haces aquí?

Es obvio lo que está haciendo aquí, pero no soy de las que se callan.

–¿No escuchaste las noticias?

–¿Qué noticias? –No vi nada desde que Elias mencionó que me iban a perseguir con cámaras, aunque yo creo que se aburrirían más temprano que tarde.

–Me convocaron.

No.

–Soy el nuevo delantero derecho de los Toronto Thunder –continúa, y sus palabras se proyectan como piedras hacia mi cabeza, así que trato de no estremecerme–. Tu tío me llamó para contármelo.

Voy a vomitar.

–¿Estás bien? –Me toca el hombro.

Un calor me recorre desde la línea del cabello hasta el cuello y me resulta difícil mirarlo.

–Eso es genial.

–¿Sí? Quería que habláramos.

Mi sonrisa de labios apretados enmascara el desagrado.

–¿Sobre qué?

–Sobre nosotros.

¿Puede una palabra desencadenar un tsunami en el estómago? Ese "nosotros" cae en un pozo oscuro y arde en la acidez.

–¡Sage! –Es mi hermano Sean, como un pequeño ángel–. Te estuve buscando por todas partes. El nuevo subdirector quiere conocerte. –Señala con la cabeza hacia donde están reunidos los maestros. La salvación es muy necesaria y, a juzgar por la mirada de urgencia en su rostro, lo sabe. No se molesta en saludar a mi exnovio, pero eso no impide que Owen se acerque.

–Mierda, cómo estás creciendo.

Sean le lanza una mirada fulminante y mis ojos rebotan entre los dos. Sean no tiene idea de por qué rompimos, pero sí sabe que no podía soportar a Owen al final de nuestra relación.

–Si estás tratando de volver con mi hermana, antes tendrás que pasar por encima de algunos jugadores de hockey.

Owen se ríe.

–Seguro que sí. Pero valdrá la pena. –Su mirada anhelante me asusta.

Sean se interpone entre nosotros.

–Está saliendo con alguien.

Giro hacia él tan rápido que me duele el cuello. *¿Qué diablos?*

–¿Alguna vez escuchaste hablar de Eli Westbrook?

Ay, diablos, no.

¿Lo llamé "ángel"? Quise decir "demonio".

Owen resopla.

–Sí, claro. –Pero cuando mi mirada se encuentra con la suya, retrocede–. ¿Es cierto?

No digo nada porque, francamente, no puedo. Mi mente solo puede pensar en mil maneras de vengarme de Sean por esto. Pero una parte más pequeña y mezquina de mí se deleita con la cara que puso Owen y con el horrible tono de rojo que la acompaña.

–Tengo que irme –murmuro, jalando de Sean para llevarlo a algún sitio donde no haya padres que puedan oírme gritarle a este adolescente de quince años.

–¿Necesitas un médico?

Se escapa una sonrisa de sus labios.

–¿No?

–¡Porque tienes que estar sufriendo un derrame cerebral para decirle a mi ex que estoy saliendo con un jugador de hockey profesional!

–Ah..., era por eso.

–Sí, por eso. ¿Qué demonios, Sean?

–Pero es cierto. –Se rasca la nuca.

–¿Quién te dijo eso?

–Lo vi en TMZ.

Suspiro, quiero arrancarme el pelo.

–¿Qué te he dicho sobre los chismes?

–¿Que es a lo que se dedica la gente vacía para sentirse mejor con sus vidas aburridas?

–Exactamente. Entonces, ¿por qué estás mirando esas cosas? ¿Y cómo? Tienes acceso restringido a internet.

Se encoge de hombros.

–Vacíos legales –responde, pero me cruzo de brazos y le lanzo mi mirada más autoritaria y él se encoge ante ella–. Lo siento, ¡está bien! Te estaba mirando raro... y parecías incómoda. –Suspira–. Además, no es mentira. Vi la foto.

¿Quién iba a pensar que una subasta benéfica podría complicarme tanto la vida? ¿O que ser rechazada por un jugador de hockey podría ser tan terriblemente contraproducente?

–Fue una cita para un evento de caridad. Dudo que volvamos a hablar.

–Bueno, ni siquiera lo conozco personalmente y ya me cae mejor que este Bobotrón 5000.

Mi seriedad estalla en una carcajada. Los padres nos miran, pero no les llevamos el apunte.

–Vamos, preséntame a tu subdirector.

Me lleva hacia la mesa de bocadillos y pongo mi mejor cara de tutora responsable.

–Señorita Beaumont, oí mucho sobre usted –dice el subdirector.

–Cosas buenas, espero. –Cuando me mira con pena, asumo que está al tanto de la historia de nuestra familia–. Si está leyendo el

archivo de Sean, puedo explicar las peleas y los problemas de comportamiento…

–Pasado pisado. Quiero mirar hacia el futuro en mi transición a este rol. No tuvimos ningún problema con Sean. Es un joven inteligente y talentoso, y supongo que eso es gracias a ti.

Sus palabras derriten mi ansiedad y evitan que vomite frases para compensar.

–Es todo mérito suyo. Es un buen chico.

Sean parece contento con el elogio y me río cuando sonríe. El subdirector me informa sobre los cambios en el plan de estudios. Me concentro en sus palabras en lugar de pensar en la sombra de miradas pegadas a mi espalda. Siento una opresión claustrofóbica en los pulmones y, cuando giro hacia Sean, él los está fulminando con la mirada. Una de las mamás nos mira tan atentamente que cualquiera creería que estamos a punto de robarle sus hot dogs veganos.

–¿Quieres irte? –le pregunto a Sean apenas el subdirector se pone a hablar con otro padre. Veo un rubor de alivio en su rostro. Voy a gastar dinero en un Uber que no puedo pagar solo para pasar un rato más con él en algún lugar donde no tenga que dudar de sí mismo.

–¿Estás diciendo que nos escapemos?

–Se llama despedida irlandesa. Además, si tienen algún problema, pueden hablarlo con tu tutora.

–Tú eres mi tutora.

–Exactamente. –Me encojo de hombros simulando ser espontánea, pero en realidad estoy mirando el registro de salidas.

Soy responsable por él y prefiero que la escuela sepa a dónde se fue.

Cuando paso un brazo sobre su hombro, me doy cuenta de que con quince años ya casi es más alto que yo. Pronto comenzaré a parecerme menos a un adulto respetable y más a su hermana menor.

Sean sonríe y me cuenta una historia sobre algo que definitivamente va en contra de las reglas de la escuela, pero me aseguro de no tratarlo como a un niño, porque quiero que sepa que seguimos siendo hermanos, aunque tenga que cumplir el papel de madre y padre.

–Entonces, cuéntame sobre la cita –dice cuando estamos en el Uber. Me transporto a esa noche y el recuerdo me dibuja una sonrisa en el rostro. La expresión burlona de Sean le da paso a una de pura sorpresa. La curiosidad le ilumina los ojos, así que le cuento todo.

Bueno, casi todo.

CAPÍTULO 9

Elias

El arrepentimiento es un sentimiento pesado. Me arrebató el sueño en el vuelo de regreso a casa y me dejó exhausto para cuando Aiden y yo llegamos a nuestro apartamento anoche. Pedimos comida porque ni siquiera cocinar podía ayudarme a salir de ese estado de ánimo. Pasé la noche dando vueltas en la cama, mirando el resplandor rojo de la hora en el despertador. Cada minuto parecía eterno y me encontraba dándole vueltas al motivo de mi arrepentimiento: la cara de Sage cuando dijo que yo pensaba que no era lo suficientemente buena para mí.

Si mi boca hubiera estado de mi lado, habría podido decirle que nuestra relación no sería creíble porque solo he tenido vínculos ocasionales y el último fue hace más de cuatro años.

La guinda del pastel es que ya pasó una semana desde nuestra cita, y los rumores siguen vivos. Es más, empeoraron hasta el punto de que tuve que contenerme para no mirar cuántas personas dejan comentarios en las publicaciones de Sage, entrometiéndose en su vida y preguntando por mí, porque sé que haré algo estúpido, como

responder mal. Mason me mataría si lo hiciera; sería como combatir el fuego con más fuego.

Cuando suena el despertador, ya estoy levantado y casi listo para salir. Es una mañana tranquila, Aiden y yo nos movemos en piloto automático por la cocina. Mi mejor amigo está bien descansado y debe haber visto las ojeras que tengo, porque se ofrece a conducir. Pero no lo dejo. Entonces, toma nuestros bolsos y los carga en el maletero de mi Bronco. No consigo entablar ninguna conversación en nuestro camino al estadio. Es evidente que notó la tensión que emanaba en la cocina, pero no me pregunta al respecto. Lo bueno de nuestra amistad es que no nos presionamos para hablar. Nos abrimos cuando estamos listos. Así fue siempre.

Intenté llamar a Sage para disculparme, pero voy directamente al buzón de voz. Dejé en claro que lamento haberla lastimado. Y su respuesta me llega fuerte y clara: su silencio me hace sentir aún peor. Lo último que quiero es ser el tipo de hombre que llena los buzones de voz y acosa a una mujer que lo ignora. Si ella quisiera hablar conmigo, lo haría.

–Creo que la cagué –digo de golpe.

Aiden se gira para mirarme, pero me concentro en la carretera.

–¿Con qué?

–Lastimé a alguien.

Exhala un largo suspiro sin dejar de mirarme. Probablemente sospecha a qué me refiero.

–¿Te disculpaste?

–No quiere oírlo. –Sé que él ya sabe que se trata de una chica. A veces me lee la mente.

–¿Intentaste enviarle flores? Sé cuáles serían perfectas.

Lo miro de reojo.

–Las flores no solucionarán esto, y ni siquiera sé si arreglarlo vale la pena. Probablemente no la vuelva a ver.

–Es la sobrina del gerente general. La volverás a ver –dice con conocimiento de causa.

Se me escapa una mezcla de burla y risa. Maldito lector de mentes. Antes de que pueda decidir si las flores bastarán o si necesitaré también un avión que le escriba un mensaje en el cielo, la consola del auto suena con una llamada telefónica.

–¿Qué haces que no estás aquí? –dice Mason con una voz aguda que me indica que está por volverse loco–. Marcus quiere hablar contigo y la conferencia de prensa es en treinta minutos. Será mejor que reces para que no haya tráfico un lunes por la mañana.

La mención del gerente general me pone nervioso y Aiden me mira.

–¿Quiere hablar conmigo? –le pregunto a Mason.

–Urgente.

Trago saliva.

–¿Para qué es la conferencia de prensa?

Mason suspira en voz alta.

–Rechazaste tres entrevistas después del partido, así que tienes que compensar hoy. Es obligatorio.

Corto la llamada, maldiciendo mientras entro en la cargada autopista. Mason tiene suerte de que seamos amigos y de ser el mejor agente, si no, lo habría despedido hace mucho tiempo por pesado.

En el estadio, nos dirigimos a la sala de prensa, cerca de la oficina de Marcus Smith-Beaumont.

Aiden se dirige adonde está su agente, junto a la puerta de la sala de conferencias y al lado de un Mason muy nervioso, que me hace un gesto para que entre en la oficina del gerente general y da unos golpecitos en el vidrio de su reloj.

Toco y la puerta se abre con un crujido.

–¿Quería verme?

El gerente general señala el asiento que tiene delante. Hay una pila de papeles que está hojeando sobre el escritorio de madera. Su chaqueta cuelga de un perchero y tiene las mangas arremangadas. Marcus entrelaza sus manos.

–Ya lo he visto, ¿sabes? Muchas veces. –Aunque se muestra tranquilo, está hirviendo por dentro–. Un niño rico de la Ivy League que llega a ser profesional sin mover un dedo.

A pesar de haber escuchado la descripción incontables veces, me molesta cuando la dice con un tono que raya el disgusto.

–Seguro ha visto mis estadísticas, señor. Sabe que no estoy aquí por contactos.

Deja mis palabras flotando en el aire y se recuesta en su silla.

–Tus estadísticas no tienen nada que ver con si mereces estar aquí o no. Miro el desarrollo de cada jugador a lo largo de la temporada y, en el poco tiempo que llevas aquí, no demostraste nada.

Cuando abro la boca para decir algo, ya sea defenderme o jurar que estuve haciendo lo posible para mejorar y volver a ser el Eli que podía superar a todos los demás jugadores de la NCAA, levanta un dedo para detenerme.

–No te llamé aquí para tener un debate sobre tu rendimiento. Los objetivos son claros y no mejoraste nada. –Me clava la mirada mientras dice las siguientes palabras–: Hablé con la junta y

accedieron a darte el resto de la temporada para que demuestres que hay esperanzas de mejoría.

No parece muy contento con el ultimátum. Tengo la sensación de que quiere firmar un pase, pero la junta aún debe ver algo en mí. El ultimátum no me sorprende. Esperaba poder posponer esta conversación, pero considerando lo mal que estuve jugando, era inevitable. Con la cabeza gacha y la mirada en el suelo, asiento. No puedo pensar en nada para decir sin que se me quiebre la voz.

Cuando se levanta y se dirige a la puerta, lo sigo.

–Eli –dice, deteniéndome. En lugar de la expresión amable que esperaba, Marcus me mira de arriba abajo–. El clima en Rusia puede ser brutal. Te sugiero que les pidas a tus padres que te compren un abrigo.

Cierra la puerta detrás de mí. El insulto que alude a un pase a la liga europea me molesta más que cualquier otra cosa.

–¡Eli! –sisea Mason.

Está al final del pasillo, sigue esperando en las puertas de la conferencia. Me hace un gesto con la mano. Aiden, a su lado, niega con la cabeza. Seguro que se dio cuenta de que lo que me dijo Marcus no era bueno.

–Crawford, ¿quieres acompañarlo? –pregunta Mason. Comienza a quitar una pelusa inexistente de mi traje. No es un evento formal, pero se espera que vengamos bien vestidos antes de un partido.

–De ninguna manera.

Muevo los labios para decir "imbécil", Aiden me hace un gesto obsceno y va hacia el vestuario.

Mason deja de quitarme pelusas.

–Cuidado, tienen muchas preguntas, así que usa "sin comentarios" con moderación.

–¿Con moderación?

–No lo uses.

Con la cabeza en alto, me preparo para que me apunten todas las cámaras y todos los ojos en la sala, y doy un paso hacia el micrófono. Las palabras de Marcus pesan mucho y, aunque intento sacármelas de la cabeza, me resulta imposible concentrarme en otra cosa.

Las cámaras disparan, los periodistas repasan sus notas y comienza la charla.

–Eli, ¿qué estás haciendo para mejorar tus chances de marcar goles en los próximos partidos?

–Has sido un gran goleador en la universidad y en el Mundial Juvenil. ¿Cómo haces para seguir motivado si no has marcado ni un gol en tu carrera en la NHL?

–¿Tus actividades fuera de la pista te distraen y no te permiten alcanzar el éxito siendo que estamos en la fase final de la temporada?

Tiro del cuello de mi camisa mientras repito la misma respuesta para cada pregunta.

–Mantengo la cabeza en el juego e intento que el ruido no me distraiga. Estoy mejorando todos los días para poner fin a esta sequía de goles.

Puede que no esté funcionando, pero dado el ultimátum, no tengo otra opción. Alcancé mi sueño y, en solo unas semanas, podría perderlo para siempre. Un sonido agudo, como una olla a presión a punto de silbar, me retumba en la cabeza.

Se me acelera el corazón cuando una mujer de vestido azul me hace la pregunta que yo temía y todos esperaban:

–¿Tienes algo que decir sobre las últimas noticias? ¿Te gustaría aclarar algo sobre tus actividades con la chica de la semana?

La chica de la semana.

Una parte estúpida e ingenua de mí pensaba que no me preguntarían sobre eso, pero los medios siempre ganan. Las palabras de ese estudiante de primer año en la Universidad de Toronto resuenan en mi cerebro y aprieto la mandíbula. Invadieron mi privacidad y se apoderaron de mi vida. Aprieto los dientes.

–El trabajo de los medios es inventar historias, y yo no tengo tiempo para prestar atención a cada titular.

–Pero tus fans sí –responde, implacable–. Sabes elegir a las chicas, claramente. –Eso provoca una risa en la sala. No estuve leyendo nada, así que su risa me pone nervioso–. ¿Es cierto que los padres de la señorita Beaumont fueron acusados de posesión de drogas y ahora están prófugos?

Levanto la cabeza tan rápido que siento un tirón en el cuello.

Mason dice algo, pero no llego a escucharlo. La ira se apodera de mi garganta y se me contrae el pecho.

¿Cómo diablos saben?

Me pongo a la defensiva. Aprieto las manos en puños, quiero arrojar este micrófono y salir corriendo.

No sé si estoy exhausto por la intromisión, el ultimátum de Marcus o la imagen del rostro herido de Sage que destella en mi mente, pero digo:

–Es mi novia. Y no toleraré ninguna falta de respeto. Así que esas son todas las preguntas que responderé sobre mi vida personal.

Los obturadores de la cámara se detienen un instante antes de estallar junto con una cacofonía de más preguntas.

Mierda.

CAPÍTULO 10

Sage

¡El novato de los Toronto Thunder está fuera del mercado!
Mira el artículo a continuación para saber más.

Seis mil seguidores en veinticuatro horas. Después de que se supiera que Elias Westbrook estaba dando un giro de 180 grados con una relación seria, mi teléfono estaba tan lleno de notificaciones que tuve que apagarlo.

Estoy agotada por una audición en la que cada vez que hacía un *plié*, se me acalambraba el pie. La directora de la compañía de ballet notó mi mueca de dolor y me descartó de inmediato. O eso creo, porque cuando terminé, gritó: "¡Siguiente!", y tuve que salir del escenario como polvo barrido por una escoba.

Una vez que subí al autobús y me puse los auriculares, me quedé dormida. El ruido del motor y los golpes de mi cabeza contra el vidrio me despertaron de golpe. Entonces revisé mi teléfono.

Cuando vi la entrevista completa se me retorció el estómago.

"Es mi novia".

Odio todo. Odio que esté tan atractivo con ese estúpido traje gris; la forma en que su cabello está perfectamente peinado, aunque sé que son ondas naturales; la forma en que se le ensombrece el rostro con una actitud defensiva cuando un entrevistador dice mi nombre. Sé que debe estar furioso por haber tenido que llegar tan lejos cuando lo último que quiere es estar pegado a mí.

Podría haberles dicho que no estamos saliendo. Pero no fue así, y no sé qué es peor.

El cuchillo que dejó clavado en mi esternón sigue allí, recordándome que mi idea fue un error. Como si yo fuera una tonta que va por ahí ofreciendo relaciones falsas y sin compromiso a deportistas ricos.

Él es un jugador de hockey famoso, pero yo solo tenía unos noventa seguidores antes de conocerlo. Mis pocos premios no significan nada comparados con sus logros en la escuela secundaria y la universidad. Ni siquiera puedo conseguir un papel en una producción sin utilizar a otra persona. Es patético. Y mi racha de rechazos de ballet tampoco me hace atractiva como novia.

No tendría que habérselo propuesto, y mucho menos esperar que dijera que sí. Pero ahora, con su respuesta impulsiva en todas las noticias, apuesto a que está esperando que su desliz muera, igual que mi carrera.

No enciendo el teléfono para no leer nada más sobre mis quince minutos de fama. Ni siquiera puedo aprovechar el protagonismo a mi favor. Me sentiría mal, porque ya me rechazó.

Cuando Sean me llama por videollamada, entiendo el daño que causó esa entrevista. Elias Westbrook está oficialmente en mi lista negra.

–¿Eli Westbrook es *tu novio*? Me dijiste que solo fue una cita –prácticamente grita con su voz aguda que se vuelve más grave a medida que pasan los días. Nunca pensé que me emocionaría que mi hermano menor atravesara la pubertad.

–Es complicado.

Parece escéptico.

–¿Quieres que lo ponga en su lugar?

–Creo que puedo con él. –Me río entre dientes.

Tiene los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer lo que le estoy diciendo.

–¿Lo sabe el tío Marcus?

–Supongo que ahora sí. –Me dejo caer en el sofá y suspiro–. Espero que no haya visto las noticias, pero sé que es imposible, es el gerente general del maldito equipo.

–Algunas notas dicen que te vas a casar.

La carcajada me hace doler el estómago y me lleva varios segundos recuperarme. Elias tenía razón. Escriben cualquier cosa con tal de conseguir visitas.

–Es todo mentira. Deja de leer esas cosas.

–¡No fui yo! Me contaron los chicos; yo solo quería saber de ti. –Sean se pasa una mano por el pelo–. ¿Estás contenta, Sage?

Me mira de cerca con sus ojos avellana, como si se estuviera preparando para detectar una mentira. A veces se parece tanto a nuestra madre que me asusta. El pelo castaño rizado, la nariz larga y recta, su piel de color marrón claro. Es tan marroquí como ella. Aunque, al igual que yo, heredó los ojos color avellana y la altura de nuestro padre. A veces creo que yo también heredé su actitud.

La mirada de Sean me recuerda cómo me miraba cuando éramos niños. Cuando nuestros padres se iban de fiesta, yo tenía que inventar una excusa para Sean. Odiaba ocultarle cosas, en especial porque él solo quería saber dónde estaban nuestros padres y tenía todo el derecho de saberlo. Así que, cuando se trata de cosas que nos afectan a los dos, siempre le digo la verdad. Nunca lo trataría como nuestros padres nos trataron a nosotros.

En uno de los últimos recuerdos que tengo de mis padres, mi madre, que llevaba sobria más tiempo que nunca, me miró fijamente a los ojos y me dijo: "Esta familia es una maldición. Pasarás toda tu vida tratando de arreglar a los demás, pero nosotros no reparamos, Sage. Somos expertos en hacer todo añicos y no somos buenos ni para juntar los pedacitos. Que nunca se te ocurra pensar que vales más que el lugar del que provienes".

Luego se fue detrás de los paramédicos que llevaban a mi padre al hospital.

Cuando creces en una casa como esa, lo único que deseas es que el tiempo se acelere y vivir sin que te atormenten las decisiones de los adultos que debían protegerte. Conseguí eso y lo cuido con todo mi ser, aunque no se parezca en nada a lo que imaginé. Con gusto seguiría trabajando doble turno con tal de que Sean no tenga que luchar como yo.

Trabajar constantemente y estar detrás de las audiciones mantiene a raya esos pensamientos furtivos que me dicen que baje el ritmo, porque correr no hará que mi pasado desaparezca. Pero no puedo hacerles caso, ya que esos pensamientos me traen la sensación enfermiza de saber que, sin importar cuán mal me hayan tratado ni cuánto tiempo haya pasado sin tener contacto con mis

padres, si aparecieran en mi puerta hoy, los dejaría entrar. Solo para hacer de cuenta que tengo su amor. Quiero ser amada incondicionalmente.

Pero esta vez, no se trata de nuestros padres, se trata de mi miserable vida amorosa, y mi hermano menor no tiene por qué saberlo.

–Siempre estoy contenta, amiguito.

Por la forma en que aprieta los labios, sabe que estoy mintiendo e insiste.

–O sea, contenta de verdad. Esa felicidad de estar enamorada.

–¿Y tú qué sabes de eso? –Arqueo una ceja y él se encoge de hombros tímidamente–. No estoy enamorada, pero soy feliz. Tengo el ballet y te tengo a ti.

–Y a Eli.

Elias está tan alejado de mi vida real que todo lo que aparece en los medios parece un sueño. Miré la foto de nuestra cita miles de veces y no logro convencerme de que yo soy esa chica feliz y sonriente que se dejó cargar como si pudiera soltar el control. No se parece a mí.

–Sí, también.

Sean me cuenta sobre la escuela y, cuando colgamos, veo una notificación de Hugger. El logo naranja brillante de la aplicación de citas me hace estremecer y recordar las locuras de la noche anterior.

Cuando Elias dijo que lo nuestro nunca funcionaría, llegué a casa y descargué todas las aplicaciones de citas posibles. Tal vez fue una parte de mí amargada y resentida, pero en ese momento me pareció una gran idea. Después de mirar a un total de sesenta chicos y perder la esperanza con cada deslizamiento, uno me llamó la

atención y le envié un mensaje para continuar con mi serie de malas decisiones.

Pero la mala decisión es extremadamente atractiva. Derek me pregunta si estoy disponible para una cita esta noche y, para mi sorpresa, considero su propuesta. La autoestima que perdí después de que Elias me rechazara casi vuelve.

Porque lo único lógico que se puede hacer cuando un hombre atractivo te rechaza es buscar otro.

CAPÍTULO 11
Elias

Patrulla conejo

Kian Ishida

¿Qué demonios fue esa entrevista?

Aiden Crawford

Un segundo está de mal humor en el auto y al siguiente declara su amor en una transmisión en vivo.

Dylan Donovan

¿Quién es esta chica? Nunca había visto a Eli tan enfadado.

Kian Ishida

¿Nunca? ¿Olvidaste la vez que sin querer rompimos sus preciadas sartenes Staub tratando de jugar ping pong?

Sebastian Hayes

Nos confiscó los teléfonos durante una semana como si fuéramos adolescentes.

Cole Carter

Hasta se negó a hacerme el desayuno.
Vivía a base de frijoles.

Sebastian Hayes

Lo sabemos.

El partido de la tarde terminó en derrota: otra fecha más sin un gol mío. No es ninguna sorpresa. En los videos que vi antes de acostarme, Marcus Smith-Beaumont negaba con la cabeza cada vez que yo fallaba. Mis asistencias ya no alcanzan para mantenerme a flote. Es como una maldición, y ahora estoy desesperado por romperla. Tan desesperado como para decirles a los medios, y por televisión, que tengo una relación con una chica que ni siquiera quiere hablar conmigo.

O eso es lo que me digo a mí mismo, porque nada puede justificar la reacción que tuve frente a esos periodistas. Fue tan visceral que no pude dejar que especularan cosas negativas sobre alguien que no lo merece. Después de que salí de la sala de conferencias, Mason se me quedó mirando, sin hablar, hasta que tuve que ir al vestuario antes del partido.

No me molesté en contarle a Aiden. Se enteró solo después del partido y se rio de mí como loco. Hasta reprodujo el audio en el parlante Bluetooth.

Hoy, cuando salgo de mi sesión matutina de fisioterapia, ya todo el mundo lo sabe, de ahí el torrente de mensajes de texto y fotos de los chicos riéndose mientras ven la entrevista.

Cuando me subo al automóvil, lo primero que veo es el alentador mensaje del entrenador Kilner. Bueno, solo puedo decir que es un mensaje alentador porque sé de quién viene.

> No jugaste como la mierda ayer. Marca ese maldito gol de una vez.

Una de dos: o vio la entrevista o uno de los chicos se la mostró, y esta es su manera de intentar que vuelva a centrarme en el juego. O al menos intenta demostrarme que eso es lo que importa.

Me entra una llamada, que resuena en los parlantes del auto. Respondo y subo el volumen.

–Intento no leer noticias, Eli, lo sabes. Pero si mi hijo declara su nuevo estado civil en televisión, me voy a enterar.

Maldigo en voz baja, apretándome el puente de la nariz.

–Oye, no maldigas. Tu padre y yo queremos saber qué te pasa.

–Lo siento, lo hice sin pensar. No es nada serio.

Mi padre suelta una carcajada.

–Si no lo era, lo es ahora. Esa chica debe estar esperando un anillo de bodas después de esa declaración, hijo.

O un anillo o golpearme. Depende de cuánto haya metido la pata.

–Créeme que no.

–Como sea, queremos conocerla. Tráela a casa durante el receso.

–Después del séptimo partido –añade mi padre–. Queremos verte sosteniendo esa copa.

Mi padre no es fanático del hockey, pero le gusta fingir que lo es por mí.

Me río sin ganas.

–Ese es el plan. –Y siguen hablando contándome de su día. Yo no les digo nada del ultimátum y, cuando cuelgo, reviso mis mensajes: Sage no me escribió. Pero estoy seguro de que vio la entrevista.

Dejo el teléfono en la consola y salgo del estacionamiento. Pero cuando me subo a la autopista, me doy cuenta de que Weston no está lejos. Sin pensar, tomo la salida hacia el apartamento de Sage. Necesito verla.

Edificios cubiertos de ladrillos bordean toda la cuadra. Con los ojos entrecerrados, miro por la ventanilla de mi auto para leer los números. Si bien ya era de noche cuando la dejé en su casa después de nuestra cita, recuerdo su puerta. Pero de repente me doy cuenta de lo que estoy haciendo y piso el freno, lo que me sacude en el asiento.

No hay nada más espeluznante que aparecer en el apartamento de una chica cuando no te respondió las llamadas. Pero aquí estoy, haciendo el ridículo por segunda vez esta semana. Me regaño mentalmente por pensar que esto era una buena idea.

Mientras me alejo de la acera para conducir de regreso a casa, veo unos números dorados en la puerta de la esquina del complejo que me llaman la atención. El catorce brilla como un anillo recién pulido y aprieto con fuerza el volante para obligarme a continuar.

O bien el estrés me está derritiendo el cerebro o me golpeé en el juego de ayer, porque salgo del auto y corro hacia su puerta bajo una llovizna ligera. Ese número grita mi nombre.

La valla negra sin absolutamente ninguna seguridad se abre apenas la muevo con la mano. El camino de cemento que conduce a su apartamento está cubierto de césped amarillo crecido y malezas que sobresalen de las grietas. Leo el felpudo de bienvenida colocado delante de su puerta. "REGRESA CON TACOS".

Se me desvanece la sonrisa cuando me cae una gota de agua en la cabeza. Miro hacia arriba, y veo que del techo del porche gotea un líquido marrón oxidado. Me paso la mano por el pelo y me hago a un lado, pero me obligo a dejar de dilatar las cosas. Toco y espero agitando un pie, una serie de gotas de agua de color marrón oxidado me caen en la cara. Me hago a un lado de nuevo y me levanto la camisa para secarme con el dobladillo.

–Qué extraña forma de asegurarte de que no te cierre la puerta en las narices –dice Sage.

Al bajarme la camisa, la descubro mirándome el torso. Sage lleva tacones y un vestido negro que me recuerda al que usó en la subasta. Un mechón de cabello rizado le enmarca el rostro, y tiene los ojos delineados, lo que acentúa la forma almendrada y hace que le brillen más.

Me aclaro la garganta.

–Nunca me han cerrado una puerta en la cara.

–Con mucho gusto seré la primera. –La cierra de golpe, pero el movimiento es lento. Solo hace falta tocar la puerta para evitar que la cierre.

Suspira, abriéndola de par en par otra vez.

–¿Vas a decir algo o viniste a robarme? –Señala hacia atrás con el pulgar–. No tengo mucho, pero mi colección de velas puede valer algunos dólares.

–No vine a robarte.

–¿Estás seguro? Porque apareciste en mi apartamento sin invitación. –Se cruza de brazos–. Sé que crees que soy tu novia, pero esto es mucho hasta para mí.

Con sus ojos puestos en mí, se me hace difícil encontrar palabras. Las que vengo ensayando hace días ya no tienen sentido.

–Lo que dije en la conferencia...

–Fue un error –me interrumpe–. Tenías razón. No nos conocemos. No lo pensé bien cuando sugerí fingir que salíamos. Fue una idea estúpida. Nunca debería haberla dicho en voz alta. Ahora, si me disculpas, tengo que irme.

Se da vuelta para agarrar su bolso de la mesa de café en lo que supongo que debe ser la sala de estar. Digo "supongo" porque la cocina y el sofá están en el mismo lugar, lo que sería normal si no hubiera también un estante con ropa.

Se cuelga el bolso del hombro y sale sin mirarme. Me hago a un lado para que pueda cerrar la puerta con llave. Luego sacude el pomo un par de veces y jala de él para asegurarse de que esté bien cerrada.

–¿Al menos puedo disculparme?

Suspira.

–Escuché tu mensaje de voz, Eli. No hay necesidad de alargar la situación. No pasa nada con que le hayas dicho al mundo que soy tu novia. Es solo cuestión de tiempo antes de que te vean con la siguiente chica de la semana.

Me estremezco porque ahora sé que vio la entrevista y escuchó lo que dijeron de ella.

Luego guarda las llaves en su bolso y se da la vuelta.

–¿A dónde vas? Te llevo –le ofrezco.

Baja los escalones, dándome la espalda, pero la sigo de todos modos y miro cómo esquiva las grietas en el pavimento y los charcos de barro que quedaron del aguacero anterior.

–No puedes caminar con esos zapatos.

–Puedo y voy a tomar el tren. Eso es lo que nos gusta usar a las cazafortunas.

El golpe encuentra mi esternón.

–Déjame llevarte.

–No me gusta que me lleven extraños.

–Te he visto subirte a un Uber.

–Está bien, no acepto que me lleven *idiotas* –responde.

Hago una mueca y creo que ella también, pero me lo merezco.

–Lo siento –digo. Ya hemos pasado mi auto, pero ella se detiene en la acera–. Lamento hacerte sentir menos o como si no quisiera tener nada que ver contigo. No era mi intención, y no rechacé tu oferta por ti. –No me responde nada, pero sé que, si no se lo explico ahora, solo empeoraré las cosas–. Sé de primera mano cómo son los medios y los fanáticos. ¿Los comentarios que recibiste estos últimos días? Esos son leves en comparación con las cosas que Brandy, la fotógrafa del equipo, recibió en sus redes sociales cuando la vieron conmigo. Lo que dijeron sobre ella ni siquiera vale la pena repetirlo, pero nunca querría que pasaras por eso. Nunca quise hacerte daño.

Se queda en silencio y todo lo que oigo es la lluvia y el zumbido de las farolas.

–Bueno, pero lo hiciste –susurra.

–Lo sé. –En mi voz suena el arrepentimiento–. Y lo siento. Ser impulsivo nunca me salió bien, así que lo evito a toda costa. No

podía tirar la precaución al viento y decirte que sí. –*¿Precaución al viento?* Me froto la cara con las manos y luego la miro, todavía me está dando la espalda. Con unos pocos pasos, me paro frente a ella–. Escúchame, Sage. –Cuando intenta pasarme por al lado, probablemente para dirigirse a la estación de tren de Weston, le toco el brazo para detenerla, pero retrocedo con la misma rapidez.

–Llego tarde, Eli.

Eli.

–Podemos hablar en mi auto de camino.

–Ni siquiera sabes a dónde voy. –Veo que baja un poco la guardia.

–Entonces, dime a dónde vas y te llevo. –Puede que quiera hacer algo por ella solo para mi propio ego, pero necesito saber que no me odia por invadir su privacidad.

Mira la acera antes de mirarme. Avellana sobre marrón.

–Entonces, te presentas en mi apartamento sin avisar, ¿y ahora me estás obligando a subir a tu auto? –dice inexpresiva.

–Ya estuviste en mi auto.

–Eso fue por la subasta. Podrías ser un coleccionista de partes del cuerpo a medio tiempo. –Me mira con escepticismo–. Tus acciones están probando esa teoría.

Mi risa nerviosa no ayuda a amortiguar las acusaciones.

–Solo déjame llevarte. Puedes tomar una foto de mi licencia y enviársela a un amigo si quieres.

Se ríe, y por mucho que me guste oírlo, todavía no me siento bien.

–No tengo amigos, ¿recuerdas?

–¿Eso es un sí?

–Sí, puedes llevarme. –Toma su teléfono–. Voy al Pint.

–¿Al centro? –No disimulo la curiosidad y, cuando asiente, solo me hace preguntarme por qué va a un bar. Pero no indago porque no puedo decir mucho más.

Dentro de mi silencioso auto, siento la boca seca mientras intento encontrar las palabras.

Su teléfono interrumpe mis pensamientos. Ella responde y, por los fragmentos de conversación que escucho, sé que está hablando con su hermano sobre una confusión en la farmacia con su medicación. Los siguientes veinte minutos de nuestro viaje en auto los pasa llamando a varias personas. Y aunque conduzco lo más lento que puedo, ya no puedo retrasar más la llegada.

Sage cuelga justo antes de que tome la rotonda de la entrada principal del bar. Está lista para bajarse, pero por instinto trabo las puertas.

Gira la cabeza hacia mí.

–Esto es espeluznante en muchos niveles.

–Creo que deberíamos hablar sobre lo que dije en la conferencia de prensa.

Sage mira la hora en su teléfono.

–Está bien. Olvídalo.

–¿Y si no quiero?

Escruta mi rostro como si estuviera tratando de creer lo que acabo de decir.

–Mi cita me está esperando, Eli.

–¿Qué?

El mundo se detiene. Ya tenía la cabeza hecha un lío, y ahora sus palabras lo empeoran mucho más. Acabo de comunicar que es mi novia, ¿y ella va a un bar a conocer a otro chico?

–Me tengo que encontrar con alguien para una cita y me estás haciendo llegar tarde.

Siento la boca seca. Vuelve a buscar la manija y destrabo las puertas. Me lanza una mirada fugaz con un rastro de algo que interpreto como lástima.

–Pero la gente cree que eres mi novia. ¿No sería… inapropiado? –protesto.

Niega con la cabeza, como si esperara que mis palabras tuvieran más sentido así. Siento que desnudé mi alma, pero ella reacciona como si le hubiera arrojado arena a los ojos.

–Tú mismo dijiste que esto era imposible –dice bruscamente–. Y resulta que "inapropiada" es mi segundo nombre. Adiós, Eli.

Ahí está otra vez. El maldito *Eli* y no Elias. Empezó a llamarme por mi apodo cuando cometí un error, y ahora se aferra a él. Ni siquiera sé por qué me importa; nadie me llama Elias.

Se baja del auto antes de que pueda decir algo más. Al verla entrar al bar, me siento inquieto. Estoy sentado en el asiento del conductor, todavía mirando la puerta, y espero que vuelva corriendo. Los minutos pasan lentamente mientras mi mirada permanece fija en las puertas de marco negro donde está grabado en el cristal el logotipo del Pint: una jarra de cerveza espumosa.

Cuando alguien detrás de mí toca el claxon, vuelvo bruscamente a la realidad. Mi novia falsa está en una cita verdadera.

Estoy a punto de irme a casa, sé que debería reevaluar mis decisiones, pero veo un lugar vacío y aparco. Luego, antes de poder pensarlo dos veces, salgo del coche y entro en el Pint.

CAPÍTULO 12
Sage

La estoy pasando bien. La estoy pasando bien. La estoy pasando bien. Maldita sea. Toda esta mierda de "el poder de las palabras" no está funcionando. En los nueve minutos que llevo aquí, Derek ha demostrado no ser un perfil falso, pero por desgracia ahí es donde terminan los aspectos positivos. Se tomó la libertad de pedir mi bebida y eligió una margarita azul de frutas coronada con una sombrilla. Presumido.

Habla de cómo casi llegó a la NBA hasta que una rotura del ligamento cruzado anterior frustró esas aspiraciones. Actualmente es suplente en el equipo local. No lo juzgo, porque en lo que respecta al ballet, yo también soy suplente. Pero me resulta casi imposible mantener mi interés en sus divagaciones hipotéticas. Cuando intenta ponerme una mano en el muslo, retrocedo por acto reflejo.

En algún momento de los nueve minutos, mencioné el ballet. Derek aprovechó la oportunidad para agacharse debajo de la mesa y mirarme los pies, visiblemente lastimados por los ensayos de ayer.

Nunca antes había querido tener partes del cuerpo retráctiles.

Terminé saliendo con el hombre más necesitado de contacto físico de toda la ciudad.

Bebo un pequeño sorbo de mi bebida demasiado dulce y me doy palmaditas en los labios para evitar que el tinte azul se me adhiera.

–Tienes unos labios preciosos –dice Derek.

Me contengo para no estremecerme.

–Gracias.

Me odio a mí misma por decirlo. Pero tampoco me parece prudente enfrentarlo porque parece ser un tipo capaz de seguirme a casa y esconderse en los setos sin podar junto a mi apartamento.

La autopreservación es una lección que toda niña debería aprender antes de salir de casa. Pero yo estuve en situaciones por las que ninguna niña debería pasar, así que desarrollé mi instinto de supervivencia de manera autodidacta; me merezco una medalla de honor.

Intentando acallar su voz, recorro el bar con la mirada, que está lleno de gente, y se me viene a la cabeza lo que me dijo Elias. El Pint es un establecimiento popular, sobre todo los días de partido de baloncesto y hockey, porque se transmiten en varias pantallas de televisión, y Vancouver versus Los Ángeles atrae la atención de casi todos los clientes. Esto justifica las preocupaciones de Elias de que alguien me reconozca.

–¿Otra margarita?

Giro rápidamente hacia Derek, que ahora está de pie. El primer trago está prácticamente intacto.

–No, gracias. Solo un poco de agua.

–Bueno, pediré algo para comer –dice, lanzándome una sonrisa torcida.

Cuando se va, me desinflo en mi asiento, arrepintiéndome de cada una de mis decisiones. No se puede confiar en la Sage enojada y la Sage vengativa aparentemente es aún peor.

Antes de que Elias apareciera en mi puerta, me preguntaba en el espejo del baño si debía leer cada comentario en mi perfil o salir de casa y olvidarme de todo. Ver a Elias me recordó la tormenta de mierda en la que me metió.

Podría soportarlo, pero me rechazó, maldita sea. No puede decidir un lunes cualquiera por televisión que al final sí quiere probar mi plan "imposible de creer".

Entonces, cuando lo vi allí, con la lluvia cayendo sobre su ajustada camisa gris y esa mirada de cachorro herido, reafirmé mi decisión: necesitaba distraerme con otro hombre, si no él y sus abdominales perfectos se pegarían a mi cerebro como caramelo.

Derek regresa en un tiempo récord.

–Entonces, ballet. ¿Cómo va eso?

Se sienta y arrastra su silla hacia delante para pegar el abdomen contra la mesa de madera. El espacio entre nosotros ya no me resulta cómodo, sus rodillas presionan las mías y tengo su cara a solo unos centímetros.

Empujo mi silla hacia atrás para compensar la falta de espacio.

–Recibí dos rechazos en una semana, así que no muy bien –digo, sin molestarme en impresionarlo con una mentira.

El primero fue de esa pequeña compañía que actúa en hogares de ancianos, y el segundo para pasar el verano en una escuela de ballet. Nada demasiado importante, solo la guinda de una semana ya de por sí horrenda. Pero como todos los días entro al sitio web del Nova Ballet, sé que todavía no eligieron a nadie para el papel de

la princesa Odette y Odile, porque no lo publicaron. Esa es toda la motivación que necesito para seguir adelante hasta que encuentre una manera de colarme en una audición. Pero vi el nuevo casting para el Príncipe Siegfried, interpretado por Adam Culver, y Rothbart, interpretado por Jason Levy.

La compañía abrió las audiciones a solistas internacionales, por lo que ahora están viajando por el mundo para encontrar a su reina cisne. Dado que esta es la primera producción de Zimmerman de *El lago de los cisnes*, no se conformará con menos que la perfección.

–Estoy seguro de que no será así por mucho tiempo. Hay algo en ti que grita bailarina. Probablemente sean tus piernas.

Me río y las escondo debajo de la silla porque las está mirando como si evaluara si tienen potencial para venderlas en el mercado negro.

Sonríe y se me acerca más, odio esta situación. Su aroma abrumador y el almizcle masculino del ambiente se mezclan y flotan a nuestro alrededor como una nube densa. Se me seca la garganta por la mirada incómoda, así que bebo un largo trago de agua. Cuando vuelvo a apoyar el vaso sobre la mesa, su mano callosa envuelve la mía, y miro con horror cómo se la lleva a la boca para besarla.

–Tú...

–Te sugiero que quites tus manos de mi novia.

Esa voz trepa por mi espalda y se arrastra dentro de mis oídos como una hormiga.

Derek alza la vista, asombrado, y fija la mirada en el hombre que tengo detrás. No tengo que darme la vuelta para saber lo que está viendo: camiseta ajustada, pecho firme y un rostro que es la pura

definición de "perfección". Tendría que buscar en el diccionario, pero estoy casi segura de que hay una foto de él junto a esa palabra.

Respiro hondo antes de girarme hacia el hombre de mandíbula de piedra que entró a un bar muy concurrido para anunciar, otra vez, que soy su novia. Elias lleva ropa deportiva y se ve mejor que nadie. Es injusto.

No hay duda de que es un buen partido entre este decepcionante cúmulo de especímenes masculinos y es evidente que mujeres y hombres lo admiran en este momento.

–¿No-novia? –tartamudea Derek, sus labios siguen congelados a medio camino de mi mano.

Arrugo tanto la frente que un dolor de cabeza florece en mis sienes.

–No soy su novia –digo con los dientes apretados. Derek sigue mirando detrás de mí, con los ojos muy abiertos. Sé que reconoció a Elias en los cinco segundos que tardó en pararse junto a mí.

Molesta, chasqueo los dedos para que Derek vuelva a centrarse en mí.

–¿Qué decías?

Traga saliva y no deja de mirar a Elias mientras me da un beso en la mano.

–Tienes unas manos preciosas.

Es un cumplido digno de él, pero esbozo una sonrisa tímida y bato las pestañas como una tonta. Solo para molestar al hombre que dice que soy su novia.

El aire está espeso cuando me giro hacia el novato que se cierne sobre mí como una mosca y le digo:

–Señor, debe estar cometiendo un error.

Aprieta la mandíbula.

–Nunca fue un error, Sage.

¿Qué diablos? ¿Este presumido y rico jugador de hockey cree que puede entrometerse en mi cita y que yo caeré porque decidió que soy su novia?

Ridículo.

Me cuesta mucho no responder. Cuando me doy la vuelta, esperando encontrarme a Derek todavía atónito, se pone de pie y deja caer mi mano sobre la mesa.

Genial, un jugador de hockey acaba de robarme a mi cita.

–Eli Westbrook, ¿verdad? Vi tu entrevista... –Hace una pausa y alterna la mirada entre Elias y yo–. Espera. ¿Ella es *tu* Sage?

Dejo caer mi cabeza entre las manos en señal de derrota.

–No soy su nada –murmuro.

Derek no me escucha, solo mira a Elias como disculpándose.

–Lo siento, hombre, no tenía idea. –Me mira de nuevo–. Sabes que Hugger es una aplicación de citas, ¿verdad?

Lo fulmino con la mirada, pero es como si por fin estuviera viéndonos. Y no es el único, porque empiezo a sentir el roce de miradas invasivas en la nuca y el murmullo del apellido de Elias circulando por el bar.

Espero que se vaya, porque no le gusta llamar la atención, pero se queda de pie a mi lado, imperturbable.

Derek nos observa dubitativo, le brillan los ojos con un renovado interés. Bebo agua para aliviar el dolor de cabeza.

–A menos que esto sea su fetiche. Raro, pero no se lo diré a nadie. –Hace un movimiento de cerrar una cremallera sobre sus labios.

–Sí, exacto –dice Elias, poniendo su mano en el respaldo de mi silla–. Me pone celoso y la castigo en casa.

Me ahogo con el agua y tengo que golpearme el pecho para recuperar el aliento. El calor me crispa la columna vertebral e intento no detenerme en sus palabras, porque estoy convencida de que no las dijo. Confundida y harta del ida y vuelta, me levanto empujando la silla hacia atrás para tomar a Elias del brazo. Lo arrastro por el pasillo y salgo por la puerta trasera. Fuera sopla una brisa ahora que el sol desapareció en el horizonte.

Parece contento de que estemos solos aquí. El factor sorpresa de su declaración se ejecutó a la perfección.

–No sé por qué pensaste que esto era una buena idea, pero...

–Quiero hacerlo.

Parpadeo.

–¿Hacer qué?

Da un paso hacia mí, bajando la voz.

–Ser tu novio falso.

De todas las cosas que podrían haber pasado esta noche, nunca me imaginé esta.

Muevo la cabeza de un lado a otro, evaluándolo.

–Si mal no recuerdo, hace una semana me dijiste que nunca podría suceder. Si lo estás haciendo por lástima, no cuentes conmigo. Se suponía que esto nos iba a beneficiar a los dos.

–Y lo hará. Ya lo hace. Esta mañana me han dado una lista de preguntas que tengo que responder en la próxima conferencia, y todas tienen que ver con el hockey. Ni una sola pregunta personal.

Muevo el pie con impaciencia.

–¿Y?

–¿No has leído los comentarios? –insiste.

No hay ninguna parte de mí a la que le importe lo que la gente de internet tenga para decir sobre mí. Luego de trece años de ballet, desarrollas una piel gruesa y un filtro para bloquear opiniones inútiles.

–No. No leo esas cosas.

Sus labios se curvan y me mira con una especie de asombro.

–Bueno, estaba equivocado. Creyeron lo del noviazgo y casi todos respetaron mi pedido de privacidad.

–¿Y ahora quieres salir conmigo? –pregunto lentamente.

Asiente.

Una confianza renovada me invade.

–Entonces estás diciendo que tenía razón todo este tiempo.

–Sí, Sage, tenías razón.

–Espera. –Tomo mi teléfono–. ¿Puedes repetirlo? Lo pondré en mi buzón de voz. Y alarma. Y tono de llamada.

Me toma la mano para detenerme.

–¿Quieres ser mi novia falsa?

Me toco el mentón y lo contemplo.

–No sé, Elias. Tengo un gran candidato en el bar.

No puedo mostrarle todas mis cartas.

–¿Uno mejor que yo?

–Aunque te cueste creerlo, sí.

Está serio.

–¿Qué quieres que haga?

Me sorprende su respuesta. Acaba de darme un mundo de oportunidades y no puedo contener mi sonrisa maliciosa.

–Ruega.

–¿Disculpa?

–Quiero que me ruegues. Puntos extra si te arrodillas.

Levanta una ceja.

–¿Es algún tipo de fantasía?

–Mis fantasías son mucho más gráficas, Elias.

Desconcertado, niega con la cabeza y luego se mueve para ponerse de rodillas. Antes de que pueda empezar a suplicar arrodillado, extiendo los brazos para detener su descenso y miro a nuestro alrededor para ver si alguien nos está observando. Me echo a reír a carcajadas y le doy una palmada en el brazo.

–Ay, por Dios. Me descubriste.

Parpadea confundido y esa mirada seria no desaparece. Se pone de pie, y aunque llevo tacones, sigue siendo mucho más alto.

–Entonces, ¿lo harás? –pregunta con una pizca de esperanza descansando entre sus cejas.

–Sí.

Su sonrisa es brillante y no puedo evitar devolverla.

–Tu tío me va a odiar.

–Si te hace sentir mejor, ya te odia.

Mi tío es duro con sus jugadores porque quiere que sean los mejores. Y el equipo no ha ganado una Copa Stanley en años. Es natural que se frustre.

Cuando Elias me tiende la mano, la tomo y camino detrás de él, pero siento el ardor en mis pies con cada paso. Maldito Derek y su fetiche de pies. De alguna manera, los maldijo.

–¿Qué pasa?

Me encojo de hombros.

–Ayer tuve ensayo. Mis pies me están odiando por estos tacones.

Elias deja de caminar y se para delante de mí. Observo cómo la camiseta oscura se ajusta a su espalda.

–Vamos.

Me resisto.

–¿Quieres cargarme?

–No sería la primera vez.

Reprimiendo una sonrisa, evalúo si hacerlo o no, pero cuando se agacha, no lo dudo. Siento un alivio instantáneo en las plantas de los pies en cuanto me levanta.

Se dirige directamente hacia la salida principal. Todos están mirándonos.

La chica de la foto, que se reía cuando la paseaba por el centro, vuelve a aparecer. Me siento segura y libero la risa.

Cuando salimos del bar y estamos camino a su auto, gira la cabeza hacia el hombro en el que tengo apoyada la barbilla.

–¿Siempre terminaremos la noche de la misma manera? –me dice.

–¿Yo a caballito? –Lo aprieto un poco más–. Dios, ojalá que sí.

Se ríe.

–Esa es mi chica.

CAPÍTULO 13
Elias

Es la primera vez en años que paso una semana entera sin tener esa pesadilla recurrente que comienza con mis padres asomándose sobre mi cama con caras de horror. Mamá está llorando y papá sacude la cabeza decepcionado. La luz parpadea a través de la ventana y me genera una punzada de dolor en la cabeza. Luego, regreso a una casa sucia donde una mujer grita en la cocina y un hombre rompe su botella de cerveza contra la encimera. Ahí me despierto sobresaltado.

La frecuencia de esa pesadilla fluctúa dependiendo de si estoy estresado o no. En la universidad, no la tenía casi nunca, pero desde que estoy en la liga, se volvió implacable. Pensé que anoche iba a tenerla, pero no fue así. Solo una cosa cambió, y debería preocuparme, porque odio mentir.

Últimamente mi capacidad para tomar decisiones no sigue ninguna lógica. El único que se opuso a mi situación amorosa fue Aiden, que me dijo: "Todo esto de la relación falsa no es tu estilo, Eli. No mientes nunca, ¿y lo haces solo para quitarte a los medios de comunicación de encima?".

Le dije que me importaba lo que pensaran los fans, pero no logré convencerlo. A lo que me respondió: "¿Y crees que esto es mejor? Olvídate de los medios. Hace años que no estás en una relación, y resulta que la primera que tienes es falsa. Espero que sepas lo que estás haciendo. Pero si alguna vez vuelves a sentir que estás llegando a ese punto, puedes contar conmigo. Con todos nosotros".

Con "ese punto" se refiere a cuando descubrí que mi padre biológico estaba chantajeando a mis padres. Si no dejé que eso me arruinara la vida, no voy a dejar que esto me afecte. Sé lo que estoy haciendo.

Así que Sage y yo decidimos reunirnos para resolver los detalles y evitar que alguien desbaratara nuestro plan tan rápido como Aiden. Pero ella ya pospuso el encuentro tres veces. Hoy, mientras vuelvo a casa desde el gimnasio, me envía un mensaje de texto con la misma excusa.

¿Reprogramamos? Otra emergencia de ballet.

No tengo en claro qué tipo de emergencias ocurren en el ballet, pero no pueden ser tan graves como para retrasar nuestra reunión una semana. El partido contra Chicago es el sábado, y quisiera hablar antes de irme.

–¿Pedimos comida?

Levanto la vista de mi teléfono cuando Aiden entra en la sala de estar, secándose el pelo con una toalla.

Decido no pensar demasiado en el mensaje de Sage y arrojo mi teléfono al sofá.

–No, hoy tengo ganas de cocinar.

Asiente, se hunde en el sofá y enciende la consola de videojuegos para jugar en línea con los chicos de Dalton.

–¿Qué vas a preparar?

–Tacos.

En la cocina, empiezo echando la carne picada en la sartén, espero a que chisporrotee antes de añadir las especias. Corto en cubitos y salteo las verduras en otra sartén, luego caliento las tortillas. Cocinar es mi meditación: el picado rítmico y la combinación de movimientos siempre me relajan.

Cuando vivía con mis padres, cocinaba todas las noches para impresionarlos. Siempre recibía elogios, y eso me convirtió en el cocinero designado en nuestra casa de la universidad. Yo preparaba la comida y cenábamos todos juntos; creo que esa costumbre nos acercó aún más.

Aiden pausa su juego para ayudar a poner la mesa. Pero cuando me ofrece una bebida, decido cenar en otro lugar.

–¿Te importa si me llevo lo que sobra?

Mastica su comida.

–¿A dónde vas?

–Tengo que hacer algo.

Aiden se ríe mientras lleva su plato de regreso a la sala de estar.

–Dile que le mando saludos.

Empaco la comida y me dirijo directamente a Weston. No me molesto en enviarle un mensaje de texto a Sage porque sé su respuesta. "Emergencia de ballet". Pero si no me equivoco, está en casa.

Al llegar a Weston, aparco frente al apartamento de Sage y noto que la valla está abierta de par en par. No hay seguridad en este

lugar. Toco la puerta y me quedo observando las bisagras oxidadas cuando la abren de golpe.

Sage jadea, lo que hace que se le mueva la mascarilla de tigre que tiene puesta. Se da la vuelta, vuelve a mirarme y se aleja de nuevo.

–No deberías verme así.

–¿Así cómo?

–¡Así! –Señala la mascarilla. Tiene el pelo recogido en un rodete, lleva una camiseta vieja de Sidney Crosby demasiado grande y nada más. Las piernas tonificadas le brillan como si acabara de pasarse una loción y tiene los dedos de los pies recién pintados de rosa, porque aún no se ha quitado los separadores de dedos–. Vete y regresa en cinco minutos. Así podemos olvidarnos de esto.

–Sage, te ves cómoda. ¿Por qué me molestaría?

Suspira porque no me muevo, luego nota la bolsa de papel que tengo en la mano.

–¿Compraste comida?

–Traje la cena –respondo–. Supongo que no comiste.

–¿Me estás obligando a cenar contigo? Podrías haberme preguntado, ¿sabes?

–Lo hubiera hecho, pero me estuviste evitando.

Hace una mueca de dolor y un gesto tímido para que entre. Con un golpe de cadera, cierra la puerta, la asegura con cuatro pestillos y revisa cada uno de ellos.

El techo con manchas de humedad y la pintura descascarada es lo primero que me llama la atención. Luego, la alfombra gris áspera, que me recuerda a las de las escuelas públicas. Las puertas descascaradas de los armarios de la cocina cuelgan de sus bisagras.

Aunque está limpísimo, es un apartamento completamente deteriorado.

–Estoy en mi noche de cuidado personal y no esperaba compañía –explica enseguida. Mueve una canasta rosa llena de esmaltes de uñas y botellas de colores a la mesa auxiliar, y en el movimiento casi tira un perchero. Con el volumen bajo, el ordenador reproduce una película sobre la mesa de café, junto a la cual hay una foto enmarcada: ella y, supongo, su hermano, sonriendo en una muestra de ballet.

Tiene una colección de velas en una mesa lateral. Hay tres encendidas, crepitando suavemente en una mezcla de aromas: vainilla, lavanda y otro que no logro identificar con exactitud.

Se quita la mascarilla y la arroja a la canasta. Me hace un gesto para que me siente en el sofá y sacude un polvo inexistente. Tardo un segundo en darme cuenta de que está nerviosa, lo que me desconcierta, porque nunca la había visto así.

–¿Quieres una? –Toma un recipiente con unas tiras como de silicona y se pone una debajo de cada ojo. Entusiasmada, me ofrece los parches transparentes con pequeñas estrellas doradas en el interior.

Solo la miro, pero no puedo evitar sonreír.

–¡Estás sonriendo! –Usa las pinzas para quitar dos más–. Qué emoción. Nunca nadie había querido hacer esto conmigo. No tengo muchas amigas, ninguna en realidad, y a Sean no le gusta todo esto, así que te advierto que gritaré.

Sus palabras despiertan mi curiosidad.

–¿Ni siquiera tus exnovios?

–El último no me tocaría ni con un palo de tres metros si me viera así.

–¿Por qué no?

Evita mi mirada y me coloca los parches debajo de los ojos. Puedo oler la vainilla de su loción cuando se acerca. Eso me distrae de la pregunta.

Pero entonces ella responde:

–Me veía como una bailarina de caja musical, que tenía que estar lista para actuar cada vez que él me diera cuerda.

El impulso protector me pone rígido.

Sage sostiene en alto una herramienta verde.

–¿Quieres un rodillo facial? Es divertido.

Todavía me estoy recuperando de lo que dijo sobre su ex cuando noto su exaltación. Es casi contagiosa. Como nunca hizo esto con nadie, le digo que sí. La piedra fría se siente agradable contra mi piel, pero la forma en que ella contiene la risa me indica que debo parecer ridículo.

Toma su teléfono y se acerca para tomar una foto. Puedo confirmarlo: me veo ridículo. Se ríe de mí, pero no me importa.

–¿Vas a decirme por qué me estás evitando? –pregunto finalmente.

–Sobre eso... –Pone en pausa la película–. Creo que estamos muy metidos en todo esto de la relación falsa.

–¿Te estás echando atrás?

–¡No! –exclama–. Bueno, no del todo. Es solo que no sabemos qué esperar. No hay reglas para esto, así que ¿cómo sabemos si lo estamos haciendo bien?

Esto es lo único que está bien en mi vida, y ahora ella duda, tal vez hasta se arrepienta antes de que siquiera hayamos comenzado.

–¿Es eso lo que necesitas? ¿Reglas? –le pregunto.

Se encoge de hombros, mirándome como si yo tuviera todas las respuestas.

–De acuerdo, pongamos algunos términos y condiciones –declaro–. Pero comamos antes.

–Por mí está bien. –Trae dos platos con servilletas mientras yo preparo los tacos. Se sienta con las piernas cruzadas en el sofá mirándome.

Da un bocado y abre los ojos de par en par.

–¿Los hiciste tú?

Asiento y no le puedo quitar la mirada de los labios.

–Si hubieras cocinado para mí, habría aceptado salir contigo desde el principio. –Se limpia la boca con una servilleta y mastica como si hubiera probado el paraíso.

–¿Te gusta?

Hace un sonido de agradecimiento y algo me calienta el pecho. Comemos en un silencio cómodo, olvidándonos de las reglas por unos minutos. Cuando lleva mi plato vacío al fregadero, la sigo. Seco la vajilla que ella lava, como si fuera lo que hacemos todas las noches.

–Bien, entonces, ¿cuál es la primera regla? –me pregunta.

–Podemos empezar con quiénes van a saber que esto es falso. Aiden y algunos de mis amigos de Dalton ya lo saben, así que, si tienes a alguien de confianza, no hace falta que le mientas.

Se limita a asentir y, cuando finalmente nos instalamos de nuevo en su sofá, toma su teléfono y escribe "Relación falsa para

principiantes" en su aplicación de notas. Sus hombros siguen tensos, pero dejó de morderse el labio.

–Fácil. No tengo amigos.

Nunca había oído a alguien decir algo tan triste con tanta seguridad. Ella lo había dicho antes, pero siempre pensé que estaba bromeando.

–¿Ninguno?

–Ninguno. Y no, no soy una perdedora, pero no tenía tiempo para hacer amigos en la universidad y no seguí en contacto con nadie de la escuela secundaria –dice con naturalidad.

No lo entiendo. Mis amigos son lo que hizo que la experiencia universitaria valiera la pena. Aparte de la casa de mis padres, la casa de hockey era mi hogar.

–¿Y tu hermano?

–De ninguna manera. Dijo que parezco genuinamente feliz contigo, no pude decirle que no es real. Ni siquiera sé qué le diré si se llega a enterar por otra persona.

–¿Es eso? ¿Tienes miedo de que la gente se dé cuenta de que estamos actuando?

–Sí –dice, dejando caer la cabeza entre las manos–. Puede que haya leído algunas de las cosas que comentan, y tenías razón. No estoy a tu altura.

Suelto una carcajada y levanta la cabeza de sus manos para mirarme.

–Recuérdame que nunca vuelva a exponerme contigo –murmura.

–Perdón, no me estoy riendo de ti. La gente hablará y, como he dicho antes, no estoy de acuerdo. Eres talentosa y hermosa. Francamente, deberían preguntarse qué ves tú en mí.

Nerviosa, Sage se arrastra para sentarse a mi lado y no quedar frente a mí. El costado de su brazo toca el mío e intento ignorar la chispa de conexión.

–Bien, primero, pensemos qué queremos de esto. Como un lego de relación falsa. ¡Construye a tu novio! –Se da una palmadita en la espalda por haber pensado en eso.

–¿Yo también tengo que construir a mi novia?

–No, yo estoy bien como estoy.

–¿Y yo no?

Me mira fijo, como si me estuviera perdiendo algo.

–¿Qué?

Parece reacia a continuar.

–Cuando leí los comentarios en ese momento de debilidad, encontré algunos sobre ti también. Decían que nunca habías estado en una relación. Al menos no en una pública.

–Es cierto. Nunca estuve en una relación.

Esconde su sorpresa.

–Exacto. Entonces, te convertiré en el novio perfecto. Básicamente le estoy haciendo un favor a tu futura novia.

–¿Esta es la parte de caridad de nuestra relación?

Aparece una sonrisa.

–No te obligaré a hacer nada que no quieras, Elias.

–No creo que haya nada que no quisiera hacer contigo. –Las palabras salen con facilidad y abre los ojos como platos. No quería sonar tan sugerente.

Me aclaro la garganta.

–Entonces..., ¿cómo es este "novio perfecto"?

–Como tú –dice bruscamente y luego se endereza–. O sea, alguien que sea leal y amable. La clase de persona que no es grosera con los camareros y admite cuando se equivoca. Y debería preocuparse por mí.

–Entonces..., lo mínimo indispensable.

Resopla.

–Créeme, no es tan sencillo.

Es difícil ocultar la pena de mi rostro.

–¿Qué más hay en esta lista inalcanzable?

–Debe ser alto. Más alto que yo, por lo menos. –Me recorre los bíceps con la mirada, justo donde la manga larga verde oscuro se amolda a mis brazos–. Y fuerte. Muy fuerte.

Luego escribe otro punto: "Redes sociales".

–Como ya anunciaste nuestra relación en vivo por televisión –me mira de reojo–, podemos publicar una foto nuestra esta semana y partir de ahí.

Dejo que llene la pantalla con reglas, quiero que esté cómoda con todo esto.

–Flores, chocolates, regalos caros: no hace falta nada de eso –dice–. Todos saben que tienes dinero. Y esto es falso, así que no tienes que gastar en mí.

–Unas flores no me van a dejar en bancarrota.

–Ni siquiera me gustan las flores.

Aprendí de mi madre que si una mujer –cualquier persona, en realidad– dice que no le gustan las flores, probablemente sea porque nunca se las regalaron. O porque es alérgica.

–¿Ninguna? ¿No tienes una flor favorita?

Niega con la cabeza y sigue escribiendo la ridícula regla. Para mí no tiene sentido, y no porque no haya tenido una relación, sino porque parece incómoda con la idea de que alguien haga algo tan simple por ella.

Le quito el teléfono y escribo: "Citas".

–Tendrán que vernos bastante en Toronto para que parezca creíble.

Arquea una ceja.

–¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita?

–La semana pasada. Contigo –digo con total naturalidad.

Se ríe, y es un sonido delicado. Me recuerda a la primera vez que la escuché cuando estábamos en el lago, y casi sonrío, pero luego me doy cuenta de que se está riendo de mí.

–Eso no fue una cita. Fue prácticamente una obligación contractual.

¿Una obligación contractual? Hacía años que no salía con nadie, ¿y ella lo reduce a eso?

Relajo la mandíbula.

–Entonces tendremos que tener una que cuente.

–Claro, pero nada del otro mundo como la semana pasada. Me conformo con un falafel en la calle e ir a ese viejo cine que pone *Dirty Dancing* una vez al mes.

–¿*Dirty Dancing*?

–Me hace sentir bien. La veo todos los años para mi cumpleaños, con una tarta de chocolate McCain que comparto con Sean. –Señala su pantalla–. La estoy viendo ahora mismo. –La pantalla está en pausa y muestra a una pareja nadando en un lago. Luego se vuelve hacia mí–: Entonces, ¿qué más?

–Tendremos que asistir a la cena previa a las eliminatorias que organizan los dueños de los Thunder. Y probablemente deberías venir a uno de los partidos de la semana que viene.

No parece inquietarse, lo que es una victoria.

–Tengo una pequeña actuación el próximo jueves, así que puedo cualquier día después de eso.

–Entonces está decidido. Yo voy a tu actuación, tú vienes a mi partido.

Se congela.

–¿Qué? No. No tienes que venir a mi actuación. Es muy pequeña.

Arqueo una ceja.

–¿Me estás diciendo que no?

–No es la salida ideal. No te sientas en la obligación porque yo voy al partido.

–Déjame a mí decidir cómo quiero pasar mi noche de jueves, Sage. ¿Algo más para agregar a la lista?

Suspira y luego se da un golpecito en la barbilla.

–Ya sabes sobre mi familia y mi carrera en decadencia. No tengo ningún ex loco del que preocuparme. Creo.

–¿*Crees* que no tienes ex locos?

Cierra sus ojos expresivos.

–Estoy segura.

–Me sorprende que hayamos encontrado algo que no estás dispuesta a compartir.

Se muerde el labio y me mira a través de sus pestañas oscuras.

–Digamos que hace poco reapareció en mi vida.

–¿Te está molestando?

–No –responde enseguida–. No interferirá con nosotros. No tienes de qué preocuparte.

–No preguntaba por eso. Si te está molestando, me puedo ocupar del tema.

Sage se abanica la cara.

–Qué sexy. Sigue con esa actitud de novio protector.

No indago más porque ella ha vuelto a bromear. Pero una parte de mí quiere conocerla más allá de lo que dice ser. Ver qué hay debajo de todas esas bromas.

–¿Deberíamos practicar los besos?

Su cambio de tema funciona, porque me atraganto con mis palabras y tengo un ataque de tos.

–No. No hay necesidad de ninguna demostración pública de afecto –grazno.

–¿En absoluto? ¿Necesitas que me haga una prueba o algo? Porque estar uno al lado del otro como un par de primos no va a hacer que esto sea creíble.

–No tiene nada que ver contigo.

Ladea la cabeza.

–¿Esperas que te crea?

–Sin demostraciones públicas de afecto –afirmo, y eso hace que deje de intentar leerme como un periódico.

–Bien, pero entonces no hay otras chicas –dice–. No soy celosa, pero debes mantenerlo oculto, al menos en lo que respecta a los medios de comunicación.

–No habrá otras chicas. No las ha habido en mucho tiempo.

–¿Ninguna? –Alza las cejas sorprendida–. No dejes de hacer nada por mí.

Me doy cuenta de por qué me da la libertad de salir con otras mujeres. Y lo odio. Que Sage crea esos rumores de mierda me afecta más que los rumores en sí.

–¿Les crees?

–No se trata de creerles o no –comienza–. Hay muchos titulares y tú no sales con nadie. Sé cómo es tu mundo. Estar con muchas chicas es lo normal.

–Para mí no.

–Está bien, Dios –dice con las manos levantadas en señal de rendición–. Solo quería ayudarte.

–No lo necesito. ¿Tú sí?

–Si quiero tener sexo con alguien, te lo haré saber.

Cierro los ojos con fuerza.

–Si tienes ganas de *salir* con alguien, dímelo y terminamos con esto. No necesito saber sobre tu vida sexual.

Ahora está sonriendo.

–¿Por qué? ¿Te pone incómodo? Si te ayuda, somos solo yo y un amigo muy confiable que funciona con baterías.

No imaginé que la noche iba a terminar hablando de su vibrador, que probablemente esté en una de esas cajas en las que tiene todas sus cosas. Me cuesta mucho tragar.

–Olvidamos una –dice–. No enamorarse.

Me quedo paralizado. Esa no estaba en mi radar.

Sage ve mi expresión afligida y estalla en risas.

–¡Tu cara! –exclama mientras golpea mi brazo–. No te preocupes, cuando acabe esto, saldrás corriendo.

Mi risa es frágil y nada creíble.

–Entonces, está decidido. Cuando termine tu temporada y yo consiga la audición para NBT, terminamos esto. Sin condiciones.

–Sin condiciones. –Le estrecho la mano. Y así sin más, tengo una novia falsa.

–Antes de que te vayas... Toma. –Se queda callada, usando su teléfono. Un segundo después, suena el mío. Me ha enviado una foto. Está borrosa, pero llega a distinguirse: es a la salida del Pint; estoy cargándola en la espalda y le llevo los tacones mientras ella me abraza los hombros–. Para que la publiques después.

–¿Cuándo la tomaste?

–No la tomé yo. Me etiquetaron.

Leo el texto que acompaña la imagen que me mandó.

–"La mejor parte del día". ¿Quieres que ponga ese texto en la publicación? –Trato de contener la risa–. Un poco presuntuoso, ¿no crees?

–Olvida la regla de no besar y será cierto.

Me quedo sin palabras, pero Sage solo sonríe.

–No olvides etiquetarme, Elias.

CAPÍTULO 14

Sage

La imagen de un valiente bombero envuelto en humo siempre me resultó bastante atractiva. Pero no lo es tanto si ese humo sale de mi apartamento y los bomberos están empapando mis pertenencias con una manguera.

Después de dar la última clase del día y publicar el primer video de baile en mi página, tomé un autobús al otro lado de la ciudad para hacer una audición de último momento. Había recibido un correo electrónico que decía que el Ballet Nacional estaba haciendo audiciones abiertas. Esperaba que mi rutina hubiera cumplido con sus estándares. Con la desagradable sensación de anticipación de un inminente nuevo rechazo, estaba decidida a tomar una ducha caliente antes de prepararme para la primera cita real con Elias, que me recogería en una hora.

Pero, por supuesto, la vida tiene otros planes.

Me quedo paralizada en la acera; si doy un paso hacia la puerta rayada, me veré obligada a asumir lo que está sucediendo. Una parte de mí desearía poder ignorar la escena e ir a otro apartamento que no esté lleno de humo y enormes hombres con uniformes

amarillos. Algunos incluso visten esas camisetas azul marino que se les ajustan bien al pecho. El paisaje sería ideal en cualquier otro escenario.

Un hombre de pie junto a mi puerta gira hacia mí cuando por fin me acerco.

–¿Señorita Beaumont?

Asiento, mirando con los ojos muy abiertos mi apartamento lleno de cenizas, con la esperanza de que todo sea una gran broma y que en realidad sean strippers dándome un regalo de cumpleaños adelantado.

–¿Qué pasó?

El hombre se quita el casco amarillo y me mira como si me compadeciera, pero también quisiera regañarme. Una mirada paternal, supongo, pero no lo sé por experiencia propia.

–¿Recuerda haber encendido esto?

Levanta un vaso de vidrio roto, con cera ennegrecida en los lados. Mi vela de magnolia reposa en la palma de su mano enguantada y hago una mueca de dolor.

Las consecuencias del cuidado personal.

–Juro que la apagué. Nunca me pasó algo así.

Él asiente, dejando caer la vela en una pila de cosas quemadas. Mi edredón, una lámpara de mesa y algo de ropa. El fuego debe haberse propagado rápidamente porque la pequeña sala de estar, que también hace las veces de dormitorio con la cama plegable, está destruida. Y la cocina se llevó la peor parte.

–Pasa todo el tiempo. Las velas parecen inofensivas, pero pueden ser mortales. Tiene que tener cuidado. Esto podría haber sido mucho peor.

La emoción obstruye mi garganta mientras mis ojos comienzan a lagrimear, y no por el humo.

Otro bombero entra con un portapapeles.

–Le sugeriría que duerma en otro lugar, señorita. El olor a humo se impregna en las paredes.

Reflexionando sobre sus palabras, evalúo mis opciones. Si llamo a mi tío, tendrá otro argumento para confirmar que no es buena idea que viva sola. Quiere que me mude con él desde que el banco embargó la casa de mis padres, pero siempre me negué. No quiero ser una carga.

No tengo amigos ni dinero para un motel. La nube oscura de humo que envuelve mi apartamento me ahoga, y trato de no sollozar frente a los bomberos tan sexys.

Los escombros crujen bajo mis pies, y noto que mi computadora portátil también está quemada. Si tuviera seguro, esto podría ser menos devastador, pero el pánico se apodera de mi pecho. Mi respiración es superficial y el humo se siente como alquitrán en mis pulmones.

Los bomberos terminan de remojar lo que queda de mis cosas y juntan su equipamiento. Me apoyo en la esquina de la encimera a la que no ha llegado el fuego y me devano los sesos pensando dónde pasar la noche. Los arbustos se ven bastante cómodos.

Desesperada, me vuelvo hacia los bomberos que se están yendo.

–¿Tienen una cama libre en la estación?

Se miran y se ríen por mi exabrupto.

–Si necesitas ayuda…

–¿Sage? –La puerta principal se abre de golpe y Elias Westbrook, de un metro noventa, entra corriendo. Por supuesto, llegó temprano,

antes de que pudiera pedirle que reprogramáramos nuestra cita. Lleva una camisa de franela negra sobre una camiseta blanca y jeans. Tiene el cabello despeinado como si hubiera corrido. Me resulta más ardiente que el fuego que quemó mis pertenencias hasta convertirlas en hollín.

Se detiene antes de tomarme la cara entre las manos.

–¿Estás bien? ¿Estás herida?

Elias examina mi cuerpo en busca de… ¿quemaduras? No lo sé. Nunca lo vi tan preocupado, y me toma un minuto darme cuenta de que está preocupado *por mí*. Un extraño hormigueo debajo de mi piel me hace ponerme de pie.

–Parece que no –dice el bombero–. Nos vamos. Y, por favor, apague las velas antes de irse.

Mi mirada sigue su retirada, pero tengo la mente fija en Elias. En la expresión de su rostro. En la forma en que mi corazón dio un vuelco cuando lo vi.

–¿Una vela hizo esto? –Elias contempla mis cosas. No hay mucho, todo quedó reducido a cenizas.

–No es para tanto. Hay un hueco seco por allí. –Señalo un espacio que no alcanza ni para las ratas que me visitan por la noche.

–Sage, no te quedarás aquí.

–No puedo derrochar en un motel, dormiré en la mesa de café, es resistente.

Me mira con el ceño fruncido.

–¿Tienes un bolso extra?

–Está empapado. –Lo señalo, reprimiendo mis emociones para cuando esté sola–. Dejaré la ropa afuera para que se seque. No es para tanto. Tengo aquí todas las cosas de ballet. –Levanto el bolso

que llevo a clase. Mientras mi costoso atuendo de ballet esté intacto, no colapsaré por completo. Me muevo para pararme junto a la puerta y acompañarlo a la salida, pero él frunce el ceño.

Elias Westbrook está enojado.

–Si crees que te dejaré quedarte aquí, debes pensar que soy una persona de mierda.

Sé que no lo haría, y ese es el problema. Hace un momento, no tenía opciones. Saber que Elias no solo está preocupado, sino que se preocupa lo suficiente como para insistir en que no duerma aquí hace que el hormigueo en mi pecho se traslade a mi estómago.

–No creo que seas una persona de mierda, todo lo contrario –le digo.

El olor a humo y el sonido distante de las puertas del camión de bomberos al cerrarse llenan el aire a nuestro alrededor.

–No te quedarás aquí –repite.

Tal vez soy terca, pero necesito estar sola. Así ha sido siempre.

–Toda mi ropa está empapada o quemada, no creo que un motel barato me haga sentir mejor.

–Vas a venir conmigo. Puedes usar mi ropa y yo lavaré la tuya.

Nos miramos durante tanto tiempo que casi es incómodo. Ya me está ayudando con el ballet y me trae la cena. No puedo aceptar más. No seré una carga.

Mi labio se levanta en un intento de liberarme de este punto muerto.

–Solo quieres verme con una de tus camisetas, ¿no? –bromeo, bajando la mirada hacia la cesta derretida de artículos de cuidado personal. *Vete a cagar, magnolia*. Cuanto más evito su mirada, más distingo cosas quemadas en el suelo lleno de escombros.

–Quiero asegurarme de que no te desmayarás por inhalación de humo.

–Hay ventanas. Estás exagerando.

Resopla y se para a pocos centímetros.

–¿Sabes lo que pienso, Sage? –Está tan cerca que tengo que forzar el cuello para mirarlo–. Creo que dices muchas tonterías, pero cuando alguien se ofrece a cuidarte, te escondes detrás de tus bromas para evitar pedir ayuda.

Trago saliva.

–Entonces, no te estoy preguntando. Junta lo que queda de tus cosas y métete en mi coche o te meteré yo.

Vaya. Mi cerebro aturdido no me deja más opción que tomar el bolso de viaje mojado y algunos artículos de tocador. No puedo ignorar el nudo de incertidumbre que finalmente se instala en mi estómago.

Elias me observa desde el umbral, apoyado contra el marco de la puerta con los brazos cruzados y una mirada severa. No hay rastros del dulce Elias y puede que sea por culpa mía.

Me quita el bolso de las manos y cierra la puerta de mi apartamento a nuestras espaldas. Desliza su mano en la mía mientras nos dirigimos a su coche.

***

Ya no tengo olor a humo. Ahora huelo al gel de baño de Elias. Pagaría mucho dinero por que me lo inyectaran en las venas.

Casi no hablamos en el camino a su casa, ni cuando me sentó en la mesa del comedor y devoré un tazón de rigatoni con crema.

Después de ducharme, me puse un pantalón deportivo grande y una camiseta.

En la sala de estar, Elias, Aiden y una chica bellísima de pelo largo castaño y ojos al tono se giran para mirarme. Su conversación se detiene y me quedo allí de pie, incómoda.

–No quise interrumpir –digo en voz baja.

–No interrumpes –dice la chica. Se pone de pie y me envuelve en un abrazo–. Escuché lo que pasó. Lo siento mucho. Debe ser devastador.

–No es para tanto. Tampoco tenía muchas cosas. –Le doy poca importancia, pero es un desastre. No voy a quedarme con Elias por siempre, pronto necesitaré un lugar donde vivir. No encontraré nada tan barato como mi apartamento de alquiler controlado y sé que mi salario de maestra no alcanza para más.

Elias se pone de pie a mi lado, su brazo roza el mío y una descarga eléctrica se dispara a las puntas de mis dedos.

–Ella es Summer, la novia de Aiden –informa.

–Iba a presentarme, pero siento que ya te conozco por lo mucho que los fanáticos de los Thunder hablan de ti –dice Summer.

–Oh, Dios, no puedo ni imaginar lo que deben decir.

–No te preocupes. Salvo algunos trolls, son todas cosas buenas. Y los chicos no paran de nombrarte. Eres una celebridad en la casa de hockey.

Elias llama así a la casa en la que vivieron durante la universidad, así que se refiere a sus amigos.

–Estarán encantados de conocerte cuando vengan de visita –dice Aiden. Luego mira la hora en su teléfono y envuelve a Summer con

un brazo–. Nos vamos a la cama, pero siéntete como en casa, Sage. Puedes quedarte todo el tiempo que necesites.

–Gracias –digo, mientras los veo retirarse. Soy muy consciente de que ahora solo estamos Elias y yo.

–Puedes quedarte en mi habitación –dice sin más.

Estoy a punto de negarme e insistir con dormir en el sofá, pero no me da tiempo porque pasa junto a mí y cruza el pasillo hacia el baño principal. Me quedo allí parada, esperando; cuando oigo que se abre la ducha, vuelvo a su habitación.

Me esfuerzo por no fisgonear, pero sobre la mesa de noche veo una piedra lisa y plana. Como la de nuestra cita. La puerta del baño del pasillo se abre con un crujido, dejo caer la piedra, apago las luces y me meto debajo del edredón.

Entonces me doy cuenta de lo horrible que era mi colchón. En la oscuridad, cierro los ojos y me golpea el cansancio.

Horas después, sigo luchando con mi mente, completamente despierta.

Que Elias esté durmiendo a solo unos metros no ayuda. Este no es el insomnio que he tenido durante la mayor parte de mi vida.

El sonido ocasional de los autos que pasan o el aullido de la sirena de una ambulancia que tiñe las paredes de rojo acompaña mi mente inquieta. Entonces, un fuerte ruido desde el interior del apartamento me sobresalta. Supongo que es Elias, porque Aiden y Summer están dormidos en el lado opuesto del pasillo, salgo de puntillas de la habitación, necesito una conversación que no sea conmigo misma. Una inhalación brusca y un gruñido desde la sala de estar me hacen girar y entonces lo veo.

Elias respira agitado y sacude los brazos como si estuviera teniendo una pesadilla. No cualquier pesadilla. Es una muy fea.

Su cuerpo está doblado y las piernas sobresalen del sofá. El defensor de un metro noventa no puede estar más incómodo. Y duerme aquí porque yo estoy acaparando su habitación.

Elias se sacude y la luna ilumina la ligera capa de sudor en su frente.

Cuando Sean era pequeño, solía tener terrores nocturnos. Mis padres nunca estaban en casa, así que iba a verlo varias veces durante la noche. Hola, insomnio.

Aprendí que nunca hay que despertar a alguien en medio de un terror nocturno. Sé por qué Sean tenía pesadillas; no creces normal cuando vienes de una familia como la nuestra. Pero Elias parece tan seguro. Como si lo tuviera todo resuelto y se apegara con uñas y dientes al plan de vida que diseñó. Lo miro fijo durante tanto tiempo que podría parecer que estoy tratando de leer su mente, pero no puedo hacerlo ni cuando está despierto, mucho menos dormido.

¿Qué caos está atrapado en su hermosa cabeza?

En silencio, me arrodillo junto al sofá y deslizo mi mano en la suya, que tiembla. Para mi sorpresa, la toma como si fuera un bote salvavidas. Su respiración y su pulso se estabilizan y su cuerpo exhausto se desinfla.

Mi atención permanece en su mano, que no suelta la mía, y dejo que la sostenga, tratando de no pensar en la sonrisa que toca mis labios. Dibujar pequeños patrones en su piel con el pulgar me relaja y me debato sobre si debería dormir junto a él en el suelo, pero entonces su respiración se detiene y veo sus ojos color café fijos en mí.

Cuando ve nuestras manos entrelazadas, se sienta y me suelta tan rápido que deja una sensación de frío en mi palma y en mi pecho. Parece preocupado, yo debo verme triste, pero ambos hacemos todo lo posible por controlar nuestras expresiones.

–No puedo dormir –digo de golpe, no quiero que se avergüence.

–¿Es por mi cama? –pregunta con una voz ronca y somnolienta que me aprieta el abdomen. Su tono es áspero, como si le irritara que su cama sea la razón de mi falta de sueño. Como si se hubiera convertido en su enemigo número uno.

–No, tu cama es perfecta. –*Y huele a ti*–. Es solo que tengo una cosa superdivertida llamada insomnio.

–¿Cómo? –Parece sorprendido–. Eres la persona más alegre que conozco.

–Voy a tomar eso como un cumplido, por tu bien. –Hace una mueca, pero no le dejo disculparse–. Comenzó cuando era adolescente y aparece de vez en cuando. Como todas las noches del año pasado.

Cuando Elias se pone de pie, me hace un gesto para que lo siga. Me siento como una reclusa que no logró escapar de la prisión y está siendo devuelta por el director. Un director con el que tal vez podría querer acostarme.

–Nunca me había dado cuenta de cuánta luz entra por esas cortinas –dice, de pie junto a la ventana de su dormitorio, mirando las farolas y las luces de la ciudad.

–No te preocupes. Con luz o sin luz, igual no podría dormir.

Se detiene un momento y se dirige a la puerta.

–Llámame si necesitas algo.

¿Cualquier cosa? Mi cuerpo está en alerta máxima y sé que, si se va, me quedaré aquí tumbada y miraré el techo pensando en él. Cuando está cruzando el umbral, las palabras salen de mí a borbotones.

–Elias –digo. Se da la vuelta y yo trago saliva–. ¿Quieres dormir conmigo?

Parpadea varias veces.

–Sage... –empieza.

–¡Solo por esta noche! –me apresuro–. Ese sofá no se ve cómodo. Eres enorme.

–No está tan mal.

–¿Por favor? –Lo miro fijo–. Creo que podré dormir si hay alguien a mi lado. Para tranquilizarme. –Estoy mintiendo. Eso nunca funcionó. A veces Sean venía a mi habitación después de una pesadilla y yo seguía sin poder pegar un ojo.

–No estoy seguro de que sea una buena idea.

Me acerco a él. La camiseta tan fina probablemente no me ayude.

–¿Por qué no? Estás bueno y todo, pero puedo controlarme una noche, novato. –Dejo que mi dedo recorra sus abdominales duros en un movimiento provocador. Lo empujo–. A menos que seas tú el que no puede.

Lanza un sonido estrangulado y la satisfacción me recorre. Lo miro esperando una respuesta, su pecho sube y baja tranquilo, como si estuviera sopesando los pros y los contras.

Entonces sus hombros tensos se desploman.

–Solo para ayudarte a dormir.

El suelo tiembla, o mejor dicho, yo tiemblo. Su respuesta me deja vacilando hasta que recupero la compostura suficiente para

responder:

–Sí, sí. Ya ven, tengo clases por la mañana.

¡Elias Westbrook me sigue a la cama!

Se quita la camiseta. Los músculos de su espalda se tensan con el movimiento y sus hombros anchos caen al exhalar. Deberían haberme avisado que iba a desear a mi novio falso.

Navegando en internet encontré el video que hizo que la gente hablara sobre el novato, y no los culpo. Es tan dulce y atractivo en el video como en la vida real. Después de eso, me perdí viendo sus goles y entrevistas de Frozen Four. Ahora, este striptease privado agita cada pensamiento sucio en mi mente. Salgo de la alucinación cuando me mira y me sumerjo en las sábanas.

–Buenas noches –digo, mi voz amortiguada bajo el edredón.

–Buenas noches, Sage.

Apago la lámpara y quedamos a oscuras. En el silencio de la habitación con el calor de su cuerpo en la cama tamaño King, me doy cuenta de que esta podría ser mi idea más estúpida hasta ahora. Creer que puedo dormir con mi novio falso sin encenderme como una cerilla no fue muy brillante de mi parte.

Pasan los minutos y vuelvo a contar ovejas, pero pronto comienzan a tomar la forma de un grupo de Elias sin camiseta, y tengo calor. Me giro de lado, luego me acurruco en posición fetal, luego me recuesto sobre mi espalda para mirar el techo.

–¿Estás bien? –De nuevo esa voz ronca. Una tortura para mi cerebro hiperactivo.

–Mm-hmm. –Me aclaro la garganta–. Contando ovejas.

Debe ser una respuesta aceptable porque no dice nada más.

–Ven aquí. –La voz grave de Elias atraviesa la habitación silenciosa y me sobresalta.

–¿Me hablas a mí? –susurro.

–No, a la otra persona que está en la cama con nosotros –dice inexpresivo–. Dije que vengas aquí, Sage.

La orden me golpea directo entre las piernas. Hay muchos otros contextos en los que podría imaginarlo diciendo eso, pero ahora solo puedo pensar en uno, y es mejor no decirlo. Ni siquiera tengo una respuesta para su sarcasmo.

Mis ojos se adaptaron a la oscuridad y lo veo mirarme directamente.

–¿Dónde?

–Aquí. –Levanta el brazo, como si fuera lo más natural del mundo–. Estás dando vueltas en la cama y dijiste que te ayudaría dormir con alguien, ¿no?

¿Dije eso? La Sage de hace unos minutos era una completa idiota. Me acerco un poco, pero dejo espacio suficiente para el Espíritu Santo. Entonces me atrae hacia él. Chillo y tengo un momento de locura en el que quiero apoyarle mi trasero. No lo hago. *Obviamente*.

–¿Mejor? –susurra en mi oído.

No. Es cálido, cómodo y seguro.

–Sip.

Su pulgar acaricia distraídamente mi estómago, y bien podría quemarme la camisa. Hay algo muy vivo debajo de estas sábanas, y me aterra que sienta el pulso si baja solo unos centímetros.

El peso de su brazo, el olor de su jabón y el latido uniforme de su corazón contra mi espalda se sienten demasiado relajantes. Un

segundo atrás, no había forma de que pudiera dormir, pero acostada así en sus brazos, me aterra admitir que mi remedio inventado podría funcionar.

–Siempre hueles a vainilla. –Puedo sentir su voz en mi cabello. Me hace temblar.

Suelto una risa incómoda, no estoy segura de qué está pasando entre nosotros. ¿Es esto una invitación? ¿*Vainilla* es una palabra clave? ¿Debería quitarme la ropa?

Su suspiro de satisfacción es todo lo que oigo, como si mi loción lo hubiera hechizado.

–¿Te dormiste? –pregunto.

Hay una larga pausa y se mueve para acomodarme a la curva de su cuerpo.

–Eso intento.

–Ah.

Suspira, y no me gusta.

–¿Qué estás pensando? –me pregunta.

Haría cualquier cosa para que esto fuera menos incómodo, pero Elias parece estar muy bien así.

–Nada. Tienes que dormir. Que yo tenga insomnio no significa que tú también debas tenerlo.

–Estoy despierto. –Mi largo silencio lo empuja a continuar–. No me pasa todas las noches.

Mis orejas se ponen alerta como las de un perro emocionado.

–¿Las pesadillas?

–Eran muy esporádicas, pero cuando llegué a la liga empeoraron. Vuelven cuando estoy estresado.

Toda esta situación es tan impropia de Elias que siento la necesidad de darme vuelta para asegurarme de que no sea un robot muy cálido.

–¿Has hablado con alguien? A Sean le pasaba y un psicólogo infantil lo ayudó mucho.

–No. No quiero que mis padres se enteren y se sientan culpables.

Intento no decir algo que pueda ofenderlo, pero no puedo contenerme.

–No es justo para ti. No creo que todo ese estrés ayude con el hockey.

En lugar de alejarse como esperaba, entierra su cabeza en mi cabello.

–Supongo que no.

A juzgar por el tono, creo que la conversación terminó, pero cuando mis ojos comienzan a cerrarse, pregunto:

–¿También te ayuda? Me refiero a estar con alguien.

–No lo sé. Es mi primera vez –responde.

–¿Nunca dormiste con alguien?

–Nunca. Pero estoy empezando a pensar que siempre serás la excepción.

CAPÍTULO 15

Elias

He quemado tres panqueques en el lapso de diez minutos. Raspo la sartén para limpiarla, tiro los quemados al compost y vuelvo a hacer la masa.

Cocinar suele relajarme, pero hoy falla porque estoy nervioso desde anoche.

Todavía puedo sentir los pies fríos de Sage sobre mis pantorrillas. Se movió nerviosa por unos minutos antes de quedarse dormida. No estoy seguro de cuánto tiempo suele tardar o si ayudé, pero me alegro de que haya descansado un poco. Es necesario dormir para afrontar la cantidad de clases y audiciones que tiene. La contrapartida de anoche fue que *yo* no pude dormir. La sentía por todas partes.

Con su cuerpo acurrucado contra el mío y nuestra conversación repitiéndose en mi cabeza, no me di cuenta de cuánto tiempo había pasado. Pronto se hizo de día y la luz atravesó esas cortinas de mierda. Compré unas mejores apenas me levanté.

Consigo el primer panqueque decente cuando Sage entra en la cocina. Todavía es temprano, así que me sorprende verla. Ni Aiden

ni Summer están despiertos. Aiden y yo tenemos que salir en una hora porque tenemos un partido en Tampa esta noche.

Sage parece un poco perdida y se paraliza cuando me ve. Sus ojos viajan por mi torso. Debería haberme puesto una camiseta, pero no quería despertarla con el chirrido de la puerta del armario.

Se frota el ojo y el cuello de mi camisa se le cae por un hombro, revelando su suave piel. Parece descansada y despeinada a la vez, y tengo que darme la vuelta, justo a tiempo para evitar que se queme otro panqueque.

–Siéntate. Te traeré un plato –le digo.

–No me trates como a una invitada, Elias –me regaña.

Entonces el sonido de los armarios al abrirse es el único ruido en la cocina además de mi corazón palpitante. Intento hacer todo lo posible por no mirarla cuando se mueve de puntillas para encontrar el armario correcto.

Aiden y yo colocamos los platos bastante alto porque vivimos solos, pero al ver que Sage no los alcanza, me doy cuenta de que voy a tener que moverlos. Dejo que lo intente sola hasta que levanta la pierna para subirse a la encimera. Bajo el fuego de la estufa para moverme detrás de ella.

Tropieza contra mi pecho. La rodeo con un brazo para agarrar una pila de platos.

–Podía sola –murmura, sin aliento.

–Creo que quieres decir *gracias*.

Se gira y su mirada se encuentra con la mía.

–Gracias, Elias.

Asiento, sé que sus palabras tienen menos que ver con el plato que con lo de anoche. Rompo el contacto visual y me concentro en

servir su comida en el plato.

–¿Mis panqueques sonríen? –pregunta, divertida. No me había dado cuenta, estoy tan acostumbrada a hacerlos para los chicos de Dalton, que es piloto automático. Kian sugería algo lascivo, y yo siempre le seguía el juego acomodando las chispas de chocolate.

Está radiante. La sigo hasta la mesa y me siento frente a ella. Antes de que pueda alcanzar el jarabe de arce para verterlo sobre mis panqueques, me lo arrebata.

–Yo lo haré.

Da vuelta la botella para dibujar un remolino, pero su puntería se desvía y el jarabe cubre mi pulgar.

Los ojos de Sage se abren de par en par mientras evalúa mi expresión en blanco, esperando una reacción, pero no lo consigue. Solo la miro fijo.

–¿Qué? ¿Quieres que te lo lama? –Hay un tono burlón en su voz que envía una lanza de calor directo a mi ingle. Mira mi garganta y observa la nuez de Adán moverse por la risa, delatando mis pensamientos.

Entonces, en un lapsus que solo puede ser causado por la falta de sueño, levanto la mano. Mi pulgar queda a centímetros de sus labios, separados por el shock. El silencio es tan profundo que se oye el agua goteando del grifo de la cocina.

Se inclina hacia delante y en ese momento sé con certeza que estoy realmente jodido. Sage se mete mi pulgar en la boca y cierra los labios. Su lengua caliente toca el jarabe y lo lame para limpiarlo.

Nuestras miradas se encuentran.

Sus labios rosados forman una O alrededor de mi pulgar, haciendo que toda la sangre de mi cuerpo se precipite hacia el sur. Aprieto la

mandíbula para evitar que un gemido escape de mi garganta.

Entonces las bisagras de la puerta crujen al final del pasillo y Sage se aparta, soltándome con un chasquido justo cuando Aiden y Summer entran al comedor. Apoyo la mano de nuevo en la mesa del comedor.

Sin decir palabra, Aiden va hacia la cocina, probablemente para prepararle un té a Summer mientras ella se desliza en la silla junto a Sage y exclama:

–¡Panqueques!

Summer está particularmente interesada en acercarse a mi novia falsa. Aunque Sage conversa animadamente en la mesa del comedor, puedo ver cómo se le sonroja el cuello.

Apenas puedo moverme de lo duro que estoy. Durante todo el desayuno, no me mira, ni una sola vez, pero yo no puedo apartar los ojos de ella.

Sage 1, Elias 0.

***

El vuelo de tres horas no salió como esperaba porque no dejé de fantasear con jarabe de arce y un par de labios en particular. La imagen es mala para mi cerebro, y pronto estaré en una habitación de hotel con algo de tiempo libre antes del juego. Estoy haciendo mi mejor esfuerzo para no imaginar esos labios chupando algo más.

No ayuda que Socket, nuestro portero, que lleva cinco años en el equipo, y Owen Hart, nuestro nuevo extremo derecho, sentados junto a Aiden y yo, sigan hablando de las mujeres con las que estuvieron en Toronto. La conversación no me interesa en absoluto porque, a diferencia de Socket, Owen sigue hablando de mujeres

como si estuviera en la universidad. No me gusta oírlo hablar de las cosas que hace con las chicas.

–¿Te importaría bajar la voz? No nos interesa esa mierda –digo, interrumpiendo la conversación de Owen. Se sobresalta y Socket hace una mueca.

Owen asiente, pero la sonrisa en su rostro es de complicidad, parece que me estoy perdiendo algo. Antes de poder preguntarle qué le parece tan gracioso, Aiden vuelve a llamar mi atención hacia la tableta que estamos usando para pensar en jugadas que me permitan hacer el gol. Al parecer identificó algo que puede ayudarme a salir de la caja que sin querer construí a mi alrededor.

Antes del mediodía aterrizamos en Tampa. Faltan unas horas para que comience el partido, así que nos vamos a los hoteles. No tengo que preocuparme por las mujeres desnudas en mi habitación, así que me dejo caer en la cama. Es extraño no estar estresado por lo que la gente pueda decir sobre mí, y se lo debo a Sage.

Pido servicio a la habitación y, cuando termino de comer, reviso el equipo antes de que el autobús pase a recogernos.

Cuando llegamos al Estadio Amalie, tengo el equipo puesto y estoy ansioso por salir al hielo para la práctica previa al juego. Finalmente en la pista, golpeo una pila de discos para precalentar. Nos deslizamos hacia las redes, concentrados en los tiros y pases, sintiendo el ritmo de la rutina. El sonido de las cuchillas cortando el hielo llena el aire, y con cada tiro mío que esquiva a Socket me siento más preparado.

Justo cuando comienza el juego, mi mente se va hacia la chica que estuvo rondando en mi cabeza todo el día. Me pregunto si verá

el juego de esta noche con Summer en el apartamento, o si estará ocupada.

–Esta noche es tu oportunidad. –El entrenador Wilson se acerca por detrás, con la mirada fija en su carpeta.

Tiene razón. Tampa es el equipo con el peor desempeño del este, debería poder usar eso a mi favor esta noche. El ultimátum que pende sobre mi cabeza se suma a la presión del partido de hoy, y me enfoco en demostrar que todos están equivocados. Principalmente para enrostrarle el gol al engreído de Marcus.

–Lo sé –digo, pasando a su lado hacia la línea central para el himno nacional. Cuando suena el silbato, comienza la acción. Enseguida estoy disparando a la red.

En el segundo tiempo, mi tiro de muñeca pasa por encima del guante del portero y se me para el corazón cuando veo el disco volar a toda velocidad. El ruido de la multitud se desvanece hasta convertirse en un murmullo amortiguado en mis oídos. Pero entonces rebota en el travesaño, aterriza en el lado y hace contacto con el palo del defensor de Tampa. La tensión regresa a mi cuerpo y los chicos chocan conmigo en una muestra de apoyo por el fallo.

La sangre late en mis oídos y enciende un fuego debajo de mi piel durante el resto del juego. Me impulsa hacia adelante con cada tiro a la red, pero solo acabo asistiendo en todos los goles que marcamos esta noche, incluido el desempate de Aiden, que se ganó los abucheos de la multitud cuando sonó la bocina y ganamos 4-3.

–¡Eso fue genial! –grita Socket, chocando conmigo en el vestuario.

Acabo de salir de la ducha posterior al partido y todavía estoy repasando todos los tiros que fallé. Asistir en goles a mis compañeros es parte del deporte, pero ya me cansé. Puedo imaginar

a la junta directiva tachando cada partido del calendario, esperando hasta que Marcus pueda firmar los papeles para mi traspaso y deshacerse de mí para siempre.

–Esta noche vamos a festejar. La familia de mi amigo tiene un bar en la ciudad –dice Socket.

Aiden me mira y yo sacudo la cabeza, no me hace nada de gracia pasar la noche rodeado por mis compañeros de equipo borrachos.

–Sigo dolorido por el partido anterior. Los veré mañana.

–Yo también –dice Aiden mientras empaca su bolso.

Socket gruñe, murmura algo sobre que somos los novatos más aburridos y se vuelve hacia el resto del equipo para convencerlos de que salgan.

–No tienes que quedarte por mí.

Aiden me mira.

–¿Cuándo he querido celebrar algo sin ti?

–Marcaste el gol de la victoria, hombre. Eso merece una celebración.

Se encoge de hombros y no puedo evitar sentirme mal por haberlo decepcionado también. Pero no puedo fingir ahora, así que me permito creer que él tampoco está de humor para salir.

CAPÍTULO 16

Elias

–¿Me estás llamando porque no quieres parecer un perdedor solo en tu habitación de hotel? –pregunta Sage.

En el momento en que responde, sé que tomé la decisión correcta al llamarla. Solo el sonido de su voz alivia la decepción por el partido de esta noche.

–¿Nadie te enseñó que las palabras pueden ser hirientes? –Finjo ofenderme.

–No tuve los mejores modelos a seguir, así que no –responde, y casi me disculpo, pero vuelve a hablar–: Vi tu asistencia y tu porcentaje de tiros a portería. La rompiste esta noche, lo quieras creer o no.

–No es nada del otro mundo. Todavía no...

–Hiciste un gol, sí, sí, lo sabemos –interrumpe–. Si te pido algo, ¿lo harás?

Sí.

–Depende.

–Quiero que salgas.

Me río entre dientes.

–Puedes colgar si tanto odias hablar conmigo.

–Uno, me encanta hablar sin importar con quién sea. Dos, tienes que dejar tu patética pose y salir con el equipo. Aiden no celebrará su gol de último segundo porque quieres quedarte encadenado a tu colchón.

–¿Cómo lo sabes?

–Summer acaba de hablar por teléfono con él y supuse que su renuencia a salir se debía a cierto novato gruñón.

Aunque se está burlando de mí, me hace sonreír que Sage hable con Summer porque mencionó que no tiene amigos.

–¿Así que no quieres hablar conmigo?

–No... Bueno, técnicamente sí. Quiero que salgas con el equipo a festejar.

No respondo.

–Elias. –Resopla–. Tienes esa idea rebuscada de que mantener bajas tus expectativas y no alegrarte por las cosas buenas de tu vida te salvará de la decepción, pero estás equivocado. Las cosas buenas deben celebrarse, porque las malas encontrarán la forma de suceder.

Me siento en la cama.

–Solo fueron unas asistencias. No es tan importante.

–Lo fue para mí. Lo fue para tus compañeros de equipo y lo fue para tus fans –insiste–. Ahora, sal con el equipo y celebra la victoria. ¡Al diablo con los paparazzi!

–¿Y si inventan una historia? No quiero que nadie cuestione mi fidelidad.

–Déjalos. Estaré más que feliz de recordarles a todos que estás en una relación seria y feliz con el amor de tu vida.

–El amor de mi vida, ¿eh?

Hay una pausa.

–Algo así.

–Está bien. –Me rindo–. Pero solo unos minutos.

–Una hora.

–Treinta minutos.

–Cuarenta y cinco –responde ella.

Me río entre dientes, sacudiendo la cabeza por su dedicación a la causa.

–Bueno.

–¿En serio?

La emoción se nota en su voz, y me resulta tierno que le importe si estoy atrapado en mi habitación de hotel o con amigos.

–¿Cuándo aprenderás que soy incapaz de decirte que no?

***

El bar que eligieron los chicos es mucho más elegante de lo que esperaba. Es una azotea y la iluminación le da una sensación acogedora. Por lo que parece, está cerrado para nosotros, para que podamos relajarnos sin que cada uno de nuestros movimientos sea captado por una cámara.

Aiden estaba en su habitación, tal como dijo Sage, y cuando le pregunté si quería ir con los chicos, se levantó y estuvo listo en cuestión de minutos. Supongo que su novia también le dijo que saliera. Aunque ninguno planea beber, el buen vínculo que hay en el equipo hace que esta salida valga la pena.

Odio admitirlo, pero me alegra poder conocer a los jugadores fuera del hielo. A algunos de ellos los admiro desde hace años.

–¿Por qué cambiaste de opinión? –pregunta Socket, un poco ebrio.

–Sage.

Le gusta mi respuesta, porque me da una palmadita en la espalda como un padre orgulloso.

–Esa chica te hace bien. O sea, mira todo lo que hiciste hoy.

Sus palabras me confunden.

–¿A qué te refieres? Intenté anotar tantas veces, con la ayuda de todos, y no lo conseguí, como dijiste que les sucede a los novatos.

–Igual jugaste un gran partido. No anotaste, pero ninguna de tus jugadas parecía amateur. Una de las razones por las que ganamos hoy fue por tus asistencias. Celébralo.

Choco mi cerveza sin alcohol con su botella, y él toma un trago antes de irse a cantar la canción que suena por los parlantes. Vuelvo a mi silla y nos reímos cuando otros se unen al coro desafinado. Sentado allí, pasándolo bien, me pesa el teléfono en el bolsillo, así que lo tomo y envío un mensaje de texto.

¿Cuánto falta para poder largarme?

Sage

Eres un ridículo.

Hablo en serio.

Te estás divirtiendo, lo sé. Deja de enviarme mensajes de texto y socializa.

Bueno, pero al menos dime que tú también te estás divirtiendo.

Me provoco a mí mismo la tortura, porque me envía una foto. Summer está de fondo con una mascarilla y Sage sonríe radiante. Tiene una toalla en la cabeza y esos parches con pequeñas estrellas doradas debajo de los ojos. Supongo que es noche de autocuidado porque tiene un pie sobre el sofá con los separadores de espuma junto al barniz de uñas, y solo lleva una camiseta blanca. Luce impresionante, y estoy a punto de tomar un vuelo nocturno de regreso a casa solo para verla hacer algo tan mundano como pintarse las uñas de los pies.

Jesús. Estoy en público, Beaumont.

¿Eh? Solo es una camiseta holgada.

Y te queda increíble.

Los puntos suspensivos aparecen dos veces más en la aplicación antes de finalmente desaparecer. Sigo atascado en nuestros mensajes, mirando su foto demasiado tiempo. Cuando deslizo, veo la que me envió el otro día para que publique. En lugar de la foto que me envió de nosotros saliendo del Pint, encuentro otra que me hace sonreír. Abro la aplicación y la publico. Guardo el teléfono en el bolsillo, vuelvo mi atención a los chicos y trato de concentrarme en algo que no sea ella.

CAPÍTULO 17

Sage

Cuando llega el día de la actuación, los nervios se descontrolan. Elias llegó temprano esta mañana, y lo supe porque tenía insomnio. El último video que publiqué le gustó a todo tipo de cuentas, entre las que estaban la página de la NHL y la de Toronto Thunder. Pero el que me dejó las manos sudorosas fue un me gusta de la página oficial de NBT después de que varias personas los etiquetaran en los comentarios. Dejé en claro que mi objetivo es bailar para la compañía, y ahora que sé que están al tanto de mi existencia, estoy aterrorizada.

Pero mis pensamientos se dividen entre la posibilidad de cumplir mi sueño y la foto que Elias publicó anoche.

Ayer, Summer y yo estábamos teniendo una noche de autocuidado y viendo un drama turco que ella insistió en que me encantaría. Tenía razón, porque quedé pegada al televisor desde el segundo episodio. Fue algo que nunca antes había hecho con otra persona, y me sentí bien. Hasta me relajé.

Cuando le conté sobre mi actuación de la semana siguiente, quiso retrasar su vuelo de regreso a Dalton para asistir. Obviamente, no la

dejé, pero la idea me llenó el corazón.

Entonces, mientras me mostraba videos vergonzosos de sus amigos en la universidad, se quedó muda. Elias había publicado nuestra foto con los parches debajo de los ojos, la que tomé la primera noche que vino a casa. Tenemos las cabezas juntas, y él me mira fijo mientras yo sonrío. Puso "La mejor parte del día".

Tuve una reacción física al ver esas cinco palabras debajo de una foto nuestra publicada por su propia voluntad. Y no porque hizo que mis seguidores ascendieran a cinco dígitos, sino porque me dio calor, me sudaron las manos y tuve que recordar que era falso. Las bromas de Summer no ayudaron a aliviar el incendio en mis mejillas.

Esta mañana, Elias estaba profundamente dormido, así que me escabullí al estudio para una sesión de práctica rápida. Ahora, el caos detrás del escenario en el auditorio de Rosedale High School hace que mi adrenalina se dispare.

Le envié la dirección a mi tío, dudé un momento y luego borré el mismo mensaje de texto que estaba a punto de enviarle a Elias. Está exhausto por el viaje, eso quedó claro por cómo se quedó dormido, y estoy segura de que solo dijo que asistiría para ser amable. Está haciendo más que suficiente al publicar contenido conmigo.

El vestido me aprieta, y espero que sea por los nervios y no porque haya aumentado una talla. Alejo el pensamiento. Ya no soy así. Pero luego de unos malos directores de ballet durante la adolescencia, esas ideas me acechan constantemente. Me resulta difícil mantenerlas a raya, pero lo intento. No me impongo restricciones alimentarias ni una talla determinada.

Yo uso la ropa, la ropa no me usa a mí.

Cuando llaman a la puerta de mi camerino (que también es el armario de almacenamiento del conserje), termino de pegarme una última gema en el costado del ojo y abro la puerta. Espero encontrar al director de escena o al bailarín con el que comparto la pequeña habitación, pero es Elias.

Se me corta la respiración y lo miro, completamente aturdida. Lleva jeans oscuros y una camiseta negra debajo de una chaqueta fina color azul. La tela de algodón se estira sobre su pecho y, en secreto, deseo que se desgarre. Su cuerpo llena el umbral, trae consigo un ramo de peonías rosas y blancas.

–Viniste –digo sin aliento. Sus ojos recorren el traje verde y la delicada gasa con bordados plateados. Llevo una corona con incrustaciones de joyas y un collar de piedra lunar para emular a Titania, la reina de las hadas.

Se aclara la garganta.

–Dije que vendría.

Miro las flores.

–¿Son para mí?

Elias no responde. Su mirada me absorbe, quemando un camino que recorre cada centímetro de mi piel. Mi corazón late desaforado contra la caja torácica.

–Elias.

Su mirada se clava en la mía y me entrega las flores. Contemplo el hermoso ramo, huelo la dulzura con un toque de cítrico. Le lanzo una mirada mordaz.

–¿Qué pasó con la regla de no flores?

–No me gustó.

Me burlo.

–Eso no es justo. ¿Qué pasa con las reglas que *a mí* no me gustan?

–¿Qué? –Se acerca–. ¿Necesitas un beso de buena suerte?

Se enciende un fuego debajo de mi piel. Trago saliva y dejo que mi mirada caiga sobre sus labios.

–No estaría mal.

El silencio genera ansiedad en mi corazón palpitante.

–Puede ser –susurra antes de moverse hacia el tocador que ilumina la habitación–. Entonces, ¿cuál es tu ritual previo?

Juguetea con mi maquillaje y mi cuaderno de notas.

–Normalmente tomo notas de la coreografía y repaso cada posición en mi cabeza. Pero igual siempre siento que me olvido de algo.

Asiente, observando en silencio el pequeño espacio. Suena un golpe y el director de escena asoma la cabeza.

–Salimos en cinco, Sage.

Cuando la puerta se cierra, el aire vuelve a sentirse espeso. Me preocupa que me falte el oxígeno para actuar si se queda aquí un segundo más. Pero cuando entra en mi burbuja, lo dejo.

Elias se inclina hacia delante y todo lo demás deja de existir. El ruido de los bailarines en los pasillos, el arrastre de escenografía y el megáfono que anuncia la hora de subir el telón. En este momento, solo somos él y yo. Y el infarto que estoy teniendo.

Pero en lugar de adueñarse de mis labios como espero, me besa la frente.

–Buena suerte –susurra, y se va antes de que pueda comprender nada de lo que dice.

Mi mente es un torbellino cuando llego al escenario lateral y espero mi señal. Pero en el segundo en que escucho las primeras notas, me concentro solo en bailar.

Las luces cegadoras del escenario me bañan de blanco y hacen que la tela brillante de mi vestido brille mientras me muevo hacia la primera posición. Cuando miro hacia la multitud, veo a mi tío en primera fila, sonriendo como siempre. Pero el rostro que me lanza una flecha al pecho es el de Elias. Su mirada se me pega como un imán y siento una carga estática que me envuelve.

Termino mi actuación, miro el resto del espectáculo desde el escenario lateral y sigo eufórica cuando mi antigua profesora, Madame Laurent, me da un golpecito en el hombro.

–Sage, he visto tus videos en línea. Mis estudiantes te adoran –dice con entusiasmo.

Después de una actuación, es difícil controlar las emociones, así que se me llenan los ojos de lágrimas y la abrazo fuerte. Amy Laurent ha sido una constante en mi vida desde los once hasta los dieciocho años, así que me ha visto crecer en todas las grandes etapas de mi vida.

–¿Cómo has estado?

Su pregunta me hace sonreír porque la recuerdo como la estricta profesora de ballet que siempre me empujaba al límite.

–Audicionando. Espero conseguir una prueba para *El lago de los cisnes*.

–Tus objetivos no han cambiado, pero tú sí –dice reflexiva–. En cuanto te vean bailar, estarás dentro. Estoy segura. –Luego ladea la cabeza–. ¿El jugador de hockey de la primera fila es tu novio? Me gustaría conocerlo después del espectáculo.

Asiento con la cabeza y espero que no vea lo que me hace en la cara el solo hecho de mencionarlo.

Poco después, regreso al escenario para el saludo final y los comentarios de los directores. Cuando me dirijo al vestíbulo principal de la escuela, veo a mi tío.

–Lo hiciste genial. Amy estaba extasiada –dice.

Durante mucho tiempo, pensé que Madame Laurent y mi tío harían una gran pareja. Él estuvo en una relación hace unos años, así que nunca dije nada, pero ahora sería el momento perfecto.

–Está soltera.

–Veo que no olvidaste tu sueño de vernos juntos.

El tío Marcus rompió con su prometida hace unos años. Nunca habla de ello y yo nunca pregunto, pero siempre tuve la sensación de que fue por nosotros. Dudo que alguna mujer acepte que su pareja la descuide por los hijos de su medio hermano drogadicto.

–Nunca.

Me lanza una mirada pétrea.

–Vamos, te dejaré en casa.

Entonces me doy cuenta de que no tiene ni idea del incendio en el apartamento ni de que estoy viviendo con el novato.

–Me voy a quedar un rato. –Intento ignorar la conversación que deberíamos estar teniendo.

Es implacable.

–Es difícil no ver a un jugador de hockey de un metro noventa, Sage.

Siento el calor en el rostro.

–Quería contarte.

–¿Antes o después de que lo anunciara en una entrevista en vivo por televisión?

Me estremezco.

–Sé que eres adulta y puedes tomar tus propias decisiones. Pero déjame acompañarte en algunas, ¿sí? Aunque esta no me entusiasme tanto.

–Es un buen muchacho, tío. No le diste una oportunidad.

–Créeme, le di una oportunidad.

Como si fuera una señal, Elias se acerca por detrás, deslizando su brazo alrededor de mi cintura como lo haría un novio normal, pero eso no evita que se me corte la respiración.

–Eli –saluda mi tío.

–Marcus –responde Elias.

–Escríbeme cuando estés en casa, Sage –dice mi tío antes de cruzar la puerta.

Elias observa su retirada con una mueca.

–Ustedes dos tienen asuntos que resolver –le digo, volviéndome hacia él por completo–. Entonces, ¿qué te pareció?

–¿Qué cosa?

Le pongo una mano juguetona en el pecho.

–Todo. Califícame.

Finalmente me mira, su lento escrutinio me hace arrepentir.

–El atuendo, un sólido diez. El maquillaje, otro diez. Pero la actuación... –Se queda callado.

Cuando voy a darle un golpe en el brazo, me agarra la muñeca y me atrae directamente hacia él.

Toma un papel de su bolsillo. Son las notas del camerino con la secuencia de baile.

–Un once. Estuviste increíble. Busqué todos los movimientos en Google y acertaste en cada punto.

No estoy segura de qué pensar.

–¿Por qué hiciste eso?

Debe entender lo que quiero decir, porque sus ojos color café se posan en los míos.

–Porque dudas de ti misma y crees que lo estás haciendo pésimo en el escenario cuando no es así. Por si lo habías olvidado, quería ser yo quien te lo recordara.

Sus palabras provocan reacciones físicas en mi cuerpo. Pero él confunde el escalofrío por su cumplido con frío, se quita el abrigo y lo desliza sobre mis hombros.

Me aprieto más el abrigo y cuando toco los bolsillos encuentro un paquete de gemas brillantes.

–¿Qué es esto?

–Pegamento y cristales extra.

Es el paquete que dejé en casa.

–¿Por qué los trajiste?

–Me contaste sobre esa vez que se te cayeron antes de subir al escenario y dijiste que eso te angustió. No quería que volviera a suceder.

Un sentimiento extraño se apodera de mi corazón y, para escapar, lo envuelvo en un fuerte abrazo. Mis manos apenas alcanzan a rodear sus hombros, pero Elias me levanta fácilmente del suelo y me derrito en sus brazos.

No puedo dejar de sonreír.

–Otro abrazo como ese y podría olvidar que esto es falso…

Interrumpe mis palabras cuando sella sus labios con los míos.

El beso es suave y tímido, como si lo sorprendiera sentir mi boca en la suya, lista y recíproca sin vacilación. Mis puños se cierran en su camisa, lo quiero más cerca a pesar de la sofocante brisa de verano. Él inclina mi cabeza para profundizar el beso, y mis nervios se revuelven en una maraña de luces de colores. Sujeta mi nuca y el ardor acompaña la lujuria caliente que enciende mi centro. Me cuesta ubicar en su personalidad este estilo posesivo, pero al final es como una pieza de rompecabezas polvorienta que encuentras en el piso y termina de completar la imagen.

A Elias Westbrook le gusta tener el control.

Si el mío no fuera tan errático, me sorprendería sentir su latido contra mi palma. Mi suspiro es de puro placer y satisfacción, pero él responde con un gemido de dolor. El rápido y provocador movimiento de la lengua deja un hormigueo en mi boca que pide más.

Cuando se aparta, quedo desorientada. Como si me hubiera bajado de una montaña rusa y tuviera que apoyarme en algo para orientarme. Si me apoyara en Elias, estoy segura de que me arrancaría la ropa y le pediría que me llevara al baño de la escuela o algo así de estúpido.

Hay un destello blanco que me devuelve a la tierra. Un adolescente está de pie entre la multitud de familias y nos apunta con su teléfono sin escrúpulos.

Mi mirada regresa hacia la expresión en blanco de Elias y, por un segundo, creo que imaginé el beso. Aunque la mancha de brillo labial en su boca me dice que fue real. Quiero cubrirlo con marcas brillantes en forma de labios y poseerlo de forma animal.

–Debes ser el novio.

La voz de Amy Laurent me sobresalta y me alejo de Elias. Él estrecha la mano de mi maestra y asiente con orgullo.

–Sí, señora.

–Le doy clases a Sage hace una vida y nunca la había visto bailar con tanta libertad. Es hermoso y espero que sea en parte gracias a ti.

–Es todo ella. Es una persona distinta en el escenario. –Elias me atrae hacia su lado y ella nos mira con una amplia sonrisa que debe hacerle doler las mejillas.

–Vamos, tenemos que tomar una foto grupal –dice Madame Laurent.

Los bailarines traen a sus parejas y padres; todos se apiñan a nuestro alrededor. No puedo contenerme, agarro la tela de su camisa y jalo.

–¿Qué pasó con lo de las demostraciones públicas de afecto? –susurro cuando se acerca.

Puedo ver su nuez de Adán moverse antes de que responda.

–Me pareció necesario en ese momento.

–Entonces, ¿no era falso? –Mi corazón late con fuerza.

–No.

–¿No?

–Estuviste a un segundo de confesarlo con gente a nuestro alrededor. Filmándonos con sus teléfonos. Vi artículos que dicen que es un truco de relaciones públicas y no quería agregar más leña al fuego.

Me desinflo. Aunque se marchita la esperanza, mi mente se aferra a la última parte de su oración.

–¿Sigues leyendo esas cosas?

Se encoge de hombros.

Mis labios siguen hormigueando por ese beso, pero me irrita que permita que los titulares lo afecten. No se lo merece, y quiero demostrárselo.

Elias se sienta en el banco junto a Madame Laurent, luego me rodea el abdomen con un brazo para jalarme hacia su regazo. Me pongo rígida.

Sus labios rozan mi oreja.

–Relájate.

Mi sonrisa temblorosa apenas se sostiene, entonces el flash dispara y me doy cuenta de que Elias no mira a la cámara. Sus ojos están en mí.

CAPÍTULO 18

Sage

La luz del atardecer baña el estudio con un suave resplandor, iluminando los pisos de madera mientras guío a mis estudiantes a través de una serie de movimientos.

–Brazos levantados, extiendan sus líneas y recuerden, movimientos suaves.

La clase de hoy es mixta, para niños de seis a nueve años. Estamos practicando los conceptos básicos para una técnica sólida. Ellos copian mis movimientos y los dejo practicar solos durante unos pocos compases. Nina, una de las estudiantes mayores, revolotea por la clase ayudando a los demás. La niña de ocho años me recuerda tanto a mí; siento debilidad por ella.

La encontré caminando sola a casa y la acompañé. Basándome en cómo se cierra cuando le pregunto por sus padres, sé que las cosas no están muy bien en su casa. Hasta ahora me mantuve al margen, lista para intervenir de ser necesario, pero sé más que nadie lo que es tener unos padres de mierda. El ballet era un refugio para mí y no quiero estropear su experiencia por sobrepasar los límites.

Mi teléfono vibra en la barra del espejo. Despego mi atención de Nina para echar un vistazo a la pantalla. Hay un mensaje de voz del Ballet Nacional, para el que hice una audición la semana pasada.

El alboroto que se produce en mi pecho no se parece en nada a las relajantes notas de piano que llenan la habitación.

–Y *arabesque*, extiendan esas líneas –los animo, aunque se filtra una pizca de ansiedad. No quiero esperar más, así que tomo mi teléfono para reproducir el mensaje de voz.

Soy Sonya, del Ballet Nacional de Canadá, te llamamos por tu audición. Lamentablemente, no fuiste seleccionada. Las audiciones de otoño...

El rechazo hace que se me forme un nudo feo en la garganta y que un líquido negro se acumule en el ácido de mi estómago. Respiro hondo para calmarme y enmascarar la decepción que amenaza con desbordarse.

Durante los siguientes cuarenta minutos de clase, el mensaje pesa sobre mi pecho como un ancla y respirar parece imposible. Pero logro terminar la clase sin que ningún niño me vea desmoronarme en un mar de lágrimas. Lo tomaré como una victoria. Mi única victoria del día.

Cuando entro al departamento de Elias, escucho la televisión en la sala de estar y eso alivia un poco la sensación de soledad. Los chicos estaban fuera de la ciudad por un partido, así que pasé los últimos dos días viviendo de los almuerzos que Elias me dejó en la heladera y dando algunas clases extra porque, de repente, no soporto estar sola. Sé que no debería dejarme absorber por su vida, pero ahora que regresaron, siento que estoy completa.

Una parte de mí quería volver a mi apartamento, pero la casera dijo que tardará un tiempo en estar listo debido a la demora en la aprobación del seguro. Estoy segura de que si se enteran de que dejé una vela encendida, la rechazarían con la misma velocidad con la que el fuego se comió mi ropa. Gracias a Dios por el seguro para inquilinos.

Sonrío cuando paso junto a los chicos, intento parecer relajada, pero vacilo cuando Elias me mira. Espero que haya horneado algo que pueda hacer desaparecer la sensación en mi pecho. Se me escapa un suspiro cuando encuentro muffins de arándanos en una bandeja.

Apenas les di un mordisco cuando Elias entra en la cocina.

–¿Cómo estuvo la clase? –Va al refrigerador para tomar una botella de agua que desenrosca y me entrega.

Su pregunta me golpea justo en el plexo solar, y trato de que mis muros no se desmoronen. Pero cuando él está cerca, esa pesada carga que me aplasta quiere apoyarse sobre sus fuertes hombros. Todo en él grita consuelo.

–Bien –digo, tomando un sorbo de agua.

Con un paso, borra el espacio entre nosotros y levanta mi mentón, lo que provoca un aleteo devastador en mi estómago.

–Creo que me gané el derecho de filtrar las mentiras.

Me trago el nudo en la garganta.

–Volvieron a rechazarme.

–Ven aquí. –La mano que frota mi espalda desinfla el peso que tuve sobre mis hombros toda esta semana mientras caigo en su pecho. Por una vez en mi vida, siento que tengo derecho a llorar fuera de la ducha, frente a alguien que no se derrumbará si lo hago.

–Pensé que esta vez sí –digo contra la tela de su camiseta–. Supongo que no soy tan buena como pensaba.

–No es verdad. –Elias se aparta para tomar mi rostro–. Eres increíble. No es solo mi opinión, he visto cómo reacciona la gente al verte en el escenario. Los niños pequeños se iluminan cuando te ven. –Sus ojos color café me miran tan intensamente que se me entrecorta la respiración–. Tienen fotos tuyas y te escriben cartas. Eres un modelo a seguir, Sage.

–¿Tú crees?

–Lo sé.

Mi mirada se posa en las rosas junto al fregadero de la cocina.

–¿De quién son esas flores?

–Tuyas.

Hay un calor en mi pecho que no se apaga. Todo empeora cuando, sin pensarlo, miro sus labios. Levanto la vista con la misma rapidez, pero Eli capta el movimiento, la tensión entre nosotros se convierte en un fuego indómito. La idea de besarlo hace implosionar mi mente y me desespero por sentir sus labios en los míos. Quiero poner a prueba mi menguante autocontrol. Huele tan bien que siento la urgencia de rasgar su camisa y olerle la piel para determinar la mezcla exacta de fragancia. Pero no puedo olvidar esas malditas reglas.

Y entonces se aleja, como siempre. Y mi pecho se desinfla, como siempre.

–¡Llegamos! –grita una voz grave.

Dos tipos enormes, casi tan altos como Aiden y Elias, están de pie en el vestíbulo con maletas. Entre ellos, Summer sonríe radiante. Su

mirada se posa en Elias y en mí, como si estuviera interpretando el significado de nuestra proximidad.

–¿Me extrañaste? –pregunta, abrazándome.

Nunca tuve el tipo de amistades que se sienten como una familia. Y tampoco tuve una familia con la que compararlos. Pero con Summer tengo la abrumadora necesidad de contarle todo. De dejarla entrar. De no sentirme sola.

Cuando se aparta, todavía puedo sentir la calidez de su abrazo. Miro a los dos chicos que podrían ser modelos de Hollister detrás de ella. Summer debe ver la curiosidad en mi mirada porque les hace señas para que se acerquen.

–Ellos son Kian y Dylan. Eli seguro te contó todo sobre ellos.

–Escuché algunas historias –digo.

–Sucias, espero –interviene Dylan con un guiño que estoy segura de que solo un chico que se parece a él puede lograr.

–Ella es Sage. Mi novia –dice Elias mientras se para a mi lado.

Las palabras suenan como una amenaza, pero sus amigos saben de nuestra artimaña. Summer se aguanta la risa al ver mi expresión antes de escabullirse para ayudar a Aiden con el equipaje. Él no la deja, así que ella simplemente lo sigue por el pasillo.

–Cierto, la novia *falsa* –enfatiza Dylan.

Kian sonríe, mirándome con un asombro de ojos brillantes. Lleva una camiseta y pantalones cortos que dejan al descubierto sus tatuajes. Diseños de tinta negra y roja cubren sus muslos y brazos.

Entonces los chicos se acercan para abrazarme, y huelen tan bien que me da un vuelco la cabeza cuando me rodean. Es como ahogarse en un mar de hombres hermosos.

–¿Qué hacen aquí? –La pregunta abrupta de Elias los hace retroceder.

–Vinimos a la fiesta de eliminatorias. Hace semanas que hablamos de esto por mensaje de texto –dice Dylan.

–Hasta te pedí tu opinión sobre mi atuendo, pero nunca respondiste –agrega Kian, parece molesto por la falta de respuesta de su amigo.

Elias se confunde más.

–¿Cómo te invitaron?

Hasta donde sé, la cena de eliminatorias es para el equipo y algunos veteranos retirados, por lo que los acompañantes son limitados. Sobre todo porque es más una superstición que una fiesta. Elias me contó que la única vez que no la hicieron, los Toronto Thunder quedaron fuera en la primera ronda.

–El padre de Summer. ¿Lukas Preston? Me ama, viejo. ¿Dónde estuviste? –dice Kian.

–Claramente, en otro planeta. –Elias se vuelve hacia mí–. A Lukas Preston no le cae bien nadie que no sea su esposa y sus hijas.

–Y ahora Kian –agrego. He oído hablar de lo difícil que fue para Aiden caerle bien al padre de Summer, miembro del Salón de la Fama del hockey. Así que esto es inesperado.

–Como sea, dijo que podía ir, y traje a Dylan como acompañante.

–Traducción: molestó tanto al padre de Summer que consiguió dos invitaciones –dice Dylan.

Me río entre dientes mientras Kian se encoge de hombros, radiante de orgullo por el logro.

Cuando nos movemos a la sala de estar, Elias le pasa a Dylan una botella de agua. Dylan frunce el ceño.

–¿No hay cerveza?

–¿Crees que deberías beber tan temprano?

Algo en el aire se espesa con la pregunta. Siento que no debería estar aquí. Aunque no parece que a ninguno de los dos le moleste.

–No me digas que también me vas a fastidiar por esto.

–Sí, lo haré. No puedes descontrolar en pretemporada.

–¿Qué tiene que ver esto con el descontrol? –Dylan se levanta la camiseta para mostrar sus abdominales. Abdominales de tabla de lavar. Intento no quedarme boquiabierta, clavo la vista en mis manos como una monja escandalizada.

El universo finalmente me hace un favor y Summer entra con Aiden y cortan la tensión en la habitación. Kian se mueve entre Dylan y yo.

–Un placer conocerte al fin, Sage. Eli no deja de hablar de ti –dice con una sonrisa traviesa.

–Me resulta difícil de creer. –Mis palabras atraen la curiosidad de los chicos. Pero me salvo de más preguntas porque Aiden interrumpe.

–¿Cómo consiguieron escapar de clases? –pregunta.

Kian mira a Dylan, quien no parece querer responder, así que lo hace Kian.

–El semestre está casi terminando y solo tomamos una clase. Pero el próximo será difícil.

Cuando los chicos comienzan a hablar de hockey, me desconecto un poco, nunca experimenté este caos reconfortante. Nadie pelea, solo es un grupo de amigos conversando en paz. Elias parece feliz cuando está con ellos. Nunca lo vi tan relajado. Su risa es franca y contagiosa.

Kian se queja de que se está muriendo de hambre, Aiden pregunta qué queremos comer y decidimos pizza. Voy a la puerta apenas llega para que todos sigan conversando. Pero cuando la llevo a la cocina para buscar los platos, Elias ya está detrás de mí. El suave roce de su torso contra mi espalda mientras abre el armario me crispa la piel. Toma los platos a pesar de que los movieron un estante más abajo y están a mí alcance.

Da un paso atrás y yo jugueteo torpemente con mi cola de caballo. Los rizos recién lavados hacen casi imposible lograr un recogido prolijo.

–¿Necesitas ayuda? –Un dejo de humor perezoso toca las palabras de Elias cuando me ve luchar.

–No es gracioso –digo.

Una sonrisa torcida se extiende por su rostro.

–Date la vuelta. Yo lo haré.

Tengo los brazos cansados después del quinto intento, así que me doy por vencida y le doy la banda elástica. Estoy segura de que no tiene idea de lo que hace, y eso se confirma cuando jala mi cabello.

–Me excita que me jales el cabello, pero tus amigos están al lado.

–Cállate, Sage.

Elias se concentra y observo su expresión a través del reflejo en el microondas. Su boca se tuerce con cada vuelta y tirón, hasta que sonríe satisfecho.

Se ve tan orgulloso que me dejo ese lío de nudos, aunque sé que va a doler mañana.

–Tienes un don natural.

–Eres hermosa –dice de repente, jugando con un rizo que se me ha escapado del recogido.

–¿Estás borracho? –Mi mirada se desliza hacia la lata sobre la encimera para ver si está abierta.

Sus labios se tuercen en una sonrisa diabólica.

–No bebo.

Se me pone la piel de gallina, entrecierra los ojos de una manera que me dice que sus pensamientos podrían coincidir con los míos. Pasan minutos, espesos y almibarados, mientras lo observo.

–Más les vale no estar comiendo pizza solos –grita Kian, y ambos nos apartamos del cordón que se tensa entre nosotros. Ayudo a Elias a llevar todo a la sala de estar, rezando para que el leve rubor en mis mejillas se confunda con calor.

–¿Qué vemos?

Summer se ilumina en medio de un sorbo de chai.

–Tengo una idea.

–No –dicen todos al unísono, y ella se desploma de nuevo en los brazos de Aiden. Él le susurra algo y ella asiente, un poco más feliz.

Sugiero una película de terror, todos están de acuerdo, pero Summer advierte que se quedará dormida a la mitad. Al parecer, solo tiene capacidad de atención para sus dramas turcos.

Debo estar sufriendo el mismo problema porque cuando me despierto, Elias me está apoyando suavemente en su cama. Creo que va a volver a la sala de estar, pero levanta el edredón y se sienta a mi lado. Hemos estado durmiendo juntos la mayoría de las noches desde que lo engañé para que se acostara conmigo, y mantenemos la distancia. Pero esta vez, noto el brazo en mi cintura que me aprieta contra su cuerpo y el beso que planta en mi cabello.

–¿Elias?

Seguro pensó que estaba dormida, porque se toma un minuto antes de responder.

–¿Sí?

–¿Por qué me compras flores?

Responde después de un momento.

–Porque me gusta ver cómo te iluminas, aunque digas que no te gustan las flores.

Cada vez que veo un toque de rosa o amarillo en un jarrón, algo parecido a la alegría florece en mi pecho. Un sentimiento que no debería estar ahí.

–No querría que rompiéramos ninguna otra regla –digo, medio en broma. Pero hay una que me encantaría romper. Especialmente ahora que me envuelve en el manto de su calor. Hay algo en esta conexión. Una transferencia de algo creado en nuestros propios cuerpos que estamos dispuestos a compartir. Es pequeño, minúsculo, pero me enciende el corazón. Acepto el calor de Elias como si fuera mío, y él me lo entrega de esa misma manera.

–No lo haremos.

Cuando quita su brazo, quiero jalarlo de nuevo. Siento su actitud como un rechazo, y cuando se da vuelta para darme la espalda, sé que no podré dormir.

CAPÍTULO 19

Elias

El apartamento parece un zoológico antes de salir al evento. Los chicos y Summer se fueron antes que yo, porque me quedé esperando a que Sage llegara del trabajo. Se fue temprano por la mañana, así que no pude hablar con ella sobre la fiesta de esta noche ni organizar para pasar a buscarla después del entrenamiento. Ahora, lleva una hora en el baño y yo estoy caminando impaciente por mi habitación. No quiero apresurarla porque estuvo disculpándose desde que entró.

–Lo siento mucho. Había mucha fila en la farmacia y no se acreditó el pago de los medicamentos de Sean, así que fue todo un caos. Me siento pésimo por hacerte llegar tarde.

Sage nunca me cuenta sobre sus problemas financieros, pero hablaba tan rápido que estoy seguro de que no se dio cuenta. Todo lo que el seguro no cubre lo paga de su bolsillo, y sé que no gana mucho con las clases de ballet. Dudo que le quede algo para gastar en ella.

Jamás me lo pediría, pero estoy desesperado por ayudarla. Solo un poco.

–¿Sabes dónde puso Summer el bolso que me prestó? –pregunta Sage desde el interior del baño. Summer le dejó a Sage uno de sus vestidos y un bolso a juego.

–Lo tengo aquí.

Hace más o menos una hora que tengo en mis manos esa cosa brillante, no lo sé con exactitud porque dejé de mirar mi reloj cada minuto. Me muevo para sentarme en la cama y no manchar el traje con sudor.

Entonces la puerta se abre y los tacones chocan contra la madera.

–Si lo odias, solo dímelo.

Levanto la vista del suelo y encuentro unos tacones blancos, piernas largas y marrones y el vestido azul claro abrazando cada curva. El contraste con su piel brillante es sorprendente. Cuando mi mirada sube, veo la tela que cubre sus hombros, dejando expuestos el cuello y los hombros. Me pregunto cómo olería si enterrara mi rostro allí. La idea me hace apartar la mirada y me acelera el pulso.

–Lo odias.

Me trago el nudo en la garganta para tener el coraje de finalmente mirar su rostro, y eso me termina de matar. Puede que me haya desmayado por un minuto. El cabello oscuro ondulado enmarca su rostro junto con los pendientes que brillan casi tanto como sus ojos. Hay un toque rosado en su piel morena, y se muerde el labio mientras espera mi respuesta.

Va a ser una noche muy larga.

–Definitivamente no lo odio.

Da un paso adelante y entiendo que mi respuesta no es suficiente. Joder, si supiera lo que quiero decir en realidad, nunca saldríamos de esta habitación. Me pongo de pie, solo porque sé que mirarla desde

abajo en esos tacones no será bueno para mi imaginación. Pero me está escrutando con la mirada. Sus ojos color avellana se entrecierran y una sonrisa burlona se dibuja en sus labios.

No recuerdo la última vez que me sentí así. Desesperado, jodidamente *loco*. Hay tanto que quiero hacer y decir. La mirada de Sage en la mía se siente desafiante. Quiero borrar esa sonrisa burlona de su rostro y darles un mejor uso a esos labios perfectos.

–No tengas miedo, Elias. No muerdo –se burla.

Entro en su órbita y me inclino hacia adelante para mordisquearle el lóbulo de la oreja.

–Yo sí.

De repente, la nota burlona que tiñó el aire a nuestro alrededor desaparece. Mi mirada se posa en sus labios durante tanto tiempo que ella se incomoda.

–Te ves hermosa. Increíble.

Parpadea, las largas pestañas y un toque oscuro sobre sus ojos hacen que el color avellana resalte.

–Oh –chilla–. Tú también te ves increíble.

Levanto una ceja.

–Entonces, ¿solo me elogias porque yo te elogié?

–Sabes que estás bueno, Elias. La gente te ruega que te quites la camiseta todos los días.

Y ahora no puedo dejar de sonreír.

No sé si es su aroma embriagador o que finalmente estamos solos en el apartamento, pero inclino mi cabeza y digo:

–¿Es eso lo que quieres oír, Sage? ¿Lo sexy que te ves con este vestido y cuánto mejor te verías sin él?

Abre los ojos y la boca, como si la respuesta hubiera quedado atrapada en su garganta, pero se recupera rápidamente.

–¿Quién iba a decir que después de sacarte del caparazón te volverías tan atrevido? –Quiere hacerse la inalterada, pero el calor que le colorea el pecho y el cuello la delata.

–Supongo que solo tiene que aparecer la mujer indicada.

–¿Y yo soy la mujer indicada?

–Eres la mujer perfecta.

***

Mover la pierna solo empeora mi ansiedad. En cualquier momento uno de los entrenadores o gerentes se acercará para decirme que ha sido un fracaso total para el equipo desde mi llegada. Siento como si tuviera las estadísticas impresas en la frente por la forma en que todos me miran. Puede que sea la ansiedad, pero no sirve de nada tratar de convencer a mi cerebro de que todo está bien.

Atribuí las miradas que recibí mientras entraba a estar junto a Sage. O sea, es despampanante; su cabello rizado, ojos avellana y tez morena me hacen parecer un muñeco de cartón en comparación.

Y pregunta por qué le compro flores. Vaciaría una florería entera solo para que decidiera cuál es su favorita.

Me alegra desviar la atención por esta noche de mi desempeño como jugador. El entrenador puede elogiarme por mis asistencias y mi juego todo el día, pero mientras ese gol no esté en la red, siempre estaré detrás del resto del equipo. Lo que dijo Marcus Smith-Beaumont resulta cierto todos los días, y esta relación es mi única esperanza de salir adelante.

Una caricia cálida se derrite en mi palma, y la pequeña mano de Sage con sus uñas cuidadas como perlas (que juró que no quería cuando insistí) se entrelaza con la mía en la mesa.

Mi pierna deja de temblar porque la preocupación que veo en su entrecejo me descoloca. Está preocupada *por mí*.

–¡Bebidas! –Kian y Dylan se precipitan hacia nosotros, poniendo cuatro tragos de un alcohol colorido en la mesa.

Summer toma una, pero Aiden pone una mano sobre la suya.

–¿Qué tiene?

–Es prácticamente jugo, no seas pesado –dice Dylan.

Sage se ríe a mi lado, mirando a mis dos mejores amigos que actúan como payasos cuando están juntos.

–Tomaré uno –dice Sage y me sorprende.

–Yo también –dice Summer.

Aiden me lanza una mirada desde el otro lado de la mesa, está claro que renuncia a controlar cuánto beben nuestros amigos esta noche.

Así como así, los cuatro tragos desaparecen de la mesa y chocan entre sí antes de ser bebidos de un sorbo.

–¿Amaretto y tequila? –balbucea Summer.

–Qué malvado. –Sage tose, bebiendo el agua que le ofrezco mientras me río de su expresión. Cuando miro hacia la barra, veo a Socket y Owen tomando una botella y deslizándose por las puertas del balcón. Entonces mi mirada se fija en Marcus, que está observándome desde el otro lado de la habitación, su rostro no revela nada, pero aun así siembra el terror en mi estómago.

Una cálida presión en mi mano me aleja de la mirada de Marcus y me lleva a la tranquilidad de los ojos de Sage. Siento la necesidad de

disculparme de nuevo o decir algo para llenar el silencio, pero ella se me adelanta.

–Podemos escaparnos por la puerta de servicio. Diré que tengo fiebre. –Mira a su alrededor con cautela y luego susurra–: Hasta fingiré desmayarme en la puerta.

Joder, quiero besarla.

–Estaré bien. Es solo que siento que todos me están mirando. Como si me estuvieran juzgando en silencio por ser el que será vendido en cualquier momento.

Sage sacude la cabeza.

–Conozco a gente del hockey desde hace mucho tiempo. Créeme, los ejecutivos de alto nivel solo piensan en ellos mismos. En todo caso, te ven como un signo de dólar y no les importa nada fuera de eso.

–Es bueno saberlo –digo secamente.

–Sí, bueno, por eso tienes que jugar para ti. No porque tengas miedo de lo que van a pensar, sino porque este es tu sueño y quieres que dure. –Sage me da una palmadita en la mano–. Ahora, ¿volverás finalmente a ser un tipo conversador y extrovertido?

Me río entre dientes.

–Te hablo más que a cualquier otra persona.

–Dios, tu garganta debe estar cansada de llevar esa pesada carga, ¿eh? –Es fácil darse cuenta de que está haciendo bromas por mi bien. Yo ya no me siento así, pero mi lenguaje corporal debe seguir tenso porque no deja de darme esos pequeños apretones en la mano.

De repente, la siento distante. Me gusta nuestra pequeña burbuja. Es la primera vez en dos horas que estoy relajado sin querer cumplir

con estándares imposibles. Agarro la base de su silla y la acerco hasta que sus rodillas chocan con las mías.

–¿Era una broma sucia?

Jadea.

–¡No me di cuenta! Juro que me estoy comportando lo mejor posible. Muy conservadora.

–No hay nada conservador en ese vestido.

Se mueve nerviosa y mira su atuendo, su voz suena ligeramente asustada.

–Entonces, dame tu abrigo o algo para cubrirme.

–¿Estás bromeando? –digo–. Si pudiera ponerte en un pedestal y presumirte toda la noche, lo haría.

Su risa es cálida y burbujeante, como el champán.

–Seguro puedo encontrar un pedestal en alguna parte.

Cuando levanto su brazo para besarle la parte interna de la muñeca, se sonroja, aparta la mirada y contempla a las personas de la pista de baile con ilusión. Es una bailarina de raza, y con solo escuchar el ritmo lento de la música, sé que quiere estar allí.

Yo no bailo, pero ella definitivamente sí.

–Vamos, están tocando nuestra canción.

–No tenemos una canción.

–Ahora sí.

Con las manos entrelazadas, caminamos hacia la pista, escuchando el suave ritmo que se transforma en un baile lento. Por mucho que me rehúse a ser el centro de atención, sería una estupidez no dejar brillar a esta chica.

Fade Into You de Mazzy Star suena en los parlantes, y siento algo cuando Sage me deja guiar sus manos hasta mis hombros y apoya

la cabeza en mi pecho.

–No creí que fueras de los que bailan.

–No lo soy. Pero tú sí –digo, dejando un beso en su cabello que no creo que ella sienta. O eso espero.

Porque es confuso cuando me mira con ojos que no parecen estar fingiendo. O cuando dice cosas que parecen tan reales que quiero creerlas. Pero hay un límite que desaparece en esos sentimientos y necesito divisarlo para recordar que todo esto es falso. Es egoísta de mi parte quererla como la quiero. En especial cuando sé que no está buscando una relación.

Sage se balancea en mis brazos y quiero abrazarla más fuerte. Todo en ella se siente mío. Mío para abrazar, mío para tocar y mío para admirar. Estoy tan jodido. Cuando se aparta, atrapa mi mirada y lo que ve hace que la larga columna de su garganta se estremezca.

–No deberías mirarme así, ¿sabes? –dice Sage.

–¿Así cómo?

–Como si fuera tuya.

–¿Y si quiero?

Hace una pausa.

–Entonces puedes hacer mucho más que solo mirar, Westbrook.

Se me seca la boca. Estoy perdido en su aroma a vainilla y en la sensación de su vestido sedoso bajo mi palma cuando alguien me toca el hombro. Puedo escuchar su voz antes de que hable.

Mason se aclara la garganta.

–Adorable, pero tienes que hacer tus rondas.

Sage se aleja primero cuando escucha la voz de mi agente.

–¿Rondas?

–Hay cámaras afuera que Eli esquivó hábilmente cuando llegaron. –Me lanza una mirada mordaz–. Sage, ¿podrías acompañar a tu novio a la alfombra para algunas fotos? Es una gran prensa para ambos.

Sage extiende su mano hacia la mía y la tomo sin pensarlo dos veces. Estoy empezando a creer que podría hacer cualquier cosa si ella está a mi lado.

En la entrada principal, las cámaras disparan cuando llegamos al sitio señalado por Mason en la alfombra corta. No me sorprende porque estas fiestas han crecido con los años. Nuestro capitán y otros jugadores salen con cantantes famosas, por lo que tenemos mucha atención de los medios.

Estoy ansioso por terminar con esto porque las preguntas siguen siendo demasiado personales. Había mejorado, pero supongo que seguir sin marcar un gol no ayuda.

Estoy sumido en mis pensamientos cuando Sage se gira hacia mí y susurra:

–Baja un poco más y llegarás debajo de mi vestido. Eso les dará algo de qué hablar.

Vuelvo a colocar la mano en su cintura, con cuidado de que no vuelva a bajar. Suelta una risita cuando ve mi expresión de pánico.

–Nunca dije que me molestara, novato –dice, esta vez en mi cuello. La calma de su voz fluye a través de mí y hace que deje de preocuparme y me concentre en la chica que toma mi brazo. Sage es la perfección envuelta en seda. Me pesa la lengua cuando la miro, y una llama ardiente roza mi columna vertebral.

Es imposible ignorarla.

Posamos para algunas cámaras y espero que hayamos terminado, pero la mirada de Mason dice que tenemos que detenernos en cada marcador de la alfombra.

Aprieto con más fuerza a Sage, su mano cubre la mía y me mira a los ojos para calmarme. Pero me inquieta más; tenerla cerca, sonriendo así, acelera mi corazón. Mis ojos deben traicionar mis pensamientos porque la mirada de Sage busca algo. A las cámaras les encanta. Sé que esperan un beso, pero no lo haré, no puedo. No por ellos.

De repente, Sage parpadea para apartar esa mirada, como si se hubiera distraído. Si no fuera por los hombres que gritaban, yo también podría haberlo olvidado. Llegar al final alivia un poco la opresión en mi pecho, pero cuando Sage se gira hacia mí, todo vuelve a aparecer.

–Lo siento –susurra suavemente–. Me dejé llevar.

En un movimiento imprudente, impulsado por el calor de su mirada y su maldito vestido, tomo su mano y la saco de la alfombra. Los trabajadores del evento pasan a nuestro lado y puedo ver a nuestro equipo en el vestíbulo del hotel. Pero no vamos allí. Empujo a Sage por la primera puerta que veo. Por suerte, es un trastero con una sola encimera, taburetes y letreros.

Debe ser el clic de la puerta cuando la cierro lo que hace que algo se rompa en mi cerebro porque me vuelvo hacia Sage y la neblina en mi mente implosiona todos mis pensamientos lógicos.

–¿Qué estás...?

La interrumpo cuando la atraigo hacia mí y la agarro por detrás de los muslos para levantarla sobre la encimera hasta que queda casi a la altura de mis ojos. Su chillido de sorpresa coincide con mi gemido.

Apoyo las palmas de las manos en sus rodillas para separar sus piernas y poder entrar directamente en su calor. Ella me acepta y ahora que estoy tan cerca, me pregunto cómo pude mantener la distancia. Algo se apodera de mi cuerpo y quema mi autocontrol hasta convertirlo en cenizas. O son los nervios de estar aquí que están alterando mi función motora, o es porque huele tan bien. Traga saliva nerviosa; la Sage de hace unos segundos ha desaparecido, al igual que mi paciencia.

–No quiero besarte –digo con voz áspera, pasando mi nariz por su garganta, sintiendo su piel cálida.

–Conozco las reglas –murmura.

El cambio en su expresión me hace gemir.

–No puedo besarte.

Esta vez su respiración es más bien un jadeo.

–Es solo un beso, Elias.

La forma en que mi nombre gotea de su lengua me hace tomar su barbilla para que sus labios rocen los míos. Sería tan fácil así, tan perfecto. En un solo movimiento, la estaría besando, dejando que consumiera cada parte de mí que la desea.

–Para mí nunca será solo un beso. Una vez que haga esto, Sage, no podré parar.

Su mirada va y viene de mis ojos a mis labios.

–Entonces, déjame ir –susurra.

–Tampoco puedo hacer eso.

Está tan cerca, mirándome como si no tuviera idea de lo que haré o diré a continuación. Tiene la guardia baja y me encanta la forma en que su cuerpo me calienta y me enfría a la vez. Es una dicotomía que no puedo entender.

Una pregunta flota en sus ojos, pero no es la misma que expresa.

–¿Qué sí puedes hacer?

Me está ofreciendo una escapatoria, pero la pregunta me saca de la euforia. Está vulnerable y envuelta en mí como lo soñé. Tengo a esta hermosa chica que ilumina cada habitación en la que entra y no puedo besarla. Es vergonzoso.

–Nada, esto ya es demasiado, no debería haberte tocado así. No sé en qué estaba pensando. –Me alejo por completo, disipando la neblina.

Sage está vulnerable. *Ambos* estamos vulnerables. Pero ella no tiene dónde vivir, trabaja hasta el cansancio por su oportunidad en el NBT y confía en que yo la ayudaré a cumplir ese sueño. La mierda por la que pasé en la escuela secundaria me volvió estricto con las reglas. Si me dejo llevar ahora, nunca me perdonaré por dejar que ambos caigamos más profundo en algo que no es real. Algo que tiene una fecha de vencimiento clara. Porque al final, ella se irá, y yo seguiré aquí, atrapado en su encanto.

Sage me saca de mis pensamientos.

–¿Por qué no puedes tocarme?

Siento la pregunta como un picahielos clavado en el pecho, y hay un fuego en sus palabras que no se apagará hasta que le responda.

–Porque soy célibe.

CAPÍTULO 20

Sage

Célibe. Elias Westbrook es *célibe*.

Oh.

Por.

Dios.

Después de que me soltó esa bomba, no podía respirar, y mucho menos dar una respuesta coherente. Así que cuando me ayudó a bajar de la encimera y a ponerme de pie, simplemente lo seguí de vuelta al salón.

La revelación me tiene bebiendo como un marinero que regresó de una expedición de un mes. Creo oír risas en algún lado. Una parte de mí culpa a Kian y Dylan por hacerme empezar con ese trago repugnante, pero sé la verdadera razón. Se suponía que el alcohol atenuaría la triste sensación en mi estómago, pero en cambio me enfada. No me gusta beber y tampoco pensar en el porqué de eso. Con padres adictos, es difícil separar su recuerdo del alcohol. Pero cuando cada centímetro de mi cuerpo está deseando a Elias, nada de eso me viene a la mente. Así que el alcohol no me duele tanto porque mi falso novio, con quien estuve teniendo sueños

sucios mientras duerme a mi lado, acaba de decirme que es célibe. Eso pondría a beber a cualquiera.

Justo cuando creo que podría enamorarme de Elias, ese gran cartel de *¡No cruzar!* se interpone entre nosotros como un obstáculo infranqueable.

Tengo que respetar su decisión. Él siempre me respetó. Salvo en esa pequeña habitación donde me trató exactamente como yo quería: salvaje y desesperado.

No debería haberte tocado así.

Esas palabras podrían herir el ego de cualquiera, especialmente cuando sus labios estaban tan cerca que podía saborearlos. Pero tenemos reglas y ahora soy más firme en cumplirlas porque desviarme me causaría una decepción innecesaria. Nada de demostraciones públicas de afecto, nada de sexo, nada de apego. Por mi propio bien.

Cuando estoy a punto de tomar otro trago, alguien me lo arrebata de la mano. Es Summer, que bebe, se seca el mentón y me sonríe.

–Ahora estamos a mano.

–¿Estabas llevando la cuenta?

–No –dice con un hipo–. Pero Eli sí, y me pidió que te detuviera.

Mi mirada se desliza hacia donde Elias y Aiden conversan, me atrapa mirándolo y esos ojos color café me marean.

Porque soy célibe.

Quiero gritar, agarrar su hermoso rostro y aplastar sus labios contra los míos. Pero me di cuenta de que soy la única que estuvo borrando las líneas, mientras que Elias las ve con claridad. No soy para nada romántica, pero últimamente no puedo evitar que mi

corazón se agite cuando me besa la muñeca o me aparta el cabello del rostro como si no quisiera que nada obstruyera su vista.

Sin mencionar cuando me cocina. Quien dijo que el camino al corazón de un hombre es a través de su estómago tiene razón. Aunque en este caso, Elias cocina y yo como. Y en lugar del colesterol, lo que obstruye mi corazón es la confusión.

–El equipo reservó habitaciones en un hotel aquí cerca. ¿Van a ir?

–Elias es alérgico a mí. –Cierro la boca tan rápido como lo digo, pero Summer se ríe.

El alcohol me está amargando.

–Debe disfrutar de la reacción, porque no ha dejado de mirarte en toda la noche.

Resoplo.

–Seguro para que no le cuente un chiste sucio a ningún ejecutivo.

–Seguro que no.

Hay algo en Summer y en esa sensación de calidez que siento cuando está cerca que me hace querer contarle todo y que me trence el cabello o algo así.

Toma mi mano entre las suyas, con el rostro serio.

–Mira, no vi a Eli con nadie desde que lo conozco. –Mira hacia donde está sentado y se acerca a mí–. Y hasta donde sé, encontrar pareja no es su prioridad. Pero contigo es diferente. Nunca lo vi tan... relajado.

Sacudo la cabeza.

–Somos buenos actuando.

Summer suspira, pero no dice nada más y pide dos margaritas.

–¿No habías venido a detenerme?

–No siempre hago lo que me dicen. –Me guiña el ojo y me observa con entusiasmo beber el trago frutado.

–¿Quieres bailar? –le pregunto, y ella me tiende la mano. La tomo, evitando la mirada ardiente que me sigue hasta la pista de baile. Kian y Dylan nos encuentran entre la multitud, y nos atraen hacia su círculo; la música y el alcohol me hacen sentir ingrávida. Cuando veo un atisbo de Owen entre la multitud, el miedo se acumula en mi estómago. Me agacho para evitarlo y el universo debe estar de mi lado porque Socket lo empuja hacia afuera.

–¿El aburrido de tu novio no quería bailar? –pregunta Kian, inclinándose justo junto a mi oído para que pueda escucharlo.

Me pongo de pie.

–No le pregunté.

Se ríe y asiente como si estuviera orgulloso de mí. Elias piensa que soy *demasiado*. Debo estar sumida en la autocompasión, porque Kian me hace girar directamente hacia Dylan, quien desliza su mano en la mía. Sus movimientos son fluidos, relajados, y se adaptan perfectamente al ritmo. Dylan Donovan sabe bailar. Lo sé porque su cuerpo está relajado y se balancea al ritmo de la música como si fuera natural. Como yo con el ballet.

–¿Eres bailarín? –le pregunto.

Se encoge de hombros.

–A veces.

La respuesta cautelosa de Dylan hace que entrecierre los ojos, pero luego me atrae hacia él.

–¿Qué estás haciendo? –pregunto.

–Que tu novio se dé cuenta de que es un idiota por no bailar contigo.

Miro por encima del hombro y observo a Elias, que ahora está sentado a la mesa, con los ojos fijos en los dos. Es una mirada dirigida directamente a Dylan, que parece totalmente impasible. Yo también lo ignoro, porque si tanto le importaba, debería estar él aquí y no haberme rechazado dos veces en una noche.

–No le importa.

Me mira como si pensara que soy estúpida.

–Sí, definitivamente esa es la mirada de un hombre al que *no le importa*. –Dylan me hace girar, me sumerge en sus brazos, yo me acomodo a su ritmo, riendo mientras baila con naturalidad. *Me parece que baila más de lo que admite...*

La mirada acalorada en mi espalda se vuelve más caliente. Elias se puso de pie, y Dylan me suelta inmediatamente. Para cuando Elias llega a mí, su amigo desapareció, y yo quedo como un pez fuera del agua.

–Si quieres bailar, pídemelo la próxima vez.

Miro hacia abajo a nuestros pies. Tacones blancos y zapatos de vestir marrones en punta.

–Dudo que haya una próxima vez –digo, aunque arrastrando las palabras. El alcohol sigue corriendo en mi torrente sanguíneo. Summer debería haberme detenido.

Se pone serio y me siento mal. No soy una mala persona, pero el dolor de sus palabras hace visible la oscuridad que acecha detrás de mis costillas. Quiero disculparme, pero no puedo. Porque es verdad.

–¿Lista para irnos?

Summer choca con Elias, con un dedo en alto.

–Deja de ser aguafiestas. Seguimos bailando. –Me atrae hacia ella y contengo una risa. Elias mira a Aiden, que solo se encoge de

hombros.

CAPÍTULO 21

Elias

–A tu novia no le caes muy bien –dice Summer.

Cuando Aiden se fue a su habitación de hotel porque insistí con llevar a las chicas, no pensé que sería así. Los cuatro –las chicas, Dylan y Kian– bailaron hasta que casi no quedó nadie. El DJ también quería irse a casa.

De alguna manera, nos terminamos yendo, dejamos a Sage en la habitación, y ahora acompaño a Summer a la suya.

Lo sé, soy un cobarde.

Pero en mi defensa, Sage tampoco quería estar sola conmigo, y preferiría que se durmiera por la borrachera a que diga algo que me haga cuestionarme todo. Le dije que soy célibe, y creo que es algo para procesar.

–No es mi novia. Es una relación falsa –le recuerdo, aunque decirle algo lógico a Summer cuando está borracha es inútil.

–¡Shhh! No puedes decirlo en voz alta. –Mira el pasillo vacío–. ¿Duermes en su habitación?

–¿Qué? No. –Pedí específicamente dos habitaciones, pero dormiría en el vestíbulo de ser necesario.

Cobarde.

Se detiene en medio del pasillo.

–¿No te parece que puede ser sospechoso? No se puede confiar en los conserjes, lo sabes por experiencia –dice–. ¿En serio no conoces la primera regla de las relaciones falsas?

Aunque tiene razón, levanto una ceja, escéptico.

–¿Y tú sí?

–¿Has visto mi biblioteca? –dice con total naturalidad–. Después de entregarme a ese tipo molesto al que llamo novio, ve a su habitación. Confía en mí.

–No me parece apropiado.

–Bien. Tiene que ser inapropiado. –Summer me lanza un horrible guiño.

Intento ignorar su sugerencia porque eso es exactamente lo que tengo que evitar.

Aiden abre la puerta antes de que pueda tocar.

–Son las dos de la mañana. ¿Tan difícil fue sacarlos de la pista de baile? –Examina a Summer de pies a cabeza, como si no pudiera permitir que algo le pasara.

–Tu novia no es una borracha buena.

–¡Oye! La tuya tampoco –responde Summer antes de caer en los brazos abiertos de Aiden.

Aiden le sonríe.

–Estás muy borracha, nena.

–Estoy sobria. Soplaré lo que haga falta para demostrarlo.

Y ese es mi pie para retirarme.

–¡Piensa en lo que dije! –susurra Summer antes de que la puerta se cierre. Avanzo por el pasillo. Aunque no quiero, sus palabras dan

vueltas en mi mente.

Ir a la habitación de Sage a esta hora es una mala idea.

Pero ¿y si está tan borracha que necesita que alguien la cuide?

Jesús, ¿estoy considerando seriamente el consejo de una borracha? No hay un escenario en el que ir a la habitación de Sage sea beneficioso para ninguno de los dos. En especial porque no puedo sacarme de la cabeza la imagen de ella sobre esa encimera.

Han pasado cuatro años y nunca me pasó algo así. La desesperada y dolorosa necesidad de sentir su cuerpo húmedo de sudor deslizándose contra el mío. El pensamiento parece peligroso. Pero la expresión en su rostro cuando le dije que soy célibe reventó la burbuja de lujuria.

Consigo pararme frente a su habitación, y cuando golpeo la puerta, sé que ya he perdido todo autocontrol.

Pasan unos minutos antes de que responda una Sage molesta.

–¿Qué?

Sigue vestida, con los tacones puestos y hasta el bolso colgado del hombro. Parece cansada y lista para dormir en cualquier momento.

–Solo quería ver cómo estabas. ¿Por qué no estás en la cama?

–Es vergonzoso. –Mira al suelo–. Me tropecé y estaba en el suelo hasta que llamaste.

Hago un escaneo de cada centímetro de su cuerpo.

–¿Estás bien? ¿Te lastimaste?

–Perfecta.

No se ve perfecta. Tiene una rodilla raspada y los pies rojos por los tacones.

–¿Puedo ayudar?

–¿No es algo que haría un novio real? –Me apunta con un dedo–. No te confundas. Estás fuera de juego.

Fuera de juego. Mierda.

–Sage, déjame ayudarte.

–Pero estoy de maravilla, ¿no ves? –Intenta hacer equilibrio con una pierna. La demostración de sobriedad no funciona y cae sobre mí con un grito.

–Voy a entrar.

–Ojalá.

Avanza por la habitación apoyada en mí, suspira cuando la siento en la cama y me arrodillo para desabrocharle los tacones. Aprieto involuntariamente su empeine, gime y se deja caer de espaldas en la cama.

Así que lo repito y provoco la misma reacción.

–¿Se siente bien?

–Muy bien.

Me río entre dientes, dejando a un lado sus dos zapatos y masajeándole los pies porque sé que le duele.

–Eres un dios.

–¿Nunca te masajearon los pies?

–Nunca.

–Qué crimen.

–¿Sabes qué otra cosa es un crimen?

–¿Hmm?

–Ningún hombre me hizo tener un orgasmo.

Casi me ahogo con la lengua.

–Sage.

Debería haberme acostumbrado a su franqueza, pero me sigue sorprendiendo.

–Lo siento, me olvido de que eres... –Hipo–. Pero es verdad. Ni siquiera puedo conseguirlo yo si estoy con un chico. Es como si me bloqueara cuando me miran.

Estamos en terreno peligroso, y sé que no quiero explorar este tema de conversación por lo que le dije antes y porque está borracha.

Aprieto los dientes para evitar responder, pero lo que está diciendo es inadmisible. No puedo imaginar que ningún tipo se haya preocupado por hacerla disfrutar.

–¿Nunca? –pregunto a pesar de mí mismo.

–Nop. Es difícil. Yo soy difícil.

–¿Quién te dijo eso?

Resopla.

–Todos los hombres. Tú incluido.

–Nunca he dicho que fueras difícil, Sage. Tampoco eres fácil, pero me gusta eso de ti.

–No parece. Estoy segura de que piensas que soy una bruja que te atrapó en el desastre de su vida.

–Oye. –La agarro de los brazos para que se siente derecha–. No me has atrapado. Yo quise hacer esto.

–Entonces, ¿por qué no puedes mirarme? Es como si no pudieras soportarlo.

Me río. Una risa sincera.

Ella frunce el ceño.

–Vaya. No hace falta que me lo restriegues.

–A riesgo de decir demasiado, no quiero mirarte porque me gustas mucho.

Inclina la cabeza y sé que está tratando de descifrar mis palabras. Pero su cerebro borracho se lo impide y espero que también las olvide.

Sigo arrodillado frente a ella, observando sus ojos color avellana parpadear rápidamente como si estuviera tratando de ver a través de la niebla. Presiono suavemente su pierna con la mano.

–Y para serte sincero, un tipo que se haya perdido de darte un orgasmo es un idiota. Mejor perderlos.

–Algunos lo intentaron. Pero no funciona conmigo.

–Entonces lo están haciendo mal.

–Debo ser yo.

–No es así.

–Eli…

–Están equivocados. –Junto nuestras miradas–. Yo adoraría tu concha hasta que acabaras con solo escucharme pedírtelo.

Se deja caer de espaldas en la cama, murmurando algo. Cuando me aclaro la garganta, levantándome para alejarme un paso de ella, siento el cuerpo caliente y estoy seguro de que, si me tocara, la quemaría.

–¿Con qué planeabas dormir?

–Nada.

Jesús. No trajo más ropa que el vestido que lleva puesto, y se ve muy incómodo, porque lo jala como si la estuviera asfixiando.

Me doy por vencido, me quito el abrigo y me desabrocho la camisa de vestir sin hacerle caso a la forma en que mira mi torso desnudo.

–Toma. –Dejo la camisa en su regazo.

Sin mediar palabra, la toma, se la lleva al rostro e inhala. Cuando exhala se ve tan contenta que tengo que contener la risa. Está recién salida de la lavadora, así que probablemente huele al suavizante que uso, y supongo que un poco a mí. Pero por cómo lo disfruta, entiendo que realmente le gusta el aroma. Desabrocha su vestido y me doy vuelta hacia la pared para darle privacidad.

–Nada que no hayas visto antes –murmura.

Es cierto, pero tengo la sensación de que, si ver sus piernas tonificadas me hace perder el eje, el resto de su cuerpo podría causar un daño irreparable. Después de pasar unos momentos escuchando los latidos de mi corazón y el suave sonido de la seda, el edredón cruje y al darme vuelta la encuentro enterrada debajo.

–No te quitaste el maquillaje.

Gime.

–Sufriré las consecuencias.

Habiendo crecido con una madre abocada al cuidado de la piel, sé que dormir con maquillaje es muy malo. El rostro de Sage es perfecto, así que en general no sé cuándo lleva maquillaje o no. Pero hoy es obvio por el brillo en sus párpados y las esquinas más oscuras.

–¿Qué usas para quitártelo? –No sé nada sobre maquillaje, pero creo que podría arreglármelas para quitarlo.

–Agua micelar, pero está en el baño y no me voy a levantar. Es un problema de la Sage del futuro.

Sacudiendo la cabeza, abro la puerta del baño y busco entre sus artículos de tocador algo que parezca agua micelar. Después de examinar cada etiqueta, encuentro el líquido transparente en una

botella rosada, tomo una toalla facial y me siento en el borde de la cama.

–Ven aquí.

Se niega con un gruñido, así que tengo que levantarla con una almohada para poder trabajar en su rostro. Echo un poco de agua en el paño, primero limpio el brillo y luego uso más para llegar a todo su rostro. Mi pulgar roza su piel suave y ella apenas abre los ojos.

Me observa mientras le quito todo el maquillaje.

–Esto es demasiado para ser un novio falso –susurra, arrastrando las palabras por el cansancio y el alcohol.

Una vez que tiene el rostro limpio y la crema hidratante puesta, nos quedamos quietos. Mis manos y su piel morena huelen a sandía. Me duele el cuello por la incómoda posición, pero no puedo moverme ni preocuparme por eso porque me mira como si estuviera trazando el mapa de una constelación entera con sus ojos.

–Esto es Elias y Sage.

–¿Sin filtro?

Me río entre dientes.

–Sí. Sin filtro.

CAPÍTULO 22
Sage

No hay nada más vergonzoso que correr por las calles del centro de Toronto con un leotardo. Es lunes, así que mi agenda está repleta y la resaca del fin de semana no ayuda. Es fácil fingir bajo la excusa del alcohol que olvidé todas las cosas estúpidas que pude haber dicho o las cosas que hizo Elias. Hice como si la noche hubiera sido solo lo que posteé en mis redes sociales.

La música en los auriculares acompaña mi carrera a la farmacia, pero las miradas me impiden perderme en la lista de reproducción.

Me olvidé. *Otra vez*.

Hay muchas cosas que se necesitan para ser una buena hermana mayor, y olvidarse de llamar a tu hermano menor o no pagar su medicamento antes de que se acabe no están entre ellas. Veo la cruz verde, casi llego a la farmacia. Una mujer con bata blanca está detrás del vidrio, tratando de cambiar el cartel de abierto a cerrado, pero embisto la puerta a toda velocidad.

–Perdón –digo cuando finalmente recupero el aliento–. Vengo a pagar mi recibo.

Se acomoda las gafas torcidas y me mira con una expresión que no es tan amistosa como cuando la conocí. Me reconoce, o más bien reconoce mi tardanza.

–Señorita Beaumont –casi chasquea la lengua–. Otra vez atrasada por lo que veo.

Finjo una sonrisa y tomo mi billetera mientras me lleva hacia la caja.

–Lo siento, solo necesitaba un poco más de tiempo.

En lugar de ayudarme ella, le hace un gesto a una empleada que me reconoce y sonríe. Por suerte la farmacéutica no tiene que lidiar conmigo, de lo contrario, correría el riesgo de que me prohibieran entrar en la farmacia.

–Sage, me alegro de que hayas podido venir –dice la empleada.

Toca el teclado y abre el perfil de Sean. Sus ojos se abren de par en par.

–¿Qué pasa? –pregunto, inclinándome sobre el mostrador para mirar la pantalla.

Aprieta los labios mientras hace clic unas cuantas veces más.

–Tenías una factura sin pagar del mes pasado.

–Puedo pagarla ahora –digo enseguida.

–Y la nueva marca que usa Sean ha aumentado de precio.

Se me seca la garganta. ¿Un aumento? Ahora apenas puedo pagar lo que no cubre el seguro.

–En cuanto al seguro…

–Juro que puedo pagarlo. Solo deme unos días más y traeré el cheque.

–Señorita Beaumont…

–Por favor, sabes que lo haré. No tiene más medicación, nunca sería tan negligente, tienes que confiar en mí.

Pone una mano sobre la mía y me mira fijo. Creo que está a punto de negarse y sé que voy a llorar o a asaltar la farmacia. No le temo a la cárcel.

–Señorita Beaumont, ya está paga. De hecho, está todo pago. La medicación de Sean y lo que no cubre el seguro.

Parpadeo varias veces como si eso me ayudara a escuchar mejor.

–¿Qué significa?

Sonríe, empujándose las gafas hacia atrás.

–Significa que le enviaremos la medicación. No nos debe nada.

–¿Cómo?

Se vuelve hacia su pantalla y después de unos cuantos clics más inclina el monitor hacia mí.

–Pagado en su totalidad por Elias Westbrook.

No.

Elias

Cuando la puerta principal se cierra de golpe y un bolso pesado cae detrás de mí en la encimera de la cocina, me doy cuenta de que no es uno de los chicos ni Summer.

–¿Cómo pudiste? –La voz de Sage suena afligida.

Miro por encima de mi hombro y encuentro a Sage con su traje de ballet, mirándome con un fuego en los ojos que solo he visto una vez: cuando irrumpió en el vestuario para increparme por darle el número de Mason.

Por alguna razón perversa, disfruto cuando Sage me muestra su amplia gama de emociones. Me hace sentir como si hubiera comprado el billete de lotería ganador.

La salsa para la pasta Alfredo que vamos a comer esta noche burbujea.

–Prueba esto. –En un movimiento rápido, revuelvo y le acerco la cuchara a Sage, deslizándola entre sus labios entreabiertos.

No llega a reaccionar a tiempo, y cuando el sabor llega a la lengua, emite un sonido involuntario y su estómago hace un ruido de aprobación. Cuando abre los ojos de nuevo, está desorientada, pero luego vuelve a su expresión anterior.

Su mirada se posa con desprecio sobre el ramo de claveles rosados y azules. Bueno, no son sus favoritas.

Dejo caer la cuchara en el fregadero, me vuelvo hacia la estufa y bajo el fuego, oigo una exhalación frustrada y luego cierra con fuerza el armario. Sage se sirve agua y la bebe de un trago.

Evalúo su postura rígida y me doy vuelta para prestarle toda mi atención, apoyado contra la encimera.

–¿Hay algo de lo que quieras hablar?

Gira dramáticamente, los rizos rebotan sobre sus hombros.

–No sé. ¿Hay algo? –Entorna los ojos y me mira fijo. Vuelve a suspirar frustrada–. Si hubiera sabido que estabas loco, no me habría ofrecido a tener una relación falsa contigo.

–Creo que tus palabras exactas fueron *increíblemente atractivo*. –No puedo evitar que mis labios se curven en una sonrisa burlona, y su expresión tensa solo me divierte más. Desde la noche de la fiesta ha habido una espesa neblina a nuestro alrededor.

–No te hagas el tonto. ¿Cómo pudiste pagar la medicación de Sean sin decírmelo?

Oh. Debería haber imaginado que esto iba a pasar.

–No pensé que fuera para tanto.

Me mira con ojos bien abiertos y enojados.

–¡Para mí sí! Es mi hermano.

–Y tú eres mi novia. No veo el problema. –Le sostengo la mirada. Practiqué este discurso porque es alérgica a la ayuda–. Has preparado tu vida para no tener que confiar nunca en nadie, pero cuando lo necesitas, te enfadas. ¿Por qué no me dejas hacer esto por ti?

Se pellizca el puente de la nariz.

–Porque hay gente que depende de mí. ¿Qué va a pasar si yo dependo de otra persona? Todo se caerá a pedazos, Elias.

Sé que lo dice por experiencia, pero odio que se obligue a lidiar con todo sola. Me preocupo por ella, y no es solo por nuestro acuerdo.

–No tiene por qué ser así –digo.

–No puedo depender de algo que ni siquiera es real. –Se pasa una mano por el cabello–. No hagas promesas que no puedes cumplir. Ya tuve suficiente de eso en mi vida y no dejaré que lo hagas tú también.

–*Dios*, Sage, te obligas a no tener ni un segundo para respirar solo porque crees que tienes que ocuparte de todo sola.

–¡Es lo que hice siempre! –exclama–. No es fácil cambiar y dejar entrar a alguien como tú.

–¿Qué significa eso?

–Nada.

No la dejo ir. Me acerco a ella y espero una respuesta.

Me mira y suspira.

–Tienes todo bajo control, Elias. Pronto te darás cuenta de que mi vida es exactamente como todos dicen: un desastre. Arruino las cosas. Arruino a la gente.

–No arruinaste a nadie.

–Sean se retrasó un millón de veces en tomar sus medicamentos por mi culpa. Sin mencionar que lo acosaron en la escuela durante meses y yo ni me enteré. ¿Mis padres? Nunca quisieron estar en casa porque yo les recordaba todo de lo que querían escapar. Así que juntaron sus cosas y se fueron.

–Nada de eso es tu culpa. Sean es un niño fuerte y capaz. Y no te atrevas a hacerte cargo de las decisiones de tus padres. No tienen nada que ver contigo.

Sage baja la mirada.

–No es solo eso. Es como que siempre estoy al límite, sin importar qué haga o cuánto lo intente. Siempre soy un puto desastre.

–Eres mi desastre.

Sage resopla.

–¿Pretendías ser romántico?

–Pretendía ser quien te dice que estoy aquí, y que todo esto, todo lo que eres, está a salvo conmigo.

Procesa las palabras como si hablara en otro idioma.

–Pero tienes razón. –Doy un paso hacia atrás–. No debería haberlo hecho a tus espaldas.

Me mira fijo.

–Te lo voy a devolver...

–No –la interrumpo–. Entiendo lo que quieres decir, pero mi intención era ayudar. Así que no, no me vas a devolver el dinero.

No le gusta esa respuesta.

–Solo... no lo vuelvas a hacer.

–No puedo prometértelo. Pero la próxima vez que quiera hacer algo por ti, te avisaré.

–Creo que quisiste decir *te preguntaré*.

No. Pero la dejaré pensar eso por ahora.

–Sabes que puedes agradecer y seguir con tu vida, ¿no?

Resopla, hirviendo silenciosamente junto al fregadero.

–Gracias.

No espero que esté de acuerdo de inmediato, pero no quiero que piense que es más importante de lo que es.

Saco la olla hirviendo del fuego y me dirijo al fregadero para escurrir la pasta en un colador. Sage no se mueve.

Cuando vuelvo al fregadero para lavar la olla, suena mi teléfono y nuestras cabezas van hacia el paño de cocina sobre el que está apoyado.

–¿Puedes atender? –pregunto, mostrándole mis manos mojadas.

Ella asiente y lo trae.

–Es tu mamá.

–Contesta.

Abre los ojos como platos.

–Es una videollamada. ¿Y si se da cuenta de que estamos mintiendo y que soy una cazafortunas...?

–Contesta, Sage.

–Hola –dice cuando finalmente responde, saludando con la mano a la pantalla del teléfono.

Mi mamá se queda en silencio durante un largo rato y la mirada de Sage rebota entre mi rostro y el teléfono. Está nerviosa. Me da ternura.

–¡Ian! Ven rápido, es la novia de Eli –grita mi mamá. Sage sonríe y se gira para mostrarme la pantalla–. Oh, Sage, le rogamos a nuestro niño tímido que nos presente. Eres tan hermosa como en tus videos de baile.

Entonces mi papá aparece en la pantalla, con una sonrisa radiante.

–Le dijimos a todos nuestros amigos del club de campo que te siguieran. Tienes muchos fanáticos aquí en Connecticut.

Sage se ríe entre dientes.

–Gracias, es un hermoso gesto.

–¿Te está tratando bien? –pregunta mi mamá–. Pásame tu número así te ll...

–Mamá –la regaño.

Se desanima.

–Está bien, lo siento. Me dicen que soy mandona cuando estoy entusiasmada.

–No seas grosero, Elias. –Sage me mira de reojo–. Me encantaría hablar contigo cuando quieras.

Mi mamá sonríe victoriosa porque obtiene exactamente lo que quería.

–¿Son claveles? Es mi flor favorita.

Sage parece aturdida y cuando se gira hacia la cámara, se muerde el interior de la mejilla.

–Elias quiere que tenga una flor favorita, así que me compra un ramo distinto cada semana.

–¡Qué romántico! –Mi mamá prácticamente se desmaya y parece orgullosa–. ¿Vendrás a casa con Eli cuando termine la temporada? Nos encantaría conocerte en persona.

Sage tartamudea. Lo nuestro habrá terminado para entonces, y sé que no le mentirá a mi mamá ni le dará falsas esperanzas. Jane Westbrook tiene ese efecto en las personas.

–Mamá, te llamaremos luego. Sage acaba de volver de dar clases y está agotada. ¿Verdad, cariño?

La palabra se me escapa de los labios y me quedo paralizado. Sage también. Su cabeza se vuelve hacia mí y abre los ojos como si hubiera maldecido delante de mi madre.

Hay una tensión palpable y mi madre se aclara la garganta.

–Está bien, mándame su número, Eli.

Me limpio las manos enjabonadas y le quito el teléfono a Sage cuando cuelgan.

–Parecen muy agradables –dice, retrocediendo hacia donde dejó su bolso–. ¿A quién te pareces? No me doy cuenta.

La pregunta me desconcierta. Vuelvo al fregadero y sigo enjuagando los platos.

–A nadie –digo. Mi respuesta es cortante.

Quizás demasiado cortante, porque no dice nada más. Sale de la cocina y la puerta de nuestra... *mi* habitación se cierra.

CAPÍTULO 23

Sage

No me acostumbro a pasar por paradas de autobús con la cara de mi falso novio.

Pasé todo el accidentado viaje de regreso a casa desde el trabajo hablando por teléfono con Jane Westbrook. La madre de Elias no puede ser más dulce, y no es extraño que Elias sea un caballero.

Como sus padres están jubilados, pasan la mayor parte del tiempo de vacaciones: me contó que la última vez fueron a París y, por mi influencia, asistieron al ballet.

Caminando hacia el apartamento, mi teléfono vuelve a vibrar, es una videollamada de Sean. Cuando contesto, apunto la cámara a los grandes carteles de Elias en la parada del autobús, y al favorito de Sean, el número veintidós, en el cartel de al lado.

–Ojalá estuviera allí –dice cuando vuelvo a enfocarme con la cámara.

–¿Quieres que te ayude a escapar? –bromeo.

–Eres una pésima influencia. –Se ríe–. Pero llamé para preguntarte algo.

–¿Qué pasa? ¿Quieres una camiseta autografiada?

–Ah, sí, gracias por enviarla. Es genial. Josh estaba muy emocionado con la suya. –Se dirige a su armario para mostrarme su nueva camiseta de los Toronto Thunder, con la parte de atrás autografiada por todo el equipo–. Llegó hace unos días con el correo.

Elias debe haberlas enviado. Era obvio.

–Bueno, el motivo de mi llamada. Un amigo nos invitó a pasar el receso de mitad de semestre en su casa. Tiene una nueva consola que ni siquiera fue lanzada.

Cuando Sean empezó la escuela, era un paria. No encajaba con los niños ricos y los profesores no lo querían.

–Se oye divertido. Pero recuerda las reglas. Envíame los nombres de tus amigos, los números de sus padres y la dirección.

–Te enviaré todo por mensaje de texto –asegura–. Ah, y tienes que avisar a la escuela que su mamá puede retirarnos.

–Está bien. –Busco la llave en el bolso–. ¿Y recuerdas la regla del teléfono?

–Te tengo a ti y al tío Marcus en marcado rápido, y llamaré todos los días.

Sonrío. A nuestro tío le encantaría saber que está en nuestro marcado rápido.

–Bien, llamaré a sus padres y avisaré en la escuela. Llámame todas las noches, Sean. Si te olvidas, apareceré. Con un bate.

Su risa es débil.

–Entonces..., ¿de verdad no te molesta?

–¿Por qué me molestaría? Supongo que pasar tiempo con tu hermana mayor va pasando de moda, ¿eh?

Mi apartamento sigue dañado por el incendio y nunca le pediría a Elias que albergara más Beaumonts bajo su techo. Uno es más que suficiente.

Sean no responde.

–¿Qué pasa?

–Es el veintiocho –dice–. Íbamos a celebrar tu cumpleaños.

Me detengo en la acera y murmuro una disculpa cuando alguien choca conmigo. Mi corazón se retuerce en una bola tan apretada que creo que va a estallar.

–Lo siento. Ni siquiera sé por qué pregunté. Puedo cancelar. Solo estábamos...

–No. –Lucho contra el escozor detrás de mis ojos–. No canceles. Lo celebraremos cuando termine el semestre. Tienes que pasar tiempo con tus amigos.

Puede ver a través de mi actuación.

–Sage, no es para tanto. Siempre celebramos tu cumpleaños. No debería haberles dicho que sí.

Hablar es difícil cuando sientes que te están clavando un cuchillo en la garganta.

–Sean, no me molesta. Tengo una actuación importante y estoy tan ocupada que me hubiera costado encontrar un hueco.

–¿Estás segura?

Asiento con ímpetu.

–Lo celebraremos en otro momento. Tengo que irme, pero te llamaré luego.

Finalizo la llamada y me permito fruncir el rostro. La última vez que estuve sola en mi cumpleaños, Sean aún no había nacido y mis padres me dejaron en casa para ir a hacer Dios sabe qué. Odié mi

cumpleaños durante mucho tiempo, hasta que Sean y yo por fin nos fuimos y los convertimos en una ocasión especial. Creo que él no sabe lo importantes que son esos días para mí, porque me aseguré de que en su cumpleaños nunca experimentara la soledad que yo sentí. Se forma un nudo en mi estómago que se parece mucho a la traición, pero no puedo culpar a Sean por querer pasar tiempo con sus amigos. Si yo fuera adolescente, querría lo mismo. Y si él es feliz, yo también lo soy.

Cuando abro la puerta del apartamento, todos ríen en el comedor pero yo sigo de largo. Los amigos de Elias son geniales y me encanta escuchar sus historias locas. Pero hoy, su risa me duele. No tuve el lujo de tener amigos y ahora me pesa más que nunca. Saludo con la mano cuando me ven y busco la puerta más cercana para encerrarme. Resulta ser el baño principal y una vez dentro, me arrepiento de no haber encontrado la habitación de Elias.

Mis lágrimas brotan como por un grifo roto con la fuerza de todos los rechazos.

–¿Sage?

Mierda. Mi corazón da un vuelco cuando la voz de Elias llega después del golpe. Miro mi rostro empapado de lágrimas en el espejo del baño. Respiro hondo y trato de recomponerme.

–¡Un segundo!

Hay un movimiento al otro lado de la puerta, y justo cuando mis latidos se calman, su voz profunda se vuelve a filtrar por la puerta.

–¿Puedes abrirme?

Soy un desastre, y todos sus amigos están aquí. Va a pensar que estoy loca.

–No puedo –digo, esta vez mi voz no logra ocultar mis emociones.

–Lo sé, pero quiero que lo hagas.

Con un repentino rapto de confianza, abro la puerta y encuentro la mirada dulce de Elias. Sus ojos recorren mi rostro enrojecido y antes de que pueda darme cuenta, entra y cierra la puerta del baño a nuestras espaldas. Sus manos toman mi rostro y con el pulgar recorre suavemente mi mandíbula.

–¿Por qué lloras? –Sus palabras transmiten preocupación.

Mi mirada cae al suelo.

–Es una estupidez.

–A mí me importa.

Sin previo aviso, me alza con sus grandes manos y me sienta sobre la encimera. Sorprendida, me quedo allí mientras él se acerca al lavabo, toma una pequeña toalla del estante y la moja bajo el grifo. Elias se acomoda entre mis piernas, ocupando todo el espacio.

–¿Puedo?

No estoy segura de para qué me pide permiso, pero haría cualquier cosa por no ser la perdedora que llora en su baño. Así que asiento y, cuando me apoya la toalla mojada en el rostro, su calor se filtra en mi piel y desciende hasta estrangularme el corazón. Me seca las lágrimas con suavidad, con una mano en mi nuca, concentrándose en las manchas de rímel bajo mis ojos.

–No tienes que contarme. Pero cuando quieras hablar, te escucharé.

Esta vez son las palabras amables las que rompen el dique y no el peso del rechazo. Las lágrimas ruedan por mi rostro y no consigo evitar que me tiemblen los labios. Pero Elias no se va, se queda. Se queda y limpia mi piel con una toalla húmeda, y coloca una mano suave en mi cuello.

Sorbo mis lágrimas.

–No quiero aburrirte.

–Eso es imposible.

–No sé si puedo hablar –admito por fin.

–Entonces hablaré yo.

Lo miro sorprendida. Es raro que Elias quiera hablar. No lo hizo ni cuando solté toda mi historia familiar en nuestra primera cita. Es hermético.

–¿Recuerdas cuando hablaste con mis padres por teléfono y preguntaste a quién me parezco?

Asiento.

–Soy adoptado. Por eso no me parezco a los Westbrook. Soy igual a mi padre biológico. Hasta tenemos el mismo nombre. Por eso todos me llaman Eli. No me encanta mi nombre completo.

Hago una mueca porque sé que lo llamé así desde que nos conocimos. Debe adivinarlo, porque me interrumpe.

–Me gusta cuando tú lo dices.

Reprimo una sonrisa idiota.

–Soy tu primera vez en muchas cosas, Elias. Ten cuidado, o podría pensar que te gusto de verdad.

–Me gustas, Sage.

Mi corazón canta de alegría cuando nuestras miradas se encuentran, y me dan ganas de quitarme el peso de encima.

–Mi cumpleaños es dentro de una semana –empiezo–. Los años pasan y sigo estancada en el mismo lugar. Siento que siempre estoy corriendo pero nunca llego a ninguna parte.

Escucha atentamente.

–Y odio llorar así, pero antes no me permitían expresar mis sentimientos, así que ahora, cuando tengo una emoción, no la reprimo. Si yo decía que me dolía la cabeza, mi madre decía que tenía migrañas crónicas. Si yo lloraba por mis profesores de ballet, ella me decía que había llorado tanto que se había quedado sin lágrimas. Todo era una competencia y, a veces, prefería perder. Una de las razones por las que me uní al ballet fue para escapar de mi casa un par de días a la semana. Era difícil estar con mis padres cuando peleaban y todo empeoró cuando nació Sean. Me sentía impotente. Como si fuera demasiado pero nunca suficiente. Apenas podía seguir el ritmo de la escuela y la vida familiar, pero sabía que, si dejaba el ballet, caería en el pozo que cavaron para mí y nunca saldría de allí. Últimamente siento que caí.

Elias apoya sus manos a cada lado de mi cuerpo sobre la encimera.

–Sean va a una gran escuela, y seguro vaya a una universidad aún mejor. Ganaste premios, y ahora vas a tener una audición para uno de los teatros más prestigiosos del mundo. Nada más lejos de estar estancada.

Sus palabras me empapan como aceite tibio.

–Tus padres te dejaron con una enorme responsabilidad, pero sigues culpándote de que los abandonaron. Decidieron que las drogas eran más importantes que sus hijos, y dejaron a una niña al cuidado de otro niño. –Exhala con fuerza–. Perseveraste y te convertiste en una mujer fuerte, capaz y hermosa. No hay nada débil en ti.

Tomo aire entrecortado, como si acabara de resurgir del océano.

–Vaya. Eres bastante bueno con las charlas motivacionales.

Toda mi vida fui yo la que toma la iniciativa. Por agotador que sea, nunca pude apagar esa parte de mí. Siempre sentí que era yo contra el mundo, y puede que así sea, pero la simple ilusión de que alguien comparta ese peso conmigo alcanza para aflojar el viejo nudo en mi estómago.

Acaricia mi mejilla con el pulgar.

–Es bastante fácil cuando hablo de ti.

Sonrío, él también. Cuando alguien llama a la puerta del baño, me pregunta con la mirada si estoy bien y asiento. Así que volvemos a salir. De la mano.

***

Voy con Summer al balcón después de cenar para ver cómo el cielo colorido se desvanece en la oscuridad. Los chicos protestaban porque tienen que volver a Dalton mañana por la mañana, y yo ya los estoy extrañando.

–¿Estás bien? –pregunta, apoyándose en la barandilla de metal negro.

–Sí. Elias tiene un don para las palabras.

–Siempre cuida a los que ama. –Asiente.

No la corrijo. Me gustaría estar incluida en esa categoría, aunque sé que no es así.

–Sum –la llama Aiden–. Recuérdale a Dylan por qué no le cae bien a tu papá.

Summer me mira con una expresión divertida, luego sigue a Aiden adentro.

Me siento en el suelo para ver la puesta de sol. Nunca tuve esta vista desde mi apartamento. Lo máximo que podía ver eran carritos

de compras abandonados y arbustos crecidos.

–Te guardé un muffin –dice Kian cuando sale al balcón.

Se agacha para sentarse en el suelo junto a mí, tendiéndome un pastelito glaseado de color rosa. Esbozo una media sonrisa y lo acepto. El silencio no es incómodo. No estoy segura de por qué, pero su presencia me resulta reconfortante.

Me mira con una suave sonrisa.

–A veces lleva tiempo darse cuenta de que hay gente que quiere ayudarte sin esperar nada a cambio.

Tengo la sensación de que también se dio cuenta de que algo iba mal cuando salí del baño con los ojos hinchados. Nadie lo mencionó y se los agradecí, pero estoy bastante segura de que fue porque Elias les advirtió en silencio.

–A veces no es tan fácil –susurro.

Kian se gira hacia el cielo oscuro.

–No sé. Creo que las personas te muestran quiénes son bastante rápido. Depende de ti decidir si quieres confiar en ellas.

Tiene razón. Elias me demostró enseguida el tipo de hombre que es. No tuve que pensar mucho en querer que fuera mi falso novio.

Le doy un mordisco al pastelito.

–¿Estás filosófico?

–¿No sabías? Soy un mago de los consejos. Los chicos no pueden hacer nada sin mi ayuda.

–No me extraña.

–Creo que vamos a ser grandes amigos, Sage. –Choca su hombro con el mío.

–¿Porque soy la única que no te critica?

–Exacto. –Me mira de reojo–. Nunca cambies.

–No lo haré.

Nos quedamos sentados un rato. La única conversación es la que se desarrolla en mi interior, y disfruto de la tranquilidad que se establece entre Kian y yo. Es el tipo de tranquilidad que te hace sentir escuchado. Algo que nunca había experimentado antes de conocer a Elias.

Nota mental: dejar entrar la luz.

CAPÍTULO 24

Sage

Llorar en mi cumpleaños es una tradición personal. Pero este año es un llanto menos existencial y más por sentirme una perdedora. El reloj en la pared del estudio de ballet brilla en rojo; llegué hace tres horas. Estoy completamente abocada a perfeccionar mis piezas para los papeles de Odette y Odile, por si llego a recibir una invitación para la audición del NBT. El resto del tiempo filmé contenido para mi página y lo compartí con mis seguidores. Ya son las cuatro de la tarde, lo que significa que pasó más de la mitad del día.

Estar sola en mi cumpleaños es una tortura. Tampoco es que tenga grandes planes. No tengo amigos en Toronto, Sean está en la casa de su amigo y hasta mi novio falso está ocupado viendo videos de partidos con su equipo. Soy oficialmente patética.

La puerta de vidrio del estudio suena y mis estudiantes entran lentamente. No me molesté en tomarme el día libre porque no tenía planes, pero esta es la única clase del día. El interés en nuestro programa para principiantes fue abrumador y cuando el estudio me envió un correo electrónico para que aceptara clases adicionales, acepté. Resulta que algunos de mis seguidores viven en Toronto y

me buscaron en internet. No me molesta porque con la agenda ocupada, mantengo la cuenta bancaria a flote.

Cuando llegan las cuatro y media, pongo la música en los altavoces y le pido a los alumnos que me muestren lo que recuerdan de nuestro último encuentro. Camino por la sala, corrigiendo y elogiando a cada uno.

–Señorita Beaumont, no puedo hacer las extensiones –dice uno.

–A mí también me costaba esto, Jamie. Te mostraré ejercicios para fortalecer los movimientos.

Hacemos unos *développés* y *battements* para enfatizar el control y la alineación. Cuando lo vuelve a intentar, lo aliento a lograr las mejores extensiones posibles. Asiente feliz y me pongo frente a la clase.

Con unas cuantas rondas de práctica más, nos acercamos al final, y les enseño algo de terminología de ballet. El francés les cuesta, pero van mejorando.

Repiten después de mí, pero en mitad de una palabra me interrumpe la puerta del estudio. Entra Elias y no puedo dejar de mirarlo. Lleva una camiseta azul de los Thunder, jeans y el pelo alborotado por el viento.

La sorpresa de uno de mis estudiantes me devuelve a la realidad.

–¡Es Eli Westbrook! –anuncia una de las chicas.

La mezcla de aficionados al ballet y al hockey que hay en esta clase nunca deja de darme gracia.

Los niños se ponen de pie y corren hacia él. Elias es tan alto que apenas le llegan al abdomen. Me mira alarmado, con las manos en alto en señal de rendición cuando empiezan a hacerle preguntas.

–¿Cuánta leche bebiste para ser tan alto?

–¿Estás saliendo con nuestra maestra?

–¿Cuánto dinero ganas?

–Bueno. Déjenlo en paz, chicos. –Los alejo parándome frente a Elias como un escudo–. Sus padres los están esperando afuera.

Gruñen al unísono, pero obedecen, con los ojos fijos en Elias. Entonces veo a Nina, empacando silenciosamente, sin participar en el minucioso interrogatorio.

La detengo antes de que pueda salir hacia donde una camioneta destartalada toca la bocina impetuosamente.

–Oye, estuviste callada hoy. ¿Todo bien?

Sus ojos llorosos se encuentran con los míos.

–Estoy bien. Mi mamá me inscribió en otra competencia de ballet esta semana. El premio es mucho dinero y no quiero decepcionarla.

–Lo harás genial sin importar el resultado. Y si alguna vez necesitas ayuda, estoy aquí. –Tomo una de las tarjetas del estudio y escribo mi número personal–. Ese es mi número.

Sus ojos parpadean con una emoción que no había visto en ella. Algo así como esperanza. Pero desaparece cuando suena la bocina de nuevo y se va corriendo del estudio.

Solo quedamos Elias y yo.

Su mirada se posa primero en mis piernas y lentamente sube por mi atuendo para encontrarse con mi rostro. Ese rostro sudoroso e hinchado que nunca debería ser visto, mucho menos por un hombre que emana atracción. El escrutinio me pone la piel de gallina y lucho contra un escalofrío violento.

–Quería verte.

¿Es raro que mi corazón se salte un latido?

–¿Sí?

–No te hagas la sorprendida, Sage. Esto es lo que hacen los novios. –Quiero hacer una broma, pero mi estado de ánimo abatido no me deja disfrutar por completo de sus miradas pétreas. Pasa junto a mí para mirar las fotos que colgué en un tablero de corcho. Son Polaroids de cuando empecé, junto con algunas de las exhibiciones que hice con mis estudiantes–. ¿Cuándo fue esto? –Está mirando una foto mía en mi primera actuación.

–Tenía ocho años. Es del concurso de talentos de mi escuela. Mi tío hizo tantas copias que tuve que inventar lugares para ponerla. –Voy hacia mi pequeño escritorio para ordenar los papeles y guardar los parlantes–. ¿Qué estás haciendo aquí? Iba a tomar el autobús a casa porque se suponía que entrenabas hasta tarde.

No responde durante un largo rato, pero cuando me doy vuelta para mirarlo, está guardando algo en su bolsillo.

–Tal vez quiera un baile privado –dice.

Me sonrojo. Es un espacio tan íntimo, que no puedo imaginar tener toda su atención mientras bailo. No hay forma de que él no note el calor que florece en mi pecho porque me mira fijo durante un minuto entero, o una hora, realmente no lo sé, hasta que aparta los ojos. Supongo que es otra de sus acciones de caridad.

–Tienes que pagar extra para eso, novato –consigo decir.

–¿Qué tal una cita?

–¿Una cita? –Me invade una vergonzosa oleada de emoción; me pregunto si él sabe que es mi cumpleaños. Nunca le dije la fecha–. Mierda. ¿Me olvidé de algún compromiso?

–No. Quiero salir contigo. Podemos pasar por el apartamento para que te cambies o vamos directo. Estarás perfecta de cualquier forma.

El cumplido al pasar me golpea directo en el pecho. Bajo la vista a mi leotardo y la falda transparente cruzada, luego de nuevo a Elias, que me observa expectante, parece no darse cuenta del efecto de sus palabras.

–Tengo una muda de ropa. –Mi armario es limitado, pero siempre traigo unos jeans sencillos y una blusa bonita para cambiarme después de dar clases.

Asiente, voy a la habitación de atrás a cambiarme. Cuando regreso, sonríe.

–Hermoso.

Jugueteo con la tela de mi blusa.

–¿Te gusta este verde?

–Es mi favorito. Como tú.

Toma mi mano y entrelazamos los dedos. He tenido peores cumpleaños.

***

Llegamos a una zona de granjas abandonadas y me pregunto si me dejará sola en el medio del bosque. Elias retrocede con la camioneta (de Aiden) hacia una pantalla blanca detrás de nosotros. Se baja y da la vuelta para abrir mi puerta.

El sol de la tarde proyecta una franja anaranjada en el horizonte. Los árboles rodean el césped cubierto de maleza y no hay otro auto a la vista. Sigo a Elias hacia atrás, él abre la puerta trasera y veo un colchón inflable.

Arqueo las cejas.

–Sabes que hay mejores lugares para verme como vine al mundo.

Elias parpadea confundido y luego mira la parte trasera de la camioneta, rascándose la cabeza como si recién ahora se diera cuenta de lo que estoy pensando.

–Confía en mí, te gustará.

–Estoy bastante segura de que cualquier cosa que hagas me gustará.

Ahí está de nuevo esa mirada inexpresiva.

–Cállate, Sage.

Obedezco, solo porque sus grandes manos toman mi cintura y me alzan. Elias salta detrás de mí, y entonces veo el pastel de chocolate. Antes de que pueda hacer alguna pregunta u otra broma, me enceguece la luz brillante del proyector frente a nosotros. ¿Qué carajo?

Cuando suena *Be My Baby* de las Ronettes, me quedo helada. Reconocería esa introducción en cualquier parte. Miro la pantalla blanca iluminada con mi película favorita.

Aparece el título *Dirty Dancing* y me doy cuenta de que estamos en uno de los viejos autocines ubicados en las afueras de la ciudad. Me doy vuelta hacia el colchón inflable que al principio me pareció espeluznante y quiero llorar. Elias está sentado sonriendo, con una vela en el pastel frente a él.

–¿Para quién es eso? –Las palabras tropiezan en mis labios, traicionando mi máscara de indiferencia.

–Me dijeron que es el cumpleaños de alguien.

–¿Cómo te enteraste?

–Tengo mis recursos. –Lo miro escéptica y su expresión en blanco se quiebra con una sonrisa–. Sean me envió un mensaje de texto –admite–. Ahora, ven aquí.

Siento como si su orden se deslizara entre mis piernas e intentara bajarme los pantalones. *Relájate, Sage*. Reboto en el colchón inflable y espero mientras enciende la vela del pastel.

–Esto siempre lo hace Sean –digo. Mi hermano y yo pasamos casi todos los cumpleaños juntos desde que nació, y este duele un poco.

–¿A qué te refieres?

–Sean apaga las velas en mi cumpleaños.

Elias me mira con compasión y levanto una ceja.

–Tienes un día al año para celebrarte a ti, pero igual te las arreglas para que otro sea el protagonista. –Hace una breve pausa–. Es dulce, pero hoy es tu día.

–Así fue siempre.

–¿Que cuidas de todos menos de ti? Sí, lo sé.

Tiene razón; hago cosas por la gente que amo, pero no por mí. Intento hacer a un lado ese pensamiento. Es aterrador pensar que no te amas como amas a los demás.

La vela ilumina su rostro.

–Esta vez, pide un deseo para ti.

Si los genios fueran reales, pensaría que Elias podría ser uno. Hizo que mi cumpleaños fuera especial. Se aseguró de que Sean recibiera sus medicamentos. Se está ocupando de que tenga la oportunidad de protagonizar la producción de ballet de mis sueños. Con todo lo que siempre quise a mi alcance, cierro los ojos y pido el único deseo que se me ocurre.

Deseo que Elias haga su primer gol como profesional.

Saca la vela, corta una rebanada y yo doy el primer bocado. Sabe al pastel que compro todos los años. Los recuerdos comienzan a inundarme.

–¿Un pastel de chocolate McCain? Me estás consintiendo –digo con la boca llena.

–Te lo mereces, pero no es McCain.

–¿No? –Podría haberme engañado, sabe idéntico, de hecho, tal vez hasta mejor–. No tenías que comprarme un pastel real.

–No lo compré. Lo hice yo.

Casi me atraganto con el enorme trozo de pastel de chocolate y glaseado. No es nada atractivo. Me tomo mi tiempo para tragar sin comprender lo que está diciendo.

–¿Me horneaste un pastel de cumpleaños?

Asiente como si no fuera gran cosa.

–También te compré un pastel McCain, pero está en casa. Pensé que querrías mantener esa tradición entre tú y Sean.

En *casa*. ¿Cómo terminé fingiendo una relación con el hombre más atento del planeta? Me arden los ojos, pero no quiero cerrarlos. Quiero seguir mirando a la persona que me horneó un pastel de cumpleaños.

Hasta pensó en incluir a mi hermano. Sean me deseó un feliz cumpleaños esta mañana, pero no me sentí igual. Nunca se lo diré, pero lloré durante unos diez minutos después de hablar por teléfono con él.

–Es extraño verlo crecer, pero entiendo que quiera ir a casa de su amigo. O sea, yo tampoco quería estar con adultos a su edad.

–Tienes derecho a angustiarte, Sage.

Sacudo la cabeza.

–No quiso hacerme daño. No lo culpo.

–No digo que lo culpes. Es adolescente; por supuesto que quiere pasar tiempo con sus amigos. Pero está bien sentirse triste cuando

la única persona que siempre tuviste a tu lado está creciendo. Eso no te hace una mala persona.

Un ardor intenso envuelve mi corazón.

–Si se parece un poco a ti, sabré que hice las cosas bien.

Dudo por un segundo, pero lo envuelvo en un fuerte abrazo. Él responde, me aprieta tan cerca que sus labios rozan mi coronilla con un breve beso en mi cabello.

El brillo de la película ilumina su rostro y sus ojos brillan. Rompiendo el intenso contacto visual, termino mi pastel y lamo el plato como un animal.

Se ríe entre dientes y me lo quita.

–Prométeme una cosa.

Lo miro.

–No mirarás tu correo electrónico hasta la medianoche.

Su pedido me sorprende y miro fijo mi teléfono como un adicto al que le dijeron que le van a retirar la siguiente dosis. Reviso constantemente mis correos electrónicos para ver si hay nuevas audiciones o rechazos. Si el NBT alguna vez me escribe, quiero estar lista.

–Tu correo electrónico seguirá ahí mañana. Y Sean tiene nuestros números de teléfono. Sé que ya lo hiciste, pero también llamé a los padres de su amigo para presentarme.

Mi corazón se agita y solo puedo atribuirlo a sus palabras.

–Pero…

–Y si eso no te alcanza, tengo el contacto de sus vecinos.

–Eli…

–Ambos vecinos. De los dos lados.

No puedo evitar la risa que brota de mí. Pongo el teléfono en su mano y le cierro los dedos.

–Iba a decir que lo dejaré en sonido, pero no lo miraré hasta mañana. Solo faltan unas horas para la medianoche.

–¿Estás segura?

–Estoy segura.

Aprovecha la oportunidad para acercarnos, me deja apoyarme en él como si fuera mi almohada personal. Elias acomoda la manta rosa afelpada, asegurándose de que cubra mis piernas, y su almohada detrás de él. Vemos la película y, aunque esta es una de mis tradiciones de cumpleaños favoritas, una parte de mí preferiría conversar. Escuchar su voz y la suave vibración de su pecho cuando habla. Dejar que el desborde de serotonina me inunde cada vez que me mira.

Con un ligero roce de sus labios contra mi oído, susurra:

–Feliz cumpleaños, Sage.

–Gracias, Elias.

El olor a chocolate persiste en el aire mientras el resplandor del proyector del autocine nos baña con una luz brillante. Una suave brisa pasa por la parte trasera de la camioneta y me acurruco más cerca de él y, solo por esta noche, me olvido de que esto no es real. Porque sé cuánto tiempo durará, y no es suficiente. Pero esta noche quiero pasar mi cumpleaños en los brazos de un jugador de hockey sin preocuparme por nada.

CAPÍTULO 25

Elias

En lugar de ir a casa como había planeado, cuando Sage se quedó dormida en mis brazos a mitad de la película, no la desperté porque le cuesta conciliar el sueño. Así que nos quedamos aquí toda la noche.

Los mechones rizados de cabello castaño brillan como hilos bañados en oro bajo la luz de la mañana. La brisa ya no es fresca, debemos estar cerca del mediodía. Sage yace sobre mí, hace rato que corrimos la manta, sus piernas están enredadas con las mías y tiene una mano abierta sobre mi pecho. Siento una felicidad pura.

Pero también es tortuoso. Porque su mano es como una marca en mi pecho, y como si los nervios de mi cuerpo supieran que está cerca, envían una descarga eléctrica directo a mi pene. No logro disimular por completo la erección matutina, pero hago lo posible para que no sea lo primero que vea cuando despierte. Vuelvo a centrarme en los bonitos rasgos de su rostro y no en su cuerpo perfecto pegado al mío.

Para distraerme, saco mi teléfono, tomo una foto de Sage durmiendo y la publico. He notado su esfuerzo por subir contenido

todas las semanas y responder los comentarios. Así que, si una publicación mía ayuda a aliviar la presión, no voy a esperar a que me lo pida.

Le quito un mechón suelto de encima del ojo y ella parpadea. Su mano se desliza por mi pecho y la tomo. Instintivamente, beso el interior de su muñeca y siento el aleteo de su pulso contra mis labios. Le gusta cuando hago eso. El simple y cariñoso gesto hace que todo su rostro se ilumine, y aunque intenta ocultarlo, veo su tímida sonrisa.

–¿Te desperté? –Tengo la voz ronca por el sueño.

–No, pero puedo volver a dormirme si quieres seguir mirándome como un pervertido.

Me río entre dientes. Solo Sage puede tener una broma preparada apenas se despierta.

–Llamé a tu hermano. Atendió la madre de su amigo y dijo que le diría que llame cuando se levante.

–¿Quién te hizo así? –pregunta–. Tan cariñoso y dulce. ¿Fue tu madre?

La pregunta me hace sonreír.

–Sí, probablemente ella tenga mucho que ver, pero creo que desde que me adoptaron disfruto de cuidar a la gente. –Me convertí en la figura paterna sobreprotectora en nuestro grupo de amigos, y los chicos se burlan de mí por eso.

–¿Cuántos años tenías?

–Cuatro.

Se queda pensando; me resulta raro hablar de esto, pero con ella quiero hacerlo. Quiero que me pregunte cualquier cosa solo para poder seguir escuchando su voz.

–¿Hablas con tus padres biológicos? –Cuando me mira, debe ver algo tenso en mi rostro, porque se sienta–. Lo siento. No tienes que responder, fue una pregunta desafortunada.

–No, quiero contarte.

Un tsunami de emociones aparece en su rostro mientras espera que continúe.

–No los conozco, pero estoy en contacto con mi papá porque le envío dinero.

Sus cejas perfectas se fruncen.

–¿Por qué?

–Para que no intente chantajear a mis padres. De nuevo –revelo con amargura.

Sage gira su cuerpo para mirarme y darme espacio, pero quiero tocarla. Es mucho más fácil hablar de esto cuando puedo sentirla en mis brazos.

–Tenía dieciocho años cuando ganamos el campeonato mundial júnior, y supe que esa era la euforia que quería perseguir por el resto de mi vida. Pero por la noche el festejo se nos fue de las manos. El equipo visitante se coló en nuestra fiesta y todo cambió.

Recordarlo después de tantos años es como sacar un objeto afilado que se me clavó en la piel, pero Sage me acaricia la palma y eso me ayuda a continuar.

–La fiesta se extendió por varias habitaciones y todos estábamos bebiendo. El campeonato, el alcohol y algunas chicas nos hacían sentir en la cima del mundo. –Me río por lo ingenuos que éramos–. No dejábamos entrar a cualquiera, solo a gente de la escuela para que los entrenadores no se enteraran de que estábamos bebiendo, pero había una chica con la que conecté.

Recuerdo esa noche con claridad. No hay forma de que pueda olvidarla.

–Se quedó un rato, fuimos a mi habitación y estuvimos juntos. Me quedé dormido pensando que estaba a mi lado, pero me desperté y vi a mis padres al borde de la cama. Me miraban con una decepción que me persigue hasta el día de hoy.

Respiro hondo y continúo.

–Resulta que la chica solo se había colado en la fiesta para espiarme. Tenía fotos mías bebiendo, y cuando me fui a dormir, tomó unas que hacían parecer que había consumido drogas. Se las envió a mis padres.

–¿Por qué haría una cosa así? –pregunta Sage horrorizada.

–Aparentemente, mi padre biológico se había enterado de que mis padres adoptivos eran ricos. Estaba en aprietos económicos y encontró a una estudiante universitaria igualmente desesperada, dispuesta a hacer cualquier cosa para pagar sus préstamos. Entonces, chantajeó a mis padres con la amenaza de publicar esas fotografías. Si eso hubiera ocurrido, me hubieran expulsado del hockey en cuestión de segundos. Hubieran retirado la aceptación en Dalton y mi sueño de jugar en la NHL hubiera sido solo eso. Un sueño.

–¿Tus padres le creyeron?

–Cuando volvieron en sí, oyeron lo que tenía para decir y decidieron confiar en mí. La chica que tomó las fotografías confesó unos días después. Les dije que había bebido alcohol, pero que nunca había tocado ninguna otra sustancia. Eso fue todo lo que necesitaron para contratar a uno de los mejores abogados.

–¿Es por eso que no bebes?

Asiento.

–¿Y por eso no has...?

Sage se queda en silencio, pero sé lo que está pensando.

–No estuve con nadie desde entonces –confirmo–. No sé si es porque soy paranoico o porque no puedo sacarme de la cabeza el recuerdo de la decepción de mis padres, pero me resulta más fácil así.

Sage asiente en silencio, mirándome como si estuviera sosteniendo mi corazón en sus manos.

–¿Y tu padre? ¿Por qué no está en la cárcel?

–Llegamos a un acuerdo. Si hubiéramos ido a juicio, los medios lo habrían cubierto y él habría obtenido lo que quería. Mis padres creían que desaparecería de nuestras vidas después de cobrar.

–¿Pero le sigues pagando?

–Me amenazó y no quise que mis padres se arrepintieran de haberme dejado entrar en sus vidas. Así que nunca se lo dije, y llevo años pagándole.

Sage abre los labios en estado de shock.

–Pero él te extorsionó, amenazó con arruinar tu carrera. ¿Cómo pudiste darle un centavo a alguien así?

Entiendo de dónde viene su indignación. Yo también la siento, pero convivo con eso hace tanto tiempo que ya no me importa.

–Necesitaba que desapareciera. La decepción en los rostros de mis padres ese día alcanzó para reafirmar la decisión.

–¿Y tus padres no lo saben?

Niego con la cabeza. Ella me mira con compasión.

–¿Vas a parar alguna vez?

–Una vez la transferencia de dinero se retrasó, y en cuanto no vio el dinero, me preguntó cuánto me importaba realmente mi carrera en la NHL.

–Eso es chantaje. Es…

Niego con la cabeza.

–No. El acuerdo fue idea mía y me sirve. Nada cambiará eso.

Sage se sienta más derecha para nivelar nuestras miradas.

–No te sirve. Vives estresado. Lo que esa chica te hizo a pedido de él... No dejas entrar a nadie, Elias. Ni siquiera a mí. –Su voz se quiebra.

La acomodo en mi regazo, sosteniendo su rostro en mis manos mientras unas respiraciones entrecortadas escapan de sus labios.

–Me siento más yo a tu lado que con cualquier otra persona. Me haces sentir que no tengo que contenerme y... mierda, Sage, no tienes idea de cuánto quiero soltarme cuando estoy contigo.

–Entonces, ¿por qué no lo haces? –Sus manos se mueven hacia mis hombros–. Cargas mucho peso sobre tus hombros, Elias. –Su mirada se fija en la mía con una pesada determinación–. Quiero compartirlo contigo.

Sus palabras hacen lo contrario de lo que pretende y me siento destrozado. La chica que carga con el dolor y los problemas de todos me está pidiendo seriamente que le dé más. Que le dé mis problemas porque ella preferiría sumarse ese peso antes que ver cómo me derrumba. Sage es hermosa y fuerte, un rayo de luz en la oscuridad.

–No quiero conocerte como los demás. Quiero a tu verdadero yo –dice.

Deslizo mi pulgar por su suave mejilla.

–Te lo daré, pero ten paciencia, ¿sí?

Sage levanta mi mano y besa el interior de mi muñeca. El calor de sus labios quema mi piel.

–Siempre.

CAPÍTULO 26

Elias

Estamos a un partido de las eliminatorias, lo que significa que tengo una última oportunidad para quedarme en el equipo. La presión permanente durante el entrenamiento me produjo ese estrés que termina en pesadilla. Cada vez que me desperté sobresaltado, Sage estaba allí, sosteniendo mi mano y recordándome que solo era un sueño. Ella alivia la sensación constante de que al despertar encontraré a alguien decepcionado.

Desde que le conté sobre mi padre biológico, me siento más ligero. Hay algo nuevo en nuestras interacciones, como si ambos estuviéramos más a gusto. El límite entre nosotros es claro, pero los momentos que compartimos en la oscuridad de mi habitación me hacen querer cruzarlo. No hablamos de las noches, pero el recuerdo vive en la forma en que mi mirada se fija en ella cuando está cerca.

Nunca he estado más tentado de romper la promesa. Pero, aunque sueño con tocar a Sage, sé que eso solo complicará nuestra relación. Lo único que me ayuda a separar mis sentimientos de nuestra falsa relación es el celibato. Me cuesta confiar en la gente desde lo que hizo mi padre biológico, y no quiero romper la

promesa, que Sage acabe yéndose y hacer todo más difícil para ambos. Lo último que quiero para ella es arrojarle mis sentimientos cuando ni siquiera ha podido vivir su sueño. Nunca la detendría. No puedo.

Para el entrenamiento previo al partido, el entrenador fue indulgente y nos llevó a la sala de pesas a hacer calistenia. Hubiera preferido estar en el hielo, para intentar deshacerme de esta maldición de no marcar goles. Algunos días, pienso que nunca terminará, pero luego doy una asistencia y creo que estoy un paso más cerca. Ahora, me vuelven a arrastrar los pensamientos negativos.

–Se llama ahogamiento.

Me detengo y encuentro a Socket de pie frente a mí.

–¿Qué?

–Lo que te pasa en la línea de gol. Lo veo en los novatos todo el tiempo. Vienen directamente a mí, tan decididos, listos para meter un gol, y luego se quedan helados. Puedo ver cómo la inseguridad se apodera de ellos. Y puf, la oportunidad se les escapa justo frente a sus narices.

–Sé lo que es ahogarse –murmuro.

–Por supuesto que lo sabes. Pero no tienes que quedarte atrapado ahí. Te estás dejando estar en esa caja de dudas, y nadie puede jugar al hockey así.

Hace años que Socket es el portero del Thunder, así que tiene experiencia.

–¿Qué me aconsejas para salir de la caja?

–Rómpela. Tienes que destruir la inseguridad. Sabes que puedes hacerlo, y ahora no tienes opción. Si no piensas, no te ahogarás.

No pensar. Reflexiono sobre el consejo, murmurando un "Gracias" cuando se gira hacia su puesto. Es bastante sabio para alguien que bebió cerveza de un patín tras perder una apuesta.

Hay un cambio en el aire que me hace mirar hacia las puertas del vestuario. Entra Marcus y nuestro extremo derecho, Owen Hart. Se ríen, algo que yo nunca hice con nuestro gerente general.

–Buenas tardes –dice Marcus, agitando una mano–. Como es el último juego de la temporada regular, no diré mucho. Guardaré el discurso para las eliminatorias de la semana que viene, que para algunos de ustedes pueden ser un sueño lejano. –Intento ignorar cómo me mira a los ojos–. Pero estamos aquí, y si se esfuerzan esta noche, el resto será pan comido.

Hoy sus palabras hirientes no me duelen porque jugué bien en el último partido. Aunque no haya marcado, los ejecutivos tuvieron que notar la mejoría. Este no puede ser mi final.

El entrenador entra al vestuario.

–No me hagan pasar vergüenza. Después de estos últimos partidos, vi lo que pueden hacer. Y necesito que me confirmen si vendrán a la cena, mi esposa no estará feliz si sobra comida.

Repite el recordatorio a los muchachos que llegan tarde.

El entrenador decidió anoche que quiere levantar la moral del equipo porque dos defensores tuvieron una acalorada discusión en el hielo durante el último partido. Se quitaron los guantes y escupieron sus protectores bucales antes de que los separáramos. Los medios culparon a los directivos por descuidar el espíritu deportivo, así que le exigieron al entrenador Wilson que aliviara la tensión.

Miro mi teléfono y encuentro un mensaje de texto de Sage.

¿Una camiseta con tu nombre? Un poco presuntuoso, ¿no crees?

No puedo evitar la sonrisa que me provocan sus palabras. La directora de equipo me consiguió una camiseta de su talla y la dejé en la cama esta mañana. Es el primer partido al que asiste y es lo esperable que mi novia vista mi camiseta. Pero esa no es la única razón por la que quiero que la use.

¿Planeabas llevar la de otra persona?

¿Y si lo hiciera?

Atrévete.

No me tomes el pelo, Elias. ¿De verdad quieres que la use? ¿No es cursi? Ya tienes muchas fanáticas.

Eres la única que importa.

–¿No te incomoda? –La voz de Socket desvía mi atención de las burbujas que aparecen y desaparecen en mi pantalla. Cuando se detienen y Sage no responde, arrojo mi teléfono de nuevo al banco.

–¿Qué?

–¿Owen?

–¿Por qué me incomodaría? No es la primera vez que compito con alguien por un puesto.

–No, me refiero a porque salió con tu novia.

Me pongo rígido.

–¿Qué?

Una sensación de ardor recorre mis venas.

–Eh, nada, olvídalo. –Socket se gira y se concentra en la barra de dominadas como si fuera una cosa compleja.

–¿A qué te refieres con que salieron?

–Si Sage no dijo nada, debe tener sus motivos. Probablemente ni siquiera sepa que está aquí –dice, evadiendo el tema.

Intento recordar si lo mencionó, pero lo único que dijo fue que un novio había reaparecido en su vida. Todo empieza a tener sentido.

–¿Cuánto salieron?

–Unos años –responde tras un suspiro–. Creo que rompieron hace un par de meses. Pero eso es todo lo que sé.

Levanta ambas manos en señal de rendición.

La información no alivia el ardor en mi pecho. Quiero llamar o enviarle un mensaje de texto a Sage para saber más. Pero si quisiera contarme sobre su ex, ya lo habría hecho; no es especialmente reservada.

Owen termina de hablar con Marcus y va hacia su puesto unos bancos más allá. La palmadita en la espalda y la sonrisa de Marcus me dan envidia. Llevo aquí más tiempo y ni me saluda, pero el ex de Sage parece ser el mejor amigo de nuestro gerente general.

–Westbrook –dice Owen cuando pasa junto a mí.

Puedo percibir la tensión.

–Hart.

–Tengo un buen presentimiento sobre el partido de hoy –comenta Aiden, que aparece por fin después de pasar la noche en la casa de

los padres de Summer.

–¿Por qué?

–Es la primera vez que viene tu chica. No hay mejor motivación.

Pongo los ojos en blanco y le arrojo la cinta de tela.

–¿Viene Sean? Ese chico andaba por aquí todo el tiempo cuando empecé –dice Socket mientras se ata los patines.

–No, está en un internado a un par de horas.

–York Prep, ¿verdad?

Nuestras cabezas se giran hacia Owen, que sonríe inocente. La pregunta inicia un peligroso burbujeo en mis venas. Aiden me mira confundido.

–Mi hermano está en el mismo año que Sean.

Me resulta imposible no mirarlo con enojo.

La risa de Socket corta la tensión.

–Viejo, yo no hubiera durado nada en un internado. Me hubieran echado por jugar al hockey en los pasillos.

Su comentario provoca la risa de algunos de los chicos y da inicio a una charla sobre las travesuras que hicieron en la escuela.

De repente, aunque la conversación avanza, ya no puedo quedarme sentado. Atravieso las puertas dobles, ignorando el llamado de Aiden, y voy directamente hacia la oficina de Marcus.

–Marcus, ¿tienes un segundo?

Se cruza de brazos y exhala, pero asiente y lo sigo. Puede que esté empeorando las cosas, pero necesito hacer un esfuerzo para consolidar mi posición.

–¿Querías verme para una despedida final? –dice Marcus.

Ignoro el comentario mordaz.

–Vine para asegurarte que no dejaré escapar esta oportunidad tan fácilmente. Sé que es el último día antes de que la organización tome una decisión sobre mí, pero no te dejaré firmar los papeles de traspaso.

Si las miradas mataran, nadie sobreviviría a la que me está dando.

–¿Y cómo lo vas a lograr? Porque no estuviste a la altura de lo que necesitamos. Eres un buen jugador, nos damos cuenta, pero si eso no se traduce en goles, no nos sirves. Las asistencias son geniales hasta que no hay nadie a quien asistir.

–Pero estoy…

–Y el control de daños que estás tratando de hacer con mi sobrina no te ayudará. –Su mirada se vuelve letal–. Confío en que Sage tome sus propias decisiones, pero si tu reputación interfiere con su vida, no lo toleraré. Lastímala y me aseguraré de que tu carrera termine para siempre.

La amenaza debería hacerme encoger, pero no puedo evitar sentirme aliviado de que Sage tenga gente que la cuide, aunque ella no lo crea. Yo incluido.

–Nunca dejaría que mi imagen pública la afectara. Está conmigo porque nos queremos y sabe que haría cualquier cosa por ella. Por eso vive conmigo.

–¿Vive contigo?

Mierda. Por su mirada, supongo que Sage no le contó. Primero Owen, ahora esto. No podía dejar más claro que soy algo pasajero.

Resopla.

–¿Y con tu carrera pendiendo de un hilo crees que puedes concentrarte en una relación? Apenas puedes con tu juego. Esto no

es la NCAA, no podrás salirte con la tuya porque tus padres firmen un cheque.

No deja de recordar la riqueza de mi familia, como disolviendo mi habilidad a un simple favor. Aprieto el puño y la mandíbula para no decir nada que pueda hacer que me echen antes de la última oportunidad para demostrar lo que valgo.

–No creo que tengas lo que se necesita para ser genial, Eli. –Luego va por el golpe fatal–. Y, francamente, tampoco creo que seas lo suficientemente bueno para Sage.

CAPÍTULO 27
Sage

Los fanáticos del hockey son odiosos y ruidosos, y me encanta ser uno de ellos.

El Scotiabank Arena rebosa de azul y blanco mientras hago la larga fila para pasar el puesto de seguridad. Me revisan el bolso y voy hacia el palco que el equipo reserva para las familias de los jugadores. Me senté aquí algunas veces con mi tío. Pero esta vez, me encuentro con un grupo muy unido de esposas y novias de jugadores de hockey y me siento una impostora. Sin pensarlo demasiado, bajo a la platea donde el equipo tiene algunos asientos reservados. Como es el último partido de la temporada regular, el estadio no está lleno, y no debería haber nadie allí.

–Tenemos que hablar. –La voz de mi tío atraviesa el caos del estadio y quito la expresión sombría de la cara. Me sorprende descubrir que no está tan feliz como siempre, pero creo que me imagino el motivo.

Marcus Smith-Beaumont estuvo para Sean y para mí desde que éramos niños. Todos mis buenos recuerdos de la infancia lo incluyen. Y los que no lo incluyen tienen que ver con mis padres ausentes y la

policía allanando nuestra casa cuando mi padre se metió en el negocio de los narcóticos ilegales.

Cuando creces en un entorno caótico, los momentos felices son como botes salvavidas. Pero cuando cumplí dieciocho años, ya no me parecían seguros. Trabajé duro y ahorré suficiente dinero como para demostrar que podía proporcionarle una vida estable a Sean y que el estado nunca me arrebatara a mi hermano. Afortunadamente, era mayor de edad, por lo que podía hacerme cargo de él. Pero cuando mi tío se enteró de lo que pasó con nuestros padres, se ofreció a adoptarlo, y yo me sentí amenazada. Me aterraba que otro adulto me fuera a quitar algo más.

Al percibir esto, el tío Marcus inmediatamente retiró su oferta y me aseguró que entendía lo importante que era que me convirtiera en la tutora de Sean. Desde entonces, fue la única figura adulta en nuestra vida. Nunca se entrometió, pero eso no le impide jugar la carta del tío.

–¿Sobre qué?

Entrecierra los ojos.

–No te hagas la tonta. ¿Cuándo ibas a decirme que estás viviendo con Westbrook?

Oh, mierda.

–Estuve un poco ocupada...

–Te pedí que me mantuvieras informado.

–No ibas a aprobarlo.

El tío Marcus se cruza de brazos.

–¿Desde cuándo te importa mi aprobación? Estás saliendo con un jugador que fue un error reclutar. Y por mucho que me gustaría verte feliz, eso no lo salvará de ser echado.

Resoplo.

–No necesita que yo lo salve. Lo demostrará él solo, ya verás.

Me clava su mejor mirada paternal.

–¿No podrías haber elegido a otro?

–¿Como quién? ¿Owen?

Al tío Marcus siempre le gustó Owen y nunca entendió por qué rompimos. Yo tampoco se lo conté. Es cierto que Owen era el canadiense ideal para jugar al hockey. El sueño de cualquier tío gerente general.

Aprieta la mandíbula.

–¿Sabes qué? Tal vez mejor aléjate de los jugadores de hockey en general.

Resoplo.

–Estás mejorando con los consejos paternales. Deberías casarte y tener hijos para no tener que practicar conmigo nunca más.

–Tal vez ellos no me pinchen los neumáticos.

Me estremezco. Ese incidente ocurrió en la misma época que la disputa por la tutela. Fue antes de que conversáramos. Descubrí que el tío Marcus había ido a un abogado de familia para hablar sobre la adopción de Sean y, en un ataque de ira adolescente, usé mi navaja para pincharle una rueda. El plural es una exageración.

–¿Te sentarás en el palco?

Sacudo la cabeza.

–En la platea.

–Diviértete, pero no esperes ver nada bueno de tu jugador.

–Es *tu* jugador, y no seas malo. –Pongo los ojos en blanco.

Hace una mueca y desaparece por el pasillo seguido por otros hombres con trajes elegantes. Son los ejecutivos que están

evaluando a los jugadores. Sé que todos tienen mucho en juego, pero estoy segura de que nadie siente tanta presión como Elias.

Para cuando encuentro un lugar, el juego ya comenzó. Pensé que mi atuendo era lindo, pero no tuve en cuenta el frío que hace en un partido de hockey. No importa, porque me siento bien. Durante años, me preocupé por mi aspecto. Demasiado gorda, demasiado alta, demasiado delgada, demasiado *todo*. Ahora, después de años de trabajo duro, amo mi cuerpo. Y es porque puedo hacer lo que me gusta.

Entonces, cuando otros fanáticos me miran porque estoy bien vestida, no me bajo la falda ni jugueteo con mi camiseta. Si lo hiciera, probablemente sacaría algunos hilos, porque usé esta falda tantas veces que debería haberla tirado hace tiempo. Pero soy de las que reutilizan, reducen y reciclan. Que la historia me juzgue.

Pegada al vidrio puedo ver a todos claramente. Nunca me gustó ver deportes sola, pero gracias a Sean, a mi tío, y ahora a Elias, tengo debilidad por el hockey.

Tal vez sea un poco incómodo estar sentada en un partido en el que una chica levanta un cartel pidiéndole a mi novio que *se la meta*. Novio *falso*, pero igual me da celos. Yo lo sé y la chica está a punto de saberlo también. Tal vez cuando mi puño se encuentre con su rostro.

–¡Sage!

Me llega la voz de Summer y cuando me doy vuelta la veo acercarse.

No lleva una camiseta; tiene un abrigo con el número de Aiden.

–Te estaba buscando por todos lados. ¿No quieres sentarte en el palco?

Miro hacia atrás a las mujeres en el palco familiar, bebiendo tragos y alentando a sus parejas.

–Sean dijo que sería una falta de respeto al hockey si no me sentaba junto a la pista.

–Es un chico listo. –Summer toma el asiento vacío a mi lado y me ofrece palomitas de maíz–. Estos siempre fueron mis asientos favoritos. Por eso mi papá los reserva para la mayoría de los partidos.

–¿Vienes a todos los partidos de Aiden?

–Era más fácil cuando jugaba en Dalton, pero igual trato de venir a tantos como puedo. Es lindo saber que hay alguien alentándote, ¿sabes?

No hay mejor sensación que mirar a una multitud de desconocidos y encontrar un rostro que te haga sonreír.

Mi sonrisa desaparece cuando alguien golpea el cristal. Owen me guiña el ojo, con una sonrisa amplia y llena de dientes.

–¿Lo conoces? –susurra Summer, mirándolo de arriba abajo.

Me atiborro la boca con un puñado de palomitas de maíz para no responderle, pero ella suspira. Claramente es adivina.

–Eso lo explica todo.

–¿Explica qué?

Señala al número ochenta y ocho, Elias, que mira a Owen con furia, como si no fueran del mismo equipo.

–Elias no sabe que salí con Owen –le digo a Summer, pero más para tranquilizarme a mí.

–No quiero señalar lo obvio, pero ese hombre sabe más de lo que crees.

Trago saliva y observo la interacción hostil entre Elias y Owen. Cuando Aiden se acerca, Elias ignora lo que sea que le dice, y patina para lanzar un tiro de práctica a la red. Vuela justo junto a Socket con una precisión que hace que los fanáticos detrás de mí festejen.

Jugueteando con mis manos, siento una sensación extraña en el estómago.

–¿Estás bien? –Summer coloca una mano sobre mi pierna, que no deja de moverse.

–Debería habérselo contado. –Me muerdo el labio.

Summer se ríe y sacude la cabeza.

–Sé que Eli no es de compartir sus sentimientos, pero créeme, nunca se enojaría contigo.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque le gustas.

Me atraganto con sus palabras, o tal vez con un grano de palomitas de maíz. Summer me pasa su bebida y tomo un poco.

Hay muchas preguntas en mi cabeza, pero todas quedan sin respuesta porque Summer ya está parada gritándole a los árbitros porque el partido comenzó.

A Elias no le gusto. Si así fuera, al menos me habría besado. La única vez que dijo que le gusto fue cuando estaba hecha un desastre lloriqueando en su baño. Prácticamente estaba obligado a decirlo.

Durante el resto del partido, me quedo dándole vueltas a mis pensamientos, pero regreso de inmediato cuando hay un ataque. El estadio vibra con el rugido de la multitud y Elias avanza, hambriento de lo que sabe que es suyo. Estoy rígida por la ansiedad, deseando

que triunfe. Parece diferente, una nueva determinación lo impulsa hacia adelante.

Lleva el disco pegado al palo, lanza un tiro de muñeca que corta el aire y el tiempo se detiene justo cuando suenan las bocinas.

Marca. Elias marca el primer gol de su carrera.

La multitud detrás de mí se vuelve loca. Mi corazón late a toda velocidad y grito tan fuerte que sé que mañana me dolerá la garganta.

Nos pegamos al vidrio y observamos a Elias dar una vuelta corta por el costado de la pista. Cuando nos ve a Summer y a mí saludándolo, esboza una sonrisa. Va contra el vidrio y coloca su mano enguantada justo contra la mía, incluso a través del cristal siento la calidez de su caricia.

Se aleja patinando y el equipo va a su encuentro. Se me nublan los ojos por las lágrimas, en especial cuando la pantalla gigante muestra el palco ejecutivo; mi tío no celebra, pero sé que está feliz.

En lo que queda del partido, Elias marca dos veces más con una asistencia de Aiden y otra de Owen. El triplete hace que la multitud se vuelva loca y yo festejo como uno más. Me abrazo con Summer y puedo sentir la energía de la multitud vibrando en mí.

Elias trabajó muy duro. Lo vi castigarse por no haber marcado el gol y por cómo lo tratan los medios. Pero ahora siento que todo valió la pena. Les cerró la boca a todos los que dudaron de él.

Mientras el estadio se vacía lentamente, Summer me lleva por un pasillo estrecho hacia los vestuarios. No me soltó el brazo y eso me hace sonreír. Los guardias de seguridad nos saludan y esperamos a los chicos. Mi ansiedad prácticamente desaparece cuando escucho la forma en que todos hablan de Elias. Es un poco tarde, pero no

podría estar más feliz de que finalmente esté recibiendo el reconocimiento que se merece.

Cuando Elias aparece en el pasillo, no puedo evitar saltar. Esto es enorme, y aunque no está sonriendo, yo lo hago por él.

–¡Lo lograste!

Se sube la correa del bolso al hombro y examina la camiseta que llevo puesta. Hay un destello de algo detrás de sus ojos, pero solo me responde con una sonrisa tensa. Me duele que no esté feliz, así que me pongo de puntillas para rodearle el cuello con los brazos y abrazarlo. Se tambalea, sin tocarme, pero no dejo que eso disminuya la fuerza de mi agarre.

–Estoy orgullosa de ti –susurro en su cuello, apretándolo con fuerza.

Luego, con un suspiro profundo, desliza sus brazos alrededor de mi cintura y me levanta.

–Gracias –dice suavemente y me baja demasiado pronto.

Socket sale del vestuario y le da una palmada en la espalda.

–Tú invitas los tragos. Ese fue un primer gol increíble.

–Valió la pena la espera –dice Aiden, sonriendo ampliamente mientras pasa una mano por el cabello de Elias.

Elias se encoge de hombros y se peina con las manos, como si no estuviera hermoso.

–Creo que tienes un amuleto de buena suerte –dice Summer, golpeándome con su hombro.

El rostro de Elias es inexpresivo.

–Envíame la factura. Me voy a casa.

Socket se para delante de él.

–No te vas a librar tan fácilmente. Es tu primer gol y conoces las reglas.

–Tiene razón, Eli. Hay que cumplir con los deberes. Todos lo hicimos. –Aiden se gira hacia el grupo de chicos en el pasillo–. Fiesta en casa. Están todos invitados.

Miro a Elias, que asiente resignado. Los chicos gritan y le dan palmaditas en la espalda mientras se amontonan en los autos para seguirnos al apartamento. Aiden y Summer suben al auto, y Elias se mueve por fin cuando el pasillo se despeja.

No soporto el repentino silencio. No me quedaré aquí y dejaré que se salga con la suya con este malhumor. En especial en la noche más importante de su carrera de novato.

Cuando me abre la puerta del lado del pasajero, empiezo a decir algo, pero como sus amigos están en el auto, me quedo callada.

Siento un nudo en el estómago cuando cierra la puerta. Salimos del estacionamiento y se detiene para firmar algunos autógrafos desde la ventanilla.

–¡Fírmame en la frente!

–¿Puedes saludar a mi hijo? Te ama.

Elias accede felizmente a todas sus peticiones, conversando un poco, como debe haber aprendido en su formación de relaciones públicas. Aunque tiene fama de ser tímido, se las arregla con destreza.

Algunos nos saludan a Summer y a mí. Una joven se ilumina cuando se da cuenta de que estoy en el coche.

–¡Tu actuación en *Giselle* el año pasado fue preciosa!

Estoy tan sorprendida que me lleva un segundo procesar lo que ha dicho. Elias se gira hacia mí, evaluando mi reacción. Tiene una

sonrisa tenue pero orgullosa.

Nunca me elogiaron por una actuación después de meses de ocurrida. Siempre pensé que era porque no soy una bailarina memorable. Pero que me reconozcan aquí, afuera de un estadio de hockey en el centro de Toronto, por mi actuación en una pequeña producción del invierno pasado, me provoca un zumbido de felicidad en el corazón. Le agradezco a la chica, que no se da cuenta del impacto que sus palabras tienen en mí, especialmente cuando estuve tan deprimida por no haber conseguido una audición para *El lago de los cisnes*.

Summer me aprieta el hombro con entusiasmo desde atrás.

Cuando la ventana se cierra, la sonrisa en mi rostro no desaparece. Conducimos hasta el apartamento y el silencio vuelve a instalarse. Recuerdo al hombre aparentemente furioso en el asiento junto a mí. Pero soy una mujer decidida, así que no dejaré que Elias se salga con la suya.

CAPÍTULO 28

Sage

Las risas me siguen hasta las puertas de vidrio del balcón, donde están sentados los chicos. Cuando llegamos a casa, pedimos comida y alcohol, así que comimos, conversamos y ahora estamos tomando algo afuera. El balcón es lo suficientemente grande como para que todos se sienten cómodamente en los sofás y sillas de exterior.

Me deslizo entre ellos para colocar la bandeja de bocadillos y fruta en la mesa de vidrio. Cuando empiezo a recoger las botellas de cerveza vacías, Aiden me detiene.

–Yo me ocupo –dice, y me quita las botellas.

Summer me sonríe con ternura cuando me quedo parada como un ciervo obnubilado por los faros de un coche.

–Sí, ven con nosotros. El que quiere algo, se lo sirve –dice Socket.

Me doy cuenta de que no hay ningún asiento disponible. Hasta las sillas de adentro están aquí afuera y ocupadas.

–Toma mi asiento. –Me doy vuelta y encuentro a Owen de pie.

Su sonrisa me eriza la piel.

–Se sentará conmigo –dice Elias en voz baja pero con gran autoridad. Cuando me vuelvo hacia él, y por fin encuentro sus ojos,

no parece desesperado. Habla con seguridad.

Owen sigue mirándome como si esperara que me sentara en la silla que me ofreció, pero tomo un plato de bocadillos y me dirijo hacia Elias. No se mueve, solo se inclina hacia atrás y se golpea el muslo.

La orden tácita es tan autoritaria que siento un temblor recorrer mi cuerpo cuando obedezco. Pero no le demostraré cómo me afecta ni la electricidad que me provoca entre las piernas.

Agarro con fuerza el plato y mi mano tiembla mientras me acomodo en el regazo de Elias. Es tan cálido y cómodo que por un momento me olvido del tormento. Apoya su palma en mi abdomen y me atrae hacia atrás para que quede pegada a él.

Mi pelo rebelde le cae sobre la cara, pero no hace ningún movimiento para correrlo. Elias interviene en la conversación de vez en cuando. Termino los pocos pretzeles y la fruta que tengo en el plato y, cuando empiezo a levantarme para llevármelo, me detiene.

–Quédate. Lo llevo luego.

Con su brazo sobre mi estómago y su mano sobre mi pierna, estoy atrapada. Soy hiperconsciente de los patrones que dibuja en mi muslo y de cada caricia de sus dedos. Cuando la mano pasa por el dobladillo de mi falda, enciende un fuego salvaje debajo de la superficie, pero nunca le pediría que se detuviera.

Sin ningún lugar adonde ir y con la brisa fresca en mi piel, me hundo más en Elias. Los chicos hablan sobre el partido y yo me permito concentrarme en el hombre debajo de mí. Cuando se mueve, mi cabeza cae en el hueco de su cuello, arrullada por la mano suave que alisa mi cabello. Lucho para no quedarme dormida.

Es algo nuevo, nunca tuve que esforzarme para seguir despierta.

Solo cuando siento la humedad de la baba alrededor de mi boca y el leve roce de las sillas contra el suelo del balcón, vuelvo a abrir los ojos. Levanto la cabeza del pecho de Elias y lo veo observándome. Su mirada recorre mi rostro, y quiero hundirme más en él. Que me mire como en mis sueños.

Entonces escucho su nombre y me echo hacia atrás. *Mierda*. Me quedé dormida.

–¡Lo siento mucho! ¿Por qué no me despertaste? –susurro y limpio su camisa; no hay nada, pero necesito hacer algo con mis manos inquietas. Ya no siento la brisa, solo el dolor caliente entre mis piernas que me provoca su mirada. Como si no existiera nada más que él y yo.

–¿Por qué lo haría?

Entrecierro los ojos.

–Oh, Dios mío, ¿ronqué? ¿Por eso estás siendo tan amable? ¿Porque te avergoncé frente a tus compañeros de equipo?

–Para nada. –Levanta el labio como si me estuviera mintiendo–. Además, contigo moviéndote en mi regazo no podría haberme levantado aunque quisiera.

Oh. *Oh*.

Elias me aparta el cabello del rostro, como si no acabara de admitir que le estaba provocando una erección. Tengo que esforzarme para no decir nada. *Es célibe, Sage*.

–Eli –Socket grita junto a las puertas corredizas.

Por una fracción de segundo no se mueve. Como si quisiera decir algo, pero luego me aparta suavemente de su regazo y nos ponemos de pie. Se lleva mi plato cuando entramos, sus compañeros de equipo conversan en la entrada.

–Gracias por invitarnos –dice Socket arrastrando las palabras y envolviendo a Elias en un abrazo–. ¡Eres sensacional! ¡El MVP! El mejor novato...

Tomo el plato de Elias y me dirijo a la cocina mientras Socket sigue elogiándolo.

–Sage –susurra una voz suave.

Maldigo en voz baja cuando veo a Owen caminando directamente hacia mí. Me abraza, y es tan pesado que es difícil hasta empujarlo. Suenan las alarmas en mi cabeza. Mi exnovio es un borracho sentimental.

–Owen –grazno.

–Lo siento, olvidé que tienes un novio nuevo. –Se aparta–. ¿Me odias?

–No te odio, Owen. –Suspiro–. Simplemente nos distanciamos.

–Pero ahora volví. Podemos construir juntos algo real.

Real. La palabra me provoca un escozor en la columna. Suena extraño.

–Solías bailar para mí. ¿Recuerdas eso? –continúa. Es una exageración porque solo en una ocasión practiqué frente a él y esa fue la única vez que me vio bailar. Nunca vino a ninguna presentación–. Baila para mí una última vez –dice. Sus ojos color café están rojos y abiertos de par en par–. Quiero ver...

Entonces mi visión de Owen queda completamente obstruida porque Elias se interpone entre nosotros. Lo único que puedo ver es su impecable camiseta blanca, adherida firmemente a su espalda.

–Estás borracho, Hart –retumba su voz profunda–. Vete a casa.

Los nervios se instalan en mi garganta. Está a punto de protestar, pero Aiden entra en la cocina con Summer. Ella mira a Owen como si

fuera capaz de arrancarle los ojos.

Lo oigo tragar saliva y sale de la cocina arrastrando los pies.

Hay un zumbido en el aire que persiste cuando lo seguimos hacia afuera. Elias no me miró, y eso hace que me transpiren las manos.

–Vamos a abrirles –dice Summer de repente. Arrastra con ella a un confundido Aiden–. Y después iremos por un postre. Así que estaremos fuera un rato.

Enfatiza la última parte mirándome con intención. Entonces la puerta se cierra con un clic, y solo quedamos Elias y yo.

Me doy vuelta para finalmente hablar con él, pero ya se está retirando a la sala de estar. Miro su espalda con fastidio y lo sigo de cerca. Se detiene frente al sofá, empiezo a decir algo, pero me faltan las palabras cuando Elias se da vuelta y quedamos a escasos centímetros.

–¿Por quién estás aquí, Sage? –pregunta de repente.

La pregunta me desconcierta, y su imponente figura tampoco me ayuda a volver al camino correcto.

–P-por ti –tartamudeo.

Su mano se mueve hacia el dobladillo de mi camiseta, arrugando la tela.

–¿De quién es el nombre que llevas en la espalda?

El calor me recorre la columna.

–Tuyo.

Elias pasa el pulgar por mi labio inferior.

–¿Y qué nombre gritabas en esas gradas?

La calidez de su tacto me hace estremecer. Trago saliva.

–El tuyo.

–¿De nadie más?

Levanto una ceja.

–¿Por qué habría alguien más?

Deja caer la mano.

–Porque tu exnovio piensa eso.

Sus palabras son una ráfaga de aire frío. Summer tenía razón.

–¿Lo sabías? –pregunto tímidamente.

–Sí, lo sabía –se burla–. Y eso que dices ser un libro abierto.

Estoy demasiado aturdida como para hablar, y desvía sus ojos hacia la pared. Como si no pudiera soportar mirarme.

–*Soy* un libro abierto. Owen solo es mi ex. Te lo hubiera dicho si fuera importante.

Elias no se da vuelta.

–Está en mi equipo, Sage. Me enteré en el vestuario antes del partido que estuvieron juntos durante *años*. Eso es bastante importante.

–¿Por qué? –Dejo escapar un suspiro de frustración–. Tú no me contaste nada sobre tus ex.

–Porque no son tus compañeras de ballet.

–Está bien. Debí habértelo dicho, y lo lamento. Pero él no significa nada para mí.

Elias mira por encima del hombro, parece que no me cree.

–Hablo en serio. Estuvimos juntos tanto tiempo porque era cómodo. No había otra razón.

–Él sabe cosas sobre ti que yo no sé –dice en voz baja.

Resoplo.

–¿Como qué? ¿Mi promedio de calificaciones en primer año y mi segundo nombre? Nada de eso importa. Solo conoce a la vieja Sage. Ya no sabe quién soy.

Sigue dándome la espalda y noto que cierra las manos en puños.

Por un segundo, creo que mis ojos me están jugando una mala pasada, pero luego entiendo.

–¿Estás celoso?

–No. –Elias se da vuelta para salir de la sala de estar. Bloqueo su camino.

–¡Oh, Dios mío, estás celoso! –No puedo quitarme la sonrisa del rostro–. ¡Rápido! Creo que va a volver. Bésame como si fuera tuya.

Su expresión pétrea solo me envalentona. Lo detengo junto al sofá con ambas manos sobre sus firmes pectorales, frenando su retirada por completo. Posa los ojos sobre mis manos, y aunque arde, no las retiro.

–Vamos, canaliza esas emociones de cavernícola. –Estoy sonriendo cuando me pongo de puntillas para susurrarle al oído–. Pregúntame el nombre de quién me gustaría gritar. Te prometo que no es Ow...

Elias me interrumpe cuando me jala del pelo hacia atrás. El escozor solo dura un segundo porque sella sus labios con los míos.

El beso me roba todo.

Para detener el temblor en mis manos, las hundo en su cabello. No pierdo el tiempo para deslizar mi lengua en su boca, sintiendo la suya deslizarse contra la mía. Sé que es un buen besador, pero ahora no hay restricciones, y lo demuestra al darme más.

Me pregunto si habrá cámaras, pero no, solo estamos nosotros. Me está besando *de verdad* y dejo que me pruebe como quiera. Me arden los pulmones y necesito desesperadamente respirar, pero también necesito más de esto. Necesito más *de él*.

Cuando presiona sus caderas contra las mías para hacerme sentir la erección, gimo. Acaricia mi boca con la lengua, electrificando cada nervio dormido en mi cuerpo antes de retirarse. Protesto, pero entonces su mano toma mi mejilla y me apoyo en él, incapaz de resistir el calor de su mirada que descongela algo imprudente dentro de mí. Cuando la yema de su pulgar libera suavemente mi labio de entre mis dientes, gimo. *Gimo* de verdad.

–Sage –gruñe como si fuera una advertencia, y juro que pierdo hasta la última neurona. Esta vez, me abalanzo sobre él y presiono mi boca contra la suya tan de repente, que pierde el equilibrio. Elias pasa un brazo por mi cintura y cae hacia atrás en el sofá, conmigo encima.

Entonces, cuando creo que lo rompí y está a punto de despegarme de su regazo, Elias vuelve a mi boca. Me besa con un fervor que me hace entrar en un espiral vertiginoso.

Trago sus gruñidos. Cada pizca de presión de sus labios desciende hasta mi centro. Mis caderas se mueven por voluntad propia y me acomodo para que su muslo cubierto por jeans quede entre mis piernas, exactamente donde quiero todo de él. Estudia la nueva posición y la calidez de su mirada enciende mi anhelo. Creo que podría decir algo para detenerme, pero en lugar de eso empuja su muslo hacia arriba, presionándolo justo contra mi centro palpitante.

No soy más que necesidad, sonrojada y húmeda por la sensación crepitante del contacto. Midiendo, incapaz de contenerme más, hago girar las caderas, desesperada por la fricción. Su mirada se desliza por mi cuerpo con una fascinación que me empuja hasta el borde.

Es depravado, pecaminoso, sucio, y aun así no puedo detenerme. Mis manos descansan sobre su hombro, y estoy segura de que le

estoy clavando las uñas. Se me escapa un gemido cuando flexiona su muslo, y veo el bulto obvio en sus jeans. Me estiro hacia atrás para apoyar una mano en su rodilla y me froto contra él sin vergüenza, como una gata en celo.

Cuando sus manos aterrizan en mis muslos, creo que me voy a desmayar.

–¿Vas a acabar en mi muslo, Sage?

Sí, definitivamente me voy a desmayar.

Me convierto en un desastre de gemidos y quejidos cuando sus dedos presionan la suave carne debajo de la falda. Pasó tanto tiempo, que prácticamente soy una olla a presión, y no me avergüenzo. Con la mandíbula apretada, me observa frotar el clítoris contra su muslo.

–Déjame verte.

No lo dudo. Me corro las bragas a un lado para que tenga la vista perfecta. Otro movimiento de mis caderas me hace soltar un aullido.

Al oírlo, gime y se cubre la boca con la mano. La mirada de Elias se desliza hacia abajo, donde mis bragas se juntan con sus vaqueros.

–Tócate.

Empiezo a pensar que si Elias Westbrook me pidiera que ladrara, lo haría.

Sin vergüenza, mis dedos se deslizan hasta mi centro y me froto el clítoris mientras él observa. Si no estuviera tan perdida en mí, juraría que lo recorrió un escalofrío.

La excitación cubre mis dedos cuando los meto, desearía que fueran los suyos. Me desplomaría al suelo si las pesadas manos de Elias no me sostuvieran por los muslos.

–Oh, Dios –grito ante el fuego del éxtasis que me azota, desesperada por liberarme.

Me sujeta con más fuerza y cierra los ojos como si estuviera sufriendo antes de volver a mirarnos.

–Dime en qué estás pensando, Sage.

–En ti. –Intento detenerme allí para no agregar algo estúpido, pero mi boca no acata–. En t-tus dedos. En t-tu lengua sobre mi...

Elias me interrumpe con los labios. Devora cada centímetro de mi boca, explorándola con su lengua caliente. Prácticamente acabo solo con esa presión.

Gimo en el beso, deslizando una de mis manos en su cabello. Elias maldice.

Entonces sacude el muslo, provocando una fricción cegadora contra mi clítoris. Grito cuando mis dedos tocan el lugar perfecto y me doy por vencida bajo la presión. Estallo de placer y me dejo caer hacia adelante sobre su hombro mientras mi orgasmo me sacude.

Nos quedamos así durante unos minutos que parecen horas. No miro hacia arriba porque me da vergüenza haber montado su muslo como un maldito caballo, y ahora que el subidón se está acabando, podría decir algo estúpido. Pero Elias toma esa decisión por mí, porque se pone de pie y me levanta en sus brazos.

Instintivamente cierro las manos alrededor de su cuello.

–¿Qué estás haciendo?

–Te llevo a la cama.

El demonio entre mis piernas se aprieta de ansiedad, y espero que Elias no sienta cómo se me acelera el corazón. Cuando entramos en su habitación, me coloca en la cama y se acerca a la ventana para cerrar las cortinas. Mis ojos se adaptan gradualmente a la oscuridad

que nos rodea mientras él me tapa suavemente con el edredón. *¿Qué diablos?*

Se sienta en la cama a mi lado, nota mi expresión desconcertada, y me planta un tierno beso en la frente.

–Dormiré en el sofá –murmura, y se levanta para irse.

Oh. Estoy desesperada por que se quede, pero sé que solo hay una manera en la que debería terminar la noche. Y no es con Elias sobre mí.

–¿Sage? –Hace una pausa en la puerta–. No vuelvas a decir que eres demasiado difícil.

CAPÍTULO 29

Elias

Pasaron doce horas desde que me permití una imprudencia. O, en realidad, cuatro años. Cuando se sentó en mi regazo aunque Owen insistió en que tomara su asiento, sentí la necesidad de poseerla y recordarle que es mía. Me dijo que él no significaba nada y yo le creo. Pero la imagen de Owen mirándola de la misma manera en que probablemente lo hago yo provocó un incendio forestal en mi pecho. En ese momento, no pensé en la palabra *falsa*. Lo único que vi fue su suave piel morena, sus fuertes muslos envolviéndome y el calor de su centro presionando mi pierna. El movimiento de sus caderas me hizo desesperarme por saber cómo se vería completamente desnuda.

–*Maldita sea*. –Apoyo una mano contra la pared de azulejos. Mi puño dándome placer en la ducha no es ni de lejos tan satisfactorio ahora que vi la forma en que sus labios se abren en un orgasmo.

Anoche, cerré la puerta de mi habitación con ella dentro y me fui al sofá. Estaba decidido a dormir para que se me pasara la dolorosa erección sin masturbarme. Intentar aliviar la presión solo empeoraría los pensamientos que invadían mi mente.

Tenía reglas. *Tengo* reglas.

Desde que mi padre biológico me envió a esa chica, confiar en mí mismo y dejarme llevar es imposible. No es que no lo haya intentado. Durante el primer año, salí de fiesta con los chicos. Pero rápidamente me di cuenta de que emborracharme y terminar en cualquier casa de fraternidad no iba a ayudar. No quitaría la pesada decepción que todavía vive en mi pecho desde que mis padres me vieron esa mañana hace cuatro años.

Con Sage, el alcohol no circula por mis venas, pero se siente como si lo hiciera.

Es una tortura saber que está al otro lado del pasillo. Opté por usar el baño principal en lugar del baño privado donde están todas mis cosas. Hay una parte de mí que sabe que si veo su cara soñolienta y su cabello desordenado, o la escucho llamarme por mi nombre, no podré salir de la habitación hasta que vuelva a escuchar los sonidos que hizo anoche.

Un destello de ella corriendo esas bragas apenas visibles y mostrándome exactamente lo que quería (no, lo que *necesitaba*) impulsa mi mano a frotar mi erección. Imagino esos ojos traviesos mirándome a través de las pestañas húmedas, dejando que el agua de la ducha se deslice por su cuerpo y empape las delgadas camisetas blancas que suele usar para dormir.

Sus suaves manos trepan por mis costados y se lame los labios. *Suéltate, Elias*, susurra. *Dámelo todo*.

Entonces me toma por completo, labios carnosos y boca caliente succionando mientras sus mejillas se hunden. Pasan solo unos segundos antes de que eche la cabeza hacia atrás y acabe en su garganta. El orgasmo sacude violentamente mi cuerpo. Recupero el

aliento, pero todavía me siento insatisfecho. Mi cerebro evoca una imagen de ella trazando un camino de besos por mi torso mojado hasta que estoy desesperado por inmovilizarla contra las baldosas, metérsela y escucharla gemir mi nombre.

No.

Parpadeo para regresar a la realidad. Si voy allí, no podré volver a mirarla a los ojos de nuevo.

Me enjuago, salgo de la ducha y encuentro a Aiden sentado en la sala de estar viendo un partido. Summer se fue a Dalton temprano esta mañana, por eso está despierto. La almohada y la manta de cuando dormí en el sofá están en una esquina.

Me mira como si supiera demasiado.

–¿Usaste la ducha principal?

Me encojo de hombros, entrando en la sala de estar.

–Para que las tuberías no se oxiden.

Me acerco al sofá para ver el partido. Es Nueva Jersey, el equipo contra el que nos enfrentaremos mañana.

–¿Estás bien? –pregunta finalmente.

Sufriendo.

–Genial, ¿por qué?

Se encoge de hombros, se ríe y regresa a su habitación. Revoleo los ojos.

Cuando el calor me quema la nuca, sé que Sage está despierta. Se dirige directamente a la cocina, ni me mira. La máquina de café se pone en marcha y la sigo, como un maldito cachorro. Es imposible mantener la distancia, aunque sé que debería hacerlo.

Sage se inclina hacia el refrigerador y los diminutos pantalones del pijama trepan por su trasero. Pura tortura. Miro al techo.

Suspira y bajo la mirada; sostiene un vaso de yogur contra su pecho.

–¡Me asustaste! ¿Qué estabas mirando? –Ella también mira al techo.

Me aclaro la garganta.

–Nada.

Estar allí de pie, incómodos, solo hace más intenso el recuerdo de la noche anterior, así que me giro hacia el fregadero.

–El entrenador Wilson está organizando una reunión para afianzar el equipo de cara a las eliminatorias. –Me rasco la nuca y ella escucha con paciencia–. Y estamos invitados.

No me mira a los ojos cuando se sienta en un taburete y sumerge una cuchara en su yogur de fresa.

–Genial. Probablemente pediré comida, no tienes que preocuparte por mí. –Su dulce sonrisa me confunde. Termina el yogur y lame la cuchara como… *No importa*. Proceso sus palabras.

–¿Por qué harías eso?

–Tengo que comer, y no quiero arriesgarme a incendiar tu cocina.

–Sage. *Estamos* invitados, no solo Aiden y yo. Quiero que vengas conmigo como mi novia.

Deja de raspar la cuchara contra el pote. Me mira a los ojos, hay una mancha de yogur en la comisura de su boca.

–¿Yo?

–No sabía que tenía otra novia.

Su risa es frágil. Me posee algo que me impulsa a limpiarle el costado de la boca con el pulgar. Inhala con fuerza, yo me llevo el pulgar a la boca y lo lamo.

–Entonces, ¿vendrás? –pregunto con indiferencia.

Sus ojos se quedan fijos en mi boca.

–Claro. Saldré temprano del trabajo.

–Te pagaré lo que te pierdas.

Frunce el ceño, el fastidio está escrito en esa línea.

–No soy una prostituta, Elias. No necesito tu dinero.

Me inclino hacia delante.

–Lo sé. Pero probablemente necesitarás un vestido, así que pagaré lo que necesites.

Cuando empiezo a sacar mi tarjeta, ella se pone de pie.

–No puede ser en serio.

La dejo caer sobre el mármol y levanto la vista para encontrarme con sus ojos otra vez.

Se cruza de brazos.

–Ya vivo en tu apartamento, ¿y ahora quieres comprarme ropa? Soy muchas cosas, pero ventajera no es una de ellas.

–También eres mi novia, y nunca te dejaría pagar por un vestido que necesitas usar para salir conmigo.

–No es así. Esto es falso. Esas reglas no aplican.

Ladeo la cabeza.

–No recuerdo que hayamos acordado eso.

Sus labios carnosos se presionan en una línea recta, pero cuando deja caer los hombros, sé que se ha rendido. Y esta victoria se siente mejor que cualquiera de mis goles.

Comienza a protestar.

–No me lo vas a devolver –le digo antes de que pueda siquiera sugerirlo–. Te enviaré los detalles. Estaré fuera unos días, así que escríbeme por cualquier cosa que necesites.

El “cualquier cosa” hace que su mirada se fije en la mía, y ahora sé que ambos estamos pensando en anoche. Es bastante difícil no hacerlo cuando todavía puedo sentir los movimientos fantasmales de sus caderas rozando mi pierna.

Pero parece avergonzada cuando sus ojos se desvían.

–Sobre anoche…

–Fue el fragor del momento –digo–. No tienes que explicar nada. Podemos olvidarlo.

Sage asiente lentamente. La atmósfera es irrespirable hasta que se aclara la garganta.

–Es Hakima, por cierto.

–¿Eh? –Estoy confundido, pero agradezco el cambio de tema.

–Mi segundo nombre, nunca te lo dije. Es el nombre de mi mamá. Significa “sabio”, igual que Sage.

Recuerdo nuestra conversación de anoche antes de… todo.

–¿Hakima? Es hermoso.

Se encoge de hombros.

–Supongo que mi mamá me dio lo mejor de ella.

–Tú eres la mejor, Sage.

Sonríe, pero parece afligida cuando baja del taburete.

–Me tengo que ir. Tengo una clase de niños de ocho años muy aplicados en una hora.

–Bien. Te veré en unos días.

Por un segundo damos un rodeo en la cocina y nos separamos.

CAPÍTULO 30

Sage

Gritar en el autobús es muy normal si te enteras de que conseguiste una invitación para la audición al papel principal en *El lago de los cisnes*. Pero el anciano sentado a mi lado no está de acuerdo.

Pasó una semana desde que no pienso en nada más que en la expresión torturada de Elias cuando me senté en su regazo. Pero hoy, solo la invitación del NBT ocupa mi cerebro.

En cuanto mis seguidores pasaron de ser fanáticos del hockey que dejaban comentarios inapropiados a ser bailarinas y madres de ballet, el reconocimiento comenzó a llegar.

Esta audición garantiza que Zimmerman me juzgará, y mi orgullo quiere demostrarle que se equivocó. Quiero demostrarle que esta bailarina desconocida recorrió un largo camino desde aquel día en que se rio de ella fuera en una audición.

No se lo dije a nadie, ni a mi hermano ni a Elias, porque no quiero ilusionarlos. Aunque los rechazos son duros, pasé por tantos que estoy segura de que puedo volver a capear esa tormenta. Pero si

alguno de ellos me ve perder lo único por lo que me esforcé desde que cumplí ocho años, solo me avergonzaré.

¿Y lo mejor? Mis sentimientos por mi falso novio no parecen nada falsos. Estoy a punto de hacer realidad el sueño de mi vida y mi mente se escapa hacia la forma en que apretó su muslo musculoso entre mis piernas.

No solo eso, el vestido que se supone que debo usar esta noche, que me regaló él, es tan hermoso que no puedo creer que sea mío.

Cuando llego al apartamento vacío, voy hacia la habitación de Elias para contemplar la tela rojo rubí que cuelga en el armario. A pesar de mi negativa, él tenía razón acerca de que necesitaba un vestido. No podía volver a llevar el negro que uso siempre. Pero esa no es la parte de la conversación que vuelve a mi mente.

Elias solo mencionó mi acto desesperado de frotarme contra su muslo porque quiere olvidarlo. Como si fuera un lapsus, el estúpido error de una chica cachonda perdida en la neblina de su lujuria. Bueno, tal vez esa descripción sea un poco precisa, pero no estaba perdida ni siendo estúpida. Era muy consciente de la firmeza de su muslo contra mi centro palpitante y, si recuerdo bien, esa lujuria nebulosa hizo que él apretara. Ambos somos igualmente culpables. Pero, ¿por qué siento que fui sentenciada a prisión?

Estoy vestida y esperando a que Elias me recoja, se está cambiando en el estadio después del entrenamiento. Estuvo estresado estos últimos partidos, así que me mantuve al margen. Arrasaron en la primera ronda y estuvieron entrenando duro para mantener la racha. Elias dijo que el entrenador Wilson no está contento con el desempeño general y cree que la reunión de equipo

es necesaria ya que solo lograron anotar en el tiempo extra o con jugadas de poder.

Estoy pelando un muffin de zanahoria casero que hizo Elias, esperando su mensaje de texto cuando se abre la puerta principal. Oigo pasos contra las tablas del piso antes de verlo. Tiene un mechón de cabello oscuro enroscado contra su frente que no logra disciplinar con las manos. El traje negro abraza su cuerpo, acentuando la figura atlética y la postura confiada. Los zapatos negros reflejan las luces de la cocina, cada paso lo lleva hacia mí y me quedo boquiabierta. Casi me atraganto cuando lo veo de cerca.

Si muriera ahora mismo, no me molestaría que esto fuera lo último que viera.

–Estás hermosa –dice y me saca del trance.

–Definitivamente es el vestido –digo, deslizándome tímidamente del taburete.

–Definitivamente eres tú.

***

La reunión es íntima, no se parece en nada a la fiesta de hace unas semanas. Solo vinieron los titulares y algunos jugadores de segunda línea. Estamos en la casa del entrenador Wilson. Una construcción de estilo francés ubicada en los suburbios, no muy lejos de la escuela de Sean. Pasamos por el gran vestíbulo y unas amplias escaleras que llevan hacia el comedor engalanado por una araña de cristal. La casa es enorme, y tengo que recordarme a mí misma que no debo dejar que mi mandíbula caiga al suelo.

La cena está llena de preguntas y presentaciones que me hacen sentir como una impostora. Elias se da cuenta, porque pone su

mano sobre la mía debajo de la mesa. Una caricia solo para mí. Eso calma mis pensamientos hasta que la esposa del entrenador nos lleva hacia la mesa armada en el patio.

Los jugadores se sientan con sus novias y esposas, algunos trajeron a sus hijos, que juegan juntos en el patio, mientras que otros se retiraron con bebés dormidos en sus brazos.

Todo esto era para levantar la moral del equipo, y creo que la idea del entrenador Wilson está funcionando. Desearía que Summer estuviera aquí, porque eso haría que todo esto sea un poco más fácil. Pero está en Dalton, y Aiden practicando en la pista de hielo de sus padres.

Así que esta noche, somos solo Elias y yo.

Socket ayuda a encender un fogón, y todos se sientan alrededor cuando la brisa fresca baja la temperatura. Pero Elias no me suelta la mano. Por el contrario, me sienta sobre su regazo. Intento parecer cómoda, pero desde la última vez que me senté en su muslo, no hay forma de saber cómo acabaremos. Aunque tener a mi tío enfrente ayuda a conservar las formas.

Elias me acomoda las piernas sobre su regazo y yo hago todo lo posible por no hundirme en él.

–¿Cómo se conocieron? Marcus no los presentó, eso seguro –pregunta el entrenador Wilson.

Miro a mi tío, que tiene los ojos fijos en su vaso de agua.

–En la subasta. –Elias pone su mano sobre la mía en la mesa. Estuvo muy cariñoso hoy y no puedo entenderlo.

–Voy al baño durante dos segundos y él se arroja sobre mi sobrina. Qué elegante. –La voz áspera de mi tío hace que Elias se ponga rígido.

Algunos de los jugadores que rodean la mesa se giran para mirarnos.

–En realidad, yo oferté por él –interrumpo.

El entrenador Wilson se ríe. Mi tío hace una mueca. Estoy harta de que trate a Elias como si no fuera lo suficientemente bueno para mí. En todo caso, soy yo quien no es lo suficientemente buena para él.

–Pero tuve que convencerla de que viniera a una segunda cita –agrega Elias.

Al escuchar el tema de conversación, Owen también se gira.

–Yo tuve que invitarla a salir todo un año hasta que aceptó –interviene.

La atmósfera relajada se desploma.

–Fuimos y vinimos durante años –dice desde su lugar unos asientos más allá, arrastrando las palabras–. Pero la soledad siempre nos volvía a acercar.

Quiero que la tierra se abra y me trague.

–Pero lo haría todo de nuevo si ella...

–Lo pensaría bien antes de terminar esa oración. –La amenaza de Elias se oye fuerte y claro. Su voz grave vuelve toda esta interacción aún más insoportable.

Owen se ríe.

–Relájate, Eli, sabes que nunca me pasaría de la raya.

Miro a Elias, que observa a Owen con un brillo peligroso en sus ojos. *Uh-oh*.

Hemos hablado de esto y Elias sabe que no hay nada entre Owen y yo. Pero tampoco espero que se convierta en el mejor amigo de mi ex. Ya no soporto estar aquí.

–Se está haciendo tarde. ¿Me llevas a casa? –pregunto.

La emoción invade los ojos color café de Elias, pero parpadea para apartarla.

–¿Quieres irte?

Asiento. Nos despedimos rápidamente de todos y nos vamos. En el auto, no me toca. No pone la mano en mi muslo y no hay conversación. La música está alta pero el silencio es ensordecedor. El camino hacia el apartamento es aún más silencioso.

Tengo ganas de hablar, pero sellé mis labios para no ser la primera. Una vez dentro, cierra la puerta principal detrás de nosotros y siento un hormigueo recorrer mi columna vertebral. El golpe de mis tacones contra la madera coincide con el latido de mi corazón mientras me dirijo a su habitación.

–¿Es verdad? –La voz grave de Elias me sobresalta–. ¿Volvías con él cada vez que te sentías sola? –dice las palabras con calma, pero hay frustración en su pregunta. Estuvo hirviendo a fuego lento durante el viaje hasta aquí.

–Estaba borracho –esquivo la pregunta. Me quito los tacones y me dirijo directamente a su habitación y al baño.

La puerta cerrada no le impide entrar conmigo. En una noche normal, este baño es lo suficientemente grande como para una pequeña fiesta, pero hoy se siente estrecho y sofocante. Dejo caer mis aretes en la encimera y, de mala gana, encuentro sus ojos en el reflejo del espejo.

–Fue hace mucho tiempo. No tenía amigos –digo–. La soledad era inevitable.

Elias se acerca.

–¿Te sientes sola ahora? –Su aliento cálido cae sobre mi cuello y un escalofrío silencioso me recorre el cuerpo.

–No lo sé –susurro, aferrada al borde de la encimera.

–Esa no es una respuesta, Sage.

Resoplo.

–¿Qué importa? ¿Estás celoso de él o algo así?

–¿Parezco celoso? –dice–. No me importa él. Me importas tú.

Hay un hambre en su mirada que podría devorarme en minutos, y sé con todo mi ser que debería alejarme. No porque no quiera esto. Lo deseo con desesperación. Pero sé que si continuamos, se acabarán los límites. Los pocos que quedan.

Cuando inclina su cabeza hacia el hueco de mi cuello, mi respiración se entrecorta. Elias acaricia con la nariz el sitio en el que mi pulso se desboca. Mis dedos podrían atravesar la encimera de mármol, pero entonces sus manos sujetan las mías. Enjaulándome.

Me acaricia la oreja con los labios.

–Nunca dejaría que te sintieras sola.

Oh, Dios. Sus palabras. Su cuerpo emana calor. Mi corazón galopa. Todo se combina para estremecerme. Como si clavaran un cuchillo de mantequilla en mi corazón blando. Las palabras me abandonaron porque en el momento en que la posibilidad de Elias se siente real, no queda nada que decir.

Deja el susurro de un beso en mi hombro, y no puedo evitar girarme para mirarlo. Sus ojos color café se clavan en mi garganta cuando trago.

Estar cerca de él es como una comezón que no puedo rascar o un estornudo que nunca llega. Hemos estado tan cerca antes, pero nunca había visto su mirada así. Hambrienta. Anhelante. *Derretida*.

Estoy jugando con fuego y no tengo miedo de quemarme. Maldita sea, quiero que Elias Westbrook me incendie.

Empujo mis caderas contra las suyas y él gime. Un gemido profundo y gutural.

–Entonces, muéstrame –digo.

Eso es todo lo que hace falta. Elias sella sus labios con los míos. El beso no es suave ni dulce, es demandante y áspero, como la frustración que recubría sus palabras hace segundos. Como si me estuviera demostrando algo. A mí o a él mismo.

Unos cálidos labios se abren paso por mi cuello y llegan a la tráquea, donde se me acelera el pulso. Pellizca la piel ligeramente, dejando un escozor que su lengua alivia. Deslizo las manos por la parte delantera de su camisa de vestir. Tengo demasiado calor, el vestido me resulta sofocante. Mi pecho se agita y él baja los labios hasta besar la curva de mis senos. El movimiento destruye cualquier autocontrol y empujo mi cuerpo contra el suyo para sentir su dura erección contra mi ombligo, a solo unos centímetros de donde lo quiero.

Él vacila, pero estoy impaciente. Me aparto para mirarme al espejo un momento.

–Desabróchame la cremallera, por favor –le suplico.

La mirada de Elias parece conflictuada mientras chisporrotea de lujuria y presiona sus caderas contra mi trasero.

–Dime que pare –dice con voz áspera.

–No quiero.

Esta vez gime más fuerte.

–No digas eso. –Me muerde el cuello y me arqueo contra él–. Jesús. Me estás matando, Sage.

–Entonces haz algo al respecto.

Es osado. Tal vez demasiado osado, porque Elias se paraliza. Nos quedamos así tanto tiempo que no tengo idea de lo que está pensando. Pero entonces suspira y retira las manos de la encimera.

Me alejo rápidamente y un destello de inseguridad aparece en sus rasgos.

–Lo siento. Eres célibe, no debería haber dicho eso.

Sacude la cabeza.

–No es tu culpa, quería hacerlo.

Mi rostro palidece.

Elias cierra el espacio entre nosotros para tomar mi mentón y calmar mi mente.

–Es difícil para mí después de todo lo que pasó, y no quiero que eso te afecte a ti –dice.

–No me importa –digo demasiado rápido.

Hay una sonrisa en sus labios, como si le pareciera divertido mi entusiasmo.

–Eres perfecta. Y si hay alguien por quien rompería mi promesa, eres tú.

–Nunca te pediría eso. –Bajo la cabeza, noto que mi vestido está indecentemente amontonado alrededor de mi cintura y tengo los pezones duros. Aparentemente, mi cuerpo lo pide.

Exhala un suspiro pesado y aparta su mirada ensombrecida.

–Lo sé, y te lo agradezco. Pero cuanto más hablas, más quiero doblarte sobre este lavabo y ver exactamente cuán mojada estás.

Abro la boca para decirle que lo haga, pero la cierro de golpe. *Es célibe, Sage*.

Me paso una mano por el cabello y mi vestido se levanta en el proceso. Lo empujo hacia abajo, mirándolo tímidamente por debajo

de mis pestañas.

–Me gustas, Elias. Pero no sé qué quieres que haga –digo–. No puedo...

–Dilo otra vez.

Me desconcierta la repentina exigencia. Como si el hilo al que se aferra desesperadamente solo necesitara un buen tirón para romperse.

–¿Qué?

–Dilo otra vez, Sage –repite con impaciencia.

Trago saliva.

–Me gustas, Elias.

Su garganta retumba con un sonido. Elias toma mi cintura y me empuja hacia el borde de la encimera, hasta que se clava en mi columna. No noto el dolor punzante cuando arrastra su lengua por el costado de mi cuello hasta mi oreja.

–Otra vez –dice con voz áspera.

Inhalo entrecortadamente cuando me levanta y me deposita sobre la encimera. El frío mármol toca la piel chisporroteante de mis muslos, lo que me hace clavar las uñas en sus hombros y susurrar:

–Me gustas.

Se oye un chasquido.

Nunca vi a Elias borracho, pero supongo que debe ser así. Me bebe como un licor suave. Pero justo cuando creo que va a arrancarme el vestido y tomarme sobre la encimera, el beso de Elias se demora en mi frente durante tanto tiempo que es casi como si estuviera contando. O amonestándose a sí mismo.

Niega con la cabeza cuando lo miro.

–¿Qué pasa?

Su respiración se normaliza. Me acomoda el cabello detrás de la oreja y me ayuda a bajar de la encimera.

–Deberías dormir un poco, Sage. Voy a ducharme. –No me mira a los ojos cuando sale del baño en perfecto estado y se dirige al del pasillo. La realidad me escupe en la cara mientras lo veo retirarse.

Elias Westbrook es el hombre más gentil que conocí, pero si quisiera, podría destrozarme el corazón.

CAPÍTULO 31

Sage

¿Qué significa cuando tu falso novio célibe te besa como si fuera a morir si no lo hiciera? No hay ningún manual que pueda darme una respuesta, y Google está demostrando no ser tan inteligente como dice. Siento que me derrotaron en un juego que nadie me dijo que estaba jugando. El celibato de Elias me arrojó a una espiral descendente casi tan complicada como nuestra falsa relación. Recuerdo cosas que dije o hice y tiemblo de horror. Probablemente se ría de todas las veces que me humillé delante de él.

Cuando salgo de la ducha, me pongo ropa limpia. La tela de mi vestido de verano es ligera, parece papel tisú barato, pero es lo único que tengo limpio. Esta mañana, Elias tomó mi pila de ropa sucia y la metió en el lavarropas. *Dios*, ese hombre es pura maldad.

Estoy pasando un peine por mi cabello enredado cuando escucho una maldición en la cocina y corro por el pasillo; encuentro a Elias sacudiendo la mano.

–¿Estás bien? –Tomo su mano para inspeccionar la quemadura, ignorando la corriente que sube por las yemas de mis dedos.

–Es solo una quemadura –dice Elias.

Lo llevo al fregadero y sostengo su dedo bajo el agua fría.

–¿Horneando otra vez?

–Estoy probando algo nuevo –dice–. ¿Te gustan los scones?

–Nunca los probé, pero estoy segura de que cualquier cosa que hagas me encantará.

Sigue observándome cuando cierra el grifo y se seca la mano con un paño de cocina.

El pelo mojado gotea por mi espalda y cada gota me sacude con la conciencia pesada de mi piel ardiente.

–¿Te duchaste? –pregunta.

Una gota de agua me cae en el cuello y trato de no estremecerme.

–Mm-hmm.

Ladea la cabeza.

–Pareces un poco nerviosa. ¿Te sientes bien?

Otra gota. Esta vez se desliza por el costado de mi cuello y la clavícula.

–Nunca estuve mejor.

Su mirada se fija en las gotitas que se mueven lentamente y mi cuerpo se electrifica. El problema es que el agua y la electricidad no se llevan bien. Tiemblo cuando algo oscuro nada en sus ojos color café.

–Haz una foto, Elias. Te mantendrá ocupado durante el vuelo.

–¿Crees que necesitaría una foto para recordar cómo te ves?

El silencio es largo e incómodo. Miro la estufa para leer la hora, y me doy cuenta de que recién es mediodía y faltan unas horas para que se vaya. Los últimos minutos fueron tortuosos; no estoy segura de poder sobrevivir *horas*.

Se acerca para entrar en mi órbita y toma mi vestido.

–¿Qué intentas lograr con esto, Sage?

La pregunta me calienta. La mano de Elias es grande, fuerte y venosa, y no diría ni una palabra si me quitara el vestido.

Inclino la cabeza.

–Intento sobrevivir al calor.

Entrecierra los ojos.

–El apartamento tiene aire acondicionado.

Quizás debería haber sido más específica. Quise decir que necesitaba sobrevivir a *su* calor.

–Me caliento fácil.

–He sentido tus pies helados casi todas las noches.

Me está provocando, pero me niego a caer en la trampa.

–No sé qué es lo que quieres hacerme decir, pero no funcionará. No tengo segundas intenciones. A diferencia de ti, yo digo lo que quiero y no ando con acertijos.

–¿Qué se supone que significa eso?

Me enderezo, tratando de parecer más alta porque él es imponente.

–Que afirmas ser el tipo más honesto del planeta, pero no puedes admitir que te estás mintiendo a ti mismo. Y ese es probablemente el peor tipo de mentira que existe.

Hay una tormenta formándose en su rostro.

–No le estoy mintiendo a nadie.

Resoplo de manera poco atractiva.

–Sigue diciéndote eso. Pero usas el celibato para castigarte por algo que hiciste hace años. Crees que esto alivia tu conciencia, pero solo te estás haciendo daño.

No sabía hasta este momento que me molestaba. Siendo realista, no soy su novia y no tengo derecho a cuestionarle nada, pero se siente como un puñetazo en la cara cuando sabe casi todo sobre mí. Vida sexual incluida.

Todo es demasiado arriesgado. Mis sentimientos. Los suyos. Sean los que sean. Sería suficiente para meterme en una habitación de paredes blancas sin ventanas y con una camisa de fuerza. Montar su muslo y luego rogarle solo me provocó vergüenza.

De repente, mi confianza se evapora y me doy vuelta para alejarme. Elias avanza, me empuja contra el refrigerador y un imán cae al suelo. Hay una foto de todos los chicos del Frozen Four de este año a mis pies.

Sus manos callosas rozan la piel desnuda de mis muslos, luego se desliza hacia arriba, levantando la fina tela de mi vestido. Aunque quisiera decir algo, no lo haría.

–No miento –dice con voz áspera–. Y no estoy siendo deshonesto.

Mi voz sale como un susurro:

–Te está creciendo la nariz, Elias.

Se ríe entre dientes y el aliento cálido golpea mi piel como el latigazo de un cinturón.

–¿Quieres oír una mentira, Sage? –Su mano errante se mueve hacia el hueso de mi cadera, justo en la tira de la tanga.

Contengo un gemido, no estoy dispuesta a avergonzarme más.

–No quiero arrancarte este maldito vestido.

Trago saliva.

–Tus labios no se han clavado en mi mente desde que los probé la primera vez.

Mi respiración es superficial.

–Y no me masturbé pensando en ti anoche.

Mierda.

Hablar con él es como jugar con los cables rojo y azul de una bomba y no saber cuál va a quemar cada centímetro de tu piel.

–¿Satisfecha? –pregunta.

–Nunca –respondo.

Jala mi tanga y yo chillo. El escozor en la piel se siente como si me hubiera azotado.

–¿Y si creo que eres tú la que miente? –dice Elias.

Estoy a merced de sus manos, pero finjo ofenderme.

–No es así.

–¿No? Entonces, ¿no estás frustrada porque no te tomé anoche?

Mi garganta se siente pesada.

–Vamos, Sage. Pensé que eras un libro abierto –me incita.

Entrecierro los ojos.

–No me conoces.

–Puede ser. –Su mano deja hormigueando la piel de mi muslo desnudo, toma mi muñeca y pasa su pulgar sobre mi pulso atronador–. Pero tu cuerpo está diciendo algo diferente.

–Mi cuerpo dice muchas cosas, pero creo que no sabes leerlo. –Espero que mis palabras borren esa mirada arrogante en su rostro.

–¿Crees que porque no te toqué, no sé qué te haría acabar?

Leer entre líneas es bastante fácil cuando sus ojos brillan con una mirada que dice: *Mi muslo puede hacerte acabar en menos de treinta segundos*.

Por más molesta que sea su sonrisa, es hermoso, y también lo es la mano que se desliza debajo de mi vestido para jugar con el trozo

de tela entre mis nalgas. Lo jala, y la estrechez casi me hace caer hacia adelante, pero bloqueo las rodillas.

–Cuidado, Eli, es mucha charla sobre sexo para tu voto de celibato.

Chista.

–No me da miedo hablar de sexo, Sage, pero creo que tú te pones nerviosa solo de pensarlo.

Mis pensamientos se dispersan. Como ratas que salen corriendo de un callejón al oír pasos.

Mi risa no es convincente. Se corta cuando suena el temporizador del horno e interrumpe nuestra mirada. Elias retrocede, y yo también.

Paso las siguientes dos horas cosiendo mis zapatillas de punta, solo le hago un pequeño gesto con la cabeza cuando me dice que volverá en unos días.

***

La actuación final de *Sueño de una noche de verano* me hace sentir como una celebridad. Hasta casi olvido la llamada de mi casera. El apartamento está limpio y listo para que regrese. Pensar en eso hace que el nudo en mi estómago se haga más profundo que un abismo.

Amy Laurent, mi exmaestra, me agradece efusivamente cuando me ve detrás del escenario. Al principio no entiendo por qué, pero aparentemente mi publicación sobre el espectáculo de esta noche con enlaces a las entradas ayudó a que se agotaran.

Hay un clima electrizante detrás del escenario cuando comienza el segundo acto y se abre el telón. Cualquiera creería que repetir la

misma coreografía podría volverse aburrido, pero a mí me resulta emocionante. Cada vez que interpreto el solo de Titania, la reina de las hadas, sé que mejoré.

Las notas oníricas del *Nocturno* de Mendelssohn suenan cuando estoy en el escenario y no pienso. No me dejo llevar por los pensamientos.

Esta vez, no busco entre la multitud, porque mi tío está fuera con el equipo, pero se aseguró de acosarme para que le diera el enlace a la transmisión en vivo. Cuando se cierra el telón, salgo del escenario y hablo con las familias que están al frente. Una mujer me da un golpecito en el hombro.

–Mi hijo es fanático del hockey –comienza–. Y desde que te vimos en los partidos de los Thunder, mi hija está obsesionada con todas tus actuaciones.

Señala a su hija, que lleva una tiara en la cabeza y el pelo rizado recogido en un moño. La pequeña me abraza y me entrega una carta escrita a mano. Es lo que dijo Elias sobre ser una inspiración. Desearía que estuviera aquí para verlo.

Después de un largo viaje en autobús, finalmente regreso al apartamento vacío. La urgencia de llamar a Elias me carcome, pero sé que está jugando. Así que me siento frente al televisor para verlo. Los partidos de visitantes son los peores y me dejan con una punzada de soledad. Especialmente esta noche, con la euforia de la actuación aún corriendo por mis venas, mataría por compartir este momento con Elias, por ver el brillo en sus ojos cuando hablo de ballet.

Comienza el tercer tiempo y busco a Elias en medio del caos de jugadores que van y vienen. Una oleada de alivio me invade al verlo

salir del banquillo, pero dura poco porque los comentaristas recuerdan un brutal golpe que recibió en el primer tiempo.

Cuando pasan la repetición, mi corazón se paraliza por el impacto de ver el cuerpo de Elias chocando contra las implacables tablas. Me provoca escalofríos en la columna, como si pudiera sentir las reverberaciones resonando en mis huesos. Aiden increpó al jugador que atacó a Elias y desató una pelea que se suma a mi angustia.

Es algo que se da por sentado en un deporte de contacto como el hockey, pero no puedo evitar la punzada de impotencia.

A medida que se acerca el final del juego, una sensación tentativa de alivio se apodera de mí. Pero justo cuando empiezo a respirar un poco más tranquila, mis peores temores se materializan frente a mis ojos. Elias se lanza de nuevo contra las tablas, sus patines salen por completo del hielo. El tiempo se congela. Un silencio ensordecedor invade el estadio y a los comentaristas.

Mi corazón golpea contra las costillas como un pájaro enjaulado. Me desespero por captar cualquier atisbo de movimiento que me dé la tranquilidad de que Elias está bien.

No puedo apartar la mirada, aunque todos mis instintos me gritan que no mire. El equipo médico se apresura a entrar en el hielo. Entonces la cámara se corta abruptamente. La voz del locutor finalmente irrumpe en la escena, dando la devastadora noticia de que Elias no regresará por el resto del partido.

El control remoto se desliza de mis dedos temblorosos y cae al suelo.

CAPÍTULO 32

Elias

El golpe se repite una y otra vez en mi mente, y cada repetición despierta una nueva ola de arrepentimiento. Fui demasiado arrogante.

Mi primer gol encendió el hambre de venganza en nuestros oponentes, y cuando el extremo derecho de Pittsburgh se abalanzó sobre mí, no tuve más opción que prepararme para el impacto.

Después de eso, volví a burlar la defensa y mientras perseguía la euforia de una oportunidad de gol, el segundo golpe me dejó sin aliento.

–No tienes conmoción cerebral, pero los moretones son preocupantes –dice el médico del equipo mientras me ilumina los ojos después de los chequeos de rutina–. Lo iremos controlando. Necesitas descansar y tomar ibuprofeno para el dolor.

Solo una pregunta flota en el aire.

–¿Podré jugar el viernes?

Es el segundo partido de la segunda ronda de eliminatorias y la idea de perderlo me desespera. Una fracción de segundo después

del golpe, el miedo me invadió. Miedo de que mi carrera se me estuviera escurriendo entre los dedos otra vez.

–No, Eli, no puedes jugar con las costillas magulladas y casi una conmoción cerebral. Estás fuera por esta ronda y te reevaluaré para la tercera –dice el doctor Harris antes de salir.

Mis hombros se desploman, agobiados por la decepción. Exhalo un largo suspiro que provoca un dolor agudo en mis costillas magulladas.

Fuera del vestuario, puedo escuchar la conversación entre el entrenador Wilson y el doctor Harris. Cuando las puertas finalmente se abren, el entrenador tiene una expresión sombría.

El comienzo de un dolor de cabeza golpea mi cráneo como un tambor implacable. Me coloco una bolsa de hielo en la cabeza.

–No son las noticias que esperábamos, pero tu salud es lo primero –dice–. Jugaste un buen partido esta noche, Eli. Asegurémonos de que siga así para que no sea la última vez que te veamos en eliminatorias.

Acepto sus palabras con reticencia.

–Un chofer te llevará de regreso al hotel. Descansa, volveremos a casa mañana por la mañana. –La voz del entrenador está teñida de compasión.

Salgo de la habitación, agobiado por el gusto amargo y persistente del fracaso. El dolor de perderme no solo el partido de esta noche sino también el siguiente me carcome.

Cuando llego al hotel, no me demoro. Cierro la cremallera de mi maleta, pido un Uber y me dirijo directamente al aeropuerto. En lugar de enviarle un mensaje de texto al entrenador, le envió un mensaje a Aiden para avisarle que me voy. El entrenador nunca

aprobaría mi decisión de volar después de un golpe como ese, pero solo quiero estar en casa. Porque Sage está allí, y ella es la única que puede hacer que esta situación sea un poco más soportable.

Mi primer pensamiento después de estrellarme contra las tablas no fue si me rompí algún hueso o si recuperaría la visión. Pensé en Sage.

Esa noche, cuando devoré sus labios y la bebí como agua sobre hierba moribunda, ella respondió a mi intensidad. El sonido de su suave gemido de placer deslizándose de sus labios y bajando por mi garganta se grabó para siempre en mi mente.

Su entusiasmo no es bueno para mi imaginación. Sage es mi perdición, y no estoy seguro de saber cómo manejarlo. Supe que la había cagado cuando mi lengua rozó la suya y la electricidad hizo que fuera casi imposible detenerme. Fue como si pudiera escuchar el tintineo de la armadura de metal al caer de su cuerpo a mis pies, y algo en mi pecho hizo clic. Pero el choque entre lo que ella quería y lo que yo no debía darle me golpeó.

El vuelo desde Pittsburgh es corto. Intento dormir, pero con el asiento incómodo que conseguí a último minuto, justo en el medio de otras dos personas, y el hielo en mi cabeza, no puedo relajarme. Cuando aterrizo, me subo la sudadera y tomo un Uber de regreso a mi apartamento.

El portero me ve llegar y cuando intenta correr a ayudar, lo detengo. Rengueo mucho, pero no quiero llamar más la atención. Le sonrío, voy hasta el ascensor y me dejo caer contra la pared de espejos.

Mi cuerpo grita de dolor, pero una parte de mí quiere ir más rápido. Me tiemblan las manos y la llave cae al suelo. Me agacho

para tomarla con una serie de gruñidos y, cuando estoy a punto de introducirla, la puerta se abre de golpe y aparece Sage con los ojos empañados.

Está parada, mirándome de arriba abajo. El pelo rizado enmarca su rostro y se aferra al marco de la puerta con tanta fuerza que sus dedos se ponen blancos. El peso de su mirada me envuelve como si pudiera sentirlo físicamente.

Sage toma mi brazo y me ayuda a entrar. Me apoyo solo un poco en ella. Una vez que entramos en mi habitación, retrocede un paso y me deja solo. Parece atemorizada o nerviosa, pero no dice nada.

–Estoy bien –le aseguro, esperando que eso sea lo que está buscando.

Un leve suspiro de alivio hace que sus hombros tensos se desplomen.

–Vi el golpe, Elias. Los dos. –No me mira a los ojos–. Fue aterrador.

Sus palabras me toman por sorpresa y una calidez se extiende sobre el dolor en mis costillas.

–¿Estabas preocupada por mí? –No puedo evitar sonreír.

–Es mi deber –dice con amargura. Juguetea con sus manos y no me mira. Eso no me gusta.

–¿Es noche de autocuidado? –pregunto.

–Es miércoles, normalmente no... –Su voz se apaga, recorre mi cuerpo magullado y golpeado con una mezcla de lástima y preocupación–. Sí, es noche de autocuidado.

Me ayuda a llegar al baño usando todas sus fuerzas. Luego abre el grifo para llenar la bañera con agua y revisa los armarios.

–Primero tendrás que sumergirte en agua caliente. Tengo sales de Epsom –me informa, vertiendo la sal con aroma a lavanda en el agua humeante.

–Ven conmigo.

Ella se queda helada.

–Vi tu actuación. Probablemente una de las mejores, así que estoy seguro de que tú también lo necesitas.

Me mira con los ojos muy abiertos.

–¿La viste?

–Ni loco me lo perdía –le digo–, pero la próxima vez, envíame tú el enlace así no tengo que pedírselo a tu tío. –Me acerco hasta que quedamos a escasos centímetros de distancia. Su respiración se entrecorta cuando la parte posterior de sus muslos toca el borde de la bañera, resisto el impulso de hacer una mueca de dolor cuando me inclino–. ¿Vienes?

Su largo cuello se mueve, mira el agua y luego a mí.

–Pero tú eres..., ya sabes.

–No es una mala palabra, Sage.

Suspira.

–Lo sé. Pero no quiero hacerte sentir incómodo.

Paso mi pulgar por su mandíbula y la miro a los ojos.

–Me duele, Sage. Hazme sentir mejor.

Ella apenas asiente, su cuerpo delata la renuencia mientras se acerca más, atraída por una fuerza invisible.

Me quito la ropa, me hundo en el agua caliente y cada dolor en mi cuerpo parece derretirse bajo el calor. Sage se queda junto a la bañera, mira cautelosa mi piel enrojecida. Es irónico: la chica que se

sentó a horcajadas sobre mi regazo sin problema tiene reparos con algo tan simple como compartir un baño.

–¿Quieres que cierre los ojos? –bromeo. Pero veo un destello de inquietud en su mirada que me hace detenerme–. ¿Qué pasa?

–Sé que mi cuerpo se ve diferente y mis músculos están más definidos –comienza–. Pero amo mi cuerpo, y me dije a mí misma hace mucho tiempo que nunca dejaré que nadie dicte cómo me siento al respecto. –Respira con dificultad y no puedo entender por qué tiene que decir eso–. Trabajé muy duro y luché contra muchos problemas de autoestima. No te conviertes en bailarina sin que todos los instructores, desde los ocho años, te digan que te vendría bien perder unos cuantos kilos. O que la belleza es dolor y que pasar hambre es parte de ese dolor.

Sus palabras me golpearon como un camión.

–¿Crees que soy como ellos? ¿Como esas personas enfermas que destruyen la autoestima de las personas porque no tienen idea de que los cuerpos sanos se ven diferentes?

Sage parpadea. Quiero extender la mano y consolarla, pero sé que necesita oír esto.

–Jesús, Sage. Desde el momento en que te vi, no pude apartar la mirada. Y no tuvo nada que ver con tu cuerpo o tu rostro. Fuiste tú. Tu energía, tu determinación, tu fuerza. No podía ver nada más. Era cegador.

–No hablas en serio.

–Entra aquí y te mostraré.

Me siento victorioso cuando se quita la camiseta larga (una mía) y luego las bragas antes de sumergir el pie en el baño de vapor. Me

muerdo el puño para no gemir en voz alta al verla. Intenta mantener la distancia mientras se sienta entre mis piernas.

Las alarmas se disparan en mi cabeza. Demasiado cerca. Demasiado bueno.

Para distraerme, paso una esponja vegetal por su espalda. Cuando la siento bajo mi palma y huelo su dulce aroma, no puedo evitarlo. Cuidarla no significa comprometer mis reglas. Quiero mostrarle que no es demasiado. Que se merece que la cuiden.

Con una mano en la piel desnuda de su cintura, la atraigo hacia mí y dejo besos ligeros donde su cuello se une a sus hombros.

–Estuviste muy bien esta noche –susurro.

Se estremece y gira la cabeza en otra dirección.

Le acomodo el rodete, sé que no querrá mojarse el cabello. No hay forma de detener lo que siento, porque incluso con el peor dolor que sufrí, me encanta tenerla tan cerca de mí.

–No podemos –tartamudea.

–¿No podemos qué, Sage? –susurro contra su oreja–. ¿No puedo tocarte así?

Con un dedo, trazo un camino por su columna vertebral. Mis reglas se confundieron en el momento en que sentí sus labios sobre los míos. Pero nunca quise que sintiera que tenía que desempeñar un papel imposible solo porque yo estaba rompiendo una regla por ella. Quiero que sepa que si la toco, es porque quiero. Porque ahora mismo, ella lo necesita y yo quiero dárselo.

Gime.

–¿Qué estás haciendo, Elias? Eres célibe.

–*Yo* soy célibe –susurro–. Pero mereces sentirte bien. Y yo puedo hacerlo. Déjame hacerte sentir bien, cariño.

Se agarra del borde de la bañera con tanta fuerza que sus nudillos se ponen blancos, pero no se mueve.

Estoy seguro de que también siente mi corazón martilleando contra su espalda.

–Déjame cuidarte.

Su respiración se entrecorta como si nunca se lo hubieran dicho.

–No necesito que me cuiden.

Pasan minutos sin otra palabra, y su declaración permanece en el aire. Es como si fuera una frase ensayada. Como si realmente creyera esa mierda.

–Los que dicen eso generalmente lo necesitan más que nadie. –Le acomodo un mechón de cabello detrás de la oreja con sumo cuidado, justo lo que necesita–. Si crees que es así, te demostraré que no es cierto.

Después de un largo silencio, susurra:

–No espero que me demuestres nada.

–No necesito que lo hagas –digo.

Nadie cuidó a Sage Beaumont, y quiero ser el primero.

Mis dedos encuentran su suave muslo bajo el agua y se deslizan hasta su centro para sentir la excitación. Se retuerce en mi caricia, desesperada. Temblando de nervios y entusiasmo.

–Dime qué te gusta, Sage.

–Tú –dice jadeando.

Mierda. Meto dos dedos, no puedo esperar más. Gime tan fuerte que tengo que apretar la mandíbula para no imitarla. Esto es para ella.

–Móntalos.

Se mueve más rápido, luego su mirada incierta encuentra la mía.

–No quiero hacerte daño.

–Lo único que me haría daño es no verte llegar. Toma lo que necesites, Sage.

Esta vez no duda. Sage cabalga sobre mis dedos, sus gemidos resuenan cuando alcanza el clímax, con la cabeza apoyada en el hueco de mi cuello. Maldice y cierra los ojos con fuerza cuando acaba en mi mano. Hermoso.

Me duele el cuerpo por el esfuerzo de contenerme.

–Date la vuelta –gruño contra su sien.

Se sienta a horcajadas sobre mí, con cuidado por los moretones que empiezan a teñir mi piel de morado.

Le rozo la mejilla con la palma de la mano y ella se apoya.

–¿No más bromas? –pregunto.

Sonríe débilmente, sus ojos color avellana arden de deseo.

–Ahora sabes cómo callarme.

–Nunca quiero callarte. Eres la única persona con la que quiero hablar.

Con una mano en la nuca, atraigo sus labios hacia los míos y la beso hasta gemir de placer. Nunca me cansaré de sentirla entregarse a mí, renunciando al control y permitiéndome abrazarla por completo.

–¿Puedo tocarte? –pregunta–. Tú también deberías sentirte bien. Haré lo que quieras.

Jesús. Sus palabras son una dulce trampa. La sinceridad en su rostro hace que mi cabeza temblorosa quiera asentir. Si siento su puño cerrarse en mí, nunca me recuperaré. No podré apaciguar la parte de mí que no quiere soltarla. Y eso es lo último que necesita. Sé que estoy poniendo a prueba los límites de mi autocontrol, pero

puedo manejarlo. Puedo manejar esto. Puedo hacerla feliz aunque eso me haga sentir miserable.

–Hacerte sentir bien me hace sentir bien.

No parece convencida.

–Quiero que acabes conmigo.

Que esta mujer me diga lo que quiere puede ser mi cosa favorita.

–¿Qué tal esto? –Llamo su atención hacia mi erección, que ahora tomo con una mano. Observa mis movimientos rítmicos a través del agua jabonosa, y su garganta se mueve.

–¿Eso es...? ¿Tienes piercings? –Apenas contiene la sorpresa. El metal brilla bajo el agua jabonosa. Sus manos descansan sobre mis muslos, y el contacto me hace estremecer. Me lo hice en la universidad, así que ninguna chica los ha visto. Ahora, con Sage poniendo a prueba mi autocontrol, tengo que contenerme para no pedirle que los toque con la lengua.

–Es una larga historia. –Sage no tiene que saber las tonterías que los chicos y yo hicimos en Dalton.

Me mira con una sonrisa burlona.

–Es lindo. Inesperado, pero lindo.

Gimo en voz alta.

–No me llames lindo cuando estás mirando mi pene.

Ella se ríe, así que la atraigo a mis labios y la beso. Saboreo cada centímetro de su boca y deseo desesperadamente más. Sería tan fácil así. Tenerla como la imaginé.

–Levántate –ordeno suavemente contra sus labios.

Cuando se aleja, tiene los ojos muy abiertos. No me pregunta, lo que me permite guiarla hacia mi boca mientras se pone de pie. La sostengo justo donde la necesito, sintiendo cómo se estremece

antes de que mis labios se cierren alrededor de su clítoris. Sus manos encuentran mi cabello, agarrándolo con tanta fuerza que me duele el cuero cabelludo. Con mis dedos y mi lengua trabajando al unísono, Sage no dura mucho, jadea mi nombre entre súplicas y se rompe en éxtasis.

Se desliza por mi cuerpo y la tomo en mis brazos antes de que caiga sobre mis muslos doloridos.

Apoya la cabeza en mi pecho.

–Eso debe haber roto alguna regla. ¿El celibato viene con manual?

Suelto una risa.

–Te lo enviaré. –Nos turnamos para enjabonarnos y luego enjuagarnos. Cuando estamos secos, rengueo hasta la cama.

Me ayuda a meterme bajo las sábanas y me trae una bolsa de hielo de la cocina.

–Llámame si necesitas algo.

Tomo su muñeca.

–Necesito algo.

–¿Qué?

–A ti.

Revolea los ojos.

–Elias, estás herido. Y ya… No quiero empeorar las cosas.

–Entonces, ven aquí y cúrame. Duerme conmigo.

Tiene una sonrisa irónica.

Pero lo hace. Siento una punzada en el abdomen cuando apoya su cabeza en mi pecho, aunque nada es peor que el dolor sordo en mi pecho cuando se va.

Sage está inusualmente callada. Estoy acostumbrado a sus preguntas y a sus movimientos nerviosos para encontrar una

posición.

–Estás callada. ¿Te dejé muerta?

Su respiración divertida cae sobre mi pecho.

–Sí, tu lengua y tus dedos mágicos merecen una recompensa.

–Tu concha fue la recompensa.

Se le salen los ojos de las órbitas.

–¿Quién eres y qué has hecho con Elias?

–Creo que ambos sabemos lo que le pasó.

Entonces Sage se queda callada de nuevo, pasando sus manos por mi abdomen y por mi pecho. Hay una sensación persistente que me inquieta. Le doy golpecitos en la sien con un dedo.

–¿En qué estás pensando?

–Llamó mi casera.

Se me acelera el pulso y me faltan las palabras. Me alivia que no levante la vista, por miedo a que pueda ver el miedo en mi rostro. Siento que aquí es donde pertenece, y la posibilidad de que se vaya nunca se me pasó por la cabeza. Hay una bola áspera en mi garganta que no me permite hablar.

–Dijo que llegó el dinero del seguro y llamó a la empresa de limpieza. El apartamento debería estar listo el lunes.

–El lunes –repito aturdido.

Acaricia un moretón, pone allí toda su atención.

–Tengo una clase temprano, así que dejaré mi llave en la encimera de la cocina.

–No te vayas.

Me muevo para ver mejor su rostro, pero el movimiento me provoca un dolor punzante en las costillas. Sage estudia mi expresión, como si no estuviera segura de haberme oído bien.

–Tu estudio está cerca y todas tus audiciones son en el centro. Además, si tienes que venir a un partido o asistir a un evento conmigo, es mejor que estés aquí. No tiene sentido que te mudes de vuelta.

–No puedo quedarme aquí para siempre, Elias.

Pero yo quiero.

–Te ayudaré a encontrar un apartamento cuando sea el momento.

–¿Sí?

–Haría cualquier cosa por ti, Sage.

Si la dejo irse ahora, no sobreviviré. Ella encendió algo dentro de mí que me hace querer soltarme y aferrarme solo a ella.

CAPÍTULO 33

Elias

La mejor parte de mi día es cocinar y esperar a que Sage regrese. Y algún mensaje de texto de Sean preguntándome cómo sigue mi recuperación. De vez en cuando, me dice que cuide a su hermana. Siempre lo escucho. Pero el mensaje de hoy es el epítome del hermano menor.

Puede que hoy mi hermana esté un poco de mal humor. Te aviso.

¿Qué hiciste?

Reprobé el examen de física. No es mi culpa que tu equipo estuviera jugando cuando yo debería haber estado estudiando.

Creo que sí es tu culpa, amigo.

Mi amiga dará una fiesta el próximo fin de semana.
¿Crees que me dejará ir?

Es un no rotundo.

¿Puedes convencerla? Nunca se enoja contigo.

Nunca es una exageración, pero te ayudaré si apruebas todos tus otros exámenes. ¿Trato hecho?

Trato hecho.

Vuelvo al resumen del último partido de los Thunder. Aunque el equipo arrasó en las eliminatorias, no puedo quitarme la melancolía que opaca mi entusiasmo. Perdieron el partido en el que me lesioné, pero ganaron el sexto. Las finales de la Conferencia Este contra Boston fueron pan comido, pero eso se atribuye sobre todo a las lesiones del portero y los defensores. Es un golpe de suerte que nadie vio venir, y ahora que estamos en las finales de la Copa Stanley contra Vancouver, todos se aferran a sus asientos, especialmente yo. Pregunté todos los días al doctor Harris si me autorizaba a entrenar, nunca estuve tanto tiempo en mi casa. Sería una tortura si no fuera por Sage.

Esperaba días completos de nosotros en la cama, pero faltan dos semanas para su audición y no puede pensar en otra cosa. Los días de partido, empiezo la mañana con una caminata corta, vuelvo a casa, Sage me prepara un baño y leo un libro de la colección de Summer. Sage suele regresar para la cena, probablemente porque preparo algo diferente todos los días y porque le dejo ponerme la

mascarilla que quiera en la cara. Hoy es uno de esos días, y estoy en la cocina, horneando lasaña mientras miro cada minuto que pasa en el reloj digital del horno.

–Tenían panecillos recién horneados en el supermercado –anuncia Sage, su voz se mezcla con el crujido de la puerta y el tintineo de sus llaves. Sonríe cuando me ve, pero el cansancio en su rostro es evidente. Su cabello rizado tiene mechones sueltos y las tenues ojeras revelan que no estuvo durmiendo bien.

Sage pasa junto a mí para dejar los panecillos en la encimera, pero antes de que pueda escapar, la tomo por la cintura. En segundos, se derrite contra mí y prácticamente tengo que sostenerla para que no se caiga. Cuando se permite relajarse, mi cerebro entra en euforia.

No es tan sencillo como parece entrar en la vida de Sage. Oculta su corazón bajo un manto que no muchos tienen el privilegio de correr. Cuando la vi derrumbarse por los rechazos y la ausencia de Sean en su cumpleaños, entendí que quiere que la cuiden sin tener que pedirlo. Que la vean sin tener que reabrir viejas heridas que tardaron años en sanar. Hay un hilo inquebrantable que me ata a ella, y cuanto más lo ignoro, más fuerte se vuelve. Yo cargaría con todos sus problemas, pero ella no tiene por qué hacer lo mismo con los míos, menos ahora que tiene la oportunidad de volver realidad su sueño. Nunca la detendría.

–Creo que tu lasaña se está quemando. –La voz de Sage se ahoga en la tela de mi camisa. Doy un salto para apagar el horno antes de que se ennegrezca la capa de queso de encima.

–Sí que sabes de fuego. –Le toco la nariz.

–Ah, sí, ahora soy prácticamente un detector de humo.

Sage va hacia la alacena para buscar platos como todas las noches.

–Aiden salió con Summer. Esta noche somos solo nosotros –digo.

–Cierto, me avisó. –Retira un juego de platos–. Ah, oficialmente rescindí el contrato de alquiler de mi apartamento. Puedo quedarme aquí unas semanas más, si sigues de acuerdo.

–Por supuesto que sí, Sage. Nunca te dejaría volver.

–No estuvo tan mal. El precio del alquiler me permitía ir al ballet. Y solo a veces las ratas mordían el cable de mi ordenador.

Me río entre dientes y la atraigo hacia mí, tomando los platos de sus manos para colocarlos en la encimera. Su mirada rebota entre mis labios y mis ojos, y no puedo evitar sonreír. No hemos conversado sobre lo de la bañera ni sobre mi celibato, por lo que duda cuando nos acercamos tanto. La única razón por la que me contengo es por ese voto y la presión que pondría sobre ella si lo rompiera. Sería tan fácil subirla a la encimera y sentir su calor sobre mí, pero conozco a Sage, y sé cuánto podría complicar todo. No me aprovecharé de ella como el resto. Sé que si la tengo como quiero, no habrá vuelta atrás.

Las reglas son buenas. Ambos tenemos claro cuándo terminará esto, y ambos tendremos lo que buscábamos: ella un lugar en el NBT, y yo mi puesto asegurado.

Pero ahora mismo nos tambaleamos en una línea muy fina, las manos de Sage aprietan mi camisa y sus latidos golpean contra los míos. Me contengo de besarla porque sé que, si empezamos, no podré parar hasta que la lasaña se enfríe.

–¿Cómo estuvo tu día? –pregunto.

Sage se desploma.

–Bien. Salvo porque no logro perfeccionar el *fouet-tés* aunque lo hice un millón de veces. Y mi salto es pesado y lento. Ah, y no me hagas hablar de la nota de Sean en su examen de física.

Se pellizca el puente de la nariz. Por supuesto, además de todo, también está pensando en su hermano.

–Sean es inteligente. Estoy seguro de que le irá bien en los otros exámenes. –*Más le vale*–. Tienes que enfocarte en ti. Estás agotada, descansa un poco y seguro llegarás perfecta al día de la audición. –Para aliviar el estrés, le masajeo las sienes y la observo entregarse a cada movimiento circular.

–A veces creo que haces demasiado por mí.

–Nunca será demasiado.

Nuestras miradas se encuentran y esta vez no tengo fuerzas para ignorar la atracción magnética. Gime en mi boca como si la hubiera extrañado. Yo también la extrañé y se lo demuestro cuando profundizo el beso. Estuvimos evitando las caricias que conducen a más para no agravar mi dolor y, aunque fue una tortura, esa primera noche en mi bañera todavía me acompaña.

De repente, Sage se echa hacia atrás. La miro con la vista borrosa, todavía sintiendo el fantasma de sus labios sobre los míos.

–¿Cómo está tu dolor de cabeza? ¿Tomaste el baño con sales de Epsom que te preparé esta mañana?

Y piensa que *yo* hago demasiado por ella.

–Estoy bien, y también estuvo muy bien el baño. Espero que el doctor Harris me autorice a jugar.

–Bien. –Piensa un minuto–. Está bien, puedes besarme de nuevo.

–Gracias –digo con una sonrisa contra sus labios.

El resto de la tarde la pasamos viendo el segundo partido de las finales con máscaras faciales de panda y Sage en mi regazo, arrullada por el sonido de los periodistas y mis manos jugando con su cabello. Parece tranquila. Creo que hasta esta maldita lesión vale la pena si puedo pasar las noches así. Incluso si es solo por ahora.

CAPÍTULO 34

Sage

¿Se considera poco profesional vomitar sobre el director del Nova Ballet Theatre? Espero que no, porque se me retuerce el estómago cuando llego al centro del escenario y veo tres rostros muy famosos en los asientos del auditorio con sus ojos puestos en mí.

Estas últimas semanas fueron más exigentes que cuando bailé en *El Cascanueces* cuatro funciones seguidas. Elias se estuvo recuperando de sus lesiones y viendo los partidos desde casa con el ceño fruncido. Sin embargo, cuando llego a casa y me persuade a probar sus nuevas delicias horneadas, su sonrisa se vuelve enorme. No dura mucho, porque después de que Thunder venciera a Boston en las finales de la Conferencia Este, perdieron tres de cinco juegos, lo que significa que si pierden mañana, todo se acabó. Como a Elias lo autorizaron a entrenar hoy, es probable que pueda jugar, así que la presión es alta. Dijo que sería una gran enfermera porque fui muy estricta con su recuperación. Me negué cada vez que intentó atraerme a su abrazo hipnótico. Eso le dio tiempo para estudiar las grabaciones de los partidos mientras yo ensayaba para mi audición.

Me aseguré de que todo estuviera perfecto: mis zapatillas de punta, mi atuendo, mi cabello, en el que Elias me ayudó a poner diamantes falsos, y sobre todo mi desempeño. La pieza del Cisne Blanco y del Cisne Negro que preparé incansablemente está grabada en mi cerebro, y ni siquiera la ansiedad que siento en el estómago puede aplacar eso.

Los jueces ocupan los tres asientos centrales del auditorio: Aubrey Zimmerman, el director artístico del NBT; Sarah Chang, la renombrada primera bailarina; y Adrien Kane, el respetado coreógrafo. Investigué mucho sobre los tres, aunque ya conocía bien su influencia en el mundo del ballet.

Un destello de reconocimiento se enciende en la mirada de Aubrey Zimmerman, es fugaz, pero suficiente para hacerme sentir en la cima del maldito mundo. Debe recordarme de la primera audición abierta a la que me presenté, y espero que se esté comiendo sus palabras ahora mismo.

Cuando comienza la música, me olvido de todos los rechazos y dejo que Tchaikovsky se apodere de mi cuerpo. Una oleada de adrenalina recorre mis venas, y ahoga el latido de mi corazón y las incesantes dudas en mi mente. Las suaves notas guían mis movimientos con la misma resiliencia y determinación a las que me aferré siempre, porque en cuanto las deje ir, sé que todo se acabará.

Cada turno de trabajo extra, cada pelea con mis padres y cada hora que dediqué a mantener a Sean, todo está entretejido. Y esta es mi oportunidad de demostrarlo.

Mientras me deslizo por el escenario, veo de reojo las caras de los jueces: la mirada penetrante de Zimmerman está clavada en mí, la

expresión de Chang es indescifrable y los ojos de Kane delatan un dejo de asombro.

Por un momento fugaz, la duda amenaza con engullirme, pero la empujo a un lado, negándome a dejar que me descarrile. Cuando el ritmo de la música se acelera, lo que indica la llegada del Cisne Negro, abandono todas las reservas de mi cuerpo y alimento su oscuridad.

Y entonces, justo cuando las notas finales de la música resuenan en el auditorio, ejecuto la *pièce de résistance*, un *grand jeté* que parece silenciarlo todo. En ese fugaz momento de ingravidez, siento una abrumadora sensación de euforia y una especie de paz. Lo consiga o no, sé que lo di todo.

Con una ligereza que nunca antes había sentido, entro en mi última ronda. Cuando miro hacia arriba, los tres jueces están de pie. No dicen nada. Mi pecho se agita y me cuesta encontrar la voz. Los nervios y la ansiedad se apoderan de mí.

–¿Voy de nuevo? –pregunto con voz temblorosa.

Zimmerman sacude la cabeza.

–Ya hemos visto suficiente.

Mi corazón cae sobre el suelo de madera.

–Es suyo. –Las palabras vienen de Adrien Kane y estoy segura de que estoy soñando.

–¿Perdón? –La voz me sale chillona.

Kane se inclina hacia adelante.

–Señorita Beaumont, hace años que no vemos una audición tan emocionante. Es exactamente lo que imaginamos para el papel principal. Usted es nuestra reina cisne.

No puedo sentir los dedos. No puedo sentir ninguna parte de mi cuerpo más que el corazón latiendo fuera de mi pecho. Estoy casi segura de que debería llamar a la ambulancia.

–No lo anunciaremos hasta dentro de unas semanas, pero ya nos pondremos en contacto contigo –dice Zimmerman.

Los asistentes me escoltan fuera del escenario y casi no puedo moverme. Pero Zimmerman no me deja llorar en el baño más cercano, me intercepta en el pasillo.

–Dile a esa desconocida que una vez me habló que me hizo tragar mis palabras. –Sonríe antes de salir por las puertas de vidrio y dirigirse a un automóvil como siempre.

La reivindicación tiene un sabor tan dulce.

Lo primero en lo que pienso mientras estoy en el suelo del baño cambiándome, sollozando y respirando con dificultad, es en llamar a Elias. Me asusta porque siempre quise compartir las buenas noticias con Sean. Pero esta vez hay una persona más que cree en mí, y quiero que sepa que todo valió la pena.

Siento que el silencio entre los tonos dura horas, pero finalmente contesta.

–¿Sage? ¿Estás bien?

Su voz me tranquiliza y me hace recordar todo lo que hice para llegar hasta aquí. Todo lo que *hicimos*. Me recuerda la otra noche. Permitir que Elias viera cada centímetro de mí fue aterrador y no podía imaginar que me sentiría así. Es lo que quise y ahora que lo tengo, me asusta.

–Elias –logro decir entre sollozos entrecortados.

Hay un alboroto de fondo antes de que una puerta se cierre de golpe y vuelva el silencio.

–¿Dónde estás? Iré a buscarte. –Suena agitado y cuando miro la hora, confirmo que sigue en el entrenamiento.

–N-no, estoy bien. Llamo para decirte que terminé la audición.

–¿Sí? –Suelta un suspiro–. Estoy muy orgulloso de ti, Sage. –La sonrisa en su voz me hace llorar–. No llores, nena. Sé que lo hiciste bien.

–Conseguí el papel, Elias.

–¿Qué?

No estoy segura de si no me escuchó, porque vuelve el murmullo de fondo, así que espero hasta lograr controlar mi voz temblorosa y hablar más alto. Me estoy secando las lágrimas cuando repito:

–Conseguí el papel. Voy a ser la bailarina principal de *El lago de los cisnes*.

Repite mis palabras en voz alta, y todo lo que escucho a continuación es una oleada de emoción que resuena a través del teléfono, y la voz de Elias, ahora casi ahogada, exclama:

–¡Carajo, sí! Por supuesto, nena. No lo dudé ni un segundo.

–¡Vamos, maldita sea! –Escucho la voz de Aiden y suelto una risa. Me apoyo contra la pared del baño y miro mi rostro enrojecido y los ojos hinchados en el espejo. Los chicos están llenos de adrenalina antes del partido de mañana, así que el entusiasmo es intenso.

–Eres la primera persona a la que llamé –admito.

Elias responde con una risa estruendosa.

–Por la expresión de Marcus, me lo imaginé.

La voz de mi tío llega a través del teléfono.

–Estoy tan orgulloso de ti, nena.

Los gritos y alaridos aumentan alrededor de Elias.

–Te amo. –Mis palabras salen tan rápido que no me molesto en detenerlas porque nunca han sido más ciertas. Hay una larga pausa, y tengo que comprobar si colgó.

Pero entonces escucho a Elias.

–Dice que te ama.

Mi confusión se transforma en comprensión. Pensó que estaba hablando con mi tío. Considero corregirlo, pero antes de que pueda, la voz de Elias regresa, llena de orgullo.

–¿Escuchaste eso? Tienes un equipo entero de fanáticos. ¿Estás feliz, Sage?

Su pregunta hace que el rayo de luz en mi pecho brille aún más.

–Muy feliz –digo, un poco angustiada–. No puedo creerlo. No creí que realmente sucedería.

–¿No? Parecías bastante confiada. –Se ríe entre dientes.

Ahora sonrío como una idiota.

–Se llama fingir.

Una pausa tensa ahoga la línea, la palabra fingir nos pesa.

–Supongo que ambos somos buenos en eso, ¿eh? –dice con suavidad.

Mi cerebro se niega a encontrar una respuesta.

Lo amo. Estoy tan sobrepasada por las emociones que no sé cómo decirlo para que sepa que hablo en serio. Necesito que Elias crea que lo quiero de verdad. No amo al famoso jugador de hockey, sino al chico que cocina para mí y no se queja cuando hacemos mis rutinas de cuidado personal. Lo hirieron en el pasado y no quiero que vuelva a sentir eso.

–Felicitaciones, Sage –dice, y la seriedad en su voz me extraña. Luego, alguien lo llama por su nombre y se queda callado por un

momento–. Tengo que irme, pero tú deberías celebrar, ¿sí? Te lo mereces.

Y entonces cuelgo, y de alguna manera me alegro. Porque así como conseguí el papel, también voy a conseguir al chico.

***

Los chicos vuelven tarde. Puedo escuchar sus susurros por el pasillo, y cuando Elias entra en su habitación, se me retuerce el estómago y aprieto los ojos.

De repente, toda la confianza que acumulé esta tarde se evapora. Elias va al baño, y yo me aferro a la almohada, esperando quedarme dormida antes de que regrese. Antes de soltar un *te amo* de nuevo y espantarlo.

Todo lo que hicimos (toda esta falsa relación) fue por el bien de nuestros sueños, y ahora que los alcanzamos, estamos a segundos de desaparecer como polvo en una ventana.

La puerta del baño se abre de nuevo, y no puedo recordar cómo hablar. A pesar de la oscuridad, sé que está en ropa interior.

En lugar de dirigirse a su lado de la cama, Elias se sienta a mi lado, junto a la curva de mi cuerpo. El colchón se hunde por su peso, pero mantengo los ojos cerrados. Entonces lo siento presionar sus labios contra mi frente, enreda los dedos en mi cabello y mueve el pulgar hacia los lados en un movimiento relajante.

–Sage –susurra–. Tienes insomnio, sé que estás despierta.

Me sonrojo entera y agradezco que las luces estén apagadas. Finjo estar adormilada cuando abro los ojos.

–Estaba intentando dormir.

–¿Por eso respirabas tan fuerte?

–Tal vez estaba teniendo un sueño muy bueno.

–¿Sí? ¿Con quién soñabas?

–Con la misma persona de siempre. Tiene manos grandes que me acarician por todas partes... *¡Ah!* –Me clava un dedo en la cintura–. ¿Qué fue eso?

Se ríe entre dientes. Sus manos en mi cintura me provocan un hormigueo.

–¿Por qué soñar con algo que puedes tener?

Nos hundimos en un silencio que no puedo evitar romper.

–¿Lo puedo tener? –susurro.

Rompe el contacto visual, pero no corre las manos. No puedo dejar que se vaya sin darme una respuesta, pero no tengo fuerzas para repetir la pregunta.

–¿Le dijiste a Sean que conseguiste el papel?

El cambio de tema me destroza la esperanza. Esta vez, cuando intento en silencio instarlo a mirarme, no funciona.

–Sí. Quiere celebrar cuando venga a visitarnos.

Elias mira nuestras manos.

–Entonces, ya está, ¿no? ¿Estarás ocupada con los ensayos y luego viajando con el NBT?

El agujero en mi estómago se convierte en un abismo.

–Sí, los ensayos comienzan pronto y después del primer mes tenemos presentaciones en distintas ciudades. Probablemente tendré que buscar un lugar para vivir.

Aprieta un músculo de su mandíbula.

–¿Y estuviste mirando?

–Todavía no.

Porque es cierto. No puedo mirar esos sucios apartamentos de una habitación e imaginarme allí sola. Quedarme con Elias y compartir tiempo con sus amigos corrompió mi mente. Hice el terrible descubrimiento de que me gusta tener amigos y no puedo volver a vivir en un lugar vacío.

–Pero hay algunos lugares con carteles de alquiler cerca del teatro.

–Qué bueno.

¿Sí? Hay tantas cosas sin decir que ya no puedo contenerme. Me siento en la cama y enciendo la lámpara de noche.

–¿Qué estamos haciendo, Elias?

Parpadea para acostumbrarse a la luz y su mirada recorre mi rostro.

–¿Qué quieres decir?

Miro hacia el techo y luego de nuevo a él.

–Que necesito saber qué es esto. Porque esto, lo *nuestro*, está llegando a su fin, y no puedo soportarlo si ni siquiera sé qué es real y qué no.

Pasan cuatro segundos de silencio. Lo sé porque los cuento.

–¿Quieres saber qué es real, Sage? –dice–. Lo real es lo que te dije en esa habitación de hotel. Que a veces no puedo mirarte porque me gustas demasiado. Y no quiero estar a tu lado y tocarte como si fueras mía porque sé que no es así.

El nudo en mi garganta se siente como alambre de púas.

–Esto es temporal. Te irás, vivirás tu sueño y te convertirás en la estrella que mereces ser. Y yo estaré aquí, porque los dos sabíamos que esto nunca iba a funcionar más allá de lo que acordamos.

–Pero ahora las cosas son diferentes. Tú sabes que sí. –Contengo la emoción en mi garganta.

–Sage. –Mi nombre se rompe en sus labios–. No me permitiré ser alguien más que te necesita.

–Pero quiero que me necesites –digo.

La expresión de Elias se suaviza.

–Porque para ti eso es lo normal. Te preocupas tanto por todos los demás que no te das cuenta de que te consumen.

Sus palabras despegan el parche de mi pasado como pintura de una pared vieja.

–Nunca seré yo quien te desgaste o te impida conseguir lo que mereces. Puede que no lo entiendas ahora, pero lo verás en unas semanas, un mes o un año, y me dolería decepcionarte así. No puedo hacerte pasar por eso.

Odio cada palabra. Solo porque golpean contra mi caja torácica más fuerte que mi corazón.

Cuando su palma acaricia mi rostro, me alejo.

–Entonces, ¿esto es todo? ¿No vamos a intentarlo? –La última palabra se quiebra–. ¿Te parece bien dejarnos así?

La exhalación de Elias es larga y pesada.

–No es justo, Sage. Ambos hicimos esas reglas.

–¡No me importan las reglas! –exclamo.

Alza las cejas ante mi arrebato, y las palabras parecen pegarse a su garganta.

–Porque estoy sentada aquí tratando de decirte que te amo.

Cada átomo en el aire se desploma, y Elias se aparta como si lo hubiera empujado. Hay una bomba de tiempo en mi pecho cuando nuestras miradas se encuentran y él se paraliza.

–Estoy enamorada de ti, Elias. Y estoy bastante segura de que ya hace un tiempo –admito–. Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

CAPÍTULO 35

Elias

–Debería irme.

Esas fueron las palabras que salieron de mi boca. Sage se echó hacia atrás en shock. Y me quise golpear la cabeza contra la pared.

Me dijo que me amaba y me atraganté.

De repente, las sabias palabras de Socket sobre romper la caja vuelven a mí. Pero el sonido de su voz es un recuerdo lejano, porque descubrí oficialmente el infierno. Cualquiera creería que lo conocía bien, habiendo vivido tantos años en la casa de hockey. Pero esto, *esto* es una tortura.

Cuando dejé a Sage en mi cama después de decir eso, no pude quedarme en el apartamento. Conduje hasta la casa de Socket. Estaba encantando de recibirme, así que me quedé en su sofá. Dormí pésimo y mis pesadillas se descontrolaron. Cuando me desperté sudando, esperaba encontrar la caricia reconfortante de Sage, pero estaba solo y me arrepentí de todo.

La mirada en el rostro de Sage anoche se me quedó grabada en la mente como una sanguijuela. Intentar desprenderme del desastre que creé fue inútil.

Y ahora tengo que enfrentarme a los medios.

–Dicen que detrás de cada gran hombre hay una mujer aún más grande. ¿Crees que le debes algo de tu éxito en esta temporada de eliminatorias a una famosa bailarina?

Mientras hacen sus preguntas, una sensación que está entre la acidez y la muerte ruge en mi pecho.

Fui demasiado cobarde como para decir algo, porque la emoción en sus palabras me dejó en blanco. La razón por la que estuve soltero durante tanto tiempo ya no parece tan importante. Me di cuenta de que mi determinación de no dejar que mi padre biológico interfiera con mi familia me hizo sufrir en soledad. Evité las relaciones para que nadie se aprovechara de mí, pero nunca sentí que al estar con Sage comprometiera mis reglas.

Su súplica me destrozó, porque por mucho que esté dispuesto a olvidar las reglas y decir que sí, no puedo.

Ella no necesita que su corazón se parta en dos porque soy demasiado codicioso para dejarla ir. Ya vi cómo es con Sean cuando está en la escuela; se reprocha no haber respondido a su llamada después de un largo día de ensayos y clases. Se angustia sin importar lo que diga él. Se cuestiona si es una buena hermana.

Si le ocurriera eso conmigo, me destruiría.

Podría ser egoísta y, *maldita sea*, quiero serlo. Pero nunca podría quitarle nada. Con mucho gusto le daría cada parte de mí, si estuviera seguro de que no le haría daño irse. Pero conozco a Sage y sé que se entrega por completo a las personas que le importan. Se entregaría entera a mí cuando debería estar concentrada en su carrera, la razón por la que comenzamos todo esto. Y no seré yo quien la haga olvidarlo.

Me aclaro la garganta.

–La devoción que siente por su carrera me inspiró a ser mejor en la mía. Ella es mi ancla y le debo más que haber mejorado en el hielo.

–Los fanáticos del hockey son supersticiosos y quieren saber si Sage irá al sexto partido –pregunta otro reportero.

Me encantaría saberlo. Puede que lo haya arruinado todo anoche. Ella me abrió su corazón y yo ni siquiera podía hablar.

–Estoy seguro de que apoyará al equipo como siempre.

Dudo que venga esta noche. Estuve tratando de evitar pensar en eso. No debería distraerme, pero es imposible cuando tengo un agujero del tamaño de una bala en el pecho.

Las preguntas no cambian de rumbo, pero cuando Aiden entra al vestuario, los periodistas se apresuran a dirigirse a él. A juzgar por cómo me mira, está hablando de mí.

Cuando termina la ronda de prensa, se acerca.

–¿Viniste a ver cómo estoy? –murmuro.

–Mierda, no. –Aiden parece frustrado–. Te dije que me avisaras si volvías a sentirte mal. Pero mírate.

–Me siento bien –miento.

–¿Sí? Entonces, anoche, cuando saliste del apartamento, ¿te sentías bien?

Me rasco la nuca.

–Puedes decírmelo, hombre. Estoy aquí –me insta.

–Es lo de Sage… Ya no puedo fingir más. –Dejo caer la cabeza entre las manos–. Pero no hay posibilidades de una relación, nunca hubo.

–¿La amas?

Lo miro fijo.

–Por supuesto que sí.

–Entonces, díselo –insiste–. Sage te mira de la misma manera que tú a ella. Es muy incómodo cuando estoy ahí entre ustedes, pero como mejor amigo me alegro por ti. Nunca te permitiste estar así con nadie, en especial después de lo que pasó en el Mundial.

Sigo teniendo ese cuchillo oxidado clavado en el esternón.

–Porque cuando dejas entrar a la gente, les permites verte vulnerable. No es lo que ella necesita.

–¿Te dijo eso? –indaga–. Porque estoy bastante seguro de que sabes que diría que eres un idiota por pensar que no quiere todo de ti. ¿Qué es lo que realmente te detiene?

Gruño.

–Se va. Cuando terminen las presentaciones aquí, tendrá que salir de gira con la compañía y se irá por un año o más.

–Y yo que pensaba que eras el más inteligente de los dos. –Suelta un suspiro–. Crecimos juntos, Eli, así que sé que tu cerebro retorcido te hace pensar que no vales nada, pero yo te digo que sí. Y estoy seguro de que, si tuvieras las agallas de preguntarle, ella diría lo mismo.

–No quiero hacerla elegir entre su sueño y yo.

Se ríe.

–¿Quién dijo que tiene que elegir? Existen las relaciones a distancia. Soy la prueba viviente.

Summer y Aiden crearon una dinámica que les funciona. Nunca estuvieron más enamorados, e incluso cuando están separados, se sienten felices porque ambos pueden hacer lo que aman y seguir teniéndose el uno al otro.

–No estará a pocas horas de distancia. Estará al otro lado del mundo durante meses. A juzgar por este año, durante la temporada no podré darme el lujo de ir a verla cuando quiera.

Aiden se levanta de repente.

–Cuando te das cuenta de que un día tendrás la oportunidad de despertar junto al amor de tu vida, unos meses o años no son nada. La distancia puede poner a prueba tu relación (y créeme, lo hace), pero no define el resultado. Eso depende de ti. Así que, considerando que estás enamorado, probablemente deberías decírselo antes de que ella crea lo contrario.

Cuando se va, no hay suficiente oxígeno en la habitación.

Atravieso las puertas abiertas y salgo al pasillo, secándome la cara con una toalla y reflexionando sobre las palabras de Aiden.

Veo a Marcus Smith-Beaumont caminando directamente hacia mí. No habla, solo inclina la cabeza hacia su oficina antes de desaparecer dentro. Lo sigo, secándome el sudor que gotea de mi frente.

–Me caes mal, Elias.

Sí, no me digas.

–¿Por eso me llamaste? ¿Para decirme eso?

Se sienta en una esquina del escritorio de madera.

–No soy de mezclar asuntos personales y profesionales, pero cuando mi sobrina me pide quedarse en casa por primera vez en años, necesito saber qué está pasando.

Mi mirada se desplaza del suelo hacia él.

–¿Te pidió eso?

–Supongo que es peor de lo que pensaba si no lo sabes.

Exhalo con fuerza. Marcus Smith-Beaumont es la última persona a la que quiero admitir que hice una estupidez.

–Se abrió conmigo y me atraganté. La decepcioné. No pude decir lo que ella necesitaba oír porque no sé si soy lo suficientemente bueno para ella.

Marcus se pellizca el puente de la nariz como si yo fuera una molestia. Esto está yendo tan bien como esperaba.

–¿Eso fue lo que entendiste de lo que dije? –Murmura algo para sí mismo–. Vi a mi sobrina pasar por muchas fases, y nunca ha sido como es contigo.

No sé si eso alivia el dolor o lo empeora.

–Sage siente la necesidad de responder. La vi hacerlo con sus padres y su ex. Pero cuando está contigo, se convierte en la Sage que conocí antes de que le arrebataran su infancia. –Me mira fijo–. No te conozco, Eli, aunque creía que sí. Lo estoy reconsiderando por lo que Sage sacó a relucir en ti. Esta es la primera vez que pareces saber lo que estás haciendo. Dentro y fuera del hielo.

–Porque con ella es fácil. –Mi boca no se entera de que debo dejar de hablar, y continúo–: Pero sé que sería mucho más feliz sin tener que cargar conmigo.

–¿Estás seguro? Porque se preocupa por ti casi tanto como se preocupa por Sean y por mí. No veo ninguna razón para creer que eres malo para ella, a menos que no te importe su bienestar.

–Por supuesto que me importa. Me preocupo más por ella que por el hockey. –Cierro la boca de inmediato. Es el maldito gerente general, y decirle que el hockey no es mi prioridad debe ser lo más estúpido que hice en toda la temporada.

–No se lo repitas a nadie, pero me alegra oírlo. Cuídala, Eli.

–No es lo que crees. Ella se va y yo me quedo. No tenía que suceder esto.

–Los planes cambian cuando menos te lo esperas. –Por fin me hace un gesto para que tome asiento y obedezco–. Hace unos años, tenía una hermosa prometida, una casa y una carrera con la que la gente sueña, pero luego esos niños necesitaban a alguien. Me tomé un tiempo, y la mujer que pensé que sería mi esposa dijo cosas sobre esos niños que nunca podré perdonarle. No todo sale como lo planeas, pero mientras la gente que amo esté conmigo, no me importa el resto.

–¿Renunciaste a todo por ellos?

–No es renunciar si ganas más de lo que pierdes. Solo me aseguré de que supieran que eran mi prioridad, aunque decidieran tomar otro camino. –Golpea el escritorio con las yemas de los dedos–. Entonces, no interferiré, porque tienen cosas que resolver. Pero si la lastimas, Eli, encontraré una manera de lastimarte mucho más. Y si te lastimas a ti mismo en el proceso, bueno, entonces tampoco seré indulgente.

La decisión pesa sobre mis hombros como un saco de piedras.

Y ahora, con el partido más importante de mi carrera a punto de comenzar, no puedo dejar de pensar en todo lo que debería haberle dicho a Sage.

CAPÍTULO 36

Elias

No hay un solo jugador de azul que no tenga algo roto. Palo roto, dientes rotos, huesos rotos, y ahora estamos a segundos de un sueño roto. No hay palabras de aliento, ni optimismo, y definitivamente no hay sonrisas.

–Estamos jodidos –murmura Owen.

Aunque casi nunca coincida con él, esta vez tiene razón. Porque estamos perdiendo, y aunque marqué dos de los cinco goles, no lo siento como un logro. Aiden sigue en el hielo y fue la razón por la que conseguimos nuestro quinto gol, pero Vancouver se recuperó. Así que ahora estamos realmente jodidos.

El entrenador me hace un gesto para que salga cuando otro jugador termina su turno. Estoy determinado a conseguir la prórroga. Paso junto a Aiden para asegurarme de que conozca mis intenciones. Los años de jugar juntos han perfeccionado nuestra capacidad de sincronizarnos.

Ejecutamos el juego rápidamente. Aiden recibe el disco, gira y avanza por el hielo con una explosión de velocidad que toma a todos desprevenidos. Veloz como un rayo, deja atrás a un defensor, luego

a otro. La multitud ruge cuando gana la zona ofensiva. Voy detrás, listo para el pase preciso. Veo un espacio entre las protecciones del portero y envío el disco volando hacia la red.

El estadio estalla en un rugido ensordecedor mientras las luces de la bocina parpadean. El marcador se iguala y una leve esperanza se enciende detrás de los ojos del entrenador Wilson.

Pero en el momento en que el reloj comienza de nuevo, Vancouver ataca más fuerte, vengativo. Pasan volando por encima de nuestra defensa, y los muchachos no consiguen captar el movimiento. Entonces, cuando pienso que las rápidas paradas de Socket pueden salvarnos, el capitán de Vancouver toma el control del disco. Aiden intenta frenarlo, pero llega a la red y envía un potente disparo de muñeca que supera la mano enguantada de Socket y aplasta la esperanza menguante del estadio.

Vancouver gana. Toronto pierde.

No registro ni la bocina ni la celebración de un lado del estadio. El confeti verde y azul cae sobre el hielo y los locutores felicitan a los ganadores de la Copa Stanley.

Aiden patina a mi lado, con el casco en la mano se dirige directamente al vestuario. El resto de los muchachos lo siguen, con la cabeza gacha por la derrota y la tristeza. Yo también lo siento. El entrenador golpea mi casco y repite el gesto con todos los muchachos. Es una caricia silenciosa que nos recuerda que al menos no jugamos como la mierda.

Salgo del hielo, con el palo en alto, acompañado por los aplausos y abucheos de la multitud. Un pensamiento se instala en mi mente. En una fracción de segundo, todo por lo que nos entrenamos y por lo que nos lesionamos se nos escapa de las manos.

Algo que deseábamos tanto ya no es nuestro por un descuido.

Entre el caos de mi mente, aparece una persona, una chica, *mi chica*. Me imagino que su sonrisa haría que el dolor en mi pecho se convirtiera en algo completamente diferente.

Pero después de anoche, sé que esa imagen solo vivirá en mi mente.

Me dirijo directamente al túnel y al vestuario. Todos estamos sumidos en la depresión por haber perdido, y entonces entra el entrenador, seguido por Marcus Smith-Beaumont.

–En la oscuridad de la derrota, los ganadores encuentran lecciones que los llevan a futuras victorias –comienza Marcus–. Todos y cada uno de ustedes jugaron con corazón y coraje, y no se la hicieron fácil. Pero ahora, es momento de recargar energías y reflexionar.

El entrenador da un paso adelante.

–Adelante y hacia arriba.

–Adelante y hacia arriba –repite el vestuario y comienza la prisa por salir del estadio. No hay nada peor que ver al equipo ganador después de un partido como este.

Para cuando termino de juntar mis cosas, Aiden ya está bañado y listo para salir. Me da una palmadita en la espalda en silencio y atraviesa las puertas dobles. Summer y su padre lo están esperando, sin dudas harán todo lo posible para animarlo.

Después de unas cuantas despedidas mudas, el silencio me acecha como una nube oscura.

Pero mi corazón se aprieta cuando veo un destello de rosado. Como una estrella guía en el cielo nocturno, Sage brilla contra las paredes azules del corredor.

Me paro en seco.

–No iba a venir –comienza–. Pero no me lo podía perder. Aunque pensé que no ibas a querer verme.

Mi pecho se estruja cuando la veo abrir su corazón. Como un rayo de sol, Sage atraviesa las nubes oscuras que empañan mi visión. Me doy cuenta de que pasaré toda la vida intentando ser lo suficientemente bueno para ella.

Suspira.

–Pero anoche, cuando te dije que te amaba, lo decía en serio. Y tal vez tenías razón: a veces me descuido, pero contigo nunca tuve que hacerlo. Ya no quiero renunciar a lo que quiero, Elias. Así que, tendrás que echarme o…

Con tres zancadas rápidas, la interrumpo y la traigo hacia mi pecho. Sage se pone rígida pero enseguida se recupera y me envuelve con sus brazos.

–No te vayas –digo.

El resto del equipo avanza por el pasillo para salir, pero no nos movemos y nadie nos interrumpe.

Se derrite más en mi abrazo.

–¿Estás bien?

–Ahora sí.

Sage se aparta y sus labios se curvan en una sonrisa triste y confundida. Parece reprimir lo que quiere preguntar. Deberíamos conversar, pero, por supuesto, ahora mi chica está pensando en mí.

–Si te sirve de algo, hoy me diste pena –bromea. Incluso ahora Sage intenta usar el humor para disfrazar la tristeza que brota bajo la superficie de sus ojos color avellana.

Yo la puse allí, y ahora quiero extirparla.

Es la única persona que podría sacarme una sonrisa en un momento como este.

–No tienes ningún filtro –le digo.

–¿Quieres que lo tenga?

–No, Elias y Sage sin filtro. Así me gusta, ¿recuerdas? –Tomo su muñeca y le doy un beso suave. El leve rubor que cae sobre sus mejillas es instantáneo y me observa con atención, como si quisiera leer mis pensamientos.

–¿Estás seguro de que estás bien? O al menos lo estarás, ¿verdad? O sea, no me puedo imaginar lo que sientes, así que, si necesitas espacio, ya le pedí a mi tío quedarme en su casa.

–¿Sage?

–¿Hmm?

–No digas nada. –Y luego la beso. Desesperado y urgente, exactamente como debería haberla besado anoche. Ella se derrite en mí, dudando antes de dejarse ir y entregarse por completo al beso que lo consume todo. Su suave gemido queda atrapado en mi boca cuando separa los labios y deslizo mi lengua sobre la suya. Nos fusionamos en una explosión de electricidad.

Sage se aparta para respirar y apoyo mi frente contra la suya, incapaz de contener la sonrisa cuando se muerde el labio inferior.

–Te ves cansado. ¿Dormiste algo? –pregunta.

–Si no duermo a tu lado, no duermo.

Parpadea como si estuviera conteniendo las lágrimas.

–Pero olvidé decirte algo anoche –digo.

–¿Qué?

–Te amo. –Dejo que las palabras floten entre nosotros–. Lo supe desde la primera vez que te reíste de mí. La primera vez que hiciste

uno de tus chistes sucios. La primera vez que dormiste en mis brazos. Lo supe desde siempre y lamento haberte hecho creer que necesitaba tiempo.

Con mi palma en su mejilla, le doy un beso suave en la frente.

Parpadea mirando mi pecho, sin subir a mis ojos.

–¿Real o falso?

Mierda. La pregunta me desgarra el corazón y reprimo un gemido porque quiero que nunca más tenga que hacerla.

–Real. Muy real.

Las lágrimas se escapan de sus ojos y las limpio.

–No llores, cariño –murmuro suavemente.

Con una respiración entrecortada y rota, dice:

–Esperé tanto tiempo para que esto sea real. Para escuchar esas palabras. Pero ahora siento que estoy inventando todo.

–No lo estás inventando. –Es la última vez que la dejaré llorar por esto, por mí–. Te amo. Y debería habértelo dicho anoche, pero creo que ambos sabemos que tienes un don para dejarme sin palabras.

Suelta una risa acuosa y luego me mira a los ojos.

–Pero ronco.

–Música para mis oídos.

–Tengo los pies muy fríos.

–Yo tengo calor.

–Quiero complacer a todos todo el tiempo.

–Entonces déjame ser quien te complazca a ti. –Veo el momento en que su sorpresa se convierte en certeza–. Quiero que seas mía. Si alguien en este mundo merece que lo cuiden, eres tú. Haría cualquier cosa para demostrarte lo que vales.

Parpadea para limpiar las lágrimas.

–¿Me aceptas, Sage?

Eso es todo. Se abalanza con sus brazos alrededor de mi cuello. Está prácticamente colgando de mí. Incluso a través de la sudadera puedo sentir cómo se calienta mi piel. La alzo y ella traba sus piernas alrededor de mi cintura.

Sage entierra la cabeza en el hueco de mi cuello.

–Siempre te quise, Elias. Solo estaba esperando que te dieras cuenta.

–Lamento haber tardado tanto.

–Vale la pena para terminar en tus brazos. Tú lo vales.

Me aparto antes de que pueda besarme.

–Entonces, ¿no fue por mis manos mágicas?

Sage estalla en risas.

–Oh, no, te contagié.

–Vámonos a casa así puedes contagiarme más.

Abre los ojos de par en par y asiente obediente. Antes de que la apoye en el suelo, un destello blanco nos golpea y giramos hacia la fotógrafa del equipo, Brandy, que levanta el pulgar.

–No está mal capturar un momento de felicidad incluso ante la derrota. Te la enviaré, Eli.

Sage se gira hacia mí y pregunta:

–¿Qué leyenda le pondrás?

Una sonrisa se dibuja en mis labios.

–Hogar.

CAPÍTULO 37

Sage

Si hubiera una manera de chasquear los dedos y quitarme la ropa, ya lo habría hecho. Pero Elias conduce lento y una vieja canción country (que sin duda es de la lista de reproducción de Aiden) flota por el auto como si no hubiera un incendio inminente en el asiento del acompañante. Repito en mi mente todo lo que me dijo en ese pasillo, pero lo de *contagiarlo* es mi parte favorita.

Pero no voy a sacar el tema. Aunque me pidió que fuera suya, no sé si eso incluye mi cuerpo también. Realmente espero que así sea.

En el elevador, me mira con hambre y yo también a él.

Hazme tuya, dicen mis ojos.

No me tientes, responde.

–¿Me tienes miedo, Elias?

El elevador se abre en un piso que no es el nuestro, pero nadie entra. Elias se para frente a mí, imponente, sonriendo, burlón.

–¿Debería?

El profundo retumbar de su voz hace que una descarga de electricidad llegue a mi centro, y entonces sé que no sobreviviré a

esta noche. Pase lo que pase, estoy perdidamente enamorada de este novato que me cocina y me apoya como nadie.

Agarrando el cuello de su camisa, lo atraigo a solo unos centímetros de mis labios.

–¿Por qué no lo averiguas?

Sus labios carnosos rozan los míos. La tensión sexual gotea de las paredes del elevador, hace tanto calor que no me sorprendería si encontrara condensación en el espejo.

Ding.

Me sobresalto, pero Elias está allí, mirándome, *devorándome* con la mirada.

Mis ojos se dirigen rápidamente a las puertas del elevador, que se abren.

–Nuestro piso.

Levanta las comisuras, como si mis palabras lo satisficieran. Se aparta del camino, me permite salir primero y me sigue, haciéndome estremecer. El silencio ensordecedor es casi sofocante. Cuando se inclina hacia delante para abrir la puerta, gira el cerrojo y nos quedamos allí, espalda contra frente, respirando.

Los labios de Elias rozan mi oreja.

–Abre la puerta, Sage.

Mi mano tiembla tanto que parezco yo la que no ha tenido sexo en cuatro años.

Cuando abro la puerta, espero que me arranque la ropa y me lleve a la superficie más cercana, pero en lugar de eso deja su bolso en la entrada, va a la cocina, abre el refrigerador y toma un cartón de jugo de naranja.

–¿Tienes sed? –pregunta.

Sí. No respondo y él mira por encima del hombro mi expresión en blanco. Es como si se estuviera moviendo en cámara lenta. El sonido del líquido llenando el vaso, el lento deslizamiento sobre la encimera antes de tragarlo. Se mueve hacia el fregadero para lavarlo y ponerlo en el escurridor de platos y eso ya me resulta demasiado.

–¿Vamos a tener sexo? –digo sin pensar.

Su cuerpo empieza a temblar y cuando se da la vuelta, me doy cuenta de que se está riendo. De mí. Lo miro con fastidio.

–Lo siento –dice, secándose una lágrima inexistente.

Ignoro su falsa disculpa y me doy vuelta para alejarme furiosa, pero no llego a nada. Toma mis muñecas y me tira hacia atrás.

Choco directamente con él.

–¿Qué?

Resopla por mi brusquedad.

–Esperaste meses. ¿A dónde fue toda esa paciencia, nena?

Oh, Dios, me encanta cuando me llama así. Hay algo en el timbre de su voz que es ardiente pero suave. Aprieto los muslos y él sigue el movimiento con una sonrisa burlona.

–Por si no te quedó claro, Sage, me gustas. Me gusta todo de ti. En todas las formas en que pueda tenerte. –Sus manos se mueven por mi cuerpo para tomar mi trasero–. Dime qué te gusta a ti.

Mi paciencia se está agotando.

–Sabes lo que me gusta. Tenías la prueba en tu muslo. Y en tu cara.

Se ríe como si yo fuera comediante. Elias se acerca y desliza su mano entre mis piernas.

–Te gusta cuando te toco así –dice con voz ronca–. Cuando te beso así. –Sus labios capturan los míos, luego descienden a mi

cuello, provocando y mordiendo–. Pero muéstrame qué más. Quiero que la pases bien.

¿Este hombre está a punto de romper una promesa de cuatro años y quiere que *yo* la pase bien? No es que me queje.

–Quiero probarte –digo honestamente.

–*Carajo* –murmura, presionando su frente contra la mía–. No puedes decir esas cosas. Pasó mucho tiempo y quiero durar.

–No me importa si acabas en el momento en que mi lengua toque la punta, te deseo.

Se aleja de mí para apoyarse en la encimera y mirar al techo.

–No te merezco.

–Sí que me mereces.

Traga saliva, vuelve su mirada hacia mí, y es como si hubiera activado un interruptor.

–Entonces demuéstramelo –dice–. Demuéstrame que te merezco, Sage.

En un movimiento rápido, me quito la blusa y lo saludo con los pechos desnudos. No son grandes, pero él mira como si fuera el mejor par de tetas que haya visto en su vida. Es la primera vez que estoy con alguien y no me importa cómo se ve mi cuerpo. No me pregunto si estaré hinchada ni dudo cuando busco el botón de mis jeans. Elias se queda quieto, con los ojos en llamas y las manos firmes en la encimera. Me quito los jeans y los arrojo a mi lado, pero cuando voy hacia las bragas, me detiene.

–Déjatelas –dice, empujándose de la encimera–. Ahora, ponte de rodillas.

Mierda.

Me dejo caer en un instante; se quita el cinturón, se baja los pantalones y creo que me quedo sin aire. Es como el suspenso de un thriller cuando sabes que alguien va a morir. Seré yo.

Luego se quita la camisa y la baba prácticamente gotea por mi mentón. No puedo concentrarme entre su torso escultural y los interiores que abrazan su gruesa erección. Pero luego se los baja y los tira. Cuando libera su pene, mis ojos van hacia el brillo de sus piercings: tiene uno en la base y otro en la punta. Se me retuerce el estómago. Elias es tan reservado e introvertido que este detalle me resulta impactante.

–Abre la boca.

Obedezco y Elias se desliza entre mis labios. En el momento en que mi lengua toca su miembro, gime tan fuerte que me preocupa haber hecho algo mal. Pero cierra los ojos con fuerza, echa la cabeza hacia atrás, y me doy cuenta de que está tratando de no acabar. El metal golpea la parte posterior de mi garganta y el calor se acumula en mi centro, haciéndome gemir de placer. Sujeto su pene, lamo la parte inferior, hasta la punta, que gotea líquido preseminal.

Sujeta mi cabello con más fuerza.

–Así.

Se estremece cuando hago girar la lengua alrededor de su miembro. Las reacciones son tan inmediatas que no quiero parar. Quiero hacerlo sentir bien. Quiero demostrarle que esto, aquí, conmigo, vale la pena. Que su promesa no fue en vano y que se merece todo el placer del que se privó durante tanto tiempo. Con un nuevo propósito, lo tomo entero. Uso mis manos para cubrir lo que

mi boca no puede, y disfruto de lo cálido y suave que se siente en mi boca.

Elias toma mi barbilla, sus ojos brillan como si creyera que hago milagros.

–Ven aquí. –Me atrae hacia su boca y me besa.

–No había terminado –murmuro en él.

–Yo tampoco –responde.

Abro la boca para protestar, pero desliza sus dedos entre mis labios para que los chupe. Los saca y traza un sendero húmedo hacia mis pezones erectos, golpeándolos y pellizcándolos hasta que no puedo hacer más que gemir.

–Llévame a tu habitación –jadeo.

Elias me levanta en sus brazos y me lleva directamente a su dormitorio.

Patea la puerta para cerrarla, me deja caer suavemente en su cama y se arrodilla frente a mí. Separa mis piernas y usa su pulgar para frotar el húmedo trozo de tela entre mis muslos. Deja un rastro de besos por mi piel. Luego jala de la tela con fuerza, tensándola entre los húmedos pliegues mientras observa cómo me retuerzo con pura lujuria.

–Tócate. Mira lo mojada que estás por tener mi verga en la boca.

Engancho los dedos debajo del elástico de mis bragas y las arrastro por las piernas. Elias me ayuda rompiendo la tanga con un solo tirón y arrojándola lejos. Meto un dedo, mi cabeza cae hacia atrás de placer y Elias maldice. Cuando le muestro el dedo mojado, toma mi muñeca y lo chupa hasta dejarlo limpio.

–Sabes mejor de lo que recuerdo.

Me río como una colegiala. Claramente, estoy descontrolada.

–¿Estuviste pensando en esto?

–Todos los putos días –dice, empujando bruscamente mis caderas hasta el borde de la cama–. Ahora haz realidad mis sueños, Sage.

Cierra la boca caliente sobre mi clítoris y arqueo la espalda. El remolino de su lengua y luego la succión se mezclan y provocan un pitido en mis oídos. Estoy electrizada y flotando, mi cuerpo chisporrotea como una parrilla caliente.

Cuando empuja dos dedos dentro de mí, aprieto el edredón. Una cosa era que me tocara en la bañera, pero aquí, sin el agua jabonosa, verlo acariciarme resulta embriagador. Su ritmo se acelera y cada músculo de mi cuerpo se contrae. Mueve los dedos dentro de mí y un aleteo me causa estragos en el estómago. Elias lleva mi orgasmo a un crescendo.

Este hombre nunca debería haber sido célibe. Fueron cuatro años perdidos para las mujeres del mundo.

–Por favor. *Por favor,* hazme acabar.

–Demasiado educada –dice con voz áspera. Mi orgasmo se queda suspendido en el espacio invisible entre nosotros y estoy desesperada por él.

–Necesito acabar –susurro apenas.

Sacude la cabeza mientras reduce el ritmo a una tortura.

–Inténtalo de nuevo.

–¡Joder, Elias! ¡Hazme acabar!

Curva los dedos y me voy a la estratósfera en mi pequeña nave espacial. Lo oigo reírse entre dientes, pero estoy demasiado agotada como para que me preocupe si le causa gracia mi reacción. Sé que ambos somos atletas, pero nada podría haberme preparado para esto. Para *él*.

Levantándome sobre los codos, me arrastro de nuevo hacia el centro de su cama, quiero sentirlo en cada centímetro de mi cuerpo. No necesito pedírselo, porque se acomoda justo como lo quiero, acostado sobre su espalda. Me subo encima, y abre los ojos de par en par, estamos a pocos centímetros de conseguir lo que buscamos.

Me froto contra él, perdida en la sensación que me provoca tenerlo entre las piernas.

Caliente, grueso y duro. Observa asombrado y su nuez de Adán se mueve.

–Quiero sentirte dentro de mí, Elias.

Su gemido gutural reverbera entre mis piernas.

–Por favor, Sage, solo... *Mierda* –gime–. Necesito un segundo, dame un segundo, y después quiero que te sientes en mi verga –tartamudea.

Asiento, amo la mirada torturada en su rostro mientras se recompone. Su piel húmeda de sudor y su cabello despeinado no ayudan a mi paciencia, así que me froto contra su erección. Él agarra mi cintura con fuerza para detenerme, pero luego empuja hacia abajo con incluso más fuerza. Como si no pudiera decidir si quiere que me detenga o no.

–Eres demasiado perfecta. Jodidamente irresistible –dice, tomando mi rostro para acercar mis labios a los suyos. Me besa suave, dulcemente, como si no estuviera más duro que una tubería. Como si no estuviera cerca de silbar como una olla a presión.

–Elias, te necesito –gimoteo.

Esas tres simples palabras parecen hacer que todo encaje en su lugar y se mueve para darme exactamente lo que pedí. Suelta mi

rostro para tomar mi cintura, y prácticamente puedo saborear el placer de tenerlo dentro de mí.

Pero se congela por completo.

–Condón –dice entre dientes–. Mierda, no tengo condón.

Mi decepción es la de alguien que recibe carbón para Navidad.

–¿Ni uno?

Me mira como si debiera saber la respuesta.

–Habría expirado hace cuatro años.

Cierto, celibato.

Se pasa una mano por el cabello.

–Estoy seguro de que Aiden probablemente...

–Tomo anticonceptivos. Y estoy sana, así que podemos no usar –digo–. Pero sin presiones.

–¿Sin presiones? –Se ríe sin aliento–. Sage, si quieres eso, te lo daré. Te daría cualquier cosa. Pero si te incomoda, correré a la tienda y compraré condones.

–No. –Niego con la cabeza y dejo que mis manos caigan abiertas sobre su pecho–. No es solo eso. Quiero sentirte. Te deseo tal y como eres, Elias.

Gime y, si no me equivoco, hay un rubor en sus mejillas que me hace reprimir una sonrisa. Elias Westbrook está *sonrojado*.

–¿Segura?

–Sería una pena no sentir tus piercings dentro de mí.

Cuando me besa, siento chispas por todas partes. Emana confianza y, si alguna vez dije que era tímido cuando se trataba de sexo, me está demostrando que me equivoqué.

–Entonces cógeme como quieras, Sage, y me aseguraré de que sientas todo.

CAPÍTULO 38

Elias

La espera de cuatro años valió cada segundo.

No dudo cuando Sage se agacha sobre mí, pero todo mi cuerpo ruge y se detiene al mismo tiempo. Las dos sensaciones bajo mi piel son una combinación imposible. Sage gime y el sonido me devuelve a la realidad. Se amolda tan perfectamente a mí que jadeo.

–Es demasiado –dice. Inclina la cabeza hacia abajo y su cabello rizado le cubre el rostro. Me mira a través de las pestañas, con el ceño fruncido, pero solo está a mitad de camino.

–Para ti no –digo con voz áspera–. Podemos hacer que mi verga encaje en esta concha perfecto, ¿verdad, nena?

Sus ojos brillan ante el desafío. Trazo círculos lentos en su clítoris hinchado y observo cómo su excitación cubre mis dedos. Se desliza fácilmente por mi longitud hasta que quedo completamente enterrado. En el momento en que el piercing en la base de mi miembro toca su clítoris, jadea y enrosca sus dedos en mi pecho.

Sage deja caer su frente sobre la mía y yo sostengo sus caderas para balancearlas. Nos miramos fijo y, cuando ella acaricia mi rostro,

unos gruesos cordones de algo enorme y extraño se anudan en mi corazón.

–¿Estás bien? –susurra.

Sus palabras me dejan sin aliento. No esperaba menos. Pero en un momento en el que me está dando tanto, no puedo permitir que se preocupe por mí. Aunque me encante.

–No te preocupes por mí, nena. –La arrastro sobre mi piercing, haciendo reaparecer las estrellas en sus ojos–. ¿Te gusta, Sage? ¿Te gusta cómo se siente en tu clítoris?

Asiente.

En la nebulosa del frotamiento, la dejo recorrer su cuerpo con las manos. Observo satisfecho cómo mis sueños húmedos se vuelven realidad.

Me toma un segundo volver a levantar la vista.

–Bien. Es solo para ti.

Me monta más fuerte, como si esas palabras calaran hondo.

–¿Te gusta que tu linda concha sea la primera en recibir mi verga con piercings? –Las palabras salen a borbotones, no debería hacer esas preguntas estando tan cerca de acabar. Busco un ritmo que la haga gemir fuerte. Su concha se aprieta tanto que tengo que tensar la mandíbula para contenerme.

Gime.

–Sí.

–Entonces, ponte boca arriba y déjame ver cómo revoleas los ojos.

Queda boca arriba en un movimiento rápido. Me tomo mi tiempo para besar todo su cuerpo, tomo un pezón en la boca y lo libero con un chasquido.

–*Por favor*, Elias –gime desesperada. Me clava las uñas en los hombros, sus dedos recorren mi cabello y me atraen hacia su boca. Estoy entre sus piernas y cuando las aprieta alrededor de mi cintura siento que llego al paraíso. Deslizo la lengua en su boca y juego con sus tetas hasta que sus pezones son picos duros bajo mi pulgar. Me aparto para besarle el cuello, y su aroma a vainilla me da un subidón.

–¿Quieres que siga? –susurro mientras mis manos viajan hacia donde sus caderas se sacuden.

–Quiero que sigas desde que te conocí. Fui bastante obvia, Westbrook.

La boca de esta chica. Nunca me cansaré de oírla. Nunca me cansaré de ella.

Besarla es lo único que baja la velocidad a un ritmo que puedo seguir. Sé que a Sage no le importará cuánto dure, pero estoy decidido a que la pase bien.

–Podemos ir más lento –ofrece.

Beso las palabras de sus labios y dejo que mis dedos se deslicen entre sus pliegues húmedos, jugando con su clítoris hasta que está tan ida que pone los ojos en blanco.

–Elias, es demasiado. Es demasiado bueno. –Clava las uñas en los músculos tensos de mi espalda, y estoy seguro de que me quedarán marcas. Mientras sean de ella, no me importa.

–Toma lo que necesites, porque estoy a punto de cogerte exactamente como quiero.

Hace un sonido de agradecimiento.

–Esto es mucho mejor que solo imaginar que me tocas.

Jesús. Quiere que me lo tome con calma, pero si sigue diciendo esas cosas, no podré. Especialmente cuando sus caderas se sacuden mientras agarro la base de mi pene y presiono la cabeza contra su resbaladizo centro.

Pero me gusta sufrir.

–¿Qué imaginabas?

Desliza los dedos por mis abdominales, que están trabajando horas extras.

–Algo bastante parecido a esto. –Luego hace una pausa–. Pero yo en la ducha y tú de rodillas.

Reprimo un gemido.

–Podemos hacerlo.

Estira esas piernas fuertes y tonificadas sobre mis hombros, demostrando su increíble flexibilidad. Le muerdo la parte interna del muslo y la lleno de besos, lo que la hace gritar de placer.

Sage mueve las caderas como si estuviera buscando desesperadamente mi verga. Con la punta, lleno con su excitación toda la concha empapada.

–Mírate, nena, eres tan bonita. Chorreando para mí. –Le abro las piernas para tener la visión perfecta, y Sage me deja empujarlas más de lo que creía posible. No se esfuerza, y eso es por años de ballet. Cuando me hundo en ella, sus ojos se cierran con fuerza como si estuviera sufriendo. Estoy a punto de detenerme, los abre, y es como si hubiera salido el sol.

Apenas logro contenerme, intento llevarla a donde necesita. Cerrar los ojos es lo único que puede ayudarme ahora, porque su rostro sonrojado es un peligro.

Se aprieta en mí e intento no estallar. Mi corazón se acelera y Sage jadea.

–No aguanto más –gime.

–Gracias a Dios –gruño.

Sus brazos rodean mi cuello y me observa entrar y salir de ella, y cuando mis piercings dan en el lugar correcto, grita mi nombre. Me encanta. Apoyo los labios en su oído, le digo que acabe otra vez y eso hace. Le demuestro que esa idea de que es difícil está equivocada y le recuerdo que conmigo nunca dejará de estar satisfecha.

Mi liberación se siente violenta. Contrae cada músculo de mi cuerpo y exprime hasta la última gota de placer. Quedo agitado.

Me bajo de Sage y caigo de espaldas. Ella me acaricia el cuello cuando la atraigo hacia mí.

–¿Eres cariñosa después del sexo? ¿Quién lo hubiera dicho? –Su risa es breve y cuando me mira, sé lo que está pensando.

–Real –digo–. Todo es real.

–¿Me diste todo? –pregunta suavemente.

–Sí, nena.

Sage pasa un dedo por mi abdomen, trazando las curvas de cada músculo.

–¿Y eres mío?

–Si eso es lo que quieres.

–Entonces, ¿por qué no me has pedido que sea tu novia, Elias?

Me doy vuelta para mirarla, levantando su mentón hacia mí.

–Si crees que cogería de esa manera con alguien que no sea mi novia, estás equivocada.

Me mira expectante. Sin ceder. Es testaruda.

Suspiro.

–¿Quieres ser mi *verdadera* novia, Sage Beaumont?

Suena ridículo preguntar. Ella es mía. Ha sido mía desde el principio, ¿y pedirle que sea mi novia? Suena poco comparado con lo que siento.

Sage gira un hombro.

–Te lo respondo luego.

La arrastro debajo de mí otra vez, y ella se ríe sin control.

Me apoyo sobre los antebrazos, veo a Sage apartarse los rizos de la cara y fruncir los labios para reprimir una sonrisa.

La beso.

–Dilo.

–Está bien –cede–. Seré tu novia.

Giro sobre mi espalda para cubrirnos con el edredón, ella sonríe satisfecha en mi pecho. Sage se recuesta encima de mí, sobre el latido constante de mi corazón que canta la misma canción cada vez que ella está conmigo.

CAPÍTULO 39

Sage

Entro a la cocina un sábado por la tarde y quedo envuelta en un aroma que me hace rugir el estómago. Estas semanas no faltaron los panificados caseros. Cuando me ve, Elias me sube sobre la encimera. Me entrega un bol de fresas para mantenerme ocupada, como si fuera una niña molesta. Me hace sonreír.

–¿Puedo ayudar? –pregunto.

Coloca glaseado sobre una tanda de cupcakes.

–Siéntate ahí y sé una buena chica, Sage.

Mis muslos se aprietan involuntariamente. Me dijo eso esta mañana cuando caí de rodillas en la ducha. Pero la forma en que jaló de mi cabello y empujó mi cabeza hacia abajo no me pareció que estuviera siendo una buena chica. Todo lo contrario, en realidad.

–¿Por qué estás haciendo cupcakes?

–Estoy probando algo nuevo. –Coloca uno en su palma y se gira hacia mí con una sonrisa infantil. Como un estudiante que le muestra al maestro su obra de arte terminada–. Abre la boca.

–Y dices que yo me porto mal.

–Solo hazlo, nena.

Obedezco, saboreando el pastelito con el primer bocado. Gimo de placer. Lo como entero.

–Está muy bueno. Sabe diferente, ¿qué le pusiste?

–Son sin azúcar –dice.

Se me estruja el corazón.

–¿Por qué?

Elias no me mira, pero sé que escucha el nudo en mi voz. Una vez que termina con los pastelitos, recorre mis muslos con sus manos y me lleva hasta el borde de la encimera.

–Debe hacer mucho tiempo que Sean no come un buen pastelito.

Mi corazón explota en un espectáculo de fuegos artificiales. Pero Elias no me deja agradecer. En cambio, me besa, y esos fuegos artificiales estallan también en mi boca. Me inclina la cabeza hacia arriba y desliza su lengua entre mis labios. Dejo que me bese como quiere y disfruto de su sabor mezclado con el glaseado de vainilla.

Cuando aprieto mis piernas alrededor de sus caderas, la tela de los jeans roza la parte interna de mis muslos. Él interrumpe el beso abruptamente.

–Tranquila –me advierte, recordándome que está Sean.

De mala gana lo dejo alejarse.

Mi hermano menor está en la ducha. Se quedará con nosotros este fin de semana para compensar por no haber asistido a mi cumpleaños. Pasa todo el año en la escuela y nunca se queja, pero debe ser una tortura.

Lo recogimos esta mañana, Elias nos preparó el almuerzo y Sean quiso saber sobre nuestra relación como un padre sobreprotector.

–Tienes una cantidad excesiva de velas con aroma a cereza en el baño –dice cuando entra a la cocina con una camiseta nueva y

pantalones cortos de baloncesto.

Elias le ofrece un pastelito y él está a punto de rechazarlo, pero entonces Elias dice:

–Sin azúcar.

Sean parpadea y contempla el glaseado blanco durante un largo rato. Puedo ver el brillo en sus ojos. Mira a mi novio como miró a nuestro tío cuando le preguntó si se quería probar para el hockey juvenil. Maravillado.

No dice ni una palabra mientras le da un mordisco, pero sus ojos brillan.

–¿Hay algo que no puedas hacer? –dice con la boca llena.

–No infles su ego. –Pongo los ojos en blanco, aunque sé que esos pastelitos están buenísimos.

–Ah, ya sé. No puedes hacer callar a mi hermana –dice Sean.

Elias se ríe en su puño. Cuando suspiro ofendida, se aclara la garganta.

–Sí, pero ya no me gusta tanto el silencio.

Miro a Sean con los ojos entrecerrados.

–Te aburrirías muchísimo sin mí.

–Lo dudo –murmura, todavía masticando. Le arrojo un guante de horno; lo atrapa sin esfuerzo. Malditos atletas y sus estúpidos reflejos–. ¡Es broma!

La voz de Aiden resuena en la sala de estar y Sean se mete rápidamente el pastelito entero en la boca, dándole las gracias a Elias en voz baja. El sonido de una multitud llega desde la sala de estar. Es el videojuego de la NHL que se lanzó este mes. Mezcla jugadores nuevos e históricos, incluido el padre de Summer, Lukas Preston.

Me vuelvo hacia Elias y me pasa el glaseado para terminar de decorar los pastelitos. Otra tanda sale del horno y también ayudo con esos.

El teléfono de Elias suena sobre la encimera y cuando lo mira, su expresión se transforma.

–¿Qué pasa? –pregunto.

Se tensiona.

–Es el aviso de transferencia del dinero que envío a mi padre biológico.

–Ah. –Intento no involucrarme más de lo que me corresponde, pero no puedo evitarlo–. No sé cómo haces. No deberías tener que darle el dinero que ganas con tanto esfuerzo por una mentira. No es justo, Elias.

–No tengo opción.

–Sí tienes –le aseguro–. La chica confesó, tus padres harían cualquier cosa para protegerte. No te culparán por ser manipulado.

–No quiero que nadie más se meta en problemas por mí. Ahora te tengo a ti, y no quiero traerte problemas. No lo permitiré.

Cruzo los brazos sobre mi pecho.

–¿Te parezco débil?

–Para nada.

–Entonces, deja de preocuparte por mí. Decide por ti mismo si quieres vivir tu vida con la sensación que acabas de tener después de leer ese mensaje de texto.

Presiono mi mano sobre su hombro.

–Estoy aquí para ti siempre.

Después de un minuto largo y tenso, asiente.

–Lo pensaré.

Es frustrante verlo soportar la tortura de su padre, pero entiendo que no es el momento de intervenir.

–Los pastelitos están deliciosos –digo, cambiando de tema–. Pero soy una tutora responsable, así que tengo que darle algo nutritivo para cenar a ese niño.

Elias se ríe entre dientes y relaja los hombros.

–Vamos a salir a cenar. Será una pequeña celebración por lo de *El lago de los cisnes*.

Acepto, solo porque a Sean le encantará. Pero si estuviéramos solos, preferiría que Elias cocinara, mirar *Dirty Dancing* en el sofá, probar nuevas mascarillas faciales y pasar la noche en sus brazos. Y tal vez sobre su muslo.

Cuando el cielo de la tarde se tiñe de un bonito azul medianoche, salimos. Aiden se quedó en casa porque tiene una cita virtual con Summer. Algo sobre un episodio especial de su programa favorito que se emitirá esta noche.

La mayor parte del trayecto en automóvil hasta el restaurante secreto transcurre en silencio.

–Decidí que voy a ir a la universidad en Dalton –anuncia Sean.

Mi cabeza se vuelve rápidamente hacia él.

–¿No te estabas preparando para la beca de hockey en Yale?

–¿No te enteraste? Yale es el enemigo. –Suena muy serio. Parece que pasar tiempo con Aiden y jugar videojuegos con el resto de los chicos en línea dio como resultado un lavado de cerebro exitoso–. Además, Dalton los venció y quiero continuar con el legado.

Resoplo.

–Iban delante por un punto en el Frozen Four. No lo consideraría una victoria.

Elias me mira de reojo.

–¿Ah, sí? ¿Quieres decirme eso a la cara?

Revoleo los ojos y observo por encima del hombro a Sean riéndose.

Ignorando a los dos fans de Dalton, miro por la ventana mientras nos acercamos a la Torre CN.

–¿Es eso...?

–¿Vamos al restaurante giratorio? –pregunta Sean emocionado.

Es el restaurante donde Elias y yo tuvimos nuestra primera cita. Los recuerdos me invaden al instante y mi mente salta a los dos de pie junto al agua en silencio.

Elias sonríe. Está tan relajado, como si nos estuviera llevando a comer comida rápida. Es un restaurante de alta cocina, y después de grandes presentaciones, aquí suelen venir los bailarines. Yo siempre opto por una cena congelada en mi apartamento.

–Es un día especial –dice Elias–. Hay que celebrar como se debe.

Elias

Dentro del restaurante, Sean mira por las ventanas que van desde el piso hasta el techo. El edificio casi completa una rotación por hora, lo que brinda una vista de 360 grados de la ciudad. Cuando Sage va al baño, Sean me da un codazo.

–Nunca pude agradecerte por las camisetas. Y por hacer que Sage pase un lindo cumpleaños. Sé que me dijo que estaba bien que fuera con mis amigos, pero igual me siento culpable.

–No tienes que agradecerme, Sean. Quería hacerlo.

Él mantiene mi atención mientras termina su aperitivo frito.

–Sé que debería preguntarte cuáles son tus intenciones con mi hermana y todo eso, pero considerando lo que hiciste, no creo que sea necesario. –Sean hace una pausa como si estuviera ordenando sus pensamientos–. Pero por si aún no te diste cuenta, Sage es complaciente y trabajará hasta el cansancio para cuidar a sus seres queridos, aunque eso signifique descuidarse a sí misma.

No imaginé que iba a decir eso. Sean ama a su hermana, es obvio, pero saber que ve detrás de la cortina donde ella esconde sus problemas me dice que se preocupa mucho más de lo que deja ver.

–Soy su hermano menor, así que Sage no me deja ayudarla. A veces ni siquiera me doy cuenta de lo que carga por mí, porque termino dependiendo de ella para todo. Así que quiero asegurarme de que, al menos contigo, no tenga que hacerlo.

Si Sage estuviera escuchando esto, estaría llorando.

–Tu hermana es mi prioridad. Si quisiera apagar su cerebro y depender de mí por el resto de su vida, la cuidaría con gusto. Pero sé que es apasionada, así que haré todo lo que pueda para que consiga lo que quiere.

Muerde una baguette con mantequilla de trufa, y el crujido acompaña la mirada reflexiva.

–Maldita sea. Hubiese preferido que fueras un idiota para poder seguir sin ser tu fan. –Deja escapar un suspiro exagerado–. Era más fácil cuando lo único que sabía sobre ti eran tus estadísticas de mierda y los artículos.

Sus palabras me recuerdan lo lejos que han quedado esos tabloides.

–Sabes que las cosas que dicen los medios casi siempre son mentira, ¿no?

–Lo sé, lo sé. Son chismes inventados por personas miserables sin vida.

Esas palabras salen directamente de la boca de su hermana, y me imagino que se las viene repitiendo hace un tiempo. Probablemente desde que la fotografiaron conmigo.

–Y mis estadísticas nunca fueron malas, basura.

Se burla.

–Sí, *ahora*, gracias a mi hermana. Antes de conocerla era como si no hubieras visto un disco en tu vida. Hasta mi tío lo dijo.

Está exagerando, pero es probable que Marcus haya dicho algo muy similar.

–Tengo el récord de más asistencias en la temporada.

Lo que me faltó en goles, lo compensé con asistencias. No es impresionante, pero es algo. ¿Por qué me estoy defendiendo de un chico de quince años?

–Claro. –Alarga la palabra, pero luego esboza una sonrisa mientras come otro bocadillo–. Estoy bromeando. Todos dicen que eres una de las razones por las que llegamos tan lejos en las eliminatorias. Crawford sigue siendo mi favorito, pero tú estás cerca.

–Tendré que esforzarme un poco más.

–Este –señala la comida en la mesa– es un buen comienzo.

CAPÍTULO 40

Sage

Me siento como una niña de doce años tímida y sin amigos en el primer día de escuela secundaria. Después de llevar a Sean de regreso esta mañana, dejé a Elias en su entrenamiento matutino y fui a casa para prepararme para mi primer ensayo.

Unas horas más tarde, Elias entró corriendo a la habitación, revoleó el bolso y fue directo a la ducha. Me ofrecí a recogerlo cuando terminara, pero volvió con Aiden.

–Cinco minutos y nos vamos. Voy a tomar una ducha rápida.

Lo miro quitarse la ropa en el baño.

–¿No vas a pedirme que te acompañe?

–La puerta está abierta, cariño –responde y la ducha amortigua su risa.

Pronto sale con una toalla en la cintura. Sin vergüenza, recorro sus abdominales con la vista. Elias toma una camiseta Henley gris y unos jeans oscuros para cambiarse frente a mí; no me importa darle privacidad.

En el auto, reviso mi bolso cuatro veces, repasando una lista de verificación mental. Llegamos a la entrada principal del teatro del

centro y cuando Elias abre mi puerta y me da un beso en la frente, no me muevo. Él no dice nada, se queda parado junto a mí fuera del auto.

–Me llamó tu mamá para desearme suerte –le digo, tratando de distraerme.

Me mira con complicidad.

–Estaba muy emocionada.

–¿Has decidido qué vas a hacer con tu papá? –Espero que se haya dado cuenta de que nada de lo que pasó en el Mundial Juvenil fue su culpa y que puede dejar de pagar por ello.

Se pone rígido por la incomodidad, pero responde:

–No quiero preocuparme más por esto, y odio que te preocupe a ti. Así que voy a pensar en un pago final.

Lo abrazo fuerte por la cintura. Elias se estuvo castigando a sí mismo por haberle dado dinero a su padre biológico a espaldas de sus padres, así que esta decisión debe aliviarlo un poco. Pero en el fondo, entiendo que le preocupa lo que podría venir después.

–Pase lo que pase, estoy orgullosa de ti.

Me devuelve el abrazo y susurra:

–No podemos quedarnos aquí por siempre, Sage.

–Estoy nerviosa –admito.

Elias se aleja, buscando su billetera. Mi curiosidad aumenta cuando saca un pequeño cuadrado de uno de sus bolsillos. Le da la vuelta y revela una Polaroid. Una Sage de ocho años luce una sonrisa brillante y un tutú azul en su primer recital.

–Es mía –digo y me estiro, pero él la aleja.

–Ahora es mía. –Una suave sonrisa se dibuja en sus labios mientras baja la vista hacia la foto–. La primera vez que vi esto en el

estudio, solo podía pensar en lo determinada que eres. Pusiste todo en esto, y ahora tienes exactamente lo que esta niña de ocho años soñó.

–Pero ¿y si...?

–Sin peros. Le hiciste una promesa. Ahora, ve a asegurarte de cumplirla.

Con una máscara de confianza (típica de bailarina) y las palabras de Elias para mantenerme a flote, entro al edificio. Las paredes están cubiertas con fotos de bailarinas famosas y premios. A lo lejos, se oye un murmullo mientras entran otros bailarines. Sigo las señales y el elevador me lleva al piso más alto. Las puertas se abren y siento el aroma familiar a colofonia y madera.

El estudio es todo lo que imaginé. Una luz suave, delicada llena el espacio y empapa con un brillo cálido los pisos de madera pulida y las paredes de espejos. El perímetro está bordeado de barras de ballet y hay altavoces en las paredes. El aire vibra de energía, los bailarines revolotean por la habitación y crece en mí una repentina sensación de pertenencia. Cuando aparece el coreógrafo, Adrien Kane, todos se quedan en silencio.

–Buenos días, equipo. Empecemos.

De inmediato nos dicen que nos ordenemos por personaje y, como mi nombre es el primero en la lista de convocados, me pongo de pie. Todos los ojos se posan sobre mí y siento una punzada de inseguridad.

No cede cuando pasamos al resto del elenco. Adam, que interpretará al príncipe Siegfried, es mi compañero de escena. No es muy alto; probablemente mide poco menos de un metro ochenta y

tiene una figura esbelta. Su cabello negro y sus rasgos simétricos lo hacen parecer un príncipe.

Se limita a asentir. Atribuyo su actitud distante a los nervios, tal vez los mismos que retuercen mi estómago. Mi suplente es Ashley. Sus penetrantes ojos azules se fijan en los míos como los de un depredador en su presa. Hay una frialdad inquietante en su mirada que me recorre la espalda. Hago a un lado esa sensación. Tendrá que arrancarme este papel de las manos frías y muertas.

Jason, que interpreta a Rothbart, me saluda con un fuerte abrazo. La pesadez que me aprieta los pulmones se alivia un poco.

–Nadie esperaba que una novata consiguiera el papel principal –dice Jason.

–Supongo que tuve suerte –digo.

Se ríe entre dientes.

–A Zimmerman no le importa la suerte, y todos hemos oído sobre tu audición. Ese tipo de reacción de los tres es casi inaudita.

Lo dice como una obviedad, así que no me molesto en agradecer. Por primera vez, realmente siento que me lo gané.

–Pero cuídate de esos dos –susurra Jason, señalando con la cabeza hacia Adam y Ashley, que están cuchicheando en un rincón. Mientras hablan, sus ojos recorren la habitación–. Son la envidia personificada, nadie los quiere cerca.

Aparto la mirada de ellos.

–¿Envidia de quién?

–De ti.

Sus palabras revelan un objetivo en mi espalda que yo no había percibido.

–Es suplente. Tiene que tener talento para conseguir ese puesto –comento.

–Sí. Pero también es hija de un inversor.

En un instante, siento que el papel de la reina cisne se me escapa de las manos. Pero antes de que pueda pensar en lo que eso implica, comienza el ensayo de prueba del *pas de deux* entre Adam y yo.

Adam me levanta según las instrucciones del coreógrafo, sus manos están firmes. Me alivia que a mi compañero no le cueste alzarme. No es divertido tener una pareja que se queja de tu peso o altura; me han pasado ambas cosas.

Repasamos la coreografía torpemente, cometiendo más errores de los deseables. Supongo que tendremos tiempo suficiente para perfeccionarla, pero mi esperanza se desvanece cuando entra Zimmerman. Su presencia me desequilibra. Un intercambio de palabras susurradas entre Adrien y él me deja con una sensación de abatimiento, y cuando Zimmerman sale, la decepción me carcome.

No puedo quitarme esa sensación, y los nervios hacen que no consiga encarnar por completo mi papel. Adrien no está feliz con el resultado. Después de tres horas, nos da un descanso de quince minutos.

Jason me intercepta en el pasillo.

–No te concentres en el resultado final ahora. Lo único que importa es que estás mejorando. Eres buena. No dudes de eso.

–Eres terriblemente amable para alguien que acaba de conocerme.

Se encoge de hombros.

–¿Para qué perder el tiempo? Vamos a vernos las caras todo el año.

A pesar de sus palabras tranquilizadoras, la sensación de temor me acompaña como una sombra hasta el final del primer ensayo.

El sudor me humedece la piel y el cansancio me envuelve mientras me dirijo hacia Elias, que ya me está esperando junto al auto.

Camino a casa reclino el asiento, pero no puedo relajarme porque mis músculos doloridos se contraen con cada movimiento. Me duelen los pies más que nunca y tengo el cuello rígido como una tabla.

–Mis padres nos invitaron a visitarlos la semana que viene. ¿Quieres venir? –pregunta Elias.

Me doy vuelta, a pesar del dolor.

–¿Para qué?

–Para conocerlos.

El peso de una bola de boliche se asienta en mi estómago. Estoy segura de que esto es importante y debería decir que sí de inmediato, pero no puedo porque recuerdo lo mediocre que soy. Por el amor de Dios, tuve que usar a su hijo para llegar a ser alguien.

–Puedes decir que no. No aceptes solo por mí –añade.

–Quiero ir –digo de golpe, sorprendiéndome a mí misma. Me mira–. Porque conocerlos me hará conocerte más a ti, y no quiero perderme esa oportunidad.

Hay una larga pausa y se ríe entre dientes.

–Me alcanzaba con un sí.

–Claro, porque no te gustó que inflara tu ego.

–Me encantó. Mucho. Pero ya que hablamos de inflar…

–Oh, Dios, ¿adónde se fue mi dulce Elias?

–Tiene una novia que no puede decir una frase sin soltar un chiste sucio. Lo contagió.

Resoplo.

–Qué ganas de seguir contagiándote.

CAPÍTULO 41

Elias

Las cenas familiares siempre fueron una parte importante de mi vida. Ya sea con mis padres o en nuestra casa en la universidad, me gusta comer con la gente que amo.

–Entonces, ¿qué no se puede decir? –pregunta Sage.

Se quedó dormida apenas abordamos el avión a Connecticut. Ahora, mientras conducimos hacia la casa de mis padres en Greenwich, comienza a estresarse.

–Sé tú misma. Ya te aman –le aseguro.

–Aman a la Sage de internet y el teléfono. Esta es Sage en persona.

–Es la mejor versión. –La miro–. No dirás nada malo.

–Entonces, ¿puedo hablar de sexo? Les contaré sobre la vez que casi rompemos la ducha.

Me aclaro la garganta.

–Está bien, tal vez hay algunas cosas que no se pueden decir. Hagamos una lista.

–Gracias. No soy buena con los padres, Elias. Si no tengo un filtro, los espantaré. –Sage abre el parasol y se arregla el cabello. Se aplica

brillo y mueve los labios como si estuviera memorizando algo. Luego toma su teléfono para anotar–: Muy bien, entonces, nada de sexo, y supongo que eso también deja afuera los chistes sucios.

–¿Qué tal si evitamos todo lo que no hablaríamos con Sean?

–¡Ah, eso está muy bien! –Lo escribe en su teléfono–. Pero ¿qué tal si les decimos que somos perfectos el uno para el otro porque ambos tenemos padres biológicos terribles?

–Dejemos fuera a mi padre biológico. No saben sobre el dinero, y no quiero que se enteren.

Sage guarda el teléfono y su mano encuentra la mía.

–¿Estás seguro de que quieres hacerlo hoy?

Me vuelvo hacia ella en un semáforo en rojo.

–No quiero que dicte ninguna parte de mi vida. No es justo para mí ni para mis padres. Ni para ti. –Estuve dándole vueltas a esto durante semanas, pero cuando Mason encontró la dirección de Elias Johnson, supe que tenía que hacerlo.

No hay lugar para nubes sobre mi cabeza cuando tengo un rayo de sol en las manos.

Sage me acaricia los nudillos para tranquilizarme, pero cuando entro en la finca de mis padres, mira boquiabierta por la ventana. Las puertas de hierro forjado se abren y revelan el largo sendero flanqueado por un jardín meticulosamente cuidado. El aire huele a césped recién cortado y árboles de magnolia en flor. Los favoritos de mi madre. Y si me baso en la colección de velas de Sage, la de ella también. Sage se ríe nerviosa.

–Creo que no estoy vestida para esto.

Su solero floreado le da un aire inocente, no se parece en nada a la chica que me tenía atrapado debajo de ella anoche.

–¿Debería recordarte cuánto me gustan tus vestidos?

–¡No es momento para decir esas cosas! –Suspira.

Nos acercamos a la entrada principal, donde aparco. El sol dorado se refleja en las ventanas del piso al techo en la parte delantera de la casa. Doy la vuelta al auto para abrirle la puerta de Sage, mis padres bajan los escalones de entrada para saludarnos.

Pasan de largo junto a mí y envuelven a Sage en un abrazo tipo sándwich. Observo en estado de shock cómo se ríen de alegría. Sage me mira con los ojos muy abiertos.

–Bueno, la van a aplastar –digo, apartándolos.

–No me molesta –dice Sage, todavía aturdida.

Mi padre da un paso atrás.

–Perdón. En general somos más sofisticados.

–No es cierto –interrumpo–. La primera vez que fueron a verme a un partido, enfurecieron a un grupo entero de padres. El cartel verde que llevaron para alentarme no dejaba ver a nadie. Cuando se dieron cuenta, el partido estaba casi por terminar.

–Hay niños que valoran el apoyo de sus padres –me reprende mamá.

–Yo siempre los valoro. –Le doy un fuerte abrazo. Jane Westbrook es bajita, mide solo un metro cincuenta y siete, así que su rostro apenas llega a mi pecho.

Mi papá me da una palmada en la espalda.

–Nuestros amigos vinieron a ver la final.

Sacudo la cabeza.

–Perdón por la decepción.

–¿Estás bromeando? Jugaste un gran partido, hijo. Hasta los comentaristas lo dijeron.

–Exacto. No se marcan tres goles por casualidad –agrega Sage.

Mi mamá está sonriendo tanto que le debe doler la cara.

–Me alegra mucho por fin conocerte en persona, Sage. ¿Cuánto tiempo se quedarán?

–Nos vamos mañana –respondo. Con los ensayos de Sage, solo tenemos una noche libre.

A mamá no le gusta la respuesta, pero nos hace un gesto para que entremos. El jardín está arreglado para cenar al aire libre, hay una mesa larga decorada con flores y velas. Mi mamá preparó una cena con pollo asado como si fuera un banquete de Navidad. No me quejo porque su comida es mi favorita. Por ella disfruto tanto de cocinar.

Mientras ayudamos a servir la comida y poner la mesa, Sage parece perdida en sus pensamientos.

–¿Estás bien? –pregunto, sacándola del ensueño. Solo se oye el suave tintineo de los utensilios contra los platos y el murmullo de la conversación de mis padres.

–Sí –responde–. Me estoy aclimatando. Nunca antes me había sentado en una mesa como esta.

Cualquiera creería que se refiere a la comida o al patio, pero yo sé que se refiere a la familia.

Mis labios rozan el costado de su sien.

–Parece que soy tu primera vez en algunas cosas.

–En varias –susurra.

Pasamos el plato de verduras asadas y mi padre corta el pollo.

–Entonces, ¿cuánto tiempo llevan juntos? –pregunta.

–Unas semanas.

–Meses –corrijo–. Tres meses.

–Cierto. –Sage se ríe torpemente, escondiendo su rostro detrás de un largo sorbo de agua.

–¿Quién lleva la cuenta? –dice mi madre–. No sé cuánto llevamos nosotros.

Mi padre finge ofenderse.

–Treinta años el mes que viene.

Mi madre le da un beso en la mejilla en una disculpa silenciosa. El resto de nuestra conversación gira principalmente en torno a Sage, y me encanta. Ella parece feliz. Pero cuando pasamos a mis años de adolescencia, me paralizo.

–Avanzaste mucho, Eli –comenta mi madre–. No me gustó cómo cambiaste después del Mundial Juvenil.

–Jane –advierte mi padre.

–Lo siento. –Su voz tiembla y se le llenan los ojos de lágrimas–. Si alguien se mete con mi hijo, no puedo evitar enojarme.

–Mamá, no tienes por qué cargar con esa ira –le aseguro–. Pero lamento haber causado...

–¿Por qué lo lamentarías? En todo caso, nuestro mayor arrepentimiento es haber dudado de ti –interviene.

No tenía idea de que a mi madre le siguiera afectando tanto como a mí. La idea de decepcionarlos siempre me agobió, pero darme cuenta de que los afecta con la misma intensidad libera algo en mi pecho.

–Está bien –digo, pero su expresión sigue sombría.

Sage me aprieta la mano.

–Yo también estaría enojada, pero Elias ha llegado tan lejos que lo admiro todos los días. Hicieron un gran trabajo.

Sus palabras funcionan como un bálsamo que suaviza la tensión del rostro de mi madre.

Durante el resto de la cena evitamos cualquier conversación sobre mi pasado reciente, y mis padres deleitan a Sage con historias de infancia. Es vergonzoso, pero la hacen reír.

Cuando terminamos de cenar, entramos.

–Eli, tu habitación está exactamente como la dejaste. Puse artículos de tocador en el baño –dice, volviéndose hacia Sage con una cálida sonrisa–. Avísame si necesitas algo.

Cuando mis padres se dirigen a la sala de estar, llevo a Sage hacia el lado opuesto de la casa, a mi habitación. A mitad del pasillo, salta sobre mi espalda, yo abro la puerta y la apoyo en mi cama. Mi habitación siempre ha sido gris pizarra con una cama King y un baño privado. Nunca fui de posters o sábanas de colores.

Sage recorre el espacio, su mirada se posa sobre los vinilos que me regaló Kian, la pila de libros en mi mesa de noche, las fotos con amigos y familiares.

Sonríe al ver la foto de mis padres y yo hace algunos años, con camisetas estampadas con una foto de los tres y las palabras "Los Westbrook".

–¿Quieres tener hijos? –pregunta de repente.

La pregunta me sorprende, pero no tanto.

–¿Tú quieres?

Se ríe.

–No puedes copiar mi respuesta.

–Bueno, si los vamos a tener juntos, creo que me gustaría que me dieras tu opinión –digo.

–Tal vez este no sea un buen momento para hablarte de mi marido.

Mira por encima del hombro mi expresión impasible.

–Creo que quiero adoptar.

–¿Sí?

Asiente.

–Tenía mucho miedo de que Sean tuviera que pasar por un hogar de acogida, pero ver a tus padres me dice que hay algo bueno ahí fuera. Y me gustaría ser parte de eso algún día.

No pensé que Sage pudiera ser más perfecta. Pero ella me demuestra que estoy equivocado todos los días. Hace girar el nailon azul de mi cinta del Campeonato Mundial Junior entre sus dedos.

–¿El gran momento?

–Enorme.

La deja.

–¿Lo guardas como recuerdo?

–No es un buen recuerdo.

Se acerca a mi tocador y mira en los cajones como si fuera a encontrar algo. Sus dedos recorren las camisas y pantalones de colores neutros.

–Sabes que existen otros colores, ¿verdad?

Voy hacia ella.

–Creo que tú usas suficiente para los dos.

Mira su vestido de verano amarillo, radiante.

–¿Terminaste con la inspección? –digo.

Sage se desploma en mi cama y me mira como si yo supiera lo que está pensando. Creo que está en lo cierto cuando doy un paso

hacia adelante y sus ojos brillan. Disfrutando de su vibrante anticipación, me doy la vuelta y me apoyo en el tocador.

Nos miramos durante un largo momento.

–¿Cuál era tu truco? –pregunta, levantándose sobre sus codos.

–¿Mi truco?

Pasa una mano sobre el edredón gris.

–Sí, en la escuela secundaria. ¿Cuál era tu truco con las chicas?

Mi expresión debe reflejar la confusión.

Se sienta.

–Si yo fuera una chica a la que quisieras…

–Lo eres.

–¿Qué harías?

–Ya estás en mi habitación, no creo que deba esforzarme más.

No parece satisfecha con mi respuesta. Hace un movimiento hacia la puerta, pero la intercepto antes de que llegue y recorro con los labios el costado de su cuello. Apartando el cabello a un lado, presiono mi nariz contra la curva de su garganta, inhalando el dulce aroma a vainilla.

–Dime lo que quieres –murmuro.

Se da vuelta para que su espalda quede contra la puerta.

–Quiero que finjas.

Cuando Sage pide, siempre se me acelera el corazón. Nunca puedo predecir qué será, pero sabe que, sea lo que sea, se lo daré.

Un escalofrío la recorre cuando dejo que mi cálido aliento caiga sobre su piel sensible.

–Primero, te preguntaría si quieres ir a un lugar tranquilo.

Deja escapar un suspiro de puro placer cuando toma mis antebrazos.

–Sí. Llévame a un lugar tranquilo.

Deslizo mi mano sobre la curva de su trasero, levantando lentamente la tela del vestido.

–Me aseguraría de que estés sobria.

–Lo estoy. –Su respuesta es temblorosa.

Nuestras bocas se rozan y su respiración se entrecorta.

–Entonces te preguntaría si puedo besarte –susurro contra sus labios. No escucho la respuesta, pero se levanta para encontrarse con los míos. Su boca es caliente y demandante, clava las uñas en mis muñecas, para decirme que quiere esto, que me desea *a mí*, ahora.

Se aparta.

–¿No vas a preguntar si estoy soltera? –ronronea, siguiendo el juego. Gime cuando le levanto el vestido hasta la cintura. Dejo que mi mano se deslice sobre la piel desnuda.

–No. –Muerdo su labio inferior–. Porque no me importa.

–Oh, debería importarte, mi novio es enorme. Tenemos que hacerlo rápido. –Intenta llevarme a la cama, pero no me muevo.

–Me estoy tomando mi tiempo contigo. Tu novio puede esperar. –Le beso la clavícula, le subo el vestido por encima de la cabeza. Ver sus pechos hace que mi sangre se caliente. Tomo un pezón en mi boca, y disfruto de cómo se retuerce contra mí. Con un movimiento rápido, engancho el pulgar en el elástico de las bragas y jalo hacia abajo hasta deslizarlas por sus caderas. Mis besos siguen descendiendo por su cuerpo tembloroso y puedo sentir el pulso contra mis labios. Grita cuando apoyo su pierna sobre mi hombro y la aplasto contra la puerta. La casa es grande, mis padres no la

escucharán, y Sage debe saberlo, porque gime fuerte cuando le meto dos dedos.

–Más –grita–. Necesito más.

Al escuchar su pedido entrecortado, mi boca se sella sobre su clítoris y ella tiembla.

–Te ves tan bonita abierta de piernas. ¿Esto es todo para mí? ¿Solo por el sonido de mi voz? –susurro contra su concha resbaladiza.

Cierra los ojos con fuerza, sus dedos se enredan en el pelo largo de mi nuca.

–¿Quieres más?

Gime de placer.

–Sí. Dame más.

Con dos dedos dentro, aumento la velocidad para empatar sus gemidos. Cuando las lánguidas caricias de mi lengua acompañan los movimientos, ella jadea y arquea la espalda.

Curvo un dedo en el ángulo perfecto y, en cuestión de segundos, retuerce los dedos de los pies y su orgasmo se desata. Tiene las extremidades flojas y respira rápidamente cuando vuelvo a su cara.

–¿Tu novio sabe hacer eso?

–No lo sé –jadea–. Deberías hacerlo de nuevo, así puedo comparar bien.

La levanto y la dejo caer en mi cama, su cabello rizado rebota. Si no estuviera tan duro, pasaría una eternidad mirando cada centímetro de ella, grabándolo en mi memoria.

Con una mano en la parte posterior de mi cabeza, me atrae para un beso desesperado. Sus caderas se frotan contra las mías y me aparto para quitarme la ropa, arrojando la camisa, jeans y ropa

interior en una montaña desordenada. Acomodo mi verga en sus piernas, deslizando la punta entre los pliegues resbaladizos. Los ojos de Sage se iluminan con el mismo fuego que siento en mi interior.

Pero entonces su mirada se suaviza cuando le beso la frente.

–Hola, Elias –susurra.

–Hola, cariño.

Sage es franca y segura de sí misma, pero cuando le demuestro mi amor vuelve a ser una niña tímida. Entonces aprieta las piernas a mi alrededor, instándome a avanzar, y siento que no puedo aguantar ni un segundo, así que me hundo en ella.

Se aprieta en mí, toma lo que necesita. Y yo se lo doy todo.

***

–¡Una última foto! –dijo mi madre antes de hacernos quedar una hora más para posar frente a cada árbol fuera de nuestra casa. Mis padres aman a Sage. Lo sé porque esas fotos van a estar en la repisa de la chimenea.

Pero, aunque me siento mejor al verlos después de tantos meses, no puedo dejar de pensar en otro pariente. El cheque en mi bolsillo me quemó un agujero en los pantalones durante el almuerzo. Como Sage tiene que volver para los ensayos, volamos esta noche y tuve que organizarme para poder limpiar el desastre que es mi padre biológico.

Ahora, al tocar la puerta de metal de la casa abandonada en Parkville, soy consciente de que este podría haber sido el lugar al que llamara hogar. Lo era hasta que mis padres hicieron la obra caritativa de su vida y me adoptaron.

Miro por encima del hombro hacia donde está Sage sentada en el coche. Me costó mucho convencerla de que se quedara allí y no me acompañara. El vecindario no es seguro, así que me aseguré de cerrar las puertas con llave. Sin embargo, por la forma en que mira a través de la ventana, sé que está lista para entrar en acción en cualquier momento.

La puerta principal se abre y es como mirarse en un maldito espejo.

Elias Johnson me observa con los ojos entornados y una cerveza en la mano. Lleva una camiseta blanca sin mangas y unos pantalones de chándal manchados; me clava sus viejos ojos castaños con desdén. La mandíbula angular y la nariz recta me resultan familiares. Pero nada en él me hace sentir nostalgia.

Su mirada se dirige al coche de alquiler, un Beamer que se destaca fácilmente en la calle tranquila. Sé que ve a Sage y estoy seguro de que ella también a él, así que doy un paso hacia la izquierda para bloquearle la visión. Somos prácticamente del mismo tamaño, pero yo le llevo unos cuantos kilos de músculo y sus movimientos lentos me indican que podría noquearlo con un solo golpe.

Le tiendo el sobre y sus ojos finalmente se posan en el papel blanco. Me lo arrebata y lo abre con una mano. Saca el cheque y escanea el monto que he escrito. Sus ojos se abren de par en par por el asombro.

–¿Para qué es esto? –Su voz grave parece tensa, como si hubiera estado fumando. Suena diferente, más ronca que la última vez que la oí. Hace cuatro años.

–Esto es todo. Es el último cheque que recibirás de mi parte. Si lo administras bien, debería ser suficiente para tu... estilo de vida –le

digo, dando un paso atrás–. No vuelvas a contactarme nunca más.

Mirarlo es como mirar una parte de mí que perdí en el camino, y, sin embargo, no siento nada con este reencuentro.

Sus ojos se vuelven al auto, como si comprendiera algo.

–¿Crees que esto es suficiente? Estás ganando diez veces más.

Aflojo la mandíbula.

–Porque me esforcé. Todo lo que tú hiciste fue chantajear a tu propio hijo. Entonces, puedes difundir mentiras en los medios, no me importa, pero esta es la última vez que te veré.

Las líneas de ira se profundizan en su frente y tiene una expresión que no puedo identificar con exactitud.

–Oh, a los medios sí que les importará. Márchate y me aseguraré de eso.

Sacudo la cabeza con lástima.

–Hazlo.

Ya no hay ira. No hay nada. Solo siento resignación cuando me alejo de su mirada. Camino directamente al auto, donde está todo lo bueno, y no miro hacia atrás ni una vez.

El aroma de vainilla llena el aire y dibuja una sonrisa en mi rostro mientras saboreo el momento.

–¿Quieres hablar? –pregunta Sage suavemente desde el asiento del pasajero.

–Ahora no, pero estoy bien.

Su sola presencia es suficiente para aliviar la tensión en mis hombros. Busco la billetera en el bolsillo para dejarla en la consola y Sage señala mi mano.

–¿Qué es eso? –Mira mi muñeca.

Sigo su dedo hasta donde el suéter fino se levanta en mis antebrazos, revelando el tatuaje recién cubierto con el vendaje transparente. Había planeado sorprenderla luego.

–Elias, ¿qué es esto? –Su voz vacila cuando jala de mi muñeca.

–Es una planta –respondo. Los tallos se enroscan alrededor de mi muñeca, las ramas cubren la superficie de mi piel en un diseño meticuloso.

Sus ojos se clavan en los míos.

–¿Qué planta?

–Es una salvia. Sage es salvia en inglés.

–¿Una salvia? ¿Fue... fue por eso que desapareciste? –Le tiembla la voz–. Tu mamá dijo que la estabas ayudando con las compras.

–Era cierto –confirmo.

No entiende nada.

–¿Y un tatuaje estaba en la lista de compras? ¿Por qué?

–Ya sabes por qué.

Sacude la cabeza.

–No, la verdad que no.

–Porque te amo y te quiero conmigo todo el tiempo, hasta cuando no puedes estar.

Hay unos segundos de silencio cargado de pensamientos no dichos.

Entonces Sage estalla en una risa llorosa, un sonido contagioso. Se seca los ojos y se sienta allí como si no estuviera segura de cómo lidiar con la situación. Por un segundo, creo que puede ser demasiado, pero entonces se suelta el cinturón de seguridad para mirarme.

–¿Te lo hiciste por mí?

La miro pasmado.

–No conozco a otra Sage.

Se ríe.

–Tal vez te gustaba mucho la planta.

–No, pero creo que amo a la chica.

Entonces se trepa sobre mí y la acomodo en mi regazo. Me abraza. Me abraza como si me necesitara, y es más de lo que podría pedir. El abrazo es una oleada de felicidad, una inundación que momentáneamente ayuda a ahogar el hecho de que pronto estaremos separados. En este instante, todo lo que importa es la calidez de su presencia y la seguridad de que está aquí conmigo.

–Vamos a casa –susurra en el hueco de mi cuello.

Asiento, pero yo ya estoy en casa.

CAPÍTULO 42

Sage

La tensión inunda nuestro último día de ensayos. Fue estresante, y estoy segura de que Elias notó lo silenciosos que fueron nuestros viajes últimamente. Pero no me obliga a hablar. Entrelazamos las manos y escuchamos música todo el camino.

Mientras estoy ablandando mis zapatillas de punta, Ashley se sienta a mi lado sin decir una palabra. Como suplente, estuvo pegada a mí desde el primer día. Es su trabajo, pero su intensidad es demasiada. Hay una irritación palpable que emana de ella cuando me ve actuar con Adam. Resulta que Jason no bromeaba cuando dijo que estaba furiosa de que yo tuviera el papel de la reina cisne, porque los padres de Ashley estuvieron donando al teatro durante años para conseguirle un papel de bailarina principal.

Pero a Zimmerman eso no le importa. No le importa nada más que encontrar a los mejores bailarines. Es el directorio del teatro el que insiste con las redes sociales. Piensan que el ballet es un arte en extinción que solo se puede preservar a través de la nueva ola de entretenimiento virtual. Puede que tengan razón, porque vendimos todas las entradas para el mes de presentaciones de *El lago de los*

cisnes en Toronto, y tenemos entradas reservadas para el año que viene en varios teatros del mundo.

Son muchos viajes, y la Sage de hace unos meses no podría estar más feliz. Pero ahora que encontré mi hogar, es agridulce saber que tendré que estar lejos. Lejos de Elias.

Mientras repaso la coreografía en mi mente, la orquesta empieza a tocar la introducción del primer acto. Tengo unos treinta minutos para beber algo y no desmayarme en el escenario. Ensayo o actuación, la adrenalina es la misma.

La directora de escena me da un golpecito en el hombro mientras habla por sus auriculares con una sonrisa. Me dirijo hacia el escenario y veo a Adam del otro lado, esperando para hacer su entrada. Parece nervioso, como si acabara de vomitar, pero Ashley le susurra al oído y él asiente. Pero cuando me mira a los ojos, veo una nube oscura.

El *pas de deux* del Cisne Blanco resuena en el teatro y, cuando nos ponemos en posición, no siento la usual confianza de Adam.

–Están demasiado rígidos. ¡Parecen dos troncos! Relájense –grita Zimmerman, su voz se vuelve más frustrada con cada movimiento–. ¡Atácalo, Sage! Devora la sala.

Intento hacer exactamente eso. Pero cuando Adam me levanta, siento que todo está mal. Intento enderezar su agarre, pero se tambalea y siento la caída antes de tocar el suelo.

Todo sucede en cámara lenta. Mis sueños pasan como una película frente a mí cuando aterrizo en el suelo con un ruido sordo. Hay un suspiro colectivo de horror. Un grito desgarra mi garganta y el dolor punzante me recorre la pierna y la columna.

Estoy paralizada de miedo y siento un latido en el tobillo. Todo el teatro se queda en silencio.

Adam maldice y se toma la muñeca.

–Denle espacio –grita Zimmerman, y su voz de pánico hace que mi ansiedad se dispare. Mi corazón late tan fuerte que apenas puedo diferenciar entre el ardor que siento en los pulmones y el que siento en la pierna–. ¿Puedes pararte?

Esto no va a terminar así.

No consigo formar palabras para responderle a Zimmerman, pero no hace falta porque la asistente de primeros auxilios de la compañía corre junto a mí. Me toca y me pincha el tobillo para comprobar la reacción. Me duele, pero el escozor ya se atenuó. La miro desesperada y ella sonríe. Con los brazos alrededor de mi torso, me ayuda a ponerme de pie. Me aterra apoyar peso sobre mi tobillo, pero cuando finalmente lo hago, casi me desmayo de alivio. Ahora que estoy de pie, el dolor es solo un latido sordo que sentí incontables veces, y cuando giro el tobillo, el dolor no aparece.

Exhalo.

–Estoy bien –anuncio–. No está roto.

Se oye un suspiro de alivio. Jason me da una palmadita en la espalda. Pero solo puedo concentrarme en el único bufido de frustración, y sale de Ashley, que se retira furiosa con Adam corriendo tras ella.

Nota mental: cuida tu espalda.

CAPÍTULO 43

Elias

Encontrar a tu novia en el suelo con un encendedor y un zapato puede ser una situación extraña para cualquier otra persona, pero yo salgo con una bailarina.

Sage quema los extremos de las cintas de sus zapatillas de punta con la llama mientras murmura algo para sí.

–¿Vas a provocar otro incendio? –pregunto.

Sage se sobresalta. Pone los ojos en blanco y me lanza una zapatilla. La atrapo y me uno a ella en el suelo.

Me mira, se ríe y me doy cuenta de cuánto extrañaba ese sonido. Estuvo tan absorta en sus ensayos que no pudimos relajarnos.

–¿Dormiste? –le pregunto. Mis pesadillas fueron menos intensas y se lo debo a Sage. Pero sé que su insomnio no mejora con el estrés de los ensayos. Las arrugas de cansancio bajo sus ojos lo confirman.

–Me siento descansada. Pero creo que no debería haberme acostumbrado a dormir contigo –dice.

No me gusta eso. La distancia es inevitable para nosotros, pero no quiero que me lo recuerde.

–Es solo por un año.

–Pero después de eso tendré otras producciones –dice mirándome a los ojos–. El ritmo es implacable.

Le devuelvo la zapatilla de punta, rozando mi mano con la suya.

–Lo resolveremos.

Sage se concentra en cortar las cintas de su otra zapatilla. No habla durante un largo rato y luego suspira.

–No sé si puedo hacerlo.

Sus palabras retumban en mis oídos y no sé si la escuché bien.

–¿Hacer qué?

–La obra.

Levanto la cabeza en shock. Nunca hubiera dicho eso hace un mes. La cagué al dejarla perderse en este mundo. Tiene que encontrar un equilibrio. Es lo primero que aprendemos en el hockey.

–¿Qué dices?

–Toda mi vida estuve huyendo. De la gente, de mi pasado y de mi realidad. –Le tiembla la voz–. Pero ahora, contigo, no siento la necesidad de correr. Estoy bien donde estoy. Creo que quería unirme a la NBT porque me daba otra razón para seguir corriendo. Siento que hace años estoy persiguiendo esta versión perfecta de mí misma.

No fue eso lo que dijo en nuestra primera cita, y sé que esa era la verdad. Es lo único que le dio un propósito. No te rindes por un contratiempo.

–No tenías que seguir corriendo, Sage. Tenías que crecer, y eso hiciste. La Sage que me dijo que su objetivo era llegar a ser tan buena como Misty Copeland no es la misma que dice que dejará ir su sueño por un mal día.

–Pero no es solo un mal día –argumenta–. Esa Sage no vio pasar toda su carrera ante sus ojos cuando casi se lesiona el tobillo durante un ensayo para el espectáculo más importante de su vida. Mi compañero de escena me dejó caer, y creo que fue a propósito. Sé que no me quieren allí y esperan que me derrumbe por la presión. Estoy arriesgando todo para ser la bailarina principal, pero es como si tuviera un objetivo dibujado en la espalda.

–¿Cómo que te dejó caer a propósito? –La incredulidad me recorre la espalda como una línea de fuego. Después de recoger a Sage rengueando de su último ensayo, me preocupé. Tuvo que ponerse hielo, descansar, y hacer algunas noches de autocuidado para aliviar el dolor. Saber que alguien puede haberla dejado caer a propósito enciende una rabia en mi interior–. Tenemos que hablar con el director. Eso es inaceptable.

Descarta la idea.

–No funciona así. No voy a acusarlos sin ninguna prueba. Estuve entrenando durante semanas y siempre algo sale mal. Zimmerman se da cuenta y no se conforma con menos que lo mejor.

Poco a poco, la verdadera razón detrás de sus palabras se vuelve clara. Nunca quiso renunciar, solo tiene miedo de no ser lo suficientemente buena.

–No van a rendirse tan fácil contigo, Sage.

Se quita los zapatos y se pone de pie para caminar hacia la ventana.

–¿Y si ya lo hicieron? –susurra.

La sigo.

–¿La liga se rindió conmigo?

–No, pero porque demostraste tu valía.

–¿Y no crees que puedas hacer lo mismo? –No responde, así que insisto–. ¿Tú creías en mí, Sage?

Se da vuelta con un nuevo fuego en su interior.

–Siempre creí en ti.

–¿Y me esperaste?

Mira al suelo y murmura:

–Con mucha paciencia.

La agarro por la cintura y le doy un beso suave en la sien.

–Con mucha paciencia. Y mira a dónde nos llevó eso.

–¿A compartir un apartamento?

Cuando muerdo su oreja, se ríe.

–Nos trajo algo que nunca pensamos que tendríamos.

Tomo su mano y la giro para besarle el interior de la muñeca.

Su pulso delata sus sentimientos. Me demoro: uno, dos, tres besos seguidos.

–Si alguien lo entiende, soy yo. No tienes que fingir que estás bien, pero nunca te dejaré dudar de ti. No hay nada que pueda apagar tu luz, y si crees que sí, lo aplastaré antes de que te toque.

Se da vuelta en mis brazos para mirarme.

–Pero hablo en serio sobre no correr más, Elias. Quiero quedarme contigo y con Sean. No necesito nada más que eso.

Acaricio la suavidad de su mejilla con mi palma.

–Eso es lo bueno del amor. Siempre estaremos justo donde nos dejaste. Amándote y apoyándote.

–Pero sería feliz contigo y enseñando en el estudio –insiste–. No hay nada que quiera más que demostrártelo.

–Si pudiera esposarte a mí, lo haría. Pero eres una estrella, Sage Beaumont, y tu brillo es demasiado precioso como para ocultarlo. –

Una lágrima se desliza por su mejilla, pero la limpio–. El estudio estará aquí cuando regreses, pero ahora, sabes lo que tu corazón quiere.

–Vaya, realmente quieres deshacerte de mí, ¿eh? –bromea.

–Ve a brillar, Sage. –Sostengo su rostro entre mis palmas–. Seguiré aquí cuando regreses.

***

Enseñarle a cocinar a mi novia es más difícil de lo que esperaba. Sage tiene talento para muchas cosas, pero no para la cocina.

Después de preparar sus zapatos para mañana, me pidió que practicáramos algunos levantamientos porque le preocupaba ser demasiado pesada para su compañero, Adam. Una ridiculez. Me ofrecí a recordarle a Adam que hay consecuencias por dejar caer a mi novia, pero se opuso. Nuestra sesión de práctica rápidamente se convirtió en una recreación de *Dirty Dancing*. Lo logramos en el primer intento.

Ahora, estamos en nuestro segundo intento de cocinar el pollo para esta noche porque la pieza de prueba se quemó. Dice que está demasiado ansiosa como para cocinar.

Cuando escucho un chisporroteo, miro la sartén y veo una nube de humo.

–¡Muy caliente! –Corro hacia ella, tomo un paño de cocina y aparto la sartén del fuego–. Cuando humea así, significa que el aceite se está quemando –explico.

–¿No se supone que tiene que estar caliente? –Sage hace puchero, sosteniendo las pinzas en su mano–. No soy buena para

esto, Elias. La última vez que cociné, recalenté una lasaña congelada y se incendió –admite.

Apago el fuego para evitar que queme el pollo nuevamente.

–Lleva tiempo dominar la cocina y me gusta enseñarte. Pero no es necesario que aprendas, cariño. Puedo ocuparme yo. –Por el bien de todos los que vivimos en este edificio. O la peor pesadilla de los bomberos no serán solo sus velas.

–No, quiero aprender. Cocinaré la próxima vez que vengan tus amigos.

Asiento con la cabeza. Hay cosas peores que una intoxicación alimentaria.

Entonces la puerta principal se abre de golpe y Aiden entra a la cocina.

–A la sala de estar, ahora.

Está despeinado como si hubiera subido corriendo las escaleras en lugar de tomar el elevador. Miro a Sage antes de seguirlo. Enciende Sportsnet.

Entonces veo mi cara. Bueno, la cara de mi padre biológico.

–¿Qué está haciendo? –pregunta Sage.

Elias Johnson tropieza en la pantalla. Tiene los ojos vidriosos por la intoxicación, la camisa blanca, manchada y arrugada, y el cabello largo y grasiento. Está borracho como una cuba, y es evidente por la forma en que se balancea en el atril.

Debería haber esperado esto. Lo esperaba. Pero verlo en televisión me hace apretar el puño. Está queriendo manchar mi nombre, y me parece ridículo que un medio se lo permita.

Esto no hace más que confirmar que los medios de comunicación solo nos ven como monos. Aiden se queda de pie junto al televisor,

con la mandíbula apretada por la ira. Me muevo para sentarme en el sofá y Sage se sienta a mi lado, con su mano en mi palma. La aprieto.

–No puedo creer lo que está haciendo.

Mi teléfono suena en algún lugar, pero no voy a contestar.

El teléfono de Aiden suena después.

–Es Mason –informa antes de ponerlo en altavoz.

La voz de Mason suena tranquila, pero hay un dejo de pánico reprimido.

–Eli, lo siento mucho, no estaba al tanto de nada. Es inaceptable. Estamos tratando de cortar la transmisión, pero...

–Mason, déjalo hablar. Si no lo hace ahora, encontrará otra manera.

–Eli...

–Debería haberlo hecho hace tiempo.

–Mi hijo no es quien creen –comienza Elias Johnson. Oír la palabra hijo de su boca me hace hervir la sangre de rabia–. Esos ricos que todos ustedes conocen como los Westbrook, a los que él llama sus padres, sí, taparon el escándalo… –Deja de hablar de repente, inclinándose hacia adelante en el atril.

Los periodistas lanzan preguntas detrás de la cámara mientras él se recompone. Una capa de sudor cubre su rostro pálido, y sus manos tiemblan mientras acomoda los micrófonos.

–Todo comenzó en el Mundial Juvenil. Cubrieron los excesos de Elias y él me pagó –continúa, su discurso es inconexo y errático–. Lo vi todo con mis propios ojos, y como su padre, me preocupa. Mi hijo está consumiendo dr…

Espero que las mentiras salgan de su boca y envenenen las ondas de radio con sus acusaciones de borracho. Nada de esto me da miedo, pero saber que mis padres tendrán que revivirlo y sentirse culpables me enoja. Entonces, tan rápido como empezó a hablar, se agarra el pecho, cae del escenario y se estrella contra los periodistas que están frente a él.

–¿Acaba de...? –se pregunta Sage en voz alta.

Aiden resopla:

–Creo que se desmayó.

Por un momento, hay un silencio atónito en la pantalla, luego estalla el caos cuando los periodistas se apresuran a ayudarlo a levantarse. Pero no puedo evitar sentir una sensación de satisfacción sombría mientras veo su patético espectáculo.

La transmisión de repente corta a una pausa comercial y Aiden apaga el televisor. Espero sentir enojo, tristeza, resentimiento, pero no aparece nada. No estoy seguro de si tuvo un ataque cardíaco o el alcohol lo hizo caer, pero no me importa averiguarlo.

–Nadie lo dejará volver a la televisión después de eso –comenta Aiden.

Sage me frota la espalda con la mano.

–¿Estás bien?

Miro a Aiden y luego veo su mano en la mía.

–Ya me lo esperaba. Si quiere volver a salir en televisión, estoy seguro de que Mason hará todo lo posible por impedirlo, pero si no, me ocuparé del asunto.

–*Nos* ocuparemos –corrige Aiden.

Tiene razón, porque sé que tengo una verdadera familia, y nada de lo que nadie haga o diga puede arrebatármela.

CAPÍTULO 44

Sage

Es la noche del estreno, y mis tres muchachos están sentados en la tercera fila, justo en el centro, como les dije. Mi tío, Sean y Elias hojean el programa y hablan animadamente entre ellos. Tengo que mirar dos veces cuando descubro que mi exprofesora, Madame Laurent, toma la mano de mi tío y él le roza los nudillos con los labios. Un extraño calor me llena el corazón en lugar de los nervios habituales. Justo cuando me dispongo a pasar a bambalinas, Elias le hace un gesto a alguien detrás de él y me quedo helada.

Sus amigos (*nuestros* amigos) Aiden, Summer, Dylan y Kian avanzan por la fila para ocupar sus asientos. La familia que está detrás de ellos observa con los ojos muy abiertos, como si acabara de reconocer a los gigantescos jugadores de hockey. Entonces Jane e Ian Westbrook bajan los escalones del teatro hasta sus asientos. Me arden mucho los ojos, pero no puedo arruinar el maquillaje con lágrimas.

La orquesta toca la *Introducción* de Tchaikovsky. Veo el primer acto desde el costado del escenario y repaso mentalmente la coreografía del segundo.

–Sage. –El director de escena me da un golpecito en el hombro–. Entrada de Cisne Blanco en treinta.

Regreso a mi camerino para ver si tengo que hacer algún retoque de último minuto y noto que la puerta de Adam está entreabierta. Se escuchan voces y, cuando me acerco, me doy cuenta de que él y Ashley están discutiendo.

–¡Te pedí que hicieras una cosa por mí! ¿De qué tienes tanto miedo? –dice.

Adam exhala con fuerza.

–No puedo hacerlo, Ash. Es poco ético.

–¡Poco ético es haberme esforzado tanto para llegar hasta aquí y verme obligada a mirar desde afuera! Si no puedes hacer esto por mí, Adam, terminamos.

Entonces la puerta se abre y me quedo congelada en el lugar. Ashley está de pie frente a mí, vestida con un disfraz de Cisne Blanco idéntico al mío. No va a pasar.

–¿Sage? –dice Adam, corriendo hacia la puerta–. ¿Q-qué haces aquí?

Aparto la mirada de una Ashley furiosa.

–Quería hablar.

Adam se encoge bajo la mirada de Ashley, ella sale furiosa y Adam me hace pasar.

–Perdón por eso. –Se sienta en su silla de maquillaje para arreglarse el pelo frente al espejo–. ¿Qué pasó?

Desde que nos conocimos, nunca me ha prestado tanta atención. Inmediatamente sospecho.

–Sé que nos viene costando ese levantamiento. Pero lo hicimos bien durante semanas, y algo comenzó a fallar en los últimos días.

Creo que nos falta concentración, y eso es lo que nos desorienta. Pero si nos concentramos el uno en el otro, podemos lograrlo. Lo sé.

Me mira a través del espejo y un pequeño destello de compasión atraviesa sus ojos.

–Sí. Tienes razón, lo haré. Me concentraré y todo eso.

No suena convincente, pero asiento.

–Por cierto, entiendo que ser suplente es difícil, así que cualquier sentimiento de Ashley es válido. Pero no dejes que eso cambie la forma en que desempeñas tu papel protagónico.

Voy dando grandes zancadas hacia mi camerino para prepararme para el siguiente acto. Cuando voy a salir, noto las flores sobre el tocador: peonías, en tonos rosa y blanco. Un cuadrado blanco de cartulina sobresale del ramo y me llama la atención. Lo tomo para leerlo.

Déjate puesto el traje de Cisne Negro. Quiero ver
cómo te lo quitas esta noche. Elias

Me río, tratando de evitar que las lágrimas manchen mis mejillas. Creo que encontré mis flores favoritas. Mientras me seco los ojos con un pañuelo, escucho el anuncio del segundo acto.

–Hora de brillar, Sage. –El director de escena me hace una señal para que vaya hacia el escenario. Veo a Adam y Ashley al otro lado, discutiendo de nuevo. Entonces Adam exhala y asiente, besándola suavemente. No dejo que eso me distraiga y me alejo de mi cuerpo para dejar que el Cisne Blanco tome el control.

Inmediatamente, me muevo al centro del escenario, donde es nuestro primer levantamiento. Adam ejecuta un agarre tambaleante

que me provoca una punzada de pánico en el pecho. El foco nos ilumina y mantengo la compostura, dejando que mis ojos se desvíen solo por un segundo para ver a mi familia en la primera fila.

Luego me apoya en el suelo sin mucha delicadeza y pierdo el equilibrio. Es un paso en falso evidente, pero me recupero rápido. Cuando me hace girar sobre él, lo miro enojada.

–¿Qué estás haciendo? –susurro con una sonrisa tensa.

Sus ojos delatan una sombra de incertidumbre que envía un escalofrío por mi columna vertebral. Nuestros movimientos en las secuencias restantes son vacilantes, descoordinados y desincronizados. Cuando el telón se cierra, la rabia hierve bajo mi piel.

–Parece que se les acabó la suerte de principiantes –bromea Ashley, pasando a mi lado para unirse a Adam, con una sonrisa siniestra en los labios.

–¿Qué fue eso? –grita Zimmerman, mirándonos.

Un silencio inquietante reemplaza el caos detrás del escenario.

Ashley se para a su lado.

–Aubrey, si necesitas que intervenga...

–Basta –la interrumpe bruscamente, levantando la mano mientras gira hacia nosotros–. Arruinaste el primer levantamiento. Nos queda un acto entero por delante. ¿Qué diablos está pasando?

–Lo intento, pero está desbalanceada –interviene Adam.

Lo miro con furia.

Zimmerman apunta a Adam con el dedo.

–Asume la responsabilidad de tu falta de fuerza. Arréglalo, o lo arreglaré por ti. –Luego se vuelve hacia mí–. Estás pensando

demasiado. En la audición vi lo que eres capaz de hacer. Dame lo que vinimos a ver, Sage.

Asiento.

–Puedo hacerlo.

–Qué bueno. Porque no tienes otra opción.

Zimmerman se marcha furioso y un suspiro se queda atrapado bajo mi caja torácica.

–Adam te está boicoteando –dice Jason, acercándose a mi lado. Está vestido de negro para representar al malvado hechicero Rothbart. Nuestra rutina es la siguiente y sé que al menos con él saldrá bien–. Zimmerman tiene que poner al suplente de Adam.

No puedo hablar. Aprieto el hombro de Jason y me dirijo a mi camerino a ponerme el disfraz de Cisne Negro para el tercer acto. La maquilladora es rápida. Me rocía el pelo con spray, añade la corona negra y un delineado de ojos dramático. Cuando se va, por fin puedo caminar en círculos como una lunática. Hago ejercicios de respiración e imaginación, pero nada me calma. Las lágrimas amenazan con brotar de mis ojos justo cuando alguien toca la puerta.

–¡Un segundo! –grito, secándome rápidamente los ojos.

–Sage.

La voz casi me quiebra. Abro la puerta y deslizo mis brazos en el fuerte abrazo de Elias. Nos quedamos así por un momento.

–¿Tan mal estuve que tuviste que venir a ver cómo estaba?

Se aparta.

–Me dejaste sin aliento, pero vine porque creo que tenías razón. Adam está boicoteando el levantamiento. Lo hice contigo y sé que no debe verse así.

Parpadeo para evitar que las lágrimas caigan.

–No sé qué hacer. No puedo bailar como debo. Como lo practiqué.

–Nadie puede eclipsar tu luz. –Lo dice con tanta intensidad que no tengo más opción que creerle–. Dime qué necesitas que haga y lo haré.

Lo acerco más y él derrama su calidez en una caricia.

–Esto alcanza.

Sé que Elias haría cualquier cosa por mí, pero esta vez tengo que hacerlo sola.

El anuncio del segundo acto en diez suena a nuestro alrededor.

–¿Estás bien? –pregunta Elias.

Asiento.

–Gracias por las flores.

–¿Ya decidiste cuáles son tus favoritas?

–Sí, pero quiero que adivines.

Sonríe mientras me da un beso en los labios y, cuando se aleja, lo arrastro hacia mi boca de nuevo. Ese simple contacto alivia el pánico que ahoga mi corazón.

–Por fin tienes tu beso de buena suerte, ¿eh?

–Creo que voy a necesitar otro –digo–. Ya sabes, para compensar los que me faltaron.

Con este beso, se entrega. Me permite verter todas las emociones que inundan mi mente en él y tomar su calma. Con un cálido roce de su lengua con la mía, siento que una satisfacción me invade.

Elias me levanta la barbilla.

–¿Estarás bien?

La noche del estreno no fue como la había soñado, pero sé que no la cambiaría por nada.

–Sí, solo tengo que relajarme.

–Puedo ayudarte con eso. –Sonríe con picardía.

–¡Sal de aquí! –lo empujo–. Te vas a perder el gran final.

–Si me quedo treinta segundos más, lo veré aquí mismo. –Se da un golpecito en el muslo.

–Cállate, Elias. –Me río mientras lo acompaño fuera de mi camerino, y él me lanza una sonrisa brillante antes de caminar por el pasillo. Mi sonrisa desaparece cuando miro la puerta de Adam, que dice "Príncipe Siegfried".

Respiro hondo. Voy a resolver esto. No seré complaciente esta vez.

Toc, toc, toc.

Adam abre la puerta, me ve y comienza a cerrarla de nuevo, pero antes de que pueda cerrarla por completo, la trabo con la zapatilla de punta.

–No sé qué estás tramando –empiezo–. Pero si lo que buscas es sabotearme, no funcionará. Seguiré actuando aunque me rompa una puta pierna. No puedes quitarme esto, Adam. Así que, piensa bien qué estás haciendo o voy a pedirle a Zimmerman que ponga a tu suplente para el último acto.

Cuando me doy vuelta para retirarme, me frena tomando con firmeza mi muñeca. Instintivamente me aparto.

Suspira.

–La cagué. Tengo tanta presión de mis padres, de los de Ashley, de toda la maldita compañía. Ya no sé a quién complacer.

Se pasa una mano por el cabello, y esa es la primera vez que noto las ojeras bajo sus ojos. Son oscuras y arrugadas, como si llevara tiempo sin dormir. Su rostro cansado me provoca una cierta empatía.

–Cisne Negro en cinco –dice la directora de escena mientras pasa junto a nosotros.

Como si estuviera encarnando a Odile en persona, me libero de la necesidad de decirle a Adam que está bien y que lo que hizo no fue su culpa. Esas palabras nunca salen.

–Mira, estamos en el tercer acto, y si no puedes resolverlo, no es mi problema. Pero es momento de elegir para quién estás haciendo esto, y si vale o no la pena.

–Sage…

–Es tu decisión, Adam –le digo, interrumpiéndolo. Me dirijo al escenario para el tercer acto. La escena con Jason sale perfecta. Él lee cada uno de mis movimientos y me saca una oscuridad que me hunde en el personaje. Adam tiene una pequeña participación en la que nos observa actuar. Cuando las cortinas se cierran de nuevo, la multitud ruge con aplausos.

–Eso es lo que quiero ver –dice Zimmerman–. Buen trabajo.

Los elogios hacen que Jason y yo gritemos todo el camino hasta mi camerino. Rápidamente cambio del Cisne Negro al Cisne Blanco. Cuando la maquilladora se va, escucho gritos desde la habitación de Adam al otro lado del pasillo.

Me asomo con cautela por la puerta y la suya se abre con fuerza, revelando a Adam de pie con la puerta abierta de par en par. Ashley está detrás, el pecho agitado de rabia.

–Terminamos –declara con voz firme y resuelta.

El intercomunicador interrumpe sus miradas.

–Cinco para el último acto. Todos los bailarines...

–Estoy cansado de esto. Cansado de ti –insiste Adam, su frustración es palpable–. Vete.

–Pero, amor… –intenta Ashley.

–¡Basta, Ashley! –la interrumpe Adam bruscamente–. Vete, o les diré a todos la verdad: que querías que saboteara a Sage para quedarte con su papel.

Mi corazón late lento por la revelación. Lo sospechaba, pero escucharlo enciende la ira en mi interior. Siento una gran satisfacción cuando Ashley grita y se va furiosa por el pasillo.

Una ráfaga negra pasa a mi lado, dirigiéndose directamente hacia Adam. Es Jason, que sigue vestido como Rothbart, avanzando con determinación. Adam se tambalea hacia atrás, tomado por sorpresa, y Jason lo empuja hacia su camerino.

–¡Imbécil!

–Jason –grito, corriendo para alejarlo de Adam–. No vale la pena.

Sus ojos brillan con una ira al rojo vivo.

–Es repugnante. ¿Escuchaste eso?

Adam solloza, con la voz espesa por el remordimiento.

–Lo siento mucho, Sage. Me estaba enfermando. Nunca debí haber aceptado. Por favor, créeme.

La tensión se ve exacerbada por otro anuncio.

–Dos minutos para que suba el telón.

Oigo una voz furiosa resonar por los pasillos.

–¿Dónde están mis bailarines principales? –Zimmerman transmite tan amenazante que salgo tambaleándome de la habitación.

–Tenemos que decírselo a Zimmerman –me insta Jason.

Sacudo la cabeza.

–Tenemos que actuar.

–Sage.

–No, Jason –digo con firmeza–. Todos han trabajado demasiado para llegar aquí, y no voy a dejar que arruine esta producción.

Elias tenía razón; nadie puede eclipsar mi luz, y no permitiré que Adam la haga parpadear. Con ese pensamiento resonando en mi mente, camino con determinación hacia Zimmerman. El alivio lo invade cuando me ve y hace un gesto hacia el escenario a la izquierda.

–¡Vamos, vamos, vamos!

Y me voy.

La emoción se apodera de mi cuerpo y fluyo con la música. Adam baila como la perfección encarnada. No hay ni un rastro del desequilibrio que vi en su camerino. Vierte la emoción de su actuación en la mía, como si se estuviera soltando y haciendo lo mismo por mí. No puedo evitar la sonrisa que brilla cuando completa un levantamiento perfecto. Ni un solo temblor en sus manos, pura elegancia.

En la versión de Zimmerman de *El lago de los cisnes*, los amantes no encuentran su fin en el último acto. El príncipe Siegfried libera a Odette de la maldición del malvado hechicero, y ella se deshace de la oscuridad de Odile para convertirse en su verdadero yo.

Con cada levantamiento, siento una sensación de libertad que me invade. El pánico de antes se disipa, reemplazado por una confianza serena. La orquesta avanza hacia el final y completamos nuestro *pas de deux*. El foco brilla sobre mí, resaltando nuestro movimiento final, y por un momento, el tiempo parece detenerse.

Como gotas de agua, la satisfacción cae sobre mi piel y corre desde mi cabeza hasta los dedos de los pies. Es como una oleada de victoria que se instala en lo profundo de mi mente que

constantemente me dice que no soy lo suficientemente buena. Se siente como una revelación. Como un abogado que acaba de ganar un caso judicial que lleva décadas, o una persona perdida en el mar que finalmente es rescatada. Esas emociones se enroscan como una cinta en mi mente y mi corazón, prácticamente puedo ver los años de duro trabajo emanar de mi cuerpo.

Esperé toda la vida a que alguien me diga que valgo la pena. Que vale la pena elegirme, que vale la pena quedarse conmigo, que vale la pena amarme. Que me diga que mis sueños son alcanzables y que no seré otra estrella caída. Elias me lo dijo a cada paso, pero nunca hice el clic de verdad hasta este momento. Hasta que me convencí a mí misma.

La música se detiene y nos quedamos congelados en el lugar. La multitud estalla en aplausos, sus vítores resuenan en todo el teatro. Las rosas caen a mis pies y una peonía rosada aterriza en el centro del escenario. Sus delicados pétalos parecen brillar en medio del mar de flores rojo sangre.

Aunque no puedo verlo, mi sonrisa se hace más grande. Porque sé que no importa cuán lejos estemos, siempre habrá un pedazo de mi corazón que le pertenece a Elias Westbrook.

Nota mental: cuando se cierra una puerta, rompe la ventana.

CAPÍTULO 45

Elias

—¿Por qué tengo que tener los ojos vendados? ¿Es una nueva perversión? —pregunta Sage. Está rengueando pero no dice nada sobre lo dolorida que debe estar. La dejaré fingir por ahora, pero me muero por darle uno de nuestros baños.

Nuestros. He estado esperando tanto tiempo para poder decir eso y no tener ninguna duda de que es verdad. Ahora sé que nunca habrá duda. Me tomó horas salir del teatro después de su actuación, pero me quedaría toda la noche para poder ver a Sage sonreír así. Iba a grabarla, pero estaba tan fascinado que no podía dejar de mirarla.

Todos insistieron en venir al espectáculo, especialmente mis padres. Nuestros amigos y familiares solos ocupaban una fila entera, y la reacción de Sage hizo que el caos previo valiera la pena. Cuando nos recibió en el vestíbulo, estaba muy contenta de ver a nuestros amigos.

Ahora, una mezcla de olor a humo y tierra nos rodea. La luz de la luna y su reflejo en el agua iluminan el camino hacia su sorpresa.

–Ya verás. Un momento –digo mientras caminamos por el estacionamiento.

–¿Es un castigo por hacerte sentar con mi tío durante tres horas?

Me río entre dientes.

–Teníamos a Sean en el medio. Estuvo bien.

Recuerdo la conversación que tuve con Marcus hace semanas. A pesar de todo, sé que reconoce cuánto me importa su sobrina y tiene que quererme al menos un poco por eso.

Cuando los pies de Sage tocan la arena, porque se negó a usar zapatos, jadea y aprieta mi mano aún más fuerte. Estoy seguro de que oye el sonido de las olas rompiendo y el susurro de los árboles que nos rodean. Hay una fogata y nuestros amigos intentan hacer silencio; me detengo frente a ellos.

–Muy bien, ¿lista?

Sage asiente y le quito la venda de los ojos.

–¡Sorpresa! –gritan todos.

Siete sillas. Una fogata. Una mesa llena de comida rápida. Y toda la gente que amamos.

Los mira boquiabierta. Luego se da vuelta para mirarme a mí, sus ojos brillan por el fuego y las lágrimas brotan de sus hermosos ojos color avellana. Quiero envolverla en mis brazos y nunca soltarla.

–¿Esto es para mí?

–Siempre es para ti.

La última vez que estuvimos aquí, estaba seguro de que la persona que terminara con Sage Beaumont nunca se aburriría. Es una estrella, y por mucho que lo negara entonces, quería que me iluminara, quería atraparla cuando se escapara del cielo.

Los ojos de Sage se llenan de lágrimas, y cuando parpadea, una lágrima cae por su mejilla. Todavía está en shock cuando le doy un beso en los nudillos.

Summer se acerca a nosotros con Aiden detrás.

–Estamos orgullosos de ti, Sage. ¡Estuviste increíble! –La abraza y la guía hacia donde Dylan, Kian y Sean nos esperan.

Sean es el siguiente en abrazarla. Está creciendo y Sage parece más pequeña a su lado.

–¿Dirías que vale la pena? –pregunta Aiden.

Mi mejor amigo me mira con petulancia. Como si supiera que, si me hubiera acobardado, habría pasado el resto de mi vida lamentando seguir sin Sage.

–Cada maldito segundo.

No importa cuántas veces Sage y yo tengamos que dormir separados, sé que cuando finalmente está a mi lado, nada se compara con la forma en que nos entendemos.

Comemos y hablamos con nuestros amigos. La sonrisa de Sage es contagiosa. En un momento, Kian sugiere karaoke y le pide a Sean que sostenga su teléfono para leer la letra de una canción de amor. Observo a Sage reír con nuestros amigos desde mi asiento frente al fuego. Me resulta imposible apartar la mirada de ella.

Cuando me mira, no me molesto en disimular. Una sonrisa se dibuja en sus labios, entrecierra los ojos, camina alrededor del fuego hacia mi silla y se deja caer en mi regazo. Su cabello ondea al viento y el aroma a vainilla ahoga mis sentidos.

–Summer está muy interesada en cuántos piercings tiene cada uno –dice Sage.

Gruño.

–¡Basta, Preston!

Desde que Aiden confesó que se hizo un tatuaje por una apuesta y se le escapó que uno de nosotros tiene un piercing, Summer ha estado tratando de averiguar quién. Gracias a Dios aún no lo ha descubierto.

Summer me saca la lengua.

Revoleo los ojos y acomodo a Sage en mi regazo. Ella me da un golpecito en el pecho.

–Tengo una queja contra ti, Westbrook.

–¿Sí?

Toma su teléfono del bolsillo y me muestra la pantalla.

–Rompiste todas las reglas.

Es la lista que hicimos ese día en su apartamento, y tiene razón, rompí todas y cada una de ellas. Hasta la última, que era en broma. *Nada de enamorarse*.

–¿Yo? Fuiste tú en una posición similar la que rompió las reglas contra un muslo. –Suelto una carcajada, pero su mirada fulminante me corta en seco. Sage intenta moverse de mi regazo, pero la agarro con más fuerza–. Tienes razón, todo fue culpa mía. Supongo que eso significa que tenemos que hacer nuevas. Pero esta vez sin fecha de caducidad.

Esa respuesta la satisface porque se acurruca contra mí.

–No te merezco.

Le levanto la barbilla y la obligo a mirarme a los ojos.

–Primera regla. No puedes decir eso, nunca más.

Revolea los ojos, pero igual me besa.

–Qué asco –murmura Sean cuando pasa a nuestro lado para tomar una bebida de la nevera. Se hace el disgustado, pero sé que

está feliz de ver por fin a su hermana hacer algo por ella.

–Las chicas ya no tienen piojos, Sean –bromeo.

Me mira fastidiado.

–Acabas de bajar unos cuantos puestos. Creo que Dylan y Kian me caen mejor.

Por supuesto, Aiden sigue reinando en el puesto número uno.

–Intenta vivir con ellos durante cuatro años, cambiarás rápido de opinión.

–¡Oye! –grita Kian al otro lado del fuego–. Te encantó.

–Es verdad. Eli jugaba a ser papá –dice Dylan–. Sage ya lo debe saber.

Sage hace arcadas. Summer toma el malvavisco que Aiden está tratando de asar y se lo lanza a Dylan.

Lo atrapa con la boca. Idiota.

Sean pone los ojos en blanco (como su hermana), y Kian le cuenta sobre la vez que se cayó al océano.

–Entonces, ¿las demostraciones públicas de afecto siguen siendo un no? –pregunta Sage, observándome.

Nuestros amigos están a solo unos metros. Ni una sola vez miré a mi alrededor en busca de cámaras en los arbustos. Quiero quedarme así, en mi burbuja.

–Definitivamente es un sí. Muchas.

–Supongo que puedo soportarlo. –Sonríe radiante–. ¿Qué hay de las flores?

–Diferentes cada semana por el resto de nuestras vidas.

Sé que le gusta esa respuesta porque toma mi mano y me da un beso en el interior de la muñeca, donde la tinta oscurece la piel.

–¿Y la distancia? ¿Cuáles son las reglas?

–No hay reglas. Solo la verdad –digo–. Cualquier cosa que nos moleste, lo hablamos.

Sage levanta el meñique.

–¿Elias y Sage sin filtro?

Sonrío, entrelazando nuestros dedos.

–Sí, Elias y Sage sin filtro.

Se acurruca en mí, la luz de la fogata rebota en su piel y se incrusta en mi pecho. Una sensación de alivio invade mi cuerpo.

Porque sé que no importa dónde esté, siempre será mi casa mientras la tenga a ella.

EPÍLOGO

Sage

TRES AÑOS DESPUÉS

He intentado ponerme los aretes de perla y oro seis veces. Hoy es uno de esos días que te ponen a prueba hasta acabar llorando en un rincón. Primero, mi cabello no cooperó, luego mi vestido se encogió en la lavadora (cortesía de Elias, que le enseñó a Sean a lavar antes de que se vaya a la universidad) y ahora me pinché el lóbulo de la oreja tantas veces que me duele.

–Elias –lo llamo desde el baño, esperando que no esté completamente absorto en el pastel sin azúcar que está decorando para la celebración de esta noche. La cocina es su santuario y, después de mis muchos intentos fallidos de aprender a cocinar, finalmente abandoné. Todos estaban felices con esa decisión. Ahora, solo entro para poner las flores en un jarrón. Esta semana, Elias me compró dalias rosas.

Paso el tiempo en casa practicando en el estudio de nuestro apartamento. Seguimos viviendo en el mismo edificio que Aiden, a unas pocas puertas de distancia. Sean se propuso visitarnos todos

los fines de semana, así que en cuanto Elias encontró un apartamento de tres habitaciones disponible, lo compró.

Con un suspiro de frustración, intento por séptima vez con el arete. Tengo los brazos cansados y los dedos enrojecidos por los pinchazos. Necesito un masaje.

Elias y yo hemos sumado masajes a nuestra noche de autocuidado.

Eso significa que él me da uno a mí y yo me duermo antes de poder devolverle el favor. Nunca se queja y creo que es porque finalmente controlé mi insomnio.

Durante el primer año en la compañía empeoró mucho. Pero pronto encontré un truco para conciliar el sueño incluso en habitaciones de hotel diminutas. El secreto es dormir con Elias en una videollamada. La duración de la batería de mi teléfono se deterioró bastante rápido, pero mi rendimiento mejoró mucho. Tanto que acabo de completar el tercer y último año con el Nova Ballet Theatre. Después de interpretar papeles principales en *Romeo y Julieta*, *El cascanueces* y, por supuesto, *El lago de los cisnes*, las largas jornadas, las lesiones y el desgaste emocional propio del ballet me hicieron tomar la decisión de bajar el ritmo. Quiero estar quieta un rato.

Todavía no se lo dije a Elias, pero compré un estudio de ballet en Brunswick.

Apoyo los pequeños pendientes en la palma de mi mano y resisto el impulso de revolearlos por pura frustración. Entonces unos brazos fuertes me envuelven por detrás. Elias me da suaves besos en el cuello, su aliento cálido me provoca escalofríos en la columna cuando encuentra ese punto donde mi cuello se une con mi hombro.

–Ayúdame –me quejo.

Toma los pendientes que me regaló cuando terminé mi última actuación de *El lago de los cisnes*, y en menos de un segundo me los coloca.

Dejo caer la cabeza sobre sus hombros mientras exhalo.

–¿Qué pasa? –pregunta, rodeándome con sus brazos.

–Nadie habla de lo difícil que es ver crecer a tus hermanos –confieso en voz baja.

–Lo sé –susurra contra mi cabello–. Criaste a un gran hombre.

–Sí, ¿no? –Lo miro–. Pero la adolescencia fue brutal.

–El Sean de dieciséis años estaba poseído por el diablo. –Elias se estremece–. Pero el trabajo duro dio sus frutos. Ahora sigue los pasos de su cuñado en Dalton.

El día que Sean rechazó la oferta de Yale porque lo aceptaron con una beca deportiva en Dalton, todos nuestros amigos estaban muy contentos. No hay duda de que Yale sigue siendo el enemigo.

–No sé si me gusta la influencia que los chicos tienen sobre él.

Se ríe.

–Yo salí bien, ¿no?

Hago un sonido evasivo y aprieta mi cintura un poco más fuerte.

–¿Qué fue eso? –Acerca sus labios a solo unos centímetros de los míos–. Estoy bastante seguro de que anoche gritabas que era un dios.

Así fue. Porque no importa cuántas veces me toque, siempre enciende cada nervio de mi cuerpo. Solo alguien con omnipotencia puede lograr una cosa así.

–Creo que necesito refrescar la memoria.

Levanta las cejas y se acerca feliz. La presión de su beso me hace sentir en casa.

–Tenemos dos horas de viaje. ¿Pueden besarse luego? –advierte Nina cuando abre la puerta del baño.

Nina Beaumont-Westbrook, nuestra preadolescente mandona, está parada en el umbral del baño, ya vestida. Tiene el cabello recogido en un rodete prolijo con pequeñas gemas por todas partes. Lleva puesto el vestido que Elias le compró, los zapatos planos que elegí yo y el collar de bailarina que Sean trajo de uno de sus partidos de hockey en Montreal.

La conocí hace tres años, era la niña de ocho años de mi clase de ballet. Resulta que mi presentimiento de que venía de un hogar conflictivo era correcto. Después de una noche particularmente difícil hace dos años, sus padres la dejaron en mi estudio y nunca regresaron.

Me rompió el corazón.

Estaba cerrando después de una clase y allí estaba ella, en pijama rosa, pidiendo en voz baja dormir en el estudio. Cuando Elias llegó a recogerme y nos vio a las dos, ella con la mirada perdida y yo con los ojos llorosos, no necesitó hacer ninguna pregunta. Sin dudarlo, simplemente nos fuimos a casa, llamamos a un abogado y tomamos las medidas necesarias para asegurarnos de que Nina siempre tuviera un hogar. Una vez que la autorizaron a viajar conmigo, pasamos la mayor parte del año viendo ballet. A ella le encantaba charlar con todos, y la luz que vi en sus ojos era un reflejo de la mía. A veces Elias se pregunta cómo es que no tenemos relación genética. Durante meses la acogimos, dándole la libertad de decidir

dónde quería quedarse. El día que nos eligió para ser sus padres fue el mejor de mi vida; el día de nuestra boda fue el segundo.

–Vamos, gente, tenemos una graduación a la que asistir –dice.

Elias y yo nos reímos y obedecemos a nuestra estricta hija de once años.

Salimos corriendo tras ella, nos subimos al Bronco y nos dirigimos directo a York Prep. Es junio, así que las hojas verdes bailan a lo lejos y el sol nos ilumina. Mi fino vestido rosa vuela con el viento mientras caminamos sobre la grava hacia la parte trasera del edificio.

Se agitan las banderas con los colores negro y carmesí de la escuela. El aroma de la hierba recién cortada se mezcla con la fragancia de las flores que bordean los senderos. Las familias conversan con entusiasmo, entre ramos y regalos para los graduados.

Encontramos nuestros asientos; el tío Marcus y Amy Laurent, ahora Smith-Beaumont, vienen a saludarnos. La ceremonia ya está comenzando. Todos los asientos en nuestra fila están reservados, y recibimos miradas desagradables de los padres que intentan tomar un lugar. Nina fulmina con la mirada a cualquiera que trate de sentarse.

Nuestros amigos finalmente llegan, caminando ruidosamente por el camino de grava hacia nosotros.

–¿Por qué hacen la graduación al aire libre con el sol tratando de matarnos? –dice Dylan mientras pasa arrastrando los pies hacia su asiento.

–Sí, pensé que en Canadá hacía frío –agrega Kian.

Summer resopla.

–Lamento decepcionarte, pero nuestros iglúes se derriten en junio.

Nina saluda emocionada cuando ve a sus tíos y se sienta en el asiento justo entre ellos. La colman de cumplidos y ella se sonroja, acomodando un mechón rizado que se le cae del rodete. Parece que de tal palo, tal astilla.

Cuando dicen los nombres, todos estamos listos para alentar a Sean. Elias desliza sus dedos entre los míos, el pulgar roza la banda de diamantes en mi dedo antes de entrelazar nuestras manos. No me quité este anillo desde que nos casamos un miércoles cualquiera de abril, hace dos meses, en el lago Ontario.

–Sean Beaumont –anuncia el director. Nuestro grupo estalla en gritos y aplausos, Kian hace sonar una pandereta y Dylan una bocina mientras Sean camina por el escenario. Lleva una túnica negra con faja carmesí. Hace una cara graciosa al director antes de estrecharle la mano.

–Sean asistirá a la prestigiosa Universidad Dalton con una beca de hockey sobre hielo. Agradece a sus increíbles amigos y familia por apoyarlo todos estos años. Pero dedica este logro a la única persona que fue una constante en su vida: su hermana, Sage.

Como si Elias pudiera anticipar las lágrimas, me pasa un pañuelo y me abraza. Me acurruco en él, como hice los últimos tres años. Nina se acerca y le beso la cabeza, que huele a vainilla. Elias se hace a un lado para que se siente junto a él y así miramos el resto de la ceremonia, gritando de nuevo cuando el mejor amigo de Sean, Josh Sutherland, baila en el escenario. Pronto, los graduados lanzan sus sombreros al cielo. Es una ráfaga de borlas negras y carmesí. Sean grita mi nombre y corre directo hacia nosotros.

Aiden y Summer lo abrazan primero y le entregan una pequeña caja azul.

–¡Ábrela! –lo insta Summer.

Sean mira mi rostro sonriente antes de quitar la tapa del regalo.

–¿Llaves? –Hace girar el manojo plateado en su mano.

–Son las llaves de la casa en la universidad. Queremos que te quedes allí cuando vayas a Dalton.

Cuando Aiden me dijo que quería pasarle las llaves a Sean en lugar de vender la casa que sus abuelos le compraron cuando empezó en Dalton, no supe qué decir. El instinto me hizo querer negarme porque nunca tuvimos un lugar al que llamar hogar, pero saber que Sean puede tener eso sin depender de otra institución hizo que mi corazón se partiera en dos antes de volver a unirse.

Sean parpadea rápidamente en un intento de detener las lágrimas. Aiden se ríe y lo envuelve en un abrazo al que todos nos unimos. Un sentimiento abrumador de pertenencia me golpea el corazón. Porque así me gusta.

Nosotros y nuestra pequeña familia.

AGRADECIMIENTOS

A veces conoces a alguien y te preguntas dónde diablos estuvo toda tu vida. Tuve el privilegio de que eso me sucediera varias veces a lo largo de mi viaje como autora.

Nina, tu fe en mí es la única razón por la que cumplí con la fecha límite para este libro. Gracias por seguir el hilo de mis divagues, hasta cuando tenía insomnio y te despertaba a cualquier hora para hablar sobre este libro. Todo valió la pena cuando lloraste al leer el epílogo. Eres una amiga única, y estoy muy contenta de haberte conocido. En caso de que aún no te hayas dado cuenta, Elias es para ti.

Peyton, nuestro hilo invisible siempre será mi parte favorita del viaje editorial. Me gustaría pensar que no existe un universo en el que no nos encontramos. Sería una verdadera tragedia no ser tu amiga. Hemos vivido una docena de vidas solo este año, pero estoy eternamente agradecida de haber podido hacerlo contigo, aunque viéramos a nuestros equipos perder en las eliminatorias mientras terminábamos (léase: procrastinábamos) nuestros borradores. Gracias por salvarme de caer en espiral, brindo por seguir salvándonos mutuamente.

Carlyn, por enviarme fotos de tus escenas favoritas de *Collide*. Con algo de suerte, este te entretendrá hasta el libro de Dylan.

Shayla, ¿puedes creerlo?

Kristine, Mary y los increíbles editores de Berkley, gracias por transformar un divague incoherente en un libro del que puedo estar orgullosa. Jessica y Stephanie, gracias por su esfuerzo para asegurarse de que mis libros se vean en todas partes. Darcy, Anna, Beth, Grace y Maisie de Bloomsbury, gracias por apoyarme desde el primer día. Deborah, Natasha y el equipo de PRH Canadá, gracias por hacer que esta serie sea tan especial. Jessica y todos en SDLA, gracias por volver todo posible.

Por último, porque merecen cerrar mi primer lanzamiento tradicional, gracias a los lectores. No creo que se den cuenta del impacto que tienen sus palabras. Hay días en los que el síndrome de la impostora quiere ganar, pero un mensaje de ustedes hace que todo se desvanezca. Son la única razón por la que puedo hacer esto. Pasaría por todas las partes difíciles de este viaje una y otra vez para tenerlos a ustedes. Gracias. Muchísimas.

Índice

Capítulo 1. Elias
Capítulo 2. Sage
Capítulo 3. Elias
Capítulo 4. Sage
Capítulo 5. Elias
Capítulo 6. Sage
Capítulo 7. Elias
Capítulo 8. Sage
Capítulo 9. Elias
Capítulo 10. Sage
Capítulo 11. Elias
Capítulo 12. Sage
Capítulo 13. Elias
Capítulo 14. Sage
Capítulo 15. Elias
Capítulo 16. Elias
Capítulo 17. Sage
Capítulo 18. Sage

Capítulo 19. Elias
Capítulo 20. Sage
Capítulo 21. Elias
Capítulo 22. Sage
Capítulo 23. Sage
Capítulo 24. Sage
Capítulo 25. Elias
Capítulo 26. Elias
Capítulo 27. Sage
Capítulo 28. Sage
Capítulo 29. Elias
Capítulo 30. Sage
Capítulo 31. Sage
Capítulo 32. Elias
Capítulo 33. Elias
Capítulo 34. Sage
Capítulo 35. Elias
Capítulo 36. Elias
Capítulo 37. Sage
Capítulo 38. Elias
Capítulo 39. Sage
Capítulo 40. Sage
Capítulo 41. Elias
Capítulo 42. Sage
Capítulo 43. Elias
Capítulo 44. Sage
Capítulo 45. Elias
Epílogo. Sage

Agradecimientos

Un sello de
V&R Editoras



Elegí esta historia pensando en **ti** y en todo lo que las mujeres románticas guardamos en lo más profundo de **nuestro corazón** y solo en contadas ocasiones nos atrevemos a compartir. Y hablando de compartir, me gustaría saber qué te pareció el libro…

VeRa

yo también
creo en el amor

VeRa México

Título original: *Spiral*
Dirección editorial: María Florencia Cambariere
Edición: Florencia Cardoso
Coordinación de arte: Valeria Brudny
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Diseño de tapa: Lila Selle
Ilustración de tapa: Leni Kauffman
Diseño de interior: Cecilia Aranda
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2024 Bal Khabra
© 2025 VR Editoras, S. A. de C. V.
www.vreditoras.com

Libro publicado por primera vez por Bal Khabra. Derechos de traducción gestionados por Sandra Dijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

ISBN 978-607-637-165-7

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.



Seguinos en tu red favorita



VR.editorasmexico



Una maldición de amor

El-Fassi, Nadia
9786076371022
304

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

"Como bruja experta de la cocina, Dina Whitlock domina cualquier receta de repostería. De hecho, dirige su propia cafetería en Londres y sirve pasteles mágicos a todos sus clientes. Pero solo unos pocos amigos conocen sus extraordinarias habilidades y el maleficio que

atormenta su vida amorosa. Tras irse de viaje por el mundo para recuperarse de una brutal ruptura, Scott Mason ha regresado a Londres y la boda de su mejor amigo está a la vuelta de la esquina. Aunque quiere ser el padrino más increíble de todos los tiempos, no se imagina que será ""hechizado"" por la dama de honor, quien además es la dueña de su nuevo café favorito y, además... ¡¿una bruja?! Después de un fin de semana en el campo, entre fabulosos laberintos de setos, lecturas de manos a la luz de las velas y un ritual de Halloween a medianoche, es evidente que existe química entre ellos. Solo hay un problema: el maleficio continúa y Dina sabe que él está en peligro. En el pasado, ella siempre huía antes de que algo malo pasara, pero esta vez es diferente. Scott podría ser el indicado. " ¿Podrá protegerlo del hechizo y lograr que el encanto de su amor perdure?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Bal Khabra
Portada
Playlist
Dedicatoria
Capítulo 1. Elias
Capítulo 2. Sage
Capítulo 3. Elias
Capítulo 4. Sage
Capítulo 5. Elias
Capítulo 6. Sage
Capítulo 7. Elias
Capítulo 8. Sage
Capítulo 9. Elias
Capítulo 10. Sage
Capítulo 11. Elias
Capítulo 12. Sage
Capítulo 13. Elias
Capítulo 14. Sage
Capítulo 15. Elias
Capítulo 16. Elias
Capítulo 17. Sage
Capítulo 18. Sage
Capítulo 19. Elias
Capítulo 20. Sage

Capítulo 21. Elias
Capítulo 22. Sage
Elias
Capítulo 23. Sage
Capítulo 24. Sage
Capítulo 25. Elias
Capítulo 26. Elias
Capítulo 27. Sage
Capítulo 28. Sage
Capítulo 29. Elias
Capítulo 30. Sage
Capítulo 31. Sage
Capítulo 32. Elias
Capítulo 33. Elias
Capítulo 34. Sage
Capítulo 35. Elias
Capítulo 36. Elias
Capítulo 37. Sage
Capítulo 38. Elias
Capítulo 39. Sage
Elias
Capítulo 40. Sage
Capítulo 41. Elias
Capítulo 42. Sage
Capítulo 43. Elias
Capítulo 44. Sage
Capítulo 45. Elias
Epílogo. Sage
Agradecimientos
Índice
Créditos